

La Historia de Canarias en Episodios CARLOS PLATERO PDEZ.

BIG  
964.9  
PLA  
his





Carlos Platero Fernández

6

LA  
HISTORIA DE CANARIAS  
EN  
EPISODIOS



R. 892M

COLECCION "LECTURAS CANARIAS"  
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
1971

Portada e ilustraciones realizadas  
por A. Martín Santana

1.000 ejemplares la presente edición.  
Propiedad del autor.  
Queda hecho el depósito que marca  
la Ley.

Depósito Legal G. C. 251 - 1971

Los hechos de la Historia no se repiten, pero el hombre que realiza la Historia es siempre el mismo. De ahí la eterna verdad: Quid est quod fuit? ipsum quod futurum est; lo que sucedió no es sino lo mismo que sucederá; lo de hoy ya precedió en los siglos. Y el consiguiente afán por saber como es cada pueblo actor de la Historia, como, dada supermanente identidad se comporta en sus actos, fue sentido por los hombres de todos los tiempos.

Ramón Menéndez Pidal

La historia es una obra de arte -la belleza estatuaria de la historia- . Como una persona viva y, al mismo tiempo, como un esqueleto al que la imaginación del cronista, tanto por lo menos como, su ciencia, tiene que darle nuevamente carne y sangre.

Jean Escola



## INTRODUCCION

El pretender adentrarse entre las nebulosidades de una historia que relata sucesos acaecidos hace ya centenares de años resulta por lo general muy expuesto y aventurado. Se corre el riesgo de desfigurar los hechos, de confundir la realidad con la interpretación que le dé quien lo intente. Indudablemente, en el transcurso de los siglos tiene que haberse deformado tanto nuestra manera de pensar, de obrar, que al introducirnos en el pasado acaso no sepamos colocarnos en situación adecuada por más que nuestros conocimientos y estudios sobre esta o aquella época pretérita parezcan a veces concretos y suficientes.

Los seres que vivieron seis o siete siglos atrás, por ejemplo, en un medio ambiente completamente salvaje tal como nosotros lo entendemos hoy, o bien entre una civilización que se iba despegando de la oscuridad e ignorancia reinantes a su alrededor, ¿reaccionarían igual que nosotros, sus descendientes? ... Quizás sea un tanto arriesgado el afirmar ésto pues, apesar de que se nos han legado en algunas ocasiones escritos, monumentos, esculturas, pinturas, etc, que dicen de sus pasiones, de sus sentimientos, que nos inclinan a creer comprenderlos, no podemos asegurar un perfecto conocimiento de reacciones anímicas e instintivas originadas en mentes lastradas por recelos y temores atávicos y ancestrales que en la actualidad ya han sido superados.

Muchas veces, sobre todo en la narración de descubrimientos y conquistas, abundan las primigenias noticias dejadas por cronistas que escribían más por afición que con erudición y que, por lo mismo, tendían a desfigurar, a acomodar a su gusto y manera, a su saber y entender o presionados por fuerzas superiores aquellos relatos, si bien es cierto que en otros casos existen recopilaciones de cronistas, diríamos oficiales, profesionales de la pluma que vivieron en los pretéritos siglos y fueron pioneros eficaces para la verdadera composición de la historia relatada. Persiste pues la duda de que nunca podremos sentirnos plenamente seguros de conocer al hombre, sus pasiones y el ambiente en que se desenvolvía en el pasado; de saber interpretar con exactitud y veracidad a cronistas y escritores que relatos y descripciones nos dejaron.

Mas, no obstante, ... Se habla de epopeyas, se relatan en las viejas escrituras hechos tan atrayentes, envueltos por la lejanía del tiempo entre los celajes de la leyenda que, a pesar de las reflexiones precedentes, no podemos los amantes de buscar en la historia de los pueblos por menos de dejarnos seducir de ellos y tratamos de revivirlos, gozando con las evocaciones y deseando muchas veces hacer partícipes de este placer a los demás. Los episodios que evocamos pudieron no haber sucedido tal como

en nuestra imaginación los vemos, desde luego, pero, ¿por que no sumergirnos de todos modos en el pretérito, dejándonos arrastrar por esos retazos de confusa realidad entremezclada con la fantasía de la quimera?...

Todo pueblo con pasado conocido, examinado extensamente y entendido es culto y es civilizado. Las Islas Canarias tienen un pasado atractivo, una fascinante historia que nos habla de los hechos de una noble raza aborígen, unos episodios que al paso del tiempo están aromatizados con poesía y leyenda, considerando por lo tanto una obligación el conocerlos, el darlos a conocer.

Desde sus más lejanos orígenes la historia de Canarias resulta confusa, borrosa en multitud de ocasiones, con lagunas en su desarrollo difíciles de salvar puesto que pocos datos confirmados se conocen, sobre todo en la nebulosa etapa inicial. Los recientes descubrimientos en el campo de la etnología, la arqueología, la antropología, etc, que, como ciencias auxiliares son bases indispensables para el mejor estudio de la prehistoria de los pueblos, han contribuido notablemente al esclarecimiento de algunos enigmas, reforzando datos tenidos comunmente hasta ahora como poco fidedignos y barriendo con leyendas, mitos y otras pseudo informaciones. Los diversos cronistas, historiadores y escritores en general que de Canarias se han ocupado en el pasado mezclaran lamentablemente episodios reales con numerosas leyendas, muy atrayentes la mayoría de las veces pero embarulladoras.

Había que desbrozar, tirar del tenue hilo de la verdad procurando caminar por el sendero de la historia. Y este fue el camino que nosotros nos propusimos recorrer escribiendo, desenterrando y desempolvando episodios diversos, algunos de fuerte sabor legendario, después de facilitar los primeros conocimientos, fantasía y realidad fundidas, que poetas y sacerdotes egipcios, griegos y latinos nos legaron hasta llegar al redescubrimiento del Archipiélago Afortunado en el siglo XIV de nuestra Era y de su lenta y tenaz resistencia a los invasores europeos así como la incorporación definitiva del territorio a la Corona de Castilla a finales del siglo XV. Hasta aquí llegó nuestro resumen de la historia de Canarias, dejando para un futuro aún no concretado el recopilar los datos que hay desde la conquista de Tenerife a nuestros días.

Una de las peculiaridades que ofrece el conjunto de noticias acerca de la historia de Canarias es que existen muchas similitudes entre sucesos relatados en nuestra común historia de España y los interpolados y adjudicados a la singular de las islas, obedeciendo ello tal vez a una razón digna de tenerse en cuenta: Las crónicas escritas a raíz de la conquista isleña son escasas, compuestas en ocasiones por aquellos hombres que manejaban la pluma en una mano y la espada en la otra; gentes que malamente podían conocer ni mucho menos entender a la anterior forma de vida de los nativos destruída por ellos mismos y sus aguerridos congéneres. Está ahora siendo demostrado que algunas de dichas crónicas, acaso la mayoría, fueron confeccionadas en tierras peninsulares, lejos de los

escenarios reales y muy probablemente a través de parciales relatos o escuetos comunicados castrenses oficiales sobre todo cuando de alguna de las tres islas realengas se trataba. Después de descubierto el Nuevo Mundo, entre los aventureros castellanos que allá se trasladaron, proliferaban los aficionados a la pluma, aquellos que nos legaron fabulosos relatos de las extraordinarias Indias Occidentales; habiendo, además, en las crónicas del reinado de monarcas como Juan II y los Reyes Católicos así como en las Generales de Indias capítulos enteros que tratan de las Canarias, cual las escritas por Bernáldez, Mosén Valera y Hernández del Pulgar amén de una de las más primitivas dedicada por completo a las islas y compuesta en el siglo XV por dos abates franceses que llegaron a Lanzarote con Juan de Bethencourt. Posteriormente, en algún caso a más de cien años del final de la conquista, se escribieron las historias fragmentadas que hoy en día conocemos como antiguas, tales los anónimos manuscritos "El Lacunense", "El Matritense" y "El Castillo" y las crónicas de Escudero y Sedeño. Luego se supone que se compusieron las historias de fray Abreu Galindo, del padre Espinosa, de Nuñez de la Peña; la descripción histórico-geográfica del italiano Leonardo Torriani; el poema de Viana; la topografía del padre José de Sosa y, en fin, las detalladas obras de Marín y Cubas, Agustín del Castillo, etc. Polígrafos como Viera y Clavijo, Agustín Millares y el canariólogo Chil y Naranjo bebieron de tales fuentes y las comentaron y analizaron. Para mayor detalle, en apéndices al final de este libro se relacionan autores y fechas de tan interesantes crónicas e historias.

Pues bien; la moderna crítica ha determinado documental y claramente que algunas de las hazañas, hechos y dichos adjudicados a la historia de Canarias, o son fábulas ideadas por la imaginación de los autores citados o copias de sucesos acaecidos y dados por anteriores cronistas en el pasado y en otras diferentes latitudes, habiéndose ya comprobado que de la historia de España y de las Crónicas de Indias se tomaron diversas noticias aderezándolas a gusto para endosárselas a Canarias.

Y decimos todo lo que antecede con la intención de que no nos llamemos a engaño en la hora de estudiar a fondo el apasionante pasado de las islas, aunque algunas de estas pseudo noticias, como no afean ni manchan el conjunto sino que más bien lo embellecen no hemos podido por menos de citarlas tal como a nosotros han llegado.

El ansia de saber como cada pueblo fue y es autor de la historia, la idea de que la historia es un esqueleto al cual la imaginación del cronista da nuevamente vida y el pensar en ... "la misión social que el historiador realiza en su ambición de reconstruir ese pasado de la humanidad que nos ayuda a interpretar el presente y a conducirnos hacia el futuro", fueron parte de los motivos que nos indujeron a la composición de este libro. Pero, sobre todo, el comprobar como a pesar de la copiosa bibliografía existente sobre la historia de las Canarias se deja sentir la ausencia de una labor de divulgación popular que recopile tanta información erudita y la condense y convierta en sencilla relación, en fácil y asimilable reportaje histórico y

hasta en determinados momentos, en ameno episodio novelado haciendo así asequibles tales noticias al gran público, a la masa, al lector medio que en sus escauceos literario culturales no pasa de ojear la prensa, los semanarios y las revistas de actualidad y, acaso, algún que otro libro de lectura facilona y digestible. ¿Por que no facilitar a estos lectores ocasionales temas más ilustrativos también, de formación netamente cultural y entretenidos al mismo tiempo, incluido todo lo concerniente a las islas Canarias, adaptado convenientemente? ... Existe, es cierto, un grupo considerable de público culto que sin considerarse ni ser considerado precisamente intelectual se interesa por saber, lee mucho y bueno pero no conoce bien la historia de las islas porque a la bibliografía especializada, además de ser en general excesivamente ardua su lectura por erudita, tan solo es posible acceder en bibliotecas, bien públicas o privadas, no siempre coto de información abierto a todos, mayormente por desconocimiento de tales dependencias.

Para uno y otro tipo de lectores vá orientado este trabajo resúmen, sin pretensiones vanas, sin otra intención que la sana de colaborar a una mejor difusión y entendimiento, aunque sea en cierto modo elemental, de la historia que habla de la raza autóctona canaria.

Si bien hasta el pasado siglo y aun adentrados en el presente, la ignorancia colectiva del pueblo canario sobre la historia de sus antepasados era casi absoluta, con la salvedad del menguado grupo intelectualoide que en los últimos centenares de años se fue traspasando de generación en generación la antorcha de la vacilante luz facilitada por tradiciones, crónicas y primitivos esquemas históricos jamás divulgados, es preciso reconocer que ha habido en estos últimos tiempos estimables aunque esporádicos intentos de popularización en suscintas, reducidas síntesis y aun en la publicación en la prensa isleña de trabajos científicos y competentes de tema tan importante; pero casi nulo, muy exíguo ha sido el fruto recogido de tales tentativas, debiendo ello de achacarse a diversas causas cuyo enunciado y análisis no vamos a incluir en estas páginas. Nosotros simplemente pretendemos enmendar en algo este fallo ya endémico en la formación histórico cultural de una buena parte del público, con la idea de que el entusiasmo de lo aquí indicado prenda y se expanda y nazcan deseos de ampliación de conocimientos de un mayor y mejor dominio del tema atrayente, objetivo con el que, de ser logrado, nos daríamos por más que satisfechos y compensados de las dificultades que la lenta y escudriñadora tarea de recopilación nos supuso.

Durante los primeros tiempos de nuestra estancia en Canarias, subyugados por los relatos que se nos hicieron en diversas ocasiones cuando, aun sin advertirlo, ya nos estábamos dejando ganar por esta actual tangible inclinación hacia Canarias y lo canario, entre otros que solo se quedaron en borradores manuscritos, escribimos un cuento titulado " Los últimos canarios". Para que resultara convincente dentro de la fantasía en que se desarrollaba, tratamos de informarnos bien acerca de los aborígenes isleños y las vicisitudes de la conquista de las islas. Fue por aquellas épocas cuando

cayeron en nuestras manos algunos libros interesantes que trataban de Canarias, de su movida y fascinante epopeya; y procuramos profundizar, buceando en el modesto material de que al principio dispusimos, tomando innúmeras notas, confeccionando unas fichas bibliográficas lo más documentadas posible. Conseguimos adentrarnos por el Archivo del Museo Canario y ya en posesión de un buen bagaje de apuntes, de tanto leer y releer sobre ello nos aficionamos verdaderamente al tema. Después del citado cuento escribimos "Aridaman y Guanarima" que intentó ser como una especie de poema dramático isleño basado en una leyenda que a su vez es propiedad de diferentes literaturas. También compusimos luego algún guión radiofónico así como pequeños artículos periodísticos y, un buen día, tras ser animados por familiares y amigos que sabían de nuestras aficiones y empujados por los motivos que más arriba indicábamos originaron nuestro propósito, nos pusimos a la tarea de escribir una "Historia de Canarias para la radio" que nunca logró pasar de los primeros quince episodios. (Entre paréntesis diremos que de dichos episodios o capítulos compuestos bajo el lema y subtítulo de que "Si no sucedió pudo haber sucedido", alguno fue realizado por cuadros de actores radiofónicos aficionados y retransmitido en las emisoras locales existentes a la sazón; otros fueron leídos por críticos y escritores, entre ellos el malogrado canariólogo Juan del Río Ayala que reiterada y entusiásticamente nos animó a seguir en la tarea de intentar una mayor divulgación de la historia regional canaria).

Con las fichas, las notas tomadas a vuela pluma en muchas agradables sesiones de lectura en el Archivo del Museo o en nuestro domicilio durante largas veladas, los episodios tratados como guiones radiofónicos y los abocetados esquemas de alguna sugestiva leyenda se transformaron en serie completa, no sin rehacer el manuscrito varias veces antes de darle la forma definitiva que ahora ostenta. El plan a que nos ceñimos en la preparación de los diferentes capítulos de que se compone esta recopilación histórico legendaria ha sido siguiendo un escrupuloso orden cronológico, sin apartarnos de la línea general trazada por cronistas e historiadores pero, eso sí, escogiendo de unos y otros autores lo que entendimos era más idóneo, extractando unas noticias, ampliando otras, sobre todo las de mayor sabor de leyenda, novelando algún episodio adecuado y omitiendo aquello que sin perjuicio de perder la hilación del conjunto resultara farragoso o enrevesado, teniendo siempre presente la finalidad perseguida de espigar entre erudición e informaciones confusas o desvahidas, seleccionado las que se han dado como más veraces o han tenido confirmación con documentados trabajos de investigadores actuales. Al mismo tiempo hemos aceptado algunas de las leyendas que giran alrededor de la verdad histórica y que en lugar de estropearla la adornan y complementan. Acaso, dejándonos llevar por el interés de la materia en que laborábamos, en algún momento y aun sin pretenderlo habremos reflejado la simpatía sentida hacia ciertos y determinados personajes de la gesta y así mismo antipatía instintiva y personal enfocada hacia otros, aunque bien es verdad que siempre procuramos ser lo más objetivos posible, escapando cuanto pudimos de sacar

conclusiones y sin opinar salvo, claro, cuando ha sido preciso el hacerlo. Quizás sea a causa de esta nuestra definida postura el que abunde en las páginas siguientes la cita textual.

Y para poner con ello final a esta ya dilatada introducción, digamos que tras haber leído y estudiado las diversas obras que nos sirvieron de base documental y cuya bibliografía más importante vá en los citados apéndices, consideramos que la Historia de Canarias, la verdadera, la completa, exhaustiva y definitiva todavía está por escribir, no descubriendo desde luego nada nuevo puesto que más de un autor, erudito investigador del tema así lo ha reconocido en reiteradas oportunidades. Nuestro mayor deseo es el de que entre quienes ésto tal vez lean se encuentre aún ignorado aquel a quien quepa la gloria, el indiscutible honor de dirigir y organizar ingente labor recopiladora, de selección y detenido análisis crítico para la confección de la única y auténtica Historia de Canarias. Ojalá y tanto ese futuro polígrafo de las letras isleñas como el imprescindible grupo o equipo de especialistas que han de acometer la tarea estén ya en embrión, si no formados. Que así sea.

Carlos Platero Fernández

En cuanto a vos Menélaos, los inmortales os conducirán al Elýsion Pedión, en los fines mismos de la tierra: donde reina el rubio Rhadámanthys, donde los humanos gozan de una vida feliz al abrigo de la nieve, de la escarcha y de la lluvia, y donde desde el seno del Okeanós se levanta el soplo armonioso y refrescante del Zéphyros.

Canto IV. La Odisea

## CAPITULO I

### Primeros conocimientos acerca de las islas Canarias.

Existen varias hipótesis sobre la formación física de las islas que componen el archipiélago canario.

Idea muy discutida y arraigada, aunque sin pruebas fehacientes todavía, es la que defienden algunos autores al afirmar que estos peñascos que asoman en medio del Atlántico representan los únicos vestigios quedados del cataclismo geológico mencionado por Platón en sus *Critias*, al desaparecer en los mares la antigua y fabulosa Atlántida, asegurando así que lo que hoy son islas fueron los picos más altos de sus montañas.

Otra teoría, defendida también con abundantes argumentaciones, define a estas islas como prolongación submarina de la cordillera del Atlas que recorre el Norte de Marruecos, cual trozos de terreno que se fueron *desprendiendo del continente africano en una época relativamente reciente.*

Y una tercera se inclina por indicar que son restos de grandes volcanes en erupción surgidos de los abismos oceánicos miles de años ha; en cuanto a este origen volcánico ello es evidente puesto que en la actualidad la superficie de las islas muestra bien a las claras huellas de aquellas materias en ignición que surgieran de las entrañas de la tierra y que, al apagarse su furor, los vientos y las aguas en siglos y siglos de erosiones les dieron su forma actual.

También se ha escrito que todas las islas son como monolitos sobre una plataforma o meseta submarina.

Y aún hay establecidas teorías que dicen de islas basculantes, tráfugos e invisibles.

Por lo que respecta a la situación del archipiélago canario en la prehistoria e historia de la Humanidad, los primeros de sus conocimientos para seres de civilizaciones desaparecidas ya son muy nebulosos. Gracias a relatos contenidos en antiquísimos manuscritos llegados hasta hoy a través de sucesivas copias se sabe que las islas Canarias fueron desde tiempos remotos conocidas por Europa, Asia y Norte de Africa.

A partir de los comienzos de la historia, aparecen mencionadas en oscuras leyendas de sacerdotes egipcios, siendo su fama cantada por esclarecidos poetas de tan lejanas épocas.

La más antigua expedición que registra la historia Universal en donde con cierta lógica pueda figurar el nombre de *las Afortunadas*, nombre por el que también se las conoció alguna vez, se halla en Herodoto cuando refiere el viaje realizado por fenicios según orden de Neca o Nechao que reinaba en Egipto allá por el año 610 antes de Jesucristo. Este viaje alrededor de la Libia, la Africa conocida, a pesar de haberse puesto en duda reiteradamente, parece ser se ha comprobado su ejecución por la sencilla reflexión que el historiador hace referente a la posición del sol; según afirmó, resulta en efecto que aquellos esforzados navegantes, después de haber rebasado la línea equinoccial, decían encontrarlo a su derecha. No es pues aventurado suponer que deseando los pilotos de las embarcaciones marcharlo más cerca posible de las costas líbicas, al penetrar en el amplio canal que separa a las islas Canarias orientales del continente, descubriesen algunas de aquéllas y deseasen hacer provisiones y descansar mejor en ellas antes que en las ya tal vez desérticas y áridas tierras africanas.

También por Herodoto se sabe de una expedición persa que realizó Setaspes así mismo alrededor del Africa. Y con ello se prueba que en aquellas pretéritas edades ya se intentó alguna vez la arriesgada empresa de adentrarse en las tenebrosidades del océano Atlántico. Fácil resulta suponer que tales expediciones descubriesen las islas Canarias y llevasen a otros países noticias de ellas.

Los fenicios que eran una tribu semítica establecida en el Mediterráneo ocupaban unos territorios de no mucha extensión pero el brazo marítimo de su comercio abarcaba casi todo el litoral atlántico conocido. Y los poetas fenicios, según el geógrafo e historiador griego Estrabón, hacían reiteradas menciones de unas islas de *Los Bienaventurados*, no muy lejos de la Mauritania y casi enfrente de la populosa colonia de Gades. Tanto los fenicios como sus rivales los cartagineses conocían la púrpura y comerciaban con ella; siendo esta púrpura extraída de ciertos moluscos

o de la orchilla, planta que se produce espontánea, sin cultivo, en Lanzarote y Fuerteventura por lo que a las islas se las conoció también con el nombre de *Purpurinas*.

Hace poco tiempo, el hallazgo de singulares ánforas y otros objetos en aguas de Lanzarote vino a confirmar la teoría de tales viajes de los fenicios a Canarias.

Aproximadamente por las mismas épocas, los etruscos y pelasgos de Italia, progresantes en el comercio y la navegación, después de haber pirateado por el Mediterráneo, se adentraron un tanto en el océano llegando, al parecer, a fundar una colonia en una isla cuyo nombre ha permanecido siempre ignorado y oculto a toda investigación; no se han encontrado datos de que estas gentes arribasen a las Canarias pero sí de que su navegación se extendió hasta las costas del Báltico y las islas Británicas y así no resulta inverosímil suponer también que descendieron hacia el Sur descubriendo lo que cerca de las costas africanas más exploradas existiese.

Se dice que el mito o leyenda de la Atlántida fue comunicado por los egipcios a los griegos. Y los escritores griegos y romanos mantuvieron vivo el recuerdo de estas islas que denominaron Afortunadas o *Campos Eliseos*. Virgilio en el libro sexto de su *Eneida*; Horacio en sus *Odas*; Séneca en su *Medea*; Tíbulo en sus *Elegías*; Plauto en sus comedias y otros escritores más, invocaban con cierta frecuencia estas nebulosas regiones y las describían colocando en ellas, . . . *La mansión inaccesible de las almas, que un río separa de los que viven en la tierra*. Fueron descubiertas y mencionadas por casi todos los navegantes y mercaderes del litoral mediterráneo pero su nombre y su fama desaparecían y reaparecían al compás del destino de las sucesivas civilizaciones.

Plutarco habla del viaje que pretendió realizar Sertorio desde la Iberia a las islas cubiertas de leyenda y fantasía, quien por marineros de la costa lusitana y de la Bética oyó referir fabulosas noticias acerca de aquellas *Hespérides* o Afortunadas que emergían en medio del agua, más allá de las *Columnas de Hércules*, desmintiendo el *Non Plus Ultra* del Estrecho y el *Finis Terre* romano de Galicia.

He aquí lo que el filósofo e historiador griego escribió acerca de las Canarias en su *Vidas paralelas*:

*Habiendo por fin cedido el viento aportó a unas islas, entre sí muy próximas, desprovistas de agua, de las que hubo de partir; y pasando por el estrecho gaditano, dobló a la derecha y tocó en la parte exterior de España, poco más arriba de la desembocadura del Betis, que desagua en el mar Atlántico, dando nombre a la parte que baña esta región. Diéronle allí noticias unos marineros, con quienes habló de ciertas islas del Atlántico, de las que entonces venían. Estas son dos, separadas por un breve estrecho,*

las cuales distan del Africa diez mil estadios y se llaman Afortunadas. Las lluvias en ellas son moderadas y raras pero los vientos, apacibles y provistos de rocío, hacen que aquella tierra, muelle y crasa, no solo se preste al arado y a las plantaciones sino que espontáneamente produzca frutos por su abundancia y buen sabor basten a alimentar sin trabajo y afán a aquel pueblo descansado. Un aire sano, por el que las estaciones casi se confunden, sin que haya sensibles mudanzas, es el que reina en aquellas islas, pues los cierzos y solanos que soplan de la parte de tierra, difundiéndose por la distancia de donde vienen en un vasto espacio; van decayendo y pierden su fuerza; y los del mar, el ábrego y el céfiro, siendo portadores de lluvias suaves y escasas por lo común, con una serenidad humectante es con la que refrigeran y con la que mantienen las plantas; de manera que hasta entre aquellos bárbaros es opinión, que corre muy válida, haber estado allí los Campos Elíseos, aquella mansión de los bienaventurados que tanto celebró Homero.

Engendró esta relación en Sertorio un vivo deseo de habitar aquellas islas y vivir con sosiego, libre de la tiranía y de toda guerra; pero habiéndolo entendido los de Cilicia, que ninguna codicia tenían de paz y de quietud, sinó de riqueza y de despojos, le dejaron con sus deseos y se dirigieron al Africa para restituir a Ascalis, hijo de Ifta, al trono de la Mauritania.

Si el famoso general romano no llegó a realizar el deseado viaje a las islas Afortunadas fue por la tenaz oposición de sus seguidores.

En tiempos de Pompeyo se hallaba preso en Roma un destronado rey de la Mauritania, llamado Juba. Su hijo, Juba II, cuando Octavio subió al poder, recabó parte de la corona paterna, cosa que se le concedió. Siendo estudioso este rey mauritano dedicó su vida a la investigación y al reconocimiento de su país. Entre los años 30 y 25 a. de C., mandó una expedición marítima bordeando el litoral de la antigua Numia. Quien nos habla extensamente del resultado de la exploración es Plinio, el Viejo; Este autor hace una detallada descripción de las islas Afortunadas en su famosa *Historia Natural*, recopilación inmensa de más de dos mil obras anteriores. Escribe: *La primera isla del archipiélago, llamada Ombrios, no ofrece vestigio alguno de edificios; tiene en sus montañas una laguna y árboles semejantes a cañahejas, de los cuales se extrae un licor, amargo en los que aparecen de color negro y agradable al paladar en los que tienen el color blanco. Llámase otra isla Junonia y en ella se ve un pequeño templo de piedra. Junto a ésta hay otra del mismo nombre, pero de menores dimensiones. Viene enseguida Capraria, poblada de grandes lagartos; y a la vista de ambas se alza Nivaria que lleva este nombre por sus muchas nieblas y perpetuas nieves. Sigue luego Canaria, llamada así por sus perros de gran tamaño, de los que fueron enviados dos a Juba; se encuentran en ella vestigios de edificios. Abunda el archipiélago en árboles frutales y en diversas especies de aves. Las palmeras y los pinos con sus dátiles y piñas abundan también en Canaria. Hay mucha miel y se hallan en sus*

*riachuelos el papiro y el esturión. La atmósfera de estas islas se infecta con la putrefacción de los animales muertos que el mar arroja de continuo a sus playas.*

A partir de la expedición ordenada por Juba fue cuando comenzó a conocerse estas islas con el nombre de la de Canaria, extensivo a todas ellas según afirman la mayoría de los historiadores; otros quieren sacar este nombre latino de *canha* o *caña*, de las que dicen abundaban mucho aquí.

## CAPITULO II

### Conocimientos de las Canarias a principios de la Edad Media y leyendas del cristianismo acerca de ellas.

En el anterior capítulo hemos explicado que, según el escritor Plinio, fue Juba II, filósofo y naturalista ya que por ésto se le tuvo, el primero en obtener noticias exactas sobre el archipiélago canario, que hasta entonces más bien había volado en las alas de la fantasía y la leyenda. También resulta evidente que desde entonces tomaron estas islas el nombre de Canarias, ya fuese por los grandes canes de que el mismo Plinio nos habla, y a por otras diferentes causas, alguna de ellas más arriba apuntadas y que según varios autores deben de tenerse en cuenta.

Estacio Seboso y Pomponio Mela, este último con bastante extensión, continuaron escribiendo sobre las Afortunadas en el mismo tono que Plinio; y otro tanto hizo Ptolomeo en su célebre *Geografía*, aunque ninguno de dichos autores añadió otra noticia a lo que llevamos relatado.

La creciente ignorancia que invadió a Europa, la desaparición de las bibliotecas, el abandono de las colonias marítimas, la ruina consiguiente del comercio y la navegación y el eclipse total de las ciencias, acabaron de extinguir la ya de por sí vacilante luz que Juba había conseguido derramar sobre estas islas Canarias. Largos siglos de absoluto silencio siguieron a aquellas maravillosas relaciones de los viajes efectuados por intrépidos marinos de Egipto, Tiro, Fenicia, Cartago y Roma.

Estamos en la Edad Media. El primer escritor que en el siglo VI se ocupa del archipiélago canario es Julio Honorio, cuya ignorancia geográfica se desprende del párrafo siguiente, que el compuso: *El río Malda, nace enfrente de las islas Afortunadas circuyendo la extremidad de la Mauritania y divide los Bárbaros de los Vacuates yendo a desaguar por aquella parte del océano que llaman Columnas de Hércules.*

Muy escasos autores continúan hablando de las Canarias y los que lo hacen no dicen verdad, con desconocimiento casi absoluto de las islas. Por el siglo VII, San Isidoro, de Sevilla, en sus *Etimologías* nos habla también de las Afortunadas, aunque mezclando sin crítica alguna datos de Marciano Capella, Ethico y Prisciliano, todos ellos confusos copistas de Plinio. Y el santo no añade por sí mismo ninguna nueva noticia.

En el siglo VIII no se encuentra ningún escritor que recuerde la existencia del grupo Afortunado y es preciso llegar hasta el IX para dar

con el geógrafo irlandés Dicuil que copia incorrectamente de Horacio y Solino. De este mismo siglo es el *Anónimo de Ravena* que coloca a las Canarias ya en el estrecho gaditano, ya en Etiopía.

Para hallar alguna luz sobre las islas hay que penetrar en el siglo XII y consultar al poeta y gramático griego J. Izetzes que habla de ellas, aunque confundiéndolas con las Británicas.

La leyenda vuelve luego a imperar y se enseñorea del recuerdo de las islas en los siglos XIII y principios del XIV, imponiéndose a aquellos pocos escritores que aún se ocupan del estudio de la geografía.

En este período de la leyenda que suple a la historia, vienen los santos y los misioneros con sus fantásticos milagros a ocupar el sitio de los dioses de la mitología y el de los héroes de la fábula. El afán de aumentar el catálogo del martirologio cristiano y el deseo de probar que todas las comarcas de la tierra habían recibido el Evangelio, movió sin duda a algunos autores piadosos a dar fácil crédito a las invenciones que el vulgo recogía.

El primer santo que en estas crónicas encontramos es el desconocido San Avito, quien a principios del siglo II de nuestra Era, hallándose en peregrinación por varias ciudades de la Bética, llegó a orillas del Atlántico y sabiendo que una pequeña nave se disponía a levar anclas con rumbo a las costas mauritanas e islas cercanas, determinó embarcar y predicar la fe de Cristo en tan lejanas playas. Firme en su propósito, llegó a Canaria eligiéndola como teatro de su predicación. Según la leyenda, hizo muchas conversiones y adquirió tan poderoso influjo en el país que se atrajo el odio de los principales magnates quienes, temerosos de esta influencia, amotinaron al pueblo y consiguieron darle cruel muerte en medio de los tormentos del martirio que sufrió el 13 de las nonas de enero del año 106 de Jesucristo. Sus cronistas dicen había desembarcado por un lugar que se identifica como Arguineguín y oficiara la primera misa en una cueva en donde posteriormente se veneró una imagen de Santa Agueda.

Viene luego la leyenda del monje San Brandán, llamado también Branda, Brandón, Brandenes y *Borondón*, que vivía al mediar el siglo VI en la abadía de Cluainfor o Cluainfert, en Irlanda. Durante una visita que le hiciera San Barinto pudo escuchar de labios de éste el relato de un fantástico y maravilloso viaje:

-Oirás ahora, hermano, las maravillas que Dios, Nuestro Señor, me ha revelado en ese tenebroso océano cuando, acompañado del hermano Mornoe me dirigía en una embarcación ligera hacia Occidente, en demanda de la isla de *Promisión de los Bienaventurados*. A poco de principiar el viaje nos vimos envueltos en densas nieblas hasta que pasadas unas horas brotó una luz vivísima que nos permitió descubrir una tierra espaciosa y abundante en pastos y frutas. Quince días estuvimos recorriéndola sin encontrar sus límites y observando que no había plantas sin flores ni árboles

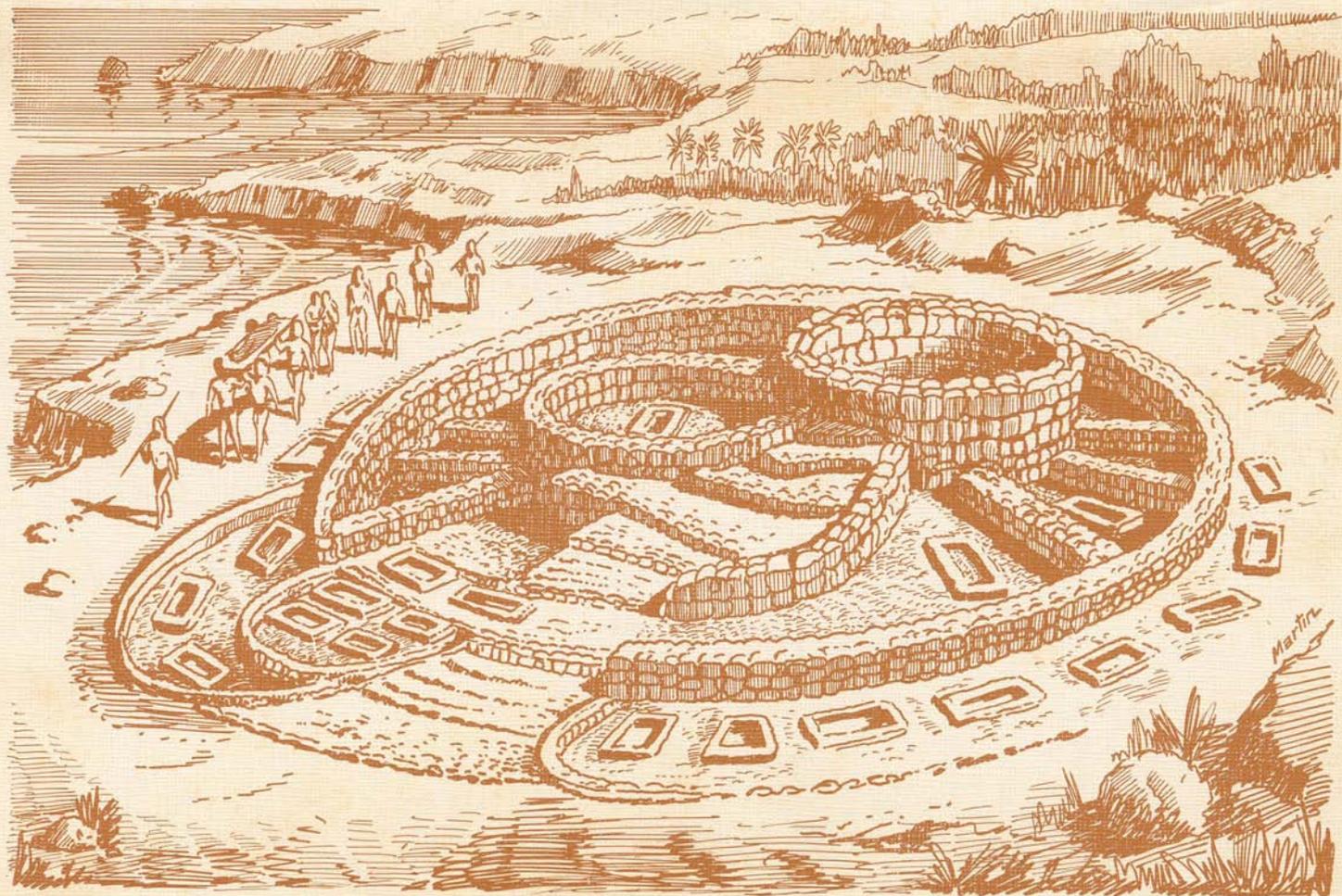
sin fruto, siendo de un precio inestimable las piedras sembradas por el suelo. Llegamos por fin a un río que separaba la isla en dos partes, a cuya orilla nos detuvimos, no siéndonos permitido vadearlo porque Dios nos lo había prohibido. Recorrimos de nuevo la parte de donde habíamos salido, sin sospechar siquiera que, ... !Habíamos estado a las mismas puertas del Paraíso! ...

Al escuchar tan estupenda relación, poseído el monje San Brandán de ferviente curiosidad, resolvió emprender por sí mismo un viaje a aquellos deliciosos lugares. Y después de muchas y extraordinarias aventuras, tuvo la suerte de encontrar la isla maravillosa, que recorrió también en toda su extensión, siendo detenido a orillas del río, lo mismo que San Barinto; y se le apareció allí un ángel que Dios le enviaba con tal objeto.

Durante aquel largo viaje, San Brandán y los diecisiete monjes que lo acompañaban, entre quienes se contaba el célebre San Malo o San Maclovio, descubrieron varias islas, que la crónica va señalando de esta forma:

*La primera era una isla escarpada, surcada por varios riachuelos en la que fueron cariñosamente recibidos, renovando allí sus provisiones. Pasaron luego a otra, abundante en peces y cabras, entre las que había algunas tan grandes como novillos. Desde ella avistaron un islote llano y sin playas donde intentaron celebrar la Pascua de Resurrección, pero el islote principió a moverse y tuvieron que huir precipitadamente, revelando a todos el santo que el tal islote era una gran ballena. Desde la isla de las Cabras descubrieron otra más hermosa, cubierta de bosques y flores, donde los pájaros cantaban deliciosas melodías; llamáronla el Paraíso de los pájaros y en ella celebraron la Pascua de Pentecostés. Vieron luego otra isla poblada de cenobitas, en la que descansaron los viajeros hasta la fiesta de Navidad. Este trayecto de isla a isla fue recorrido por ellos en seis años, hasta que al comenzar el séptimo, Dios les permitió ver otras islas, de las cuales una estaba llena de bosques; otra producía frutas de color rojizo y se hallaba habitada por hombres de grandes fuerzas; otra estaba perfumada con hierbas olorosas y preciosos racimos y fertilizada con fuentes cristalinas; y otra, que llamaron Pedregosa, donde los cíclopes tenían sus fraguas se veía iluminada por fuegos intensos. Más al Norte se les apareció una montaña alta y nebulosa a la que dieron el nombre de Infierno; y por último arribaron a una más pequeña donde vivía un ermitaño que les dió su bendición.*

Este relato nos demuestra bien claramente que al forjar la fábula se tuvo presente el recuerdo de las Afortunadas, pues creemos que van envueltas en los nombres de: Isla de las Cabras, Fuerteventura; Paraíso de los pájaros, Gran Canaria; y la del Infierno, Tenerife, cuyo pico Teide en ignición ya habían notado otros anteriores viajeros. Y la mayor, descrita como la que estaba separada por un río, bien podía ser la fantástica que hoy se conoce sin existir, con el nombre de *San Borondón*.



"En la arquitectura canaria prehispánica destacan las cistas o monumentos funerarios suntuosos y geométricos".

Acaso sea cierto que alguna embarcación se aventurase en aquellos siglos desde Irlanda hasta los Trópicos y se escribiera entonces una relación del viaje, -expedición que habría de juzgarse como una maravilla excepcional-, hasta que, reproducida luego por los monjes, adicionada por el vulgo y comentada por los eruditos, llegó tras algunas centurias a aparecer en el siglo XI copiada de un manuscrito en latín bárbaro, del cual fué traducida de nuevo y adulterada, siendo considerada propiedad de todas las literaturas europeas bajo las diversas formas en que hoy se la conoce.

Cuenta Martín Behaim que en el año 714, huyendo los godos de la irrupción árabe, salieron de Oporto muchos cristianos, capitaneados por el arzobispo de aquella Metrópoli con otros seis obispos lusitanos y embarcados y llevando consigo animales, semillas e instrumentos agrícolas, navegaron por el Atlántico llegando a una isla que denominaron *Septte Citade* o *Antilia* y en ella se fijaron.

Esta leyenda ha sido numerosas veces comentada, suponiendo algunos autores hubiese en ella algo de cierto, pudiendo ser acaso la isla alguna de las Canarias, cuya existencia no fuese entonces conocida. Sin embargo nos inclinamos a reconocer en la designación de esa ínsula, que aparece en las primeras cartas marítimas con un trazado igual al de la Península Ibérica, las costas de la por aquel entonces ignorada América o el contorno de alguna de las grandes Antillas, que el recuerdo de desconocidos viajeros hubiese legado a los cronistas y geógrafos de la época.

## CAPITULO III

### Los árabes y las Canarias; Ben Farrouckh y los Maghruinos.

Cuando el poderío musulmán se extendió tumultuoso se tambalearon anteriores civilizaciones y los árabes absorbieron culturas arcaicas, inyectándolas con sus innovaciones. Ellos conocieron las Canarias, tanto a través de escritos legados por Grecia y Roma como merced a la proximidad de sus costas. Y con frecuencia se ocuparon de las islas.

Invadida y conquistada la Península Ibérica, los musulmanes mantenían una fuerte escuadra armada capaz de defender sus dilatadas costas atlánticas y mediterráneas de saqueos de piratas, algaradas de cristianos y sorpresas de normandos. Esta escuadra también servía para estrechar los vínculos de raza, religión y costumbres entre los árabes españoles y los de Africa.

Febrero del año 999. El capitán árabe Ben Farrouckh se hallaba en el estuario de Lisboa vigilando con su potente navío los movimientos de los audaces piratas normandos. Hasta él llegaron noticias acerca de la existencia de unas islas llamadas Afortunadas, hacia las costas líbicas, por donde se levantaba el monte Atlas. Deseando conocerlas y aprovechando un viento que sopló favorable, hizo rumbo en su dirección y a los pocos días descubrió la isla de Canaria, en cuya rada de Gando echó el ancla; afirmando los historiadores que citan y comentan el episodio, ser tal la fecha en que recibió este paraje canario su nombre actual.

Al frente de ciento treinta hombres atravesó Ben Farrouckh la isla de Sureste a Norte, venciendo para ello los obstáculos casi insuperables que ofrecían el continuo y enmarañado bosque desarrollado desde las orillas del mar hasta las más elevadas cumbres.

Parece que los indígenas, cuyo número no era muy crecido sin duda, si nos atenemos al estado inculto del país, se hallaban familiarizados con la presencia de extranjeros porque los árabes españoles y africanos solían frecuentar sus costas y dejar olvidados en ellas a alguno de sus tripulantes. Esta circunstancia favoreció al atrevido capitán que pudo llegar, sin otra oposición que la ofrecida por la Naturaleza, hasta las llanuras de Gáldar, en donde residía ya entonces el rey de la isla con sus consejeros; y allí, por medio de intérpretes, le manifestó que, enviado por un poderoso monarca a aquellas remotas playas arrastrando grandes peligros para solicitar su amistad y alianza, deseaba se entablasen desde aquel día benévolas relaciones entre ambos soberanos.

Guanariga, que este era el nombre del jefe isleño según dice la crónica, oyó con orgullosa satisfacción tan inesperada solicitud y llevando a

los árabes a su propio palacio adornado con flores y hojas de palma, les ofreció una abundante comida de frutas, carnes y harina de cebada, que eran los productos naturales fundamentales de su alimento.

Desde Canaria dirigió Ben Farroukh su rumbo hacia el Poniente y reconoció cuatro islas que designó con los nombres de *Ningaria*, *Aprósitus*, *Junonia* y *Hero*, de las cuales, la primera tocaba a las nubes (Tenerife), la segunda era pequeña y se levantaba muy cerca de la anterior (Gomera), estando las dos últimas más distanciadas (La Palma y el Hierro), entre las que ocupaba Hero la parte más occidental. Retrocediendo luego al Naciente encontró las islas *Capraria* (Fuerteventura) y *Pliutana* (Lanzarote), que se alzaban frente a las costas de la Mauritania. Con todo lo cual dió por terminada su curiosa exploración, regresando a la Península Ibérica en mayo del mismo año.

De las observaciones que el caudillo árabe recogió durante este viaje, resulta comprobado que en las islas de Canaria y Capraria había algunas tribus regidas por jefes, siendo en la de Capraria independientes, que se hacían entre sí cruda guerra; que en Ningaria existían quince distritos pero subordinados a un solo jefe, como en Canaria, que ejercía sobre ellos un poder absoluto; y que las islas en donde se presentaban mayores vestigios de civilización y cultura eran Canaria y Tenerife, lo cual se revelaba tanto en la afabilidad de sus moradores como en sus instituciones civiles y religiosas.

Continuaron los escritores árabes haciendo mención de estas islas, a las que denominaban *Al-Kaledat*, o sea, *Eternas*; mas en sus obras no aportan nada realmente digno de mención. Copiaban de anteriores civilizaciones y dejados llevar por su genuina fantasía narraban increíbles hechos sobre las Afortunadas.

El célebre escritor Edrisi habla extensamente acerca de las islas; él es quien primeramente relata la expedición salida de Lisboa por aquellas épocas remotas con objeto de penetrar los misterios que ocultaba el océano. Se refiere a ella de esta forma:

*Salieron los Maghruinos de Lisboa, deseosos de averiguar los arcanos del Atlántico y sus límites. Reuniéranse previamente en número de ocho, todos primos hermanos. Y después de haber construido un buque al efecto, se embarcaron llevando agua y víveres en abundancia para prolongar su navegación muchos meses, dándose a la vela al primer soplo del viento del Norte. De este modo navegaron once días, poco más o menos, hasta llegar a una parte del océano cuyas aguas espesas exhalaban un olor fétido, ocultando numerosos arrecifes casi a flor de agua. Temiendo naufragar, cambiaron el rumbo y se dirigieron al Sur durante doce días, abordando por fin a la isla de los Carneros, así llamada por los abundantes rebaños que allí pastaban sin que nadie los guardase. Al desembarcar en esta isla encontraron un manantial de agua cristalina e higueras salvajes. Cogieron y mataron algunos carneros cuya carne era tan amarga que les fue imposible comerla, de modo que solo aprovecharon las pieles. Seguidamente navegaron*

varios días más, descubriendo al fin una isla que parecía habitada y en cultivo, a la que se aproximaron para averiguar lo que hubiese de curioso en ella, pero de pronto se vieron rodeados de lanchas, quedando todos prisioneros y siendo conducidos a una población que se levantaba a orillas del mar. Lleváronlos para mayor seguridad a una casa en donde había hombres de gran estatura, de color rojo y caldeado y cabello lacio y mujeres de extraordinaria belleza. En aquella casa estuvieron tres días y llegando al cuarto se les acercó un hombre que hablaba la lengua árabe.

-Salud, extranjeros. ¿Quien sois vosotros? ...

Los Maghruinos contemplaron admirados a aquél que los interpelaba. -¿Cómo? ... ¿Hablas nuestra lengua? ... ¿Eres acaso nuestro hermano y estás también prisionero? ...

-Soy natural de este país, pero conozco vuestro lenguaje pues otros extranjeros han estado aquí antes. Pero, contesta a mi pregunta.

-Somos árabes de Lisboa. Todos descendientes del Gran Salem Al-Medick.

-¿Y a que habeis venido a esta tierra? ...

-Salimos de nuestra patria con rumbo desconocido... Y los vientos nos trajeron hasta aquí.

-Bien. Y, ahora, mi señor el guanarteme quiere conoceros y hablaros; pero nada temais de él, que es noble y generoso.

Dos días después eran los extranjeros presentados al rey del país, quien los trató al principio benevolamente.

-¿Con que, sois árabes de lejanas tierras? ... Pregúntales, Guaniter, que fines persiguen.

Uno de los Maghruinos, al ser traducida la pregunta, contestó:

-Ya te lo dijimos el otro día, ¡oh, intérprete! ... Nos hemos lanzado al mar con el deseo de averiguar lo que en él de raro y curioso pueda haber, así como para intentar conocer sus límites.

Cuando el guanarteme escuchó la traducción de la respuesta del árabe, soltó a reír. Luego habló al intérprete:

-Dile a esa gente que mi padre envió en otro tiempo a algunos de sus esclavos a reconocer el océano y en habiendo embarcado y navegado durante un mes, les faltó la luz de los cielos, viéndose obligados a renunciar en su inútil tentativa. Diles también que aquí serán tratados con cariño, porque deseo que formen una buena opinión de mi carácter y del de los nuestros.

Y así fue hecho, en parte. Volvieron los árabes a su prisión y allí permanecieron hasta que, soplando vientos del Oeste, se les vendó los ojos, los colocaron en una lancha y les obligaron a bogar durante largas horas. Continuando de este modo tres días y tres noches llegaron a una tierra en donde fueron desembarcados con las manos ligadas a la espalda y se les abandonó en el más triste y lastimoso de los estados, en la orilla. Así permanecieron hasta el amanecer, atormentados con las ataduras que les atenazaban los brazos. Y entonces, oyendo cerca risas y voces de hombres, comenzaron a gritar:

-¡Auxilio! ... ¡Socorro! ...

-¡Aquí, aquí! ...



-!Ayuda, por Alá!...

Las voces de los viandantes se aproximaron.

-Pero, ¿Qué es ésto?... ¿Cómo aparecen así estos hombres?... Ayudémoslos, desatándolos primeramente.

Los habitantes de aquellas tierras, viendo a los extranjeros en tan miserable estado, les prestaron la ayuda que necesitaban, haciéndoles así mismo diferentes preguntas; a las que contestaron ellos con la relación de su viaje y sus desventuras.

Aquéllos que tan caritativamente socorrieron a los Maghruinos eran bereberes y uno de ellos les dijo al fin:

-¿Sabeis vosotros a que distancia os encontrais de vuestra patria?... Entre este lugar en que nos hallamos y el vuestro hay dos meses de camino.

-!Oh, Alá!... !Wasafi!... !Wasafi!... !Wasafi!....

*El repetido lamento quería decir: !Ay de mí! . Y desde entonces se conoce el lugar en que dejaron a aquellos árabes les canarios, con el nombre de Asafi o Safi. Este puerto está situado al extremo de Occidente en la costa africana.*

Tal es el episodio de la llegada de los Maghruinos de Lisboa al archipiélago canario. Varios autores lo citan, aunque hay investigadores en la actualidad que dudan mucho de esta visita hipotética y prescinden de relato tan pintoresco que de las islas y su guanarteme y habitantes se hace, así como de las lanchas y barcas, que todavía no se ha logrado probar usasen ni conociesen los isleños.

Por último, aún debemos de añadir que tanto en la narración de la expedición de Ben Farroukh como en la del accidentado viaje de los árabes lisboetas se trasluce el sabor de escritos latinos copiados libremente.

## CAPITULO IV

### Expediciones a las Canarias en el siglo XIV.

Siglo XIV de nuestra Era.

Todavía la existencia de las Canarias se encontraba envuelta en nieblas de fantasía y leyenda.

Como ya hemos dejado dicho en los capítulos precedentes, hasta este siglo XIV, poca veracidad aporta la historia con documentos que atestigüen los viajes realizados en distintas épocas, si es que algunos de los relatados se llevaron efectivamente a cabo, Tampoco se han encontrado escritos fehacientes, que nos hablen con verdad de muchos de los que se realizaron en el siglo XIV. No obstante, ya en el anterior, a partir del año 1280, las islas Canarias habían sido repetidamente visitadas, cosa comprobada en la actualidad aunque no muy claramente.

Después de los maravillosos y fantásticos viajes de la familia Polo al exótico Oriente, ello atrajo las miras de los mercaderes europeos. Pero las rutas terrestres que llevaban a las lejanas tierras de las especias se vieron interceptadas por algunos hostiles pueblos euro-asiáticos y tales dificultades empujaron a marineros y mercaderes a buscar nuevos caminos, surcando los mares, tratando de rodear las tierras líbicas del continente africano completamente desconocido.

Con el fin de conseguir estas nuevas rutas, los genoveses Vivaldi realizaron dos expediciones: la primera, según algunos autores, allá por el año 1285 y la segunda en el 1291. Los Vivaldi descendieron por el Mediterráneo, rebasaron las famosas Columnas de Hércules y se adentraron en las aguas del océano, siguiendo el litoral líbico.

Poco se sabe de la primera expedición. La segunda iba encaminada a conseguir tres distintos objetivos: el primero averiguar el paradero de los Vivaldi salidos con anterioridad; el segundo llegar a las remotas *Catay* y *Cipango* y el tercero el de localizar al supuesto y confuso reino cristiano gobernado por el famoso *Preste Juan*, posiblemente la actual Etiopía.

Parece ser que en tan arriesgada aventura, estos Vivaldi llegaron a la Guinea y el Senegal.

En lo que atañe a las islas Canarias, lo lógico es suponer que al cruzar entre las más orientales y las costas africanas, descubriesen alguna y hasta reposasen en ella haciendo así mismo nuevo acopio de provisiones frescas.

Estas expediciones, -o al menos su recuerdo- llevaron sin duda a la Europa cristiana noticias del archipiélago canario, dándolo por descubierto una vez más.

Bien por iniciativa propia, bien comisionados por su gobierno, otros genoveses partieron rumbo al Oeste y el Sur, en pos de las huellas de aquellos aventureros Vivaldi. Uno de tales esforzados navegantes - mercaderes, el que más resonancia e interés podía tener para las islas Canarias, fue Lancelot de Maloisel.

Año 1312. Lancelot de Maloisel, de origen genovés, pretendiendo hallar huellas al parecer de sus predecesores, desembarca en la isla del archipiélago canario conocida en la antigüedad con el nombre de Pluitana y que a partir de este desembarco llevó su nombre, *Lanzarote*.

El genovés construyó una fortaleza para recogerse y guarecerse con los suyos, que fue, según datos de un historiador, *...en el puerto de Guanapayo, que casi un siglo más tarde el normando Juan de Bethencourt a su llegada llamó el Castillo viejo*.

Lancelot dominó, si no toda, buena parte de la isla y comerció extensamente con los indígenas permaneciendo en el país unos veinte años, hasta que al cabo de este tiempo fue expulsado según unos autores o muerto, según otros, en un levantamiento de los nativos ayudados para ello por sus vecinos los habitantes de Fuerteventura.

Muy pronto la cartografía de la época consignó el descubrimiento de Lancelot de Maloisel pues unos treinta años más tarde de su desembarco y posesión de la isla, figura ésta por primera vez en un planisferio con el nombre de *Lanzarotus Marocelus*. En el mismo y debajo de la mencionada, la de *Forte-Ventura*. Y en medio la de los *Vescimarini* (Lobos). Un poco más alejadas aparecen la *Insula Canaria*, la *Capraria* y las *Insulle Sancti Brandani sive puellaron*. Todo esto parece demostrar que Lancelot no conoció sino a Lanzarote, Fuerteventura y el islote de Lobos y que los demás nombres fueron tomados de los autores clásicos y de las leyendas religiosas.

A partir de tal planisferio, todos los mapas del siglo XIV y del XV, al representar a las Canarias pintan la isla de Lanzarote en plata y dentro de ella la cruz de gules, que eran los colores y armas de Génova, como signo de posesión de dicha república. Y al lado el nombre *Insula de Lanzarot* así como el apellido del conquistador-descubridor.

En el año 1341 se realiza la primera expedición de los portugueses a las islas Canarias. El relato de tan interesante hecho histórico está contenido en el *Manuscrito atribuido a Boccaccio*, que damos a conocer en el siguiente capítulo.

Consecuencia de las dos expediciones positivamente comprobadas llevadas a cabo al archipiélago y que acabamos de mencionar fue la realizada por los mallorquines en el año 1342 a cuyo mando, el rey de Mallorca puso al intrépido capitán Francesch Descalers.

Casi al mismo tiempo partió otra con igual ruta que traía al

frente a Domingo Gual, formada también por mallorquines en su mayoría.

Los componentes de estas dos últimas expediciones se dice que comerciaron amigablemente con los isleños y aún hay algunos escritores que aseguran haber sido dichos mallorquines quienes iniciaron a los canarios en la religión católica, construyendo dos templos en Canaria y enseñándoles nuevos métodos de construcción de viviendas, mejoras e innovaciones en las artes de pesca tal la de la red, perfeccionamiento de la agricultura, etc... Y también la introducción en el archipiélago de las famosas higueras cuyos frutos tuvieron los aborígenes por uno de sus mejores y más socorridos alimentos.

Años más tarde salió del Mediterráneo el aragonés Jaime Ferrer de quien nunca volvió a saberse con certeza pero se presume hizo al menos un desembarco en la isla de Tenerife, antes de que llegase al Senegal.

También se ha escrito que en este siglo de tanta importancia para la historia futura de las islas, se llevaron a cabo tres expediciones más, misionales y compuestas de aragoneses, catalanes y mallorquines, entre los que venían algunos frailes franciscanos naturales de ellas quienes trasladados anteriormente a la Península como esclavos habían sido redimidos, convertidos al catolicismo y ordenados para a su vez convertir a sus compatriotas.

Abandonada un tanto a fines del siglo XIV la ruta de las Canarias por aragoneses y mallorquines, los sustituyen varias expediciones de diversos reinos peninsulares, con el principal objeto de saquearlas, sin pensar en establecer factorías ni colonizar el país.

La incursión llevada a cabo en el año 1393 fue de las más memorables puesto que los piratas al mando de Pedro Martel abordaron a casi todas las islas y en la de Lanzarote tomaron como prisioneros al rey Timanfaya y a la reina, su esposa, así como a más de un centenar de sus súbditos.

Aunque con algunas controversias, se habla de las visitas realizadas en estos tiempos a la Gomera por el caballero gallego Fernando de Ormel primero y del portugués don Fernando de Soto o de Castro más tarde. De este último se dice que tomó tierra con su gente en el puerto que llamaban *Aipare* en donde estaba un hermano de Almaluige, rey de la Gomera. Este hermano del rey, con solo unos cuantos naturales, intentó oponerse al paso de los extranjeros pero fue muerto por ellos en compañía de varios isleños más. Enterado Almaluige de la entrada en la isla y de la muerte de su hermano a manos de los invasores, reunió a los guerreros y presentó batalla, haciendo retroceder a don Fernando de Soto y los suyos hasta un mortal reducto conocido con el nombre de *Argodey*. Estuvieron los europeos cercados dos días y dos noches, mas el rey gomero que era bondadoso y noble quiso perdonarles allí la vida cuando el caballero portugués parlamentó ansioso con él. Se hicieron amigos extranjeros e isleños y después de varios días de residencia en la isla aquéllos partieron, no sin antes agasajar con variados regalos a quienes tan generosamente les trataran renunciando a la venganza.

## CAPITULO V

### El manuscrito atribuido a Boccaccio.

Una de las más importantes visitas realizadas a las islas Canarias en el siglo XIV y con mayores visos de autenticidad fue la portuguesa del año 1341. Da noticias de ella un manuscrito cuya redacción se atribuye al escritor italiano Juan Boccaccio, siguiendo la narración hecha por Niccoloso de Recco, segundo jefe de la dicha expedición.

Este importante manuscrito aporta una idea bastante difusa de la situación y vida de los habitantes del archipiélago canario en aquellas épocas. Nosotros lo transcribimos a continuación siguiendo textualmente la traducción al castellano que de él se ha hecho. Dice así:

*De Canaria y de las otras islas nuevamente descubiertas en el océano del otro lado de España.*

*En el año de la Encarnación de 1341, cartas llegadas a Florencia y escritas por ciertos mercaderes florentinos establecidos en Sevilla, ciudad de la España Ulterior, fechadas en diecisiete de las calendas de dicho año, contienen lo siguiente: El primero de julio de este año, dos buques cargados por el rey de Portugal de todas las provisiones necesarias y con ellos un pequeño barco, equipados por florentinos, genoveses, castellanos y otros españoles, se han dado a la vela desde la ciudad de Lisboa, dirigiéndose a alta mar, llevando consigo caballos, armas y diferentes máquinas de guerra para tomar ciudades y castillos, en busca de las islas que comunmente se dice haberse vuelto a encontrar. Favorecidos por un viento propicio abordaron a ellas después de cinco días y en el mes de noviembre han regresado a sus casas con el cargamento siguiente: Primeramente cuatro hombres habitantes de estas islas, una gran cantidad de pieles de machos cabríos y de cabras, sebo, aceite de pescado y despojo de focas; madera roja que tiñe como palo de brasil, sin embargo de que los inteligentes dicen que no lo es; además, cortezas de árboles para igualmente teñir de rojo y, por último, tierra encarnada y otras cosas. Habiéndose tomado declaración a Niccoloso de Recco, genovés y piloto de la expedición, dijo que desde este archipiélago a la ciudad de Sevilla había casi novecientas millas, pero que contándose desde el punto que en la actualidad lleva por nombre Cabo de San Vicente, estas islas se encuentran mucho menos separadas del continente. La primera que han descubierto (Fuerteventura), tenía ciento cuarenta millas de circunferencia; toda ella era una masa de piedra, inculta pero abundante en cabras y otros animales, muy poblada de hombres y mujeres desnudos que se asemejaban a los salvajes por sus modales y costumbres. Añade Niccoloso que tanto él*



compañeros hicieron en esta isla la mayor parte de un cargamento de pieles y sebo, pero que no se atrevieron a internarse en la país. Habiéndose pasado en seguida a otra isla poco mayor que la primera, (Canaria) percibieron a una multitud de sus habitantes que se adelantaban por la playa a encontrarlos; los hombres y las mujeres iban casi todos desnudos, algunos de entre ellos parecían mandar a los otros e iban cubiertos de pieles de cabra pintadas de color azafrán y de encarnado y en cuanto alcanzaba la vista, estas pieles eran muy finas, suaves y cosidas muy artificiosamente con hilos de tripa. A juzgar por sus actos aparentaban tener un jefe a quien manifestaban mucho respeto y obediencia. Todos ellos, mediante señas, daban a entender que deseaban comerciar con la tripulación de los buques y entrar en relación con ella; pero cuando los botes se acercaron a la playa, los marineros no se atrevieron a saltar en tierra, porque no entendían su lenguaje; sin embargo, su idioma es muy dulce y la pronunciación viva y precipitada como el italiano. Cuando los insulares observaron que no desembarcábamos, algunos intentaron llegar nadando a los botes, de los cuales retuvieron cuatro, que son los que han traído. Costeando la isla para darle vuelta la encontraron mejor cultivada por la parte Norte que por el Sur. Vieron muchas casas pequeñas, higueras y otros árboles, palmeras sin fruto, legumbres, coles y hortalizas, así como palmeras. Entonces se decidieron a saltar en tierra y veinticinco marineros desembarcaron armados, examinaron las casas, encontrando en una de ellas cerca de treinta hombres desnudos enteramente, que se espantaron, huyendo en seguida al ver las armas. Los expedicionarios penetraron entonces en el interior y reconocieron que aquellos edificios estaban contruídos con piedras escuadradas con mucho arte y cubiertos de hermosos y grandes maderos. Pero como encontrasen varias casas cerradas y desearan verlas por dentro, empezaron a romper las puertas con piedras lo que indignó a los fugitivos, cuyos gritos retumbaron en los alrededores. Rotas al fin, entraron en algunas casas, encontrando solamente excelentes higos secos conservados en esteras o cestas de palma, como vemos las de Cerena; trigo más hermoso que el nuestro, si atendemos a su tamaño y grueso de sus granos, siendo más blanco. Igualmente vieron cebada y otros cereales que deberían de servir probablemente para alimentación de los naturales. Las casas eran todas muy hermosas, cubiertas de excelentes maderas y de una limpieza tal, que se hubiera dicho que su interior se había blanqueado con yeso, Encontramos también una capilla o templo sin pinturas ni ornamentos; tan solo una estatua esculpida en piedra que representaba a un hombre con una bola en la mano; este ídolo estaba desnudo y traía una especie de delantal de hojas de palma que le cubría sus vergüenzas, cuya estatua sustrajeron y llevaron a Lisboa. La isla les pareció muy poblada y cultivada; produce grano, trigo, frutas y, principalmente, higos. El trigo y otros cereales

lo comen como las aves, o bien, hacen harina que les sirve de alimento, pero no hacen pan y beben solo agua. Saliendo de esta isla vieron otras a cinco, diez, veintey cuarenta millas de distancia, dirigiéndose a una tercera, (Hierro) en la que no hallaron otra cosa que hermosos árboles en gran número, rectos hasta el cielo. De allí pasaron a otra, (Gomera) abundante en arroyos y excelentes aguas, con muchos bosques y palomas salvajes, que comieron después de muertas a palos y pedradas; son mayores que las nuestras y tenían el mismo sabor o tal vez mejor. También vieron muchos halcones y otras aves de rapiña, pero no se atrevieron a adentrarse en el país por parecerles desierto. Luego descubrieron otra isla, (La Palma) cuyas montañas eran muy elevadas y cubiertas de nubes; las lluvias son continuas, si bien la parte que pudieron ver en tiempo claro les pareció muy agradable, creyéndola poblada. Después aportaron a otras islas, algunas habitadas y otras desiertas, hasta trece y cuanto más navegaban más islas veían. El mar que las separa es mucho más tranquilo que el nuestro y de buen fondo para anclar; aunque tienen pocos puertos, todos están bien provistos de agua. De las trece a que abordaron, cinco estaban habitadas, pero desigualmente pobladas. Además, el lenguaje de sus habitantes difiere de tal manera que no se entienden; carecen de embarcaciones para trasladarse de una a otra isla, a menos que atravesen a nado la distancia que las separa. Una de las islas que descubrieron, (Tenerife) tenía algo de maravilloso que les impidió desembarcar. Existe en ella una montaña que, según calcularon, se eleva a la altura de treinta mil pasos o más y que se ve desde muy lejos. Una cosa blanca aparecía en la cima y como toda la montaña es pedregosa, aquella blancura se presentaba con el aspecto de una fortaleza; sin embargo no es otra cosa que un roque muy agudo, rematando su cima en un mástil como el de un buque del que pende una antena con una gran vela latina; esta vela, hinchada por el viento, afecta la forma de un escudo vuelto hacia arriba, ensanchado; luego, poco a poco, se recoge a la par que el mástil, como en las galeras; luego vuelve a elevarse para abatirse y volverse a levantar. Dieron la vuelta a la isla y siempre contemplaron el mismo prodigio y creyendo que era algún encantamiento, no se atrevieron a desembarcar. También han visto muchas cosas que Niccoloso no ha querido referir. Parece que estas islas no son muy ricas pues apenas se han cubierto los gastos del viaje. Los cuatro hombres que han traído son jóvenes imberbes y de hermosa figura; van desnudos y sólo llevan una especie de delantal sujeto con una cuerda a la cintura y del que penden gran número de hilos de palma o de juncos de palmo y medio o de dos, sirviéndoles para cubrir las partes pudendas lo mismo por delante como por detrás, de modo que ni el viento ni ningún otro accidente las descubre. No están circuncidados, tienen los cabellos largos y rubios y con ellos se cubren, llegándoles hasta el ombligo y andan descalzos. Se dice que la isla donde fueron apresados se llama Canaria y está más poblada que las otras. Se les ha hablado en diferentes lenguas y no han comprendido ninguna; no exceden de nuestra estatura, tienen los miembros robustos, son fuertes, muy valerosos, y al parecer, inteligentes. Se les ha interrogado por signos y han respondido

de igual modo como los mudos; se respetan entre sí y uno es superior entre los cuatro, pues le honran con particularidad. El delantal de este jefe es de hojas de palmera mientras que los demás lo llevan de junco pintado de amarillo o rojo. Su canto es dulce, bailan al estilo francés, son alegres y risueños, bastante civilizados y menos rudos que muchos españoles. A bordo comieron pan e higos y demostraron agradecerles el pan, aunque nunca lo habían probado; rehusaron el vino y solo bebieron agua. Comieron el trigo y la cebada a manos llenas y también el queso y la carne, que es de buena calidad y abundante en su tierra; carecen de bueyes, camellos y asnos; en cambio poseen numerosas cabras, carneros y cerdos salvajes. Se les enseñaron monedas de oro y plata, ignorando en absoluto su valor; tampoco conocían los perfumes. Se les mostraron anillos de oro, vasos cincelados, espadas, sables y dieron a conocer no haberlos visto jamás. Su lealtad es muy grande, pues si uno recibía alguna cosa de comer, la dividía entrozos y repartía entre los demás antes de probarla. El matrimonio se practica entre ellos y las mujeres casadas llevan delantal como los hombres, pero las doncellas van del todo desnudas, sin avergonzarse de su desnudez. Cuentan como nosotros, pero colocando las unidades delante de las decenas, del modo siguiente: Uno, nait; dos, metti; tres, ameloti; cuatro, acodetti; cinco, simuseti; seis, sesetti; siete, satti; ocho, tamatti; nueve, alda morana; diez, marava; once, naiti-marava; doce, smatta-marava; trece, amierat-marava; catorce, acodat-marava; quince, simusat-marava; dieciseis, sesatti-marava...

Aquí concluye este interesante manuscrito que se atribuye a Boccaccio.

A pesar de algunas claras inexactitudes y fantásticas exageraciones, naturales acaso en la época en que se realizó el viaje, este documento sitúa con bastante claridad a las islas Canarias en la historia del siglo XIV.

## CAPITULO VI

### Algunos estudios y teorías acerca de la raza canche.

Aún no se ha resuelto satisfactoriamente todo lo concerniente a la raza aborigen que habitaba el archipiélago canario en la época de su descubrimiento y definitiva incorporación a la historia de los pueblos.

Sabios eruditos, tanto a finales del siglo XIX como en lo que vá del presente, canarios, peninsulares y extranjeros, se ocuparon extensamente de tema tan apasionante y sin haber alcanzado la completa verdad, sus estudios han aclarado en gran parte las lagunas e inexactitudes existentes en los primeros cronistas e historiadores de las islas.

No se logró todavía conclusión definitiva sobre los puntos de origen de aquellos seres que perteneciendo en sus modos de vida al neolítico, llegaron a la baja Edad Media y albores de la Edad Moderna europea en un petrificado salvajismo ulterior.

Antropólogos tales como Chil Naranjo, Verneau y Berthelot que estudiaron con detenimiento y rigor científico a los aborígenes, los catalogaron entre los *cromañoides* que, obligados por repetidas glaciaciones del período cuaternario emigraran desde el centro de Europa a países más cálidos. Está establecido actualmente que una rama del hombre de Cro-Magnon, cuyas pinturas rupestres en las cuevas del Sur de Francia y Norte y Levante de la Península Ibérica admira hoy todo el mundo como documentos primigenios del espíritu creador del hombre, cruzó el Mediterráneo y colonizó las tierras del Atlas, ocupando tal vez los macizos centrales del Sahara.

La raza de *Mechta el Arbi* o *Bereber* cubrió primeramente la Libia y se extendió después por todo el Norte del continente africano, llegando hasta las Canarias.

Repetimos que acerca de los más primitivos habitantes del archipiélago canario surgieron siempre preguntas de difícil, por no decir imposible, contestación.

¿De donde vinieron exactamente aquellos seres que en sucesivas oleadas poblaron estas islas cercanas a las costas africanas? ... ¿Acaso pertenecían al pueblo *numida* que ocupó una parte de la Berbería; eran *camitas* llegados desde el lejano Egipto o *semitas* que avanzaron por ambos márgenes del Mediterráneo milenario, cauce de numerosas civilizaciones en constante migración? ... ¿Qué medios emplearon aquellos pueblos para su desplazamiento final desde costas mediterráneo-europeas o africanas? ...

Simple conjeturas, arriesgadas hipótesis y muy dispares teorías se han establecido a lo largo de los años para tratar de aclarar este perenne misterio.

Según los últimos estudios realizados muy científicamente, casi todos los investigadores del tema se inclinan por considerar que hubo hasta cuatro oleadas emigratorias bien definidas de las más importantes, de pueblos que se desplazaron hacia el Oeste, en un pretérito no superior a los 2000 años antes de Cristo. La más primitiva que parece ser pobló varias y no todas las islas del archipiélago, puede remontarse a 1700-1500 años a. de C., llegada a través del Sahara, tal vez como un resto o prolongación de aquellas civilizaciones que dejaron su impronta de pinturas y grabados rupestres en el Tassili, cuando la zona era una amplia región recubierta de lozana vegetación y habitada por los *masesios*, de cultura neolítica pastoril.

Se supone que alrededor del milenio a. de C. y a través de las costas de la Berbería hubo una migración, no muy numerosa, a estas islas Canarias, que absorbió a la raza considerada casi como autóctona, si es que quedaba algo de ella, aportando la cultura de las cuevas confortables escurbadas en la toba volcánica del país.

Una tercera oleada, proviniente acaso del extremo más oriental del Mediterráneo y que traía, sobre todo en su cerámica, claros exponentes de cultura *cretense* arribó al archipiélago, siendo en la isla Gran Canaria en donde sus vestigios se hallan hoy más perceptibles. También debió de llegar con este grupo la técnica de la construcción de poblados semi-ciclópeos. Sin embargo, las gentes que componían esta invasión que, como las otras se pierde en la bruma de los tiempos, debieron de ser escasas concluyendo casi en el exterminio debido al completo aislamiento en que vivieron.

La cuarta estudiada y supuesta migración procedió de la Libia a través de la Numia romanizada y en época relativamente reciente, posiblemente en los primeros años de nuestra era porque cuando Juba II reinó en la Mauritania, como queda dicho, del 30 al 25 a. de C. y envió una expedición a recorrer y reconocer las fronteras de sus dominios, tuvo noticias de que las islas aparecían deshabitadas, aunque con restos en algunas de ellas de edificaciones.

Fue esta invasión la del pueblo que se denominó *guanche*, gentilicio aplicado a sí mismos por los habitantes de Tenerife y muy posteriormente extensivo a todos los indígenas del archipiélago. Estos guanches traían una civilización avanzada, con reminiscencias ancestrales del antiguo Egipto y otros pueblos, ya desaparecidos, de las márgenes del Mediterráneo. Fue la que con sus peculiares formas de vida perduró en un neolítico tardío hasta bien avanzado el siglo XIV, perfeccionando en esta dilatada vivencia sus sistemas sociales, religiosos y culturales aunque retrocediendo a la Edad de Piedra por carecer las islas de metales. Este grupo netamente *cromañoide* que pertenecía a las *razas atlánticas*, desconoció objetos fundamentales en todas las civilizaciones a partir del neolítico tales como el arco, la flecha y la rueda. Aunque tal desconocimiento no desdice de lo

avanzado de su cultura sino que evidencia lo atrasado de sus técnicas. Y ello acaso se explica porque en la fauna autóctona no hubo verdaderas fieras o animales dañinos que mereciesen constante persecución y exterminio. En cuanto a la rueda, lo accidentado del terreno eminentemente volcánico había de hacer el desplazamiento rodado casi imposible.

Otro enigma todavía no desvelado es el de que si las razas diversas que vivieron en el archipiélago conocían signos alfabéticos para comunicarse entre sí por medio de la escritura. Los grabados rupestres hallados en lugares geográficos distantes como en el Julan del Hierro, en Belmaco de La Palma y en el Barranco de Balos en Gran Canaria dicen de cultura avanzada, mas no revelan por quien o cuando fueron inscritos; si bien en alguna ocasión se ha pretendido hacer aparecer estas misteriosas líneas como realizadas por gentes llegadas esporádicamente a las islas en el período de desconocimiento total de ellas en la Edad Media europea. Y también, con más o menos fantasía, se quiere vez en estas pinturas y grabados parietales, símbolos mágicos de la religión isleña. Todavía se conservan, aunque desgraciadamente en muy mal estado, algunas pinturas rupestres interesantísimas que, como las de la *Cueva Pintada* de Gáldar, dicen de la existencia en el pasado canario de un pueblo imaginativo y creador.

Los bereberes que ocupaban la parte norte y occidental de Africa, terminaron mezclándose con los negros, con los aborígenes *libios* y con los *mediterráneos*, más pequeños y morenos formándose así razas mixtas y lenguas y culturas diferentes que cuando más tarde se incorporaron al mundo árabe perdieron su hegemonía. Se ha sacado de esto la conclusión de que los *guanches* llegaron, si, a través de la Berbería pero mucho antes de que los bereberes se mezclasen con otras razas.

De la fusión y aun absorción efectuada entre los más primitivos habitantes de las islas Canarias con la migración *guanchinesca* surgió la semejanza de caracteres etnológicos y lingüísticos que actualmente se aprecian en los estudios de comparación entre el pueblo canario y el de las cercanas costas del Africa atlántica. Dichas analogías raciales con los nómadas de Tarfaya, Ifni y Sahara Español han sido estudiadas por profesores españoles y muy especialmente, hace años, por los franceses de la Escuela de Altos Estudios Marroquíes de Rabat. Tanto unos como otros coinciden en mostrar que el origen de las culturas africanas ha influido en el régimen de vida de los antiguos isleños y se habla de las migraciones saharianas y de la cultura netamente camítica encontrándose muchos vestigios de ello en costumbres de numerosas localidades canarias. El doctor Wölfer nos presenta a la civilización guanche como una rama de la cultura megalítica de estrecho parentesco con la Península Ibérica y el Oeste de Europa más que con la del Sahara y si bien lo hasta hoy investigado parece querer confirmar estas teorías del sabio alemán, existen lagunas y dudas, que progresivamente se intentan cubrir.

Un enigma, de los muchos que la civilización guanche, floreciente en pleno siglo XIV de nuestra Era presenta y de los más fascinantes por

lo que para sugestivas teorías de trasplantes transoceánicos pueda aportar, es el de la navegación en el archipiélago.

Salvo casos excepcionales como el del italiano Torriani que en el siglo XVI compuso una descripción muy documentada de las islas Canarias, ningún cronista ni historiador digno de crédito hace mención al arte de la navegación en el archipiélago, cuando no se niega rotundamente la posible existencia de tal medio de comunicación. Los aborígenes, según se escribía, no temían al mar; al que acudían en sus ritos y plegarias; del que sustraían el mayor porcentaje de su alimento, con palos, redes de juncos y pequeñas e ingeniosas represas, usando las espinas de los pescados como agujas y las conchas de los mariscos como aderezos de diademas, collares y otros adornos. Y practicaban abundantemente el baño y nadaban agilmente...

Sin embargo, los isleños, en apariencia al menos, no conocían la navegación ni aun en sus más toscas y rudimentarias formas.

Se hace difícil de creer ésto, pero era así, al menos por lo que se deduce de las noticias que hasta nosotros han llegado.

Y tuvo que haber algún medio de comunicación marítima entre las islas. Además, no siendo raza propiamente autóctona la que habitó el archipiélago, de alguna forma navegable llegó hasta aquí, no considerado presumible que olvidase del todo los medios de que se valió para su arribada, por más que antiguos historiadores nos faciliten algunas ingeniosas teorías de lo contrario.

¿Cuales fueron estos medios?... Hasta tanto no se realice algún interesante descubrimiento arqueológico que descifre convenientemente el enigma, siguiendo los pasos de quienes desde hace años vienen afanosamente tratando de aclarar este punto oscuro de la prehistoria canaria, debemos de recordar los conocimientos que pueblos cercanos a las Canarias tenían por aquellas fechas de la navegación y que eruditos canariólogos han investigado y escrito en estos últimos años insistiendo sobre tan apasionante materia.

Según un sabio profesor lacunense, las velas de hoja de palma impulsando a troncos de árbol previamente vaciados y en alguna crónica mencionados, se parecen mucho a las empleadas entre las islas de Oceanía para que no se presuman interpolaciones de doctos pero no veraces cronistas. En cuanto a troncos de árbol huecos, no precisamente de drago, se conocen sarcófagos con esta primitiva técnica confeccionados, que pudieron algún día sugerir vehículos flotantes en las aguas del mar, elementales pero seguros.

Hay un sistema igual o más rudimentario que los citados, usado como barco, tanto de llegada de, por lo menos la última migración, como para el contacto que, según reiteradamente se ha insinuado, pudo haber sido el del desplazamiento, acaso forzoso, de gentes que desde el archipiélago canario llegaron al continente americano mucho antes que los vikingos y el mismo Cristóbal Colón. Nos referimos a unas embarcaciones, casi almadrías que, con remos, usaban los *zenatas*, *azanegues* o antiguos bereberes de la costa mauritana que vivían casi exclusivamente de la pesca y aún subsistían

en el Siglo XV y fueron expulsados o absorbidos por los beduinos árabes según relató el viajero portugués Valentim Fernandes, cuya crónica, tocante a aquellos medios transcribimos de una traducción.

*Sus bateles tienen cinco palos de higuera infernal secos, a saber: uno de dos metros y medio de largo aproximadamente y dos en cada costado de dos metros, y estos tres van atados con cuerdas de las dichas redes y quedan por detrás los tres iguales y por delante sale el de en medio más. Entonces atan otros dos palos de un metro y pico a sus costados, bien apretados. En medio de estos palos ponen sus redes o mujer e hijos o cualquier cosa que quieran llevar y él detrás en aquellos tres que salen más, con las piernas de dentro hacia el más ancho. Y en cada mano traen una tablilla de un metro de largura y diez centímetros de ancho, con que reman. Y los que van en la barca van con el agua por encima de la rodilla y así van y no se ahogan. Y de esta manera atraviesan cualquier golfo de aquellas marismas y también corren así toda la costa. Cuando están en tierra luego ponen la barca al sol para que se seque y sea más ligera.*

Según diversos investigadores, existen otras teorías que suponen migraciones, no solamente directas desde el Mediterráneo y costas africanas, sino de la Península Ibérica, de las rocas célticas de Escocia y aun de los fiordos noruegos.

## CAPITULO VII

### Una teoría acerca de la llegada de los guanches a las Canarias.

Infinidad de teorías se han desarrollado a través de los años acerca de la llegada a estas islas de los canarios, como pudieron venir y que medios usaron. En capítulo anterior relatamos lo que al respecto nos contó algún cronista de aquellas épocas; en el presente, a título de curiosidad, vamos a describir una de éstas que con visos de más o menos veracidad se nos há transmitido.

Fue, con caracteres de leyenda, aportada por uno de los mejor documentados y eruditos historiadores de Canarias, el padre Abreu Galindo.

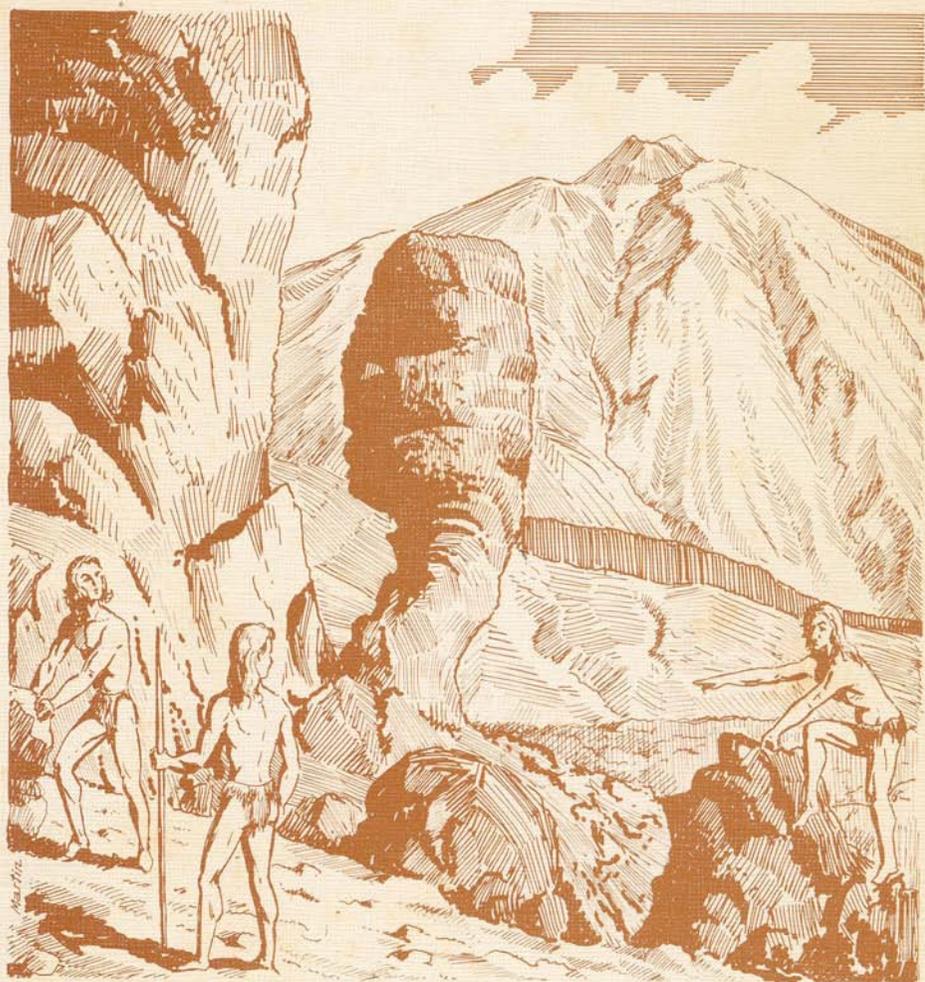
Afirma este autor que existió antiguamente en la biblioteca de la catedral de Santa Ana, *...un libro grande, sin principio ni fin, muy estragado...*, en el cual, tratando del período de la dominación romana en todo el orbe conocido, venía cierta información.

Decía que teniendo Roma sujeta la provincia africana denominada Mauritania y en ella cierto número de presidios a donde eran conducidos y encadenados toda clase de reos del Imperio, los nativos, molestos con aquella imposición de Roma, considerábanse ultrajados. Y cierto día se rebelaron contra los dominadores matando a legados y residentes romanos; esta rebelión era una clara afrenta para Roma y no podía quedar sin ejemplar castigo. Llegaron potentes legiones que pronto consiguieron apagar aquel foco de rebeldía y tomaron represalias crueles para dejar bien sentada su autoridad. A los dirigentes del movimiento los torturaron, decapitándolos al fin y al resto de los habitantes de la provincia les cortaron la lengua, sin respetar a ancianos, mujeres o niños. Manteniéndolos prisioneros, los embarcaron y trasladaron en perpetuo destierro a las cercanas islas que formaban el casi ignorado archipiélago emergente frente a las costas occidentales mauritanas. Realizaron los romanos dos expediciones; una que ocupó las tres islas orientales y la otra las restantes.

Los infelices desterrados quedaron incomunicados del mundo exterior por completo. A pesar de lo bonancible del clima y las riquezas naturales del país, dado es imaginar el estado de aquellos seres que, entre sus muchas desgracias, contaban con la de carecer del uso de la palabra.

Los crueles romanos les habían dejado tan solo escasos víveres y algunas cabras, ovejas y cerdos, pero los mutilados desterrados supieron ser fuertes en la adversidad y poco a poco se fueron adaptando a la nueva vida que en adelante les esperaba.

No tenían medios de comunicación entre las islas y se perdió su unidad, conservando tan solo a lo largo del tiempo las características de



"En el lenguaje guanche, quan significaba persona y achinech isla, así es que quanchinech

la raza común y algunos vocablos afines en el lenguaje, sobre lo que continua Abreu Galindo en su teoría, muy ingeniosamente:

*... Pero de lo que dicen, que los romanos les hubiesen cortado la lengua por haber sido rebeldes a su Senado, conviene dar alguna razón; la cual se colige del lenguaje común de los isleños, cuya pronunciación era hiriendo con la lengua en el paladar, como suelen hablar los que no tienen la lengua libre, a quienes llaman tartamudos. Y en su lenguaje comenzaban muchos nombres de cosas con te los cuales pronunciaban con la media lengua. Ayuda por esta razón el que todos los isleños hayan venido de Africa, para que, no semejándose su lengua con la de los africanos en todo, hayamos de creer que, no teniendo lenguas para expresar sus vocablos ni darlos a entender a sus hijos, inventasen un nuevo lenguaje para que se entendieran, salvo aquellas palabras que con poca lengua pudieran pronunciar; que algunas se asemejan con las de los africanos (de donde habemos inferido ser su nación) y de otras que en el transcurso del tiempo se mudarían y corromperían, como cada día sucede.*

Por los etnólogos se considera a la raza guanche subdividida en dos ramas, a pesar de que sus características generales no ofrezcan rasgos esencialmente diferentes. Pero, como veremos en capítulos posteriores, los mismos naturales lo afirmaban así al hablar de las diversas islas, porque la especie guanche o guanchesca fue la pobladora de las islas occidentales y la canaria (nombre dado por los escritores latinos), la de las tres más orientales.

Sigue diciendo Abreu Galindo que a Lanzarote, Fuerteventura y Canaria arribó la expedición que traía a los componentes de la estirpe berberisca y alega como un dato más de su teoría que éstos y los alárabes vecinos denominaban al igual que los habitantes de las tres islas orientales, a la leche *abo*, al cerdo *yife*, a la cebada *tomosen*, etc. Las otras cuatro islas fueron pobladas por la segunda expedición formada con los restos de las provincias africanas arrasadas.

Con respecto a los vocablos, cierto es el existir gran semejanza en algunos de ellos, sobre todo en lo referente a la topografía de las zonas que habitaron los *azanegues*. Por ejemplo, Telde, Gomera, Orotava, tienen su igual o muy parecido en nombres de pueblos o comarcas de Fet, Agadir y Marrakex.

## CAPITULO VIII

### Algunos enigmas de la prehistoria canaria.

*Las Canarias son la etapa terminal de las culturas norteafricanas;* esta frase fue escrita por un investigador no ha muchos años. Y, sin embargo, su enunciado es discutible, si nos ceñimos al sentido literal de la misma, máxime en estos últimos tiempos en que nuevos descubrimientos en el estudio de la prehistoria canaria han hecho tambalearse viejas teorías acerca de la raza que habitó durante siglos las islas, con cultura y técnicas propias.

Cierto que los *cromañonenses* canarios pertenecientes a razas atlantomediterráneas del Norte de Africa quedaron en el archipiélago como estancados durante centenares de años. Pero el estudio concienzudo de diversas muestras de su cultura neolítica y eneolítica inducen a creer que no feneció ésta en las islas sino que, de algún modo, aún por determinar exactamente, se extendió hasta el continente americano.

Como, cuando y por quienes esta prolongación de la cultura guanche llegó a tierras de más allá del océano Atlántico son preguntas que todavía no han tenido respuesta fehaciente. Pero si existen pruebas, cada vez más evidentes, de que seres que tuvieron contactos en las Canarias llegaron a tierras incaicas, mayas o aztecas en tiempos imprecisos, posteriores no obstante al comienzo de nuestra Era y anteriores, en mucho, al descubrimiento de las Indias Occidentales llevado a efecto por el genial navegante Cristóbal Colón.

Una de estas pruebas son las llamadas *pintaderas*.

Se ha escrito bastante sobre estas famosas pintaderas, cuyo nombre fué dado por quienes primeramente las localizaron en las cuevas de los aborígenes canarios. Son de forma peculiar, confeccionadas en barro cocido o labradas en madera o en piedra, con unos dibujos geométricos minuciosos, de una riqueza tal en su variedad que puede afirmarse no existir entre los centenares conocidos dos iguales.

Todas las halladas en la isla de Gran Canaria son de muy hermosa temática y reproducen una laboriosa impronta, muchas veces con dibujos, siempre perfectamente geométricos, similares a los pintados en el friso de la Cueva Pintada de Gáldar que alguien denominó *la Capilla Sixtina del arte rupestre canario*.

Muchas de las pintaderas reunidas en el Museo Canario de Las Palmas y en alguna otra pequeña y mimada colección particular presen - tan todavía restos de colorantes, imperando el ocre, el negro y el blanco arcilloso.

Algunos canariólogos dicen que se empleaban como cuños de propiedad, al estilo de aquellos con que, sobre cera o laca, imprimían los reyes y nobles de la Edad Media europea y eran sus sello-anillos. Otros opinan que fueron sellos marcadores de silos, ganados, cuevas, etc., también como símbolo de posesión. Y otros más, la mayoría, se inclinan por suponer que eran usados por los canarios para tatuarse, cosa muy probable pues numerosos cronistas destacaron el detalle de ir los aborígenes tatuados profusamente, tanto a la guerra como a otras aparatosas reuniones comunales. Muchos de estos útiles ofrecen la particularidad de estar perforados en su empuñadura, lo que ha inducido a creer que acaso los llevasen colgados al cuello como amuletos.

Pues bien; estas pintaderas son las que, tal como más arriba indicamos, después de hallárselas en cantidad en Gran Canaria, aparecieron por tierras americanas, lo que demuestra que de alguna forma ignorada pero presumiblemente a través del océano Atlántico fueron hasta allá llevadas por audaces y arriesgados navegantes. No cabe pensar en un recorrido desde el centro de Asia, que fue su cuna, al Norte de Europa pasando por el estrecho de Bering a Alaska, Canadá y Estados Unidos pues jamás se han encontrado en estos países salvo en el Sur de Norteamérica instrumentos como del que estamos tratando. En dirección Este, desde el Asia Menor, tan solo han aparecido hasta la fecha y en muy escaso número por la India y el Japón, ignorando nosotros de otras zonas de la tierra en donde pueda haberse hallado algo similar. Su avance, concretando y según todos los estudios llevados a cabo sobre el tema, es desde el Oriente Medio preferentemente hacia el Oeste y escasamente hacia el Este, siguiendo en líneas generales los márgenes del Mediterráneo, al compás de civilizaciones que aparecieron y se esfumaron en el tiempo pero con un nexo cultural afín a todas ellas.

Continuando con la exposición de algunos enigmas que atañen a la prehistoria canaria, veamos otros más que inducen a pensar muy seriamente en la hipótesis esgrimida reiteradamente de que gentes neolíticas de razas atlantomediterráneas, probablemente guanches, llegaron al Nuevo Continente mucho antes del descubrimiento oficial del mismo en el año 1492.

La situación privilegiada del archipiélago canario como una punta occidental de Europa y Africa adentrada en el Atlántico, en medio de las portentosas corrientes que giran en cálidas o frías oleadas y continuo desplazamiento desde las costas de Florida a la Gran Bretaña, acariciado por vientos alisios que soplan constantes en ciertas épocas del año, además de otros diversos factores, lo convierten en trampolín ideal, en principio de etapa para la ruta de América.

En capítulo anterior, hemos hecho mención de algunos posibles medios de navegación conocidos por los isleños, teniendo presente en todo momento la teoría, cada vez más arraigada, de que seres llegados desde las orillas del Mediterráneo o a través del Sahara y en tiempos remotos,

alcanzaron las riberas de la todavía desconocida América, influyendo de algún modo en las culturas de la raza que ocupaba buena parte de aquel extenso continente.

Las sagas de los pueblos nórdicos primero y después el Diario de Colón así como diversas crónicas de quienes lo siguieran, nos hablaron de lo azarosa que resultó siempre la travesía marítima del Atlántico. Bien podemos imaginar los peligros constantes a desafiar por unas gentes audaces que se adentraron en el tenebroso mar y llegaron, muy presumiblemente a dejar impronta de sus conocimientos y sus hazañas entre los indios. Pruebas de esta portentosa aventura no las hay por lo de ahora fehacientes, pero son tantos los detalles significativos que se nos ofrecen al estudiar culturas de uno y otro lado del Atlántico que nos vemos inclinados a creer en estas pretéritas, casi inverosímiles migraciones marinas.

Son varios los autores que desde hace tiempo y en concienzudos estudios se han ocupado del tema. Nosotros pretendemos aquí referir algo de lo que hasta la fecha se ha teorizado y expuesto.

Ya hemos estudiado aunque, naturalmente de muy somera forma, lo que se ha dicho acerca del enigma de las pintaderas canarias cuyos esporádicos hallazgos se rastrean desde el Oriente Medio hasta el archipiélago Afortunado y luego se extienden a tierras del Nuevo Continente. Otros enigmas que a continuación damos a conocer se suman a éste:

La técnica de la cerámica fue común a casi todos los pueblos de la antigüedad porque en el período de transición que hubo entre el Neolítico y la Edad de Los Metales, al convertirse paulatinamente los hombres, de cazadores y pastores nómadas en agricultores, surgió aquélla como un elemento necesario de la vida cotidiana y comunal. Se confeccionó con barro y arcilla, no tan solo el utillaje doméstico sino también el considerado como un elemento más de ritos religiosos, ornamentos diversos y representaciones idolátricas para el culto. Es el estudio de la cerámica en alguna de las enunciadas aplicaciones la que lleva a la conclusión de que este elemento cultural pueda ser un punto más de conexión entre el Viejo y el Nuevo Mundo, pasando acaso para ello a través de las Canarias.

Como apoyo y colofón de todo lo que al respecto comentamos, en el presente capítulo citamos los casos de los vasos con mango-vertedero y las esculturas de figuras femeninas perniabiertas.

Las vasijas o vasos de barro cocido, conocidas en alguna isla del archipiélago canario con el nombre de *gánigos*, aun siendo afines a toda la cultura neolítica, se presentan con carácter singular en la ruta que nos interesa destacar pues los utensilios de éstos examinados ofrecen la particularidad de estar adicionados con asas o mangos huecos que hacían el servicio de vertederos del líquido contenido en sus singulares configuraciones.

Se han venido detectando los hallazgos en el orden cronológico y de perfeccionamiento que a continuación mencionamos: los más antiguos en la Elam prehistórica cuya civilización llamada de *Susa* por su legendaria

capital, se pierde en la bruma de los tiempos. Luego aparecieron vasos de este tipo en Creta, en las dos márgenes del Mediterráneo, siempre en dirección Oeste, hasta llegar al archipiélago canario... Y prosiguió su pista por tierras americanas, en constante proceso de perfeccionamiento, hallándose verdaderas obras de arte, decoradas con profusión de dibujos geométricos, desde el Yucatán y la Florida hasta más abajo de Venezuela, siendo la cuenca del Amazonas uno de los mayores y destacados yacimientos de estos vasos con mango-vertedero.

En cuanto a la figura femenina sentada, con las piernas muy abiertas, destacando generalmente con exageración el sexo y el abdomen, que en diferentes civilizaciones arcaicas fué venerada como la *Diosa Madre* o *Diosa de la Fecundidad*, es contado el número de estatuillas que se encontró en Canarias, de apenas unos centímetros de talla, generalmente sin brazos ni cabeza. Estas esculturas, confeccionadas casi siempre en barro aunque haya algunas de piedra y madera, al igual que los vasos con mango-vertedero y las pintaderas, aparecieron siguiendo el proceso Este-Oeste, comenzando en la Mesopotamia y desplazándose a Creta, por el Mediterráneo y aún tal vez a través del Sahara hasta las islas Canarias para encontrarse luego en las zonas del Nuevo Mundo, vivero de culturas andinas, perfeccionándose, estilizándose de tal forma que en el orden cronológico fueron metamorfoseándose hasta convertirse en jarras, representando las asas de las mismas como brazos que terminaban apoyados en las piernas muy abiertas.

Y después de la pequeña exposición que hemos trazado acerca de algunos de los problemas que atañen a la prehistoria canaria, la conclusión que queremos destacar es que las islas Afortunadas no han sido estación terminal, ni mucho menos tumba de culturas en el pasado sino todo lo contrario una amplia y generosa plataforma de lanzamiento, una firme puerta de acceso a la propagación de diversas culturas mediterráneas más allá del mar, en la tierra americana.

## CAPITULO IX

### Cultura y religión de los primitivos habitantes de Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote.

Antes de proseguir con estas noticias y episodios de la historia de Canarias, consideramos oportuno el dar a conocer la religión, costumbres y modos de vida de los isleños; es decir, el grado de civilización prehistórica de todo el archipiélago.

Diremos ahora algo de las islas orientales, dejando para el próximo capítulo el hacerlo de las occidentales, indicando de todas ellas lo que un escritor afirmó recientemente: *... que los aborígenes del archipiélago, por lo general, vivían en un avanzado período neolítico, pero que, espiritualmente, a juzgar por el régimen de convivencia que nos han transmitido los cronistas, estaban más avanzados que sus técnicas.*

La isla Canaria, así llamada desde tiempos de Juba II de Mauritania, era conocida por sus naturales habitantes con el nombre de *Tamaran* según algunos de los más primitivos cronistas. Dicho vocablo, al decir de los lingüísticos, significaba *El País de los Hombres Valientes* o *La Tierra de Las Palmeras*; aunque también se ha teorizado que este topónimo sólo lo aplicaron los isleños al Real de Las Palmas.

La flora de la isla era variada y grandes bosques de pinos, acebuches, tilos, lentiscos, palmeras, mocanes, etc., la cubrieron, llegando a ser citada en alguna vieja crónica como *La de las Selvas Tenebrosas*. Árboles frutales fueron, además de las palmeras que proporcionaban dátiles, miel de sus tiernos cogollos y una bebida sabrosa y refrescante, las higueras aportadas, según se dice, por los mallorquines en el siglo XIV.

La fauna terrestre estaba compuesta por las cabras, las ovejas y los cerdos, así como los perros que dieron nombre a la isla y por ende al archipiélago.

Los canarios conocían el fuego, la pesca y la cerámica, mas ignoraban la rueda, el arco y la escritura. Practicaban el viril deporte de la lucha así como la natación y eran grandes andarines y consumados escaladores de riscos y montañas. Eran de buena estatura, bien formados, de tez morena y cabellos generalmente castaños. Ágiles, valerosos y muy nobles en todas sus acciones.

Sobre el vestido de los canarios, se escribió: *... eran unos toneletes hechos de juncos majados y entretejidos, muy justo al cuerpo y que llegaban a la rodilla y ceñidos por la cintura. Y después se echaban encima unos pellejos cosidos muy primorosamente, que llamaban tamarcos;*

en verano el pelo fuera y en invierno el pelo adentro, muy galanos y pulidos. Y en las cabezas usaban tocados de pellejos de cabritos que desollaban enteros y las garras caían por las orejas, amarradas al pescuezo. Y los toneletes y tamarcos y demás vestidos eran pintados de diversos colores de tintas que hacían de flores y hierbas. Y del mismo hábito usaban las mujeres, de pellejos, como refajos altos del suelo. Traían calzados unos pedazos de cueros de cabras atados con correas del mismo cuero crudo.

Sacaban y conservaban el sebo de los animales comestibles.

Tenían cebada, que sembraban arando la tierra con palos a cuyo extremo acoplaban cuernos de cabra; y arrancaban las espigas granadas, golpeándolas, pisándolas y aventándolas con las manos. Tostaban el grano y lo molían con piedras-morteros para hacer el gofio.

Del mar extraían los peces matándolos a palos por las noches, alumbrándose en la faena con maderas de tea encendidas y haciendo uso de unas esteras de junco; a modo de redes. También recogían mucho marisco para comer.

Los higos, los dátiles y la manteca endurecida los conservaban en grandes silos.

Los habitantes de Tamaran se hallaban divididos en tres castas o clases sociales bien definidas: la de los *guanartemes* o realeza de la cual salían así mismo los *faycanes* o Sumos Sacerdotes, las regidoras de *harimaguadas* que eran como vestales destinadas al culto de su dios Alcorac o Acoran y la mayoría de los guayres o régulos de cantones y componentes del Sabor o Consejo Real. La casta de los nobles incluía a los guerreros y personas preponderantes de la isla. Y la clase de los villanos o trasquilados a los que se llamaba *achicaxuas* y que se diferenciaban de los nobles y la realeza porque mientras éstos usaban melena hasta debajo de las orejas, aquéllos iban con el pelo trasquilado, siendo los que ejercían los trabajos artesanos y de pastoreo. Aún había una especie de subclase social, la de los impuros o intocables, que comprendía a los carniceros y ejercitantes de otros menesteres considerados viles.

Los oficios más destacados eran el de albañil, en el que sobresalieron los isleños como consumados alarifes; el de alfarero, realizado casi siempre por mujeres; los de pintor, esterero y curtidor.

La religión canaria fue monoteísta pues creían en un solo dios o ser sobrenatural al que adoraban y que regía los destinos de la isla, denominándole Alcorac y venerándolo en santuarios llamados Almogarenes así como en los *tamogonte Acoran*, cenobios en que residían las *harimaguadas* vestidas de albas pieles dedicadas al culto desde la infancia. Realizaban procesiones a los montes sagrados de *Tirma* en el Norte y *Umiaga* en el Sur; y también acudían en procesión a las playas para, golpeando las aguas del mar con pencas de palmeras y lanzando lamentos, hacer rogativas implorando de su dios la lluvia necesaria y bienhechora. Litaban a la divinidad en lo alto de las montañas, en altares especialmente dispuestos, derramando la leche de las cabras blancas y examinando las entrañas de los cabritos inmolados para dictar agüeros.

Creían en la inmortalidad y eran maestros en la conservación o momificación de los cuerpos. Había idolatría en la isla y los monolitos naturales como el *Roque Nublo* y el *Bentayga* fueron sagrados para ellos y en algunas escavaciones se han encontrado figurillas de piedra y barro toscas, de personas y animales, que a veces insinúan posibles regímenes de matriarcado.

Además de adorar a Acoran convertían su religión en un triángulo; con los vértices que eran el agua, la tierra y el cielo y en medio del cual estaba *El Unico, El Grande*.

Temían mucho a unos espíritus malignos que conocían por *tibicenas* y que decían se les aparecían en forma de grandes perros lanudos.

En su justicia aplicaban la ley de ojo por ojo y diente por diente y ajusticiaban a los reos riscándolos por profundas simas o colocándolos sobre una piedra plana, golpeándolos con otra hasta destrozarlos.

Entre sus costumbres figuraba la prohibición de que en el curso de las guerras desencadenadas entre facciones rivales, casi siempre a causa de los pastos, se hiciera daño a las mujeres ni a los niños; si bien hubo un tiempo, poco antes de la llegada de los castellanos, en que se dispuso que se matasen todas las niñas que naciesen, salvo las primogénitas, debido al exceso que de mujeres en la isla había; mas una mortal epidemia que diezmo la población acabó pronto con tan drástica medida.

Se condenaba el hurtar, el ser irrespetuoso con los ancianos y las mujeres, el adulterio, etc.

La casta noble, la de los guerreros, tenía prohibido confeccionar útiles domésticos o ejercer oficio y ni aun cocinar podía viandas en tiempos de paz.

El tocar a las reses muertas era cosa de impuros.

Gustaban de hacer grandes concentraciones por diversos motivos y en ellas se cantaban melodías en las que por lo general loaban a los héroes de la raza.

Practicaban la clásica *lucha canaria* en terrenos preparados al efecto; los rivales se lanzaban primeramente unas varas como jabalinas, luego cantos redondeados y por fin se enzarzaban en agarradas hasta dar el uno con el otro en el suelo o cuando el guayre presente, que oficiaba de árbitro, gritase: *!Gama, gama!* que significaba: *!Basta, basta!*

Solían apostar entre sí a quien clavase grandes troncos de tea en lo más alto de los riscos.

Sus armas eran el *magado*, también símbolo real, bastón de tea endurecida al fuego; las *amodagas*, especie de dardos con bolas en el centro para mejor manejarlos; las *tabonas*, cuchillos de afilado pedernal; y la *tarja*, rodela defensiva confeccionada con madera de drago o cuero, generalmente. Desconocían el uso del arco y la flecha. Para la guerra se tatuaban profusamente el cuerpo y colgaban del cuello amuletos.

Usaban una especie de sellos de barro o piedra labrada, muy minuciosamente trabajados, conocidos hoy por pintaderas.

Las mujeres se teñían de rojo el cabello y se lo adornaban con juncos entrelazados. Sus joyas y adornos consistían en diademas de cuero con conchas marinas incrustadas y collares de abalorios de barro cocido o piedras perforadas. Las pieles de sus vestidos estaban trabajadas con primor y cosidas con finos nervios de animales por medio de agujas de hueso o espinas de pescado.

La medicina canaria se componía de hierbas y grasa de animales derretida al fuego. Cauterizaban sus heridas echándoles grasa e introduciendo en ellas raíces de juncos machacadas.

Llamaban a la cabra, *aridaman*; *tahatan* a las ovejas y *taguacen* a los cerdos. *Gánigos* a recipientes de barro; *tamazanoma* a la cebada; *azamotan* a un plato compuesto con carne cocida o frita con sebo; gofio a la harina de cebada tostada; a los higos verdes *arejormace* y cuando aquéllos estaban pasados, *tejaunemen* y se guardaban en seras o espuestas de junco llamadas *carianas*.

En la arquitectura canaria prehispánica cabe destacar las cuevas viviendo; las chozas de los poblados semiciclópeos; las cuevas y casas de audiencia; los *tagorores* que eran lugar de reunión del guanarteme con el faycan y los guayres que componían el Sabor; las cistas o monumentos funerarios suntuosos y geométricos; las estelas y las torres troncocónicas que servían para sustentación de los espíritus de los muertos.

A los habitantes de Fuerteventura se les dió el nombre de *majoreros* y a los de Lanzarote *majos*, derivando esta denominación de un vocablo indígena, *Mahoh*, que según algunos cronistas era aplicado indistintamente a cualquiera de las dos islas por sus ocupantes y que quería decir: *La tierra* o *El país*. También se ha dicho que era aquél el nombre de una hierba que abundó mucho allí. Otros historiadores y comentaristas escriben que la definición gentilicia proviene de *mahay*, que quería decir *valiente*; y, asimismo, de *maho*, calzado de cueros atados con correas a pie y pierna.

Parece ser que los habitantes de Fuerteventura conocían a su isla por el nombre de *Erbanne*, alusión a una mítica pared que la dividía. A Lanzarote, los majos la llamaron *Tite-Roga-Kaet*, topónimo indígena de *Las Coloradas*, originario del nombre normando *El Rubicón*.

Abreu Galindo, al referirse a los naturales de estas dos islas, escribió: ...eran *caritativos, alegres, animosos, grandes cantadores y bailadores y la sonata que hacían era con pies, manos y boca, muy a compás y graciosa. Eran muy ligeros en saltos y éste era su principal ejercicio...* Poseían estaturas elevadas y estaban muy bien formados de cuerpo, siendo las mujeres muy hermosas, de cabellos dorados.

Vestían los isleños unas toscas túnicas de cuero hasta las rodillas, con una especie de medias que llamaban *huirmas* y calzado, *maho*, todo de cuero. Usaban los hombres la barba en punta y en la cabeza un tocado de plumas que llamaban *guapil*. Las mujeres se cubrían con largas túnicas y llevaban diferentes tocados en la cabeza, con cintas de cuero teñido y plumas al frente. Las pieles de cabra las cortaban con unas cuchillas

de pedernal llamadas *tafiaques* y sus armas eran palos y piedras.

Araban a mano con cuernos de macho cabrío.

Se dice que adoraban a un dios impreciso elevando las manos al cielo y derramando la leche de las cabras blancas en altares pétreos.

También escribieron los primeros cronistas, que hubo en Fuerteventura, en tiempos prehistóricos, dos mujeres catalogadas como brujas, que se decía eran madre e hija, se llamaban Tamonante y Tibiabin y una ejercía de apaciguadora en las polémicas surgidas y la otra de sacerdotisa en los ritos sagrados.

Los habitantes de estas dos islas se curaban con hierbas y se sajaban con los *tafiaques* cuando algo les dolía.

Eran grandes nadadores y pescaban en el mar los peces matándolos con palos, recogiendo y consumiendo buenas cantidades de mariscos.

Hubo quienes escribieron que los habitantes de Fuerteventura no conocían el fuego y que sus alimentos primordiales eran el pescado, la leche, la manteca, el gofio de cebada y la carne seca tostada al sol; la carne de cabra más sabrosa de todo el archipiélago se ha afirmado ser la de Erbanne, pues a pesar de su aspecto actual seco, fue abundante la isla en aguas y había árboles como palmas, acebuches, etc., arbustos como tarajales y frutos como la cebada, muchas hierbas y olorosas flores.

De cuando en cuando, los aborígenes mayoreros efectuaban rodeos de ganado que llamaban *gambuesas*.

En Lanzarote, sus habitantes lograban el fuego para sus menesteres frotando un espino seco con un cardón esponjoso.

En ambas islas, a los muertos los metían en cuevas, entre muchos pellejos de cabra.

Lanzarote y Fuerteventura se regían por señores, capitanes o reyes, en cuadrillas, que a su vez dependían de un jefe superior. En Tite-Roga-Kaet había un solo jefe o rey al tiempo de la conquista de la isla. Erbanne, tal como su nombre indígena indicaba, estaba dividida por una curiosa y legendaria muralla de piedra de una longitud de más de veinte kilómetros, habiendo un gobernante para cada una de las dos porciones que se conocían por *Maxorata* y *Jandía*, respectivamente.

El código penal en estas islas orientales fue muy severo y sencillo: el individuo que entraba por la puerta en la cueva de su adversario, fuera muerto o matara él, no cometía delito; mas si saltaba pared o empleaba otras disimuladas artes, se le consideraba reo. Admitían el desafío, al que eran muy aficionados, usando para combatir unos garrotes de acebuche que llamaban *teceses*.

La justicia, en Fuerteventura, se ejecutaba en las costas, tendiendo al delincuente sobre una gran laja, en la playa y aplastándolo con otra pesada piedra. Y todos los descendientes del ajusticiado eran considerados como infames.

A los valientes llamaban *Altahay*.

Sus devociones las hacían en edificios llamados *efequenes*, de construcción con doble pared y planta redonda. Sus casas eran de piedra

seca muy fuertes y de entradas angostas y pequeñas.

El rey o gobernante usaba como atributo de su mando una diadema como mitra de cuero de macho cabrío con conchas marinas incrustadas.

Parece ser que, al igual que en casi todo el archipiélago canario, existía en estas dos islas un tributo semejante al *Derecho de Pernada* de la Edad Media europea.

## CAPÍTULO X

### Cultura y religión de los primitivos habitantes de Tenerife, La Palma, Gomera y Hierro.

Tras haber escrito en el capítulo anterior de los modos de vida de los aborígenes de las islas orientales, nos toca hacerlo aquí de los de las occidentales indicando previamente que, tal como hemos venido tratando, procuramos en todo momento recoger estas noticias de los más antiguos escritores, sobre todo de Abreu Galindo, Viana, Espinosa, etc. que nos han dejado en sus crónicas, historias y poemas. También queremos añadir que, según se observará, si bien no ha habido noticias de que existiese una comunicación material directa entre las islas del archipiélago canario, si hubo siempre un nexo espiritual común en aquella cultura neolítica y en la fonética *guanchesco-canaria*.

Tenerife, la Nivaria de las crónicas cristianas, fue nombrada así por sus vecinos los palmeros; ellos la veían distante y misteriosa al naciente. *Tener* en el lenguaje palmero significaba monte; e *ife*, blanco o denieve. Los guanches llamaron Achinech a su isla, que quería decir *País de Echeide*, alusión al *Fuego del Infierno* del Teide.

La flora de la isla, más abundante en el Norte, era variada y merced al clima surgieron grandes árboles, algunas de cuyas especies han desaparecido ya. Entre las todavía existentes, las de los famosos *dragos*, las de los acebuches y de los pinos. Sus cereales eran la cebada y sus legumbres las arvejas. Sus frutas los mocanes, de los que sacaban miel, así como otras variedades silvestres. Hubo cronistas que aseguraron que en Tenerife se conoció el trigo, al que llamaron *yrichen*; aunque hay bastantes dudas al respecto pues tampoco en las restantes islas se supo de su existencia en épocas prehistóricas.

De la fauna terrestre, quienes escribieron sobre ello solo hacen mención de cabras, ovejas y unos perros pequeños. A las cabras llamaron *axa*, a las ovejas *haña* y a los perros *cancha*.

En el lenguaje guanche, *guan* significaba persona y *achinech* isla, así es que *guachinech* decía *hombre de Tenerife*, como escribió el historiador Espinosa, quien añade: *Los guanches del Sur eran de color algo tostado y moreno, bien por traer este color de generación, bien por ser la tierra allí algo cálida y estar ellos tostados al sol por andar casi desnudos como andaban. Mas los de la banda del Norte eran blancos y las mujeres hermosas y rubias y de lindos cabellos...*

Se dice que los guanches eran de notable estatura, ... de muy buenas y perfectas facciones de rostro y disposición de cuerpo.

Se vestían pieles de corderos y cabras, ... a manera de camisón sin pliegues, ni collar, ni mangas, cosido con correas del mismo cuero con mucha sutileza y primor, tanto que no hay pellejero que tan bien adobe los cueros ni que tan sutil costura haga, que casi no se divisa y eso sin tener agujas ni leznas, sino con espinas de pescados o púas de palma o de otros árboles... Las mujeres llevaban debajo de este tamarco unas ropas de cuero.

Trabajaban la tierra con palos y cuernos de cabra. Los hombres araban y las mujeres sembraban. Esta sementera se hacía por los meses de julio y agosto y a tal época llamaban *beñemer*.

Sus alimentos principales fueron la harina de cebada, que llamaban *ahoran*, diciendo a los granos *tamo*. A las arvejas y a las habas decían *acichey*; a la leche *abof*, a la manteca *oche*; *joya* a los mocanes y *chacerguen* a la miel que hacían de esta fruta.

Los guanches, al igual que sus vecinos los canarios, fueron un pueblo eminentemente troglodita, ayudados por el sin número de cuevas naturales formadas en la masa volcánica de las islas. También vivieron en casas de muros semiciclópeos con techos de ramas y barro o de esteras de junco, decorados éstos a veces con variados colores. Las cuevas les sirvieron de graneros así como de amplios panteones o cámaras funerarias.

En esta isla destacaron los nativos en la momificación de sus muertos, para lo cual tenían hombres y mujeres especializados en este menester, quienes, después de muchas delicadas y definidas manipulaciones, dejaban los cadáveres dispuestos de pie contra las paredes de las cuevas o sobre tablones de tea para que los siglos venideros pasasen sobre ellos sin apenas dañarlos. A estos cuerpos mirrados llamaban *xaxo*.

Había entre los habitantes de Achinech varias castas o categorías sociales dentro de la raza común. He aquí lo que escribieron Espinosa y Abreu Galindo al respecto:

*Había en la isla tres estados de gente: hidalgos, escuderos y villanos. A los hidalgos llamaban achimencey a los escuderos cichiciquitzo y a los villanos achicaxana. Al rey llamaban mencey y de aquí que a los hidalgos que proceden de la casa real se les llame achimencey. Decían al rey mencey o quebehí cuando hablaban con él y éste, al viajar, iba siempre precedido de un servidor que portaba la añepa especie de larga lanza usada así como símbolo de mando. Tenían los de esta isla que su dios los había hecho de la tierra y el agua y que había criado a tantos hombres como mujeres y les había dado ganado y todo lo que habían menester y que, después de criados le pareció que eran pocos y que crió más hombres y mujeres y que no les quiso dar ganados y que pidiéndoselo, respondió que sirviesen a esotros. Y que aquellos les darían de comer; y de allí dicen que descienden los villanos, que llaman achicaxana, que son los que sirven.*

Según algunos primitivos cronistas, entre ellos Antonio de Viana, al principio Achinech estuvo regida por un solo mencey y posteriormente

fueron varios, siendo su cargo electivo. Un escritor actual describe de la siguiente forma la ceremonia de la elección:

*Reunidos en el tagoror los aspirantes, la nobleza elegía al futuro régulo y una vez verificada esta elección, el nuevo mencey se sentaba sobre ancha piedra cubierta de pieles, que para ellos era el trono real. A su alrededor, formando anfiteatro, se acomodaban la nobleza de los menceyatos y el Consejo de ancianos. Al entrar algún personaje en la reunión, el nuevo mencey pronunciaba estas rituales palabras: Sansofé, que significaba seis bienvenidos. El más anciano noble tomaba la tibia y la calavera del último mencey fallecido y dándosela a besar la colocaba luego sobre su cabeza. Acto seguido la tibia era colocada sobre los hombros de los asambleistas e inmediatamente prestaban éstos juramento de fidelidad en los siguientes términos: Achoron Nunhabec, Zahoñat Reste, Guañac Sahut Banot Xeraxe Sote, que en opinión del historiador Viana, quería decir: Yo juro por el hueso que tuvo real corona, de imitarte, guardando todo el bien de la república. Usaban también esta otra frase de rúbrica: Agoñec Acoron Inac Zahaña Guañoc Reste Mencey que significaba: Juro aquel día celebrado de tu coronación de ser en todo día de vuestro reino.*

Los guanches creían en un dios abstracto al que llamaban *Achguayer xeran Achoron Achoran*, que quería decir algo como: *Sustentador del cielo y la tierra*, según los citados historiadores. También llamaban a su dios *Achuhuyahan*, que significaba *Grande o Sublime o El que todo lo sustenta*, así como también se le conocía por *Guayaxiraxi*. Y a la Virgen María, cuando la conocieron, la llamaron *Chaxiraxi* que quería decir: *La que carga al que tiene el mundo*. Y al cielo llamaron *Afaman*.

Las sequías pertinaces originaban ceremonias religiosas en las que se juntaban ovejas y cabras con hombres y mujeres, en un lugar dispuesto para ello. Y separando las crías de las madres, alrededor de un gran palo clavado en el suelo, sin comer y gritando todos, clamaban al sustentador del cielo y la tierra para que enviase la deseada lluvia. Creían en el diablo, al que decían *gayota* y lo suponían metido dentro del *Echeide* que era el Teide.

Los guanches se unían a una sola mujer, pero tenían facultad mutua de repudio, pues cuando los casados se separaban, podían unirse a otra mujer, aunque los hijos así habidos eran considerados ilegítimos.

Al hombre llamaban *coran* y a la mujer *chamato*; al hijo *chicua* y a la hija *cucaba*.

Según varios cronistas dijeron, había en Tenerife la costumbre de echar agua sobre la cabeza de los recién nacidos, función que realizaban unas mujeres dedicadas a esta especie de culto. Investigadores modernos dudan de que haya existido tal rito, que, de ser cierto, se aproxima mucho al bautismo cristiano.

Tenían los guanches por precepto que si algún hombre se encontrase en lugar solitario con una mujer, no la hablase o solicitase algo, si ella antes no lo hacía.

Solían untarse el cuerpo con grasa de cabra. Las armas que

usaban eran los cuchillos de pedernal llamados tabonas y las añepas, varas de tea endurecida al fuego. Y dice fray Abreu Galindo:

*Eran tan diestros en el tirar que no erraban a cosa que tiraban. Y cuando tenían guerra, con ahumadas se entendían y con silbos se daban señas desde lo más alto; y el que los oía silbaba a otro y así, en breve tiempo, se convocaban y juntaban todos.*

Los aborígenes de Achinech eran muy aseados en su traje y costumbres. Comían carne, cebada y legumbres, comestibles éstos de que se servían para pagar los trabajos a los que confeccionaban los vestidos, a los alfareros y a los carpinteros y demás artesanos.

La justicia la imponía el mencey en el tagoror, lugar de cabildo o audiencia. Eran benignos en los castigos pues por lo general al reo solamente se le apaleaba con el cetro del mencey.

*No mataban por justicia porque decían que solo a Achuhuyaban pertenecía el castigo. Y si alguno mataba a otro, mandaba el rey traer los ganados del matador y daba parte de ellos que le parecía a la mujer del muerto, si la tenía o a los hijos o a los padres o a parientes y desterrábalo de su reino y guardábase el matador de los parientes del muerto.*

Eran gente de mucha memoria y atino en sus suposiciones y cálculos.

La isla de La Palma era conocida por sus naturales habitantes con el nombre de *Benahoare*, que significaba *Mi patria* en opinión de los antiguos cronistas que de ello hablaron.

Dice un moderno investigador que, ...los moradores de la isla de La Palma tenían caracteres muy semejantes a los de la isla de Tenerife, a pesar de encontrarse en aquella isla vestigios de otros pueblos primitivos, entre ellos los benahoaritas.

El historiador Abreu Galindo, uno de los pocos que se ocupa con más detenimiento de esta isla, dice de sus habitantes: ... *en estando uno de ellos enfermo decía: !Vacaguaré! (Me quiero morir) Luego le llenaban un gánigo de leche y lo metían en una cueva donde quería morir y le hacían una cama de pellejos y le ponían a la cabecera la leche y cerraban la entrada de la cueva, donde lo dejaban morir. Todos se enterraban en cuevas y sobre pellejos porque decían que la tierra, ni cosa de ella no habían de tocar al cuerpo muerto.*

Sus vestidos eran pellejos de cabra y su calzado de cueros de puerco que se liaban a los pies.

Los palmeros, hombres y mujeres, fueron de gran corpulencia generalmente. No conocían cereales, frutas, ni legumbres. Su pan eran raíces de helechos y juncos machacados y granos secos de *amogante*, especie de jara, que molían con piedras. Sus ganados se componían como en casi todas las demás islas, de ovejas, cabras y cerdos. Sus armas eran palos endurecidos al fuego, que llamaban *mocas*. Al pan de raíces de helechos llamaban *xuesco*; a la carne de oveja y cabra *tequevite*; a la de puerco

*atinavina* y a la leche *adago*. Tenían perros pequeños que llamaban *haguayan*. Afirma algún cronista que en la Benahoare prehistórica y aún después de su conquista, se recogía *maná* para el sustento de los aborígenes.

Fue siempre la isla muy frondosa en árboles y abundante en hierbas y flores fragantes, desde las más altas cumbres hasta las recortadas costas. Los dragos eran muy numerosos. Había varias fuentes de aguas muy nombradas, entre ellas la de *Tebexcorade* o *Agua buena*. A las piedras volcánicas, vestigios antiquísimos de la formación geológica de la isla, llamaban *tacande*.

Los palmeros creían en un dios indeterminado llamado por ellos *Abora* que estaba en el cielo, al que decían *Tigotan*. Afirmaban que se les aparecía el demonio en forma de perro lanudo, al que conocían por *Iruene*.

Marcaban los días por las lunas y a ésta atribuían carácter sagrado. Hacían adoración cantando y bailando alrededor de amontonamientos de piedras, sacrificando animales al pie de un gran roque o peñasco, el de *Idafe*, ofreciéndole entrañas sanguinolentas y recitando un canto: *Yiguida Yiguan Idate*, que significaba algo como: *Dicen que caerá Idate*; y otros respondían, también cantando: *Queguerte Yguantaro*, o sea: *Dale lo que traes y no caerá*.

La isla de la Gomera recibió este nombre a través de leyendas y crónicas antiguas procedente de vocablos de distintas lenguas y civilizaciones. Estaba dividida en cuatro cantones, cuyos nombres indígenas eran: *Mulagua* (Hermigua); *Agana* (Vallehermoso); *Ipalan* (San Sebastián) y *Orone* (Arure). Los últimos reyes o señores - a quienes decían *Hupal-* de estos cuatro distritos fueron, respectivamente: Aberberqueye, Aguaboreye, Auhagal y Unchepe.

Los habitantes de la Gomera eran, ... *gente de mediana estatura, animosos, ligeros y diestros en ofender y defenderse y eran grandes tiradores de piedras*.

Acostumbraban los gomeros, para hacer diestros en la lucha a sus hijos, tirarles pelotas de barro para que las esquivasen; luego piedras y por último sus cortas jabalinas. Peleaban con varas endurecidas al fuego y sus vestidos eran algunos cueros teñidos de colorantes, que llamaban *taximaste*. También usaban tamarcos cortos atados al cuello y las mujeres llevaban largas vestiduras que llamaban *tahuyan*, cubiertas las cabezas con una especie de velos de piel de cabritos, así como con capotes de dos faldas; y cueros de cerdo como calzado.

Había en la isla gran cantidad de árboles y arbustos frondosos como el barbusano, el mocán, la sevina, los tilos y los almácigos; mas no así pinos, según se escribió.

Eran los gomeros grandes nadadores y poseían el don de comunicarse entre sí a largas distancias por medio de un lenguaje peculiar de silbidos que todavía perdura. Hasta nosotros ha llegado una frase completa de lengua aborígen, dicha, según la tradición, en un apóstrofe, por la indígena Iballa cuando Hernán Peraza, el Joven fue asesinado a lanzazos: *!Ahehiles, huxagu esaven tames!*, que se traduce por: *!Acórrele! Aque-*

*Ilos van tras él.*

A la isla del Hierro la conocieron sus primitivos habitantes por *Esero*, que significaba *Fuerte*; y otros historiadores dicen era *Aurita*. Los palmeros, poniéndole también nombre, la llamaron *Benaiuate*.

Parece ser que los aborígenes de esta isla vivían en la comunidad más atrasada de todo el archipiélago. Se autodenominaban *bimbaches* o *bimbapes*, siendo aficionados a los bailes y a las canciones tristes, impregnadas de melancolía.

De mediana estatura, se vestían con pieles y sus únicas armas eran una especie de báculos o bastones llamados *banodes* y *tomosaques*.

Tenían por costumbre dar a los recién nacidos raíces majadas y mojadas en leche, que decían *haran*. Comían también frutas como los mocanes y las cerezas y carne cocida o seca, tanto de cabra como de cerdo. Al agua llamaban *ahemon*, a la leche *achemen*, a la manteca *mulan* y a las ovejas *jubaque*.

Los hombres adoraban a un ídolo macho, *Eraoranzan* y las mujeres a una hembra, *Moneiba* a los cuales dirigían oraciones y a quienes suponían residiendo en los altos peñascos. Profesaban gran veneración al cerdo y al demonio, al que llamaban *Aranfaibo* y que se les aparecía en figura de aquél.

Parece ser que toda la isla estaba regida por un solo señor.

Rehusaban las ceremonias y entre sus severas leyes se cuenta que al ladrón sacaban el ojo derecho y si reincidía, lo mataban.

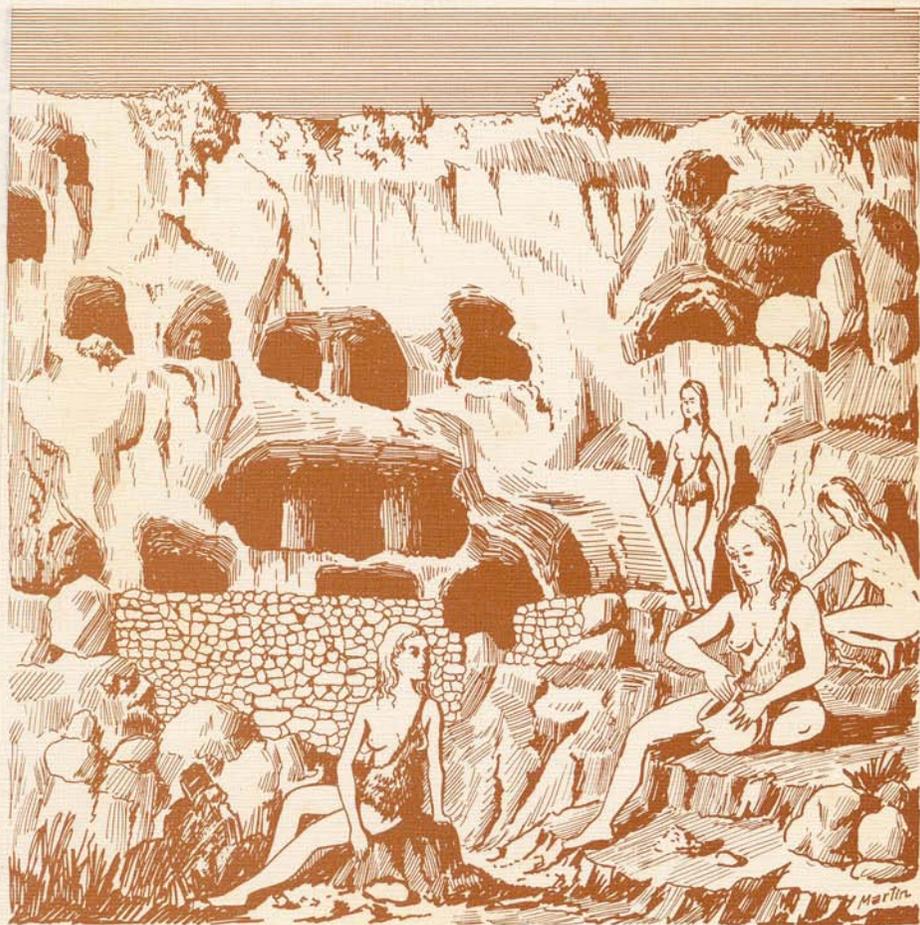
Había en esta isla un *Arbol Santo*, el *Garoe*, del cual hablaremos en capítulo posterior.

Y hasta aquí estas noticias tomadas de los diversos cronistas e historiadores canarios que de las costumbres, religión y modos de vida de los prehispánicos habitantes del archipiélago trataron.

Para terminar, damos a continuación unas estrofas del gran vate Bartolomé Cairasco que en su conocida obra *El Templo Militante* pone como canto a los aborígenes de las islas Canarias:

*En sus costumbres eran los canarios  
prudentes, avisados y compuestos;  
En las batallas, hábiles, astutos,  
valientes, atrevidos y constantes;  
En la verdad y honor tan puntuales,  
que sempiternamente aborrecida  
fue de ellos la mentira y la deshonra;  
Nobles en condición y muy sencillos;  
Nunca tuvieron ídolos, un solo  
Dios veneraban señalando al cielo;  
Lanzas de fina tea eran sus armas,  
tarjas de drago, piedra fulminante  
y espadas de acebuche, que en sus brazos  
no menos que de acero parecían.*

**El traje era de pieles de animales,  
que llamaban tamarco, aderezado  
curiosamente a modo de capilla,  
Eran de mucha gracia las mujeres;  
algo morenas, bellas y piadosas,  
honestos ojos, negros y rasgados.  
Su adorno era de pieles y esterillas  
de palma, artificiosamente obradas...**



## CAPITULO XI

### La prueba del humo. El príncipe de la Fortuna. Juan de Bethencourt.

La primera parte del presente capítulo es una de las pseudo historias más discutidas por los investigadores. Su autenticidad se mantiene en perenne duda. Pero es tan atrayente que no podemos menos de relatar la aventura.

Se dice que allá por el último cuarto del siglo XIV, reinando en Lanzarote el noble y legendario Zonzamas, arribó a la isla un navío castellano, el cual, debido a fuertes borrascas y corrientes contrarias, se vió obligado a torcer su normal rumbo hacia las costas gallegas. Venía al mando de la embarcación el hidalgo vizcaíno Martín Ruíz de Avendaño.

Asombrados los isleños, admirados tal vez con aquella inesperada arribada, recibieron no obstante cortés y agradablemente a los castellanos, agasajándolos y atendiéndolos dentro de la proverbial nobleza y simpatía de que eran poseedores todos los naturales del archipiélago canario.

Zonzamas rogó al hidalgo vizcaíno que se sirviese aposentarse en su propio palacio, un soberbio y enorme castillo construido con duras maderas y grandes trozos de rocas, cediéndole también, en ritual obsequio, a su mujer, la reina Fayna.

Convivieron cierto tiempo los castellanos con los nativos de Lanzarote, colmados siempre aquéllos de atenciones y deferencias.

Martín Ruíz de Avendaño era apuesto y gozaba entre los suyos de galán; también la reina Fayna era joven y hermosa. Así es que no resulta demasiado descabellado el imaginar un romántico idilio entre ambos, bajo la protectora mirada del viejo Zonzamas.

Partió por fin de regreso a la civilización la nave, cargada de productos de la isla, transportando a unos hombres contentos de su aventura, que iban a relatar cosas increíbles acerca de las míticas Afortunadas.

A los nueve meses de la fortuita estancia de los castellanos en Tite-Roga-Kaet, Fayna daba a luz una niña blanca y rubia, ... como el gallardo vizcaíno todavía recordado con añoranza. Siendo las demás isleñas más bien morenas de color, todos los vasallos de Zonzamas reputaron de extranjera a aquella niña que se llamó Ico, negándola, en secreto, su pertenencia a la nobleza.

A la muerte de Zonzamas le sucedió en el trono su hijo Timanfaya. Cuéntase, tal como en anterior capítulo hemos relatado, que por los últimos años del siglo invadió la isla una armada de piratas vizcaínos y sevillanos, en cuya ocasión sufrieron los desprevénidos indígenas la más severa derrota

de su historia porque aquellos piratas recogieron abundante botín en frutos de la tierra, ganados y hombres, llevándose triunfantes a Castilla como prisioneros al mismo rey Timanfaya y a la reina, su esposa entre las otras ciento y pico personas que iban a ser vendidas como esclavos.

Aquella batida de los piratas dió paso al trono al hermano del rey, Guanareme, casado con Ico. Pasados unos años y muerto Guanareme, le sucedió en el trono su hijo Guadarfía. Mas este derecho al trono y legítima sucesión fue discutido apasionadamente. La mayoría del pueblo, conservando latente el recuerdo de los amores habidos entre la reina Fayna y el extranjero Martín Ruíz de Avendaño, censurando el supuesto mestizaje de Ico, se inclinaba al partido de la oposición, considerando sumamente endeble la nobleza dinástica de Guadarfía y nulo su derecho de posesionarse de la corona. Esta denodada y dura oposición que dividía a los isleños, hubiese degenerado sin duda en fratricida guerra si el Consejo de Nobles del reino no terminara tomando una decisión inapelable.

El venerable anciano que presidía el Consejo, habló ante una multitud de indígenas inquietos.

-!Está decidido!... Si ha de reinar el joven Guadarfía, Ico, su madre, deberá someterse a una prueba concluyente que aclare todos los recelos y suposiciones creados.

Y la multitud rugió, con disparidad de opiniones:

-!Muy bién!...

-!Que así se haga!...

-!Eso no es necesario!...

-!No, no!...

-!Sí, sí!... !Que se pruebe su legitimidad!...

El Gran Sacerdote habló a Ico:

-¿Aceptas pues, reina, la prueba que nosotros, los nobles del Consejo y en nombre del pueblo de Tite-Roga-Kaet te designemos?...

La desgraciada Ico, con temblores en la voz, asintió.

-Si, ... Si acepto. Mi verdadero padre fue el gran Zonzamas y no ningún otro, por más que lenguas sucias y malignas hayan comentado siempre lo contrario.

-Bién; en ese caso nosotros, los que componemos el Sagrado Consejo, ordenamos que justifiques tu nacimiento y calidad de noble, ... !Sometiéndote a la prueba del humo!

Entre los asistentes, de nuevo y entremezclados, surgieron clamores de protesta y asentimiento.

Ico, reprimiendo un sollozo de terror, apenas pudo hablar.

-!Ah!.. Haré, ... haré lo que el Sagrado Consejo dispone...

Pero Guadarfía, el joven pretendiente al trono de la isla, saltó indignado al lado de su madre.

-!No!... !No aceptes esa crueldad, madre!

-!Guadarfía!... Tengo que proclamar lo limpio de mi nacimiento. Por tí sobre todo, hijo mío.

-Te suplico que teniegues a ello. Lo que estos hombres piden es tu muerte.

Prefiero no ceñir la corona de un pueblo que desea tal tortura para la que es su reina.

-No te aflijas, Guadarfía. El espíritu de Zonzamas me ayudará en este trance... !Tengo que pasar por él!... Por la memoria de mis padres y por tí...

-Sea así entonces, si esa es tu voluntad. Pero, madre; con mi gánigo, yo derramaré la leche de las cabras blancas en lo alto de la Montaña Sagrada, rogando para que salgas triunfante de esta gran injusticia.

Aceptado el sacrificio, introdujeron a la desdichada Ico, acompañada de tres villanas, doncellas suyas, en un reducido y lóbrego aposento del mismo castillo real.

Ya iban los verdugos a cerrar la puerta para dar comienzo a la inundación de la mazmorra con humo a través de unos agujeros practicados en el techo, cuando se aproximó por allí una vieja mujer.

-No cerreis todavía; dejadme que me despida de mi buena reina y señora...

Uno de los centinelas que cuidaban la operación, trató de oponerse.

-Ya es la hora, buena anciana. No se debe...

-!Es mi señora!...

-Es que las órdenes que...

La vieja continuaba, implorante:

-Por favor... !Te lo suplico, muchacho!...

-Bien, ... Pasa. Pero te ruego que termines pronto. No vayan a sorprenderte ahí mis compañeros y yo pague esta debilidad.

Penetró la mujer en la oscura cámara del suplicio. Ico la miró, sorprendida. Las tres doncellas acompañantes permanecían aterrorizadas en un rincón. Y la visitante habló aprisa, con voz contenida:

-Señora; no hay tiempo que perder. Yo no dudo de que saldrás con bien de este absurdo juicio pues se que eres hija de mi llorado señor Zonzamas. Mas, por si acaso, toma esta esponja y este gánigo con aguafresca que he ocultado entre los pliegues de mi tamarco. Cada vez que den esos hombres de ahí fuera humo, moja la esponja y llévatela a la boca. No pases cuidado y sigue mis consejos... !Hasta pronto, señora!

-Gracias, buena mujer. Haré lo que me indicas.

La utilidad de la esponja pronto quedó demostrada cuando, al cabo de cierto tiempo, fue abierta la puerta del aposento.

Las tres doncellas yacían en el suelo, sin vida. Mas Ico salió como si acabasen de introducirla momentos antes en aquella cámara de la muerte.

Y el Sumo Sacerdote habló al pueblo, convencido:

-!Es verdaderamente la hija legítima de Zonzamas!... El humo lo ha demostrado al respetarla!... Pertenece a la realeza y por tanto así debe de ser considerada y tenida en adelante. Y Guadarfía, el bondadoso Guadarfía, será nuestro rey puesto que de clara estirpe real descende.

Quedó de tal manera indiscutiblemente aclarada la nobleza de Ico. Y con todos los honores fue impuesta a su hijo la corona o diadema de

cuero de macho cabrío adornada con variadas y lucientes conchas marinas.

El historiador Viera y Clavijo termina la relación de este episodio con la siguiente reflexión:

*Guadarfia fue rey. ¿Pero no le hubiera estado mejor el no haber reinado?... Guadarfia fue tan infeliz según el mundo, que vió invadidos sus dominios, sus vasallos rebeldes, supersona presa y atropellada y por último, su reino reducido a una parte de las conquistas de Juan de Bethencourt. Aunque de estos mismos infortunios se sirvió la Divina Providencia para hacerle, con preferencia a otros, el beneficio de atraerle a la verdadera religión, tomando el nombre de Luis, cuando dejaba el de Guadarfia con la corona...*

Y después de este episodio que, repetimos, es muy discutido, pasamos a las notas históricas.

Es la primera mitad del siglo XIV.

Corre el año de gracia de 1344.. La fama de las islas Canarias se desliza por todos los puertos del mundo conocido. Leyendas y realidades se entremezclan en las fantasías aventureras. El vulgo cree que el Mar Tenebroso termina en profundo abismo a donde van a parar las naves que por sus procelosas aguas se exponen.

Las Afortunadas con sus riquezas están aún sin explotar. Los soñadores de fortunas las anhelan. Y es Don Luis de La Cerda, Conde de Claramont, infante español nacido en tierra francesa, quien solicita del Papa Clemente VI ser coronado como Rey de estas ignotas y sugestivas islas Canarias. Rey hipotético de un misterioso país insular.

El Papa, presionado tal vez por el rey de Francia de quien el de La Cerda es protegido y vasallo, otorga título y reinado, con la condición expresa de que sean evangelizados los salvajes isleños. Así lo dice la Bula *Tue Devotionis Sinceritas*, de fecha de 15 de noviembre de 1344.

*...Para la exaltación de la fé y honra del nombre cristiano deseais emplear vuestra persona y vuestros bienes en la conquista de todas las dichas islas, con tal que os sean concedidas por Nos, según lo habeis manifestado y pedido humildemente, y sobre ellas el título y la autoridad por vos y vuestros herederos y sucesores, tanto varones como hembras...*

Según el inspirado Petrarca, testigo presencial, la coronación de Don Luis de La Cerda como *Príncipe de la Fortuna*, llevada a cabo en Avignón, -o en Roma, según otros investigadores modernos afirman- fue fastuosa.

El príncipe solicitó ayuda para la conquista de aquel nuevo reino. Los reyes de Castilla y Portugal rehusaron asistir con recursos a la proyectada expedición.

Y los meses y los años pasan.

Y el rey de un reino sin conquistar aún, fallece, pasando el título a una hija suya casada en terceras nupcias con un caballero castellano de la misma estirpe de los Medinaceli.

Es en estas épocas cuando se suceden las expediciones *yrazzias* a las Canarias.

El Papa Clemente VI, ignorando a los descendientes de La Cerda, en el año 1352 expide dos bulas autorizando al rey de Aragón para una expedición al mando de Arnau Roger.

En el año 1369, Urbano V solicita de los obispos de Barcelona y Tortosa auxilios y provean una expedición de religiosos que se proponen pasar a las Canarias para propagar la Fe de Cristo.

Como ya dejamos dicho en anterior capítulo, se desconoce si estas dos expediciones llegaron a buen fin.

Pasa más de medio siglo desde que el infante de La Cerda fue investido como Príncipe de la Fortuna. Su recuerdo se ha esfumado en las agitadas cortes europeas.

En Castilla reina Enrique III, el Doliente, doliente de cuerpo y robusto de voluntad, como lo describen sus cronistas. A él acude un normando asentado en Castilla, Roberto de Bracamonte; solicita licencia del rey para proseguir las expediciones que los Perez Martel y otros acaban de llevar a cabo. Y cede luego esta licencia o derecho a su pariente Jean de Bethencourt.

!Juan de Bethencourt!... He aquí el hombre, mezcla de soñador y aventurero audaz, bajo cuya férrea voluntad surgirán de la confusión y la bruma legendaria a la historia las islas Canarias.

Estevarón normando, empobrecido en su tierra, se alía con su compatriota Gadifer de La Salle que aporta un buque y armas a la empresa. Hay recluta de gentes ansiosas de mejor fortuna y pronto sale la expedición del puerto francés de La Rochela.

Es el primero de mayo de 1402.

Juan de Bethencourt y Gadifer de La Salle conversan en el puente de la nave que surca el ignoto Atlántico en dirección Sur.

-¿Contempláis como se alejan nuestras penas o la ruta por donde llegarán nuestras venturas?...

-Disfruto de la singladura, después de estos tormentosos días pasados, señor de Bethencourt. Y pienso,...

-¿Que es lo que pensais, Gadifer?...

-En lo que nos pueda aguardar al fin de este viaje... ¿Que sabeis vos de esas islas Afortunadas?...

-Lo que ya os tengo relatado. Que dicen son las antiguas mansiones de los dioses de Grecia y Roma... Que los mallorquines, catalanes, aragoneses y portugueses las han visitado y cuentan relatos extraordinarios de ellas...

-Páreceme una vez más que es mucho lo que arriesgamos y poco lo que sabemos... ¿No estarán al fin del mundo, donde las aguas del mar caen en profundo abismo, arrastrando entre remolinos a las naves que osan adentrarse en este Tenebroso mar?... Tened en cuenta que esos castellanos

y portugueses, sin duda no se adentraron...

-¿Es que mi buen Gadifer de La Salle, caballero valiente entre los valientes, va a creer tales patrañas e ideas de gentes ignorantes?...

-No creo, ... ni dejo de creer. Yo, como sabéis ya, soy hombre de tierra y no de mar. Y esas remotas islas...

-¡Escuchadme! ... Hace años, he oído hablar de un comerciante genovés que comerció con los infieles de las Afortunadas y aun allá vivió varios años. Si ese y otros hombres han logrado comercio, nosotros lo conseguiremos mejor aun al ser dueños de las islas, después de la conquista que ya desde ahora pronostico fácil. Poseemos la nave, sesenta y tantos hombres audaces, armas y comestibles... ¡Nada nos puede fallar, ni obstáculo alguno ha de detenernos!...

-Y una âncora y una chalupa de repuesto... ¡Buena jugada a los malditos escoceses que nos las facilitaron contra su voluntad en el puerto de La Coruña!

-Me inquieta algo lo sucedido en Cádiz... Tenemos enemigos que obran rápidos y falaces... Alguien nos delató. Tal vez de los nuestros mismos...

-De los nuestros, no lo creo. En el puerto gallego de Vivero quedaron los gascones que podían ansiar venganza; más bien digo que alguien, acaso el mismo capitán escocés, envió alarma rápida al puerto gaditano. Pero nosotros, como siempre, salimos también bien librados esta vez.

-Algún día, mi buen Gadifer, retornaremos a la Francia con tan cuantiosas riquezas que nadie osará hablarnos de estos pequeños tropiezos. Yo podré recuperar la propiedades que a mi señor tío, Robín de Bracamont, hube de entregar como resguardo de los dineros facilitados para esta empresa... Y mi joven señora, que ahora languidece entre deudos hipócritas, será la dama más esplendorosa de los salones...

-Y yo, con vuestra venia, reuniré hombres y armas y seré el favorito de reyes europeos al ofrecer una fuerte compañía de mercenarios al mejor pagador...

-La aventura promete ser provechosa. Una vez conquistadas las islas...

Que gran imperio habremos de fundar en medio de este Mar Tenebroso... Los isleños Alfonso e Isabel, que nos acompañan, serán valiosa ayuda para entendernos con esos salvajes... Los abates Bontier y Le Verrier cumplirán su misión de pregonar y propagar la Fe verdadera... Los hombres que llevamos serán las piedras en que se cimente el ejército de las islas... Y vos y yo gobernaremos, comerciaremos y... ¡Nuestra fortuna es segura!

Suena en lo alto la voz del vigía:

-¡Tierra! ... ¡Tierra a proa! ... ¡Tierra! ...

-¡Tierra! ... Ved como emerge de la bruma esa tierra de promisión, mi buen Gadifer. ¡El mar nos la ofrece en esta buena hora! ...

Después de dos meses de arriesgada navegación y variadas peripecias, la expedición normanda llega a las islas Canarias, a principios de julio. Alegranza, Montaña Clara, La Graciosa y Lanzarote han emergido del ignoto mar. Con el acto de echar el ancla en las playas lanzaroteñas da

verdaderamente comienzo la gran aventura de la Conquista. Y con la sumisión de los habitantes de la isla se iniciará una larga época de vasallaje.

## CAPITULO XII

### Guadarfia, rey de Lanzarote.

*Erase una vez un rey, en un país llamado Tite-Roga-Kaet...*

Así daría comienzo el narrador cuando, para recreo e ilustración de sus oyentes, evocase la noble figura de aquel último monarca lanzaroteño, el buen Guadarfia, que fue el prototipo del isleño aborigen. Hombre de recto pensar y proceder, valeroso, noble, sin hipocresías... El último vestigio de una raza que había vivido siglos de feliz ignorancia, hasta que rapaces piratas primero y guerreros ansiosos de conquista y poderío después, dieron al traste con el paraíso canario.

Antes de seguir adelante, debemos advertir que por Guadarfrá, Guadafrá y Guadarfia conocen los historiadores a este personaje de la gesta isleña. Nosotros optamos por usar el nombre que historiadores como Abreu Galindo dan repetidamente, pretendiendo aquí hacer una ligera semblanza del héroe y su tiempo. Y deseamos relatar este episodio de la historia canaria como cuando, en tiempos pasados y al calor de la hoguera, se contaban las proezas de la raza.

Corría el año de gracia de 1402. El pueblo aborigen lanzaroteño todavía recordaba con espanto las razzfas devastadoras llevadas a cabo por hombres rapaces y crueles que hacían despiadadas redadas de personas y animales.

Un isleño de la nobleza hablaba excitado ante su rey, el poderoso Guadarfia:

-Esos extranjeros se están fortificando cerca de la playa. Después de rechazarnos cuando intentamos atacarlos al final del barranco, parecen decididos a quedarse. Traen armas de aquellas que brillan como las aguas cuando les dan los rayos del sol... Y son numerosos... !Intentan quedar se en Tite-Roga-Kaet, Guadarfia!

-Sí; cual lo hicieron aquellos que años ha logramos echar de la isla, según nuestros mayores cuentan...

-¿ Los atacamos de nuevo? ... Los guerreros están emboscados entre las rocas, esperando tu orden.

-¿ Atacarlos? ... No, Ache. Ellos son más poderosos que nosotros. Sus brillantes armas desgarrarían nuestras carnes; y nuestras mujeres y niños caerían en sus manos impugnemente para ser llevados a esos extraños mundos de donde provienen.

Tras una reflexiva pausa, el rey ordena:

-Ache: Dí a los hombres que desciendan de los riscos y abandonen sus palos y tafiaques. Acudiremos a esos extranjeros con paz, para que ellos paz nos otorguen.

Al poblado indígena llegan las embajadas del invasor.

-Noble. Guadarfía: Tú me conoces; yo soy uno de aquellos que los piratas llevaron de esta isla hace años. Soy cristiano, hablo el lenguaje de ellos pero nunca dejaré de pertenecer a Tite-Roga-Kaet, ni renegaré de mi raza. Isabel, mi mujer, también es indígena. Muchas fatigas pasamos en el puerto de Valencia, vendidos como esclavos... Y muchas tierras hemos visto... Aquí estamos de nuevo, a las órdenes del poderoso señor don Juan de Bethencourt; en su nombre te hablo.

-Te reconozco, Atabuche. Tus padres lloraron largamente tu desaparición. Seas bien venido a la isla de tus mayores... Algún día habrás de relatarme cosas de esas tierras que me maravillarán; pero ahora, dime: ¿Que quiere ese señor poderoso que te manda?... ¿Que ideas son las de este ejército tan numeroso?...

-Mi señor de Bethencourt viene en señal de paz y amistad, a comerciar con vosotros. Os regalará con cosas que jamás visteis... Pero desea establecerse en la isla y solicita para ello tu consentimiento. Es noble y poderoso y reyes de grandes tierras de más allá del mar le ayudan y protegen... Con él, tu pueblo vivirá mejor. Si no aceptases,... ¡Las desdichas pasadas bien nos han hecho ver que es peligroso oponerse al poderío del extranjero!

-Comprendo, Atabuche, comprendo... ¿Que otra cosa puedo hacer para conservar en paz el solar de mis mayores?... Dile en su lenguaje a ese señor poderoso que yo, como rey de la isla, me acojo a su protección contra el furor de los piratas que de continuo nos atacan... Dile que yo no puedo ser vasallo puesto que noble ha nacido y noble soy. Sin embargo, a su beneplácito me inclino. Y consiento en que residan en esta tierra y usen de esta residencia como mejor estimen, respetando siempre nuestra libertad y ancestrales costumbres.

El intérprete Alfonso regresa luego del campamento normando y se presenta una vez más a Guadarfía.

-Los franceses dan su palabra de honor de tratarte siempre como príncipe independiente, ¡Oh, Guadarfía!... Así como a tus vasallos y dominios mantendrán en plena libertad. Piden a cambio ayuda para construir una vivienda amplia en donde guarecerse.

La noble condición del rey isleño no podía suponer traiciones de quien tan bien y prometedoramente se llegaba a él. Facilitó hombres y material para la edificación de un sólido fuerte de piedra y barro, al que los extranjeros llamaron El Rubicón.

Los normandos, habiendo tan fácil y pacíficamente conquistado la isla de Lanzarote, pusieron sus miras en la cercana Capraria de las antiguas crónicas, la Erbanne indígena que en algún plebiscerío de la época ya se conocía por Fuerteventura.

Pero cuando los soldados trataron de desembarcar en la isla fueron furiosamente contenidos y rechazados por los habitantes de los reinos de Maxorata y Jandía y Juan de Bethencourt comprendió allí que el tratar de conquistar el archipiélago canario era demasiado bocado para él, en las condiciones en que se hallaba, escaso de hombres, navíos, armas y víveres.

Entre el Bethencourt y el de La Salle decidieron que lo mejor sería trasladarse uno de ellos a Castilla. Los dos jefes normandos suponían que Carlos VI de Francia no habría de escucharlos, puesto que el sostener que las riquezas abundaban en las islas, cuando aún no conocían más que una, resultaba un desatino. En Castilla, sin embargo, pensaban que Enrique III sería sin duda más asequible.

En octubre de 1402 parte Juan de Bethencourt para Castilla con el navío en que se iniciara la expedición, llevando la idea de venderlo para allegar más dineros a la empresa. En el archipiélago queda Gadifer de La Salle como jefe supremo, teniendo a Bertín de Berneal de gobernador del castillo del Rubicón.

De momento los indígenas aceptan bien a los invasores y son numerosas las conversiones y bautizos entre estas gentes sencillas que llevan en sí, con sus sanas costumbres, el germen de la religión de Cristo.

Hay varios intentos de abordaje a Fuerteventura pero todos fracasan porque en una sola chalupa pocos hombres pueden partir en cada expedición y los majoreros no se dejan sorprender fácilmente.

Así pasan varios meses, mientras la traición va fraguándose en El Rubicón y la palabra daba a los isleños es quebrantada con frecuencia.

La rebelión en Lanzarote se perfila, faltando tan solo la chispa que la encienda. Y la chispa salta. Bertín de Berneal es el clásico aventurero audaz, belicoso y cruel, que solo lucha impulsado por sus instintos. Está descontento pues las riquezas que se le prometieran al enrolarse en la aventura, no alcanza a verlas. Se confabula con otros sediciosos y aprovechando que Gadifer se desplaza con un puñado de hombres a la isla de Lobos en busca de cueros para el calzado, hace estallar el motín. El de Berneal y sus compinches roban la chalupa, asaltan las despensas, ya de por sí flacas, matan al que se opone a sus deseos, cometen diversas tropelías más y aprehenden a medio centenar de indígenas para posteriormente venderlos como esclavos en la Península.

Los catalanes y mallorquines visitaban de cuando en cuando, desde el siglo anterior, las costas canarias; unas veces para comerciar, otras, las más, para robar, matar y raptar futuros esclavos.

Uno de estos navíos, al mando de Francisco Calvo, llega en los días del motín y el jefe de los rebeldes no vacila en ofrecer la mitad de lo robado si accede a transportarlos a costas andaluzas. Calvo rechaza indignado tan inicua proposición y, sabedor de la desesperada situación de

Gadifer y sus leales en la desértica isla de Lobos, acude a socorrerlos.

Pero otro navegante aventurero, Fernando Ordoñez, que también llega de arribada en tan crítica hora, menos escrupuloso, toma parte en el negocio y los amotinados abandonan el archipiélago llevándose mercancías y esclavos.

Algunos hombres ocupan la chalupa incautada y naufragan en costas bereberes.

La situación de la naciente colonia es grave.

Y en el palacio de Zonzamas, el rey Guadarfía toma una decisión extrema:

-Yo fié en la palabra dada por el extranjero. Mas ellos no la han cumplido y muchos de los nuestros gimen ahora en esas casas flotantes que los llevan a la esclavitud... !Ya que ellos no dan la paz, hagamos nosotros la guerra! ... !A las armas, al ahay y lucha a muerte al invasor! ..!Tite-Roga-Kaet volverá a ser la isla brava e independiente de nuestros antepasados! ...

Hay varias escaramuzas sangrientas entre los dos bandos.

Gadifer, gracias a Francisco Calvo, ocupa de nuevo el saqueado castillo, pero de poco le vale por cuanto los indígenas, en tenaz y efectivo cerco, no permiten algaradas.

Guadarfía lamenta en su interior estas luchas y derramamientos de sangre. Sin tal vez darse cuenta, el buen rey ha comenzado a conocer la luz de Cristo que allegados le van transmitiendo. Y su ser anhela la convivencia, la armonía y la amistad. Pero su deber como jefe y regidor del pueblo a él encomendado le empuja a guerrear y es el más valeroso, el más audaz de todos los lanzaroteños.

Hay en la isla un hombre ambicioso, un indígena que desea ocupar el puesto de Guadarfía. En sus adentros tacha de impostor y bastardo al rey descendiente de aquella Fayna que hubo amores con el apuesto Ruíz de Avendaño, el vizcaíno.

Ache, soberbio, se considera a sí mismo más legítimo para ceñir sus sienes con la diadema de piel de macho cabrío. Y, alevoso, pacta con el francés. Va ocultamente a entrevistarse con Alfonso, el intérprete: -Hermano Atabuche; dí a tu amo que yo puedo acabar con este estado de cosas, logrando que la victoria sea para él.

-¿Que es lo que pretendes? ...

-Dile al jefe extranjero que es ahora tu jefe, que yo, Ache, sé en donde se encuentra el rebelde Guadarfía y puedo entregarlo... !Si me ayuda él a ceñirme la corona de la isla! ...

Gadifer de La Salle se aviene presto a esta proposición. Con el valeroso Guadarfía encadenado en lo más profundo de las mazmorras del castillo y Ache como jefe aliado, libre del cerco que lo asfixia, la isla volverá a caer entera bajo su mando.

Guadarfía se halla reunido con alguno de los suyos en una cue-

va. Ache, conduciendo a los franceses, lo sorprende.

-Adelante, extranjeros. ¡Este es el hombre!

-¿Que significa este ultraje, Ache?... Mi justicia va a ser...

-¡Quieto, Guadarfía!... Sujétadlo bien. Tu reinado se acabó... Eres un bas tardo y no queremos seguir teniéndote por rey...! Ahora, el rey de Tite-

Roga-Kaet, soy yo!

-!Fore tronc queve!...

Con este *!Ah, malvado traidor!* cae prisionero Guadarfía. Los normandos lo cargan con cadenas y en compañía del leal Alby, lo sepultan en un oscuro calabozo.

Ache reúne de inmediato a sus paisanos.

-Pueblo de Tite-Roga-Kaet... Ahora soy yo vuestro rey. Guadarfía yace prisionero de esos extranjeros. El es un cobarde bastardo, no merecedor de ceñir la corona de Zonzamas, ... por más que la prueba del humo hecha con su madre defendiera su pretendida legitimidad. ¡Oídmelos todos!... Yo he pactado la paz con el invasor...! Pero no aceptaremos esa paz que nos priva de la libertad!... Sacudiremos el yugo vil del opresor y, una vez dueños de sus poderosas armas, ningún pirata logrará arribar a nuestras costas para saquearnos... Tenemos que atacar a los extranjeros cuando ellos más confiados estén. ¡Y los pasaremos a cuchillo a todos!...! Lo mismo que a esos traidores de los nuestros que dicen haberse hecho cristianos renegando de la religión de nuestros mayores!...! Yo, Ache, seré el caudillo que os lleve a la victoria y os retorne a la libertad!...

En el mes de julio de 1403 llega a Lanzarote un navío procedente de Sevilla con ochenta hombres de armas, ballestas y víveres. Es la primera aportación castellana a la empresa lograda por Juan de Bethencourt, quien, después de un accidentado viaje desde el archipiélago a Cádiz y durante el cual se dice hubo de sofocar un motín entre los pocos hombres que lo acompañaban, se trasladara a Sevilla. El buque propiedad de Gadifer embarrancó en unos bajíos del Guadalquivir, pero algo de él se logró recuperar y vender para conseguir dinero.

El normando ha ido a la corte del rey Enrique III. Hasta él han llegado, a través de Francisco Calvo, los ecos de la rebelión en Lanzarote. Y envía el navío del socorro logrado; pero calla. Y pinta al rey castellano un país de ensueños y promisión que pone bajo su régia protección, declarándose él vasallo de Castilla si se le concede ayuda, ... y el señorío de las Canarias.

En la isla, el plan de Ache no dá el resultado apetecido. Los ochenta hombres tan providencialmente llegados hacen fuerte a Gadifer. Y la lucha entre el ambicioso Ache y los extranjeros se generaliza, se extiende inacabable.

En su prisión, Guadarfía medita y hace proyectos...

-!Ay, amigo Alby!... Estas cadenas que nos rodean manos y pies, pesan. Sí; pesan mucho... Y, sin embargo, debemos de arrastrarnos con ellas si

queremos vivir. En este tiempo que llevamos de prisión, he pensado mucho... Tal vez estas cadenas sean el símbolo de nuestra vida venidera, del pelear de la raza... Las arrastraremos con nosotros, perdida la libertad. Y nada ni nadie podrá quitárnoslas...!Nadie!...Ni el traidor Ache conseguirá expulsar al invasor, ni aun tú o yo, que estuviéramos al frente de los althay. Otros extranjeros vendrán con nuevas ideas, nuevos usos y nuevas religiones...¿No has oído a Tabaybe cuando nos trae la comida?... El es ahora cristiano y, sin dejar de pertenecer a la raza, piensa ya de otra forma. Y los que lo imitaron, lo mismo. Hablan de un Dios que, convertido en hombre, luchó y murió en defensa de sus hermanos... De un Dios más grande que el nuestro, más poderoso y también más bueno y justiciero. Los nuestros desertan de las filas de Ache y se convierten en cristianos... Y viven contentos con el francés, asimilando sus costumbres. Y así será siempre... Yo, yo mismo pienso que Tite-Roga-Kaet está acabada. Una nueva raza va a ocuparla, como ocupará esas otras islas que nosotros no conocemos. Y no podré, ni acaso quiera, detener ese nuevo rumbo... A una cosa si me obligo, que mi honor lo reclama. !Hacer justicia con Ache, el traidor!...No culpo a los que acuden buenamente a cobijarse bajo unas innovadoras ideas... Pero a él, que usurpa un puesto que no le pertenece y que traicionó a su rey, he de castigarle!...!El pueblo lo juzgará!... Para eso, tú y yo, mi buen Alby, vamos a huír de esta prisión. !Y pronto!...

El depuesto rey de Lanzarote y su compañero logran romper las cadenas que los aprisionan y escapar del calabozo en que languidecían.

El pueblo isleño torna sumiso a su natural señor y el ambicioso Ache, solo contra todos, es apresado, juzgado y ajusticiado en la playa, lapidado.

Guadarfía ya no hace la guerra al invasor. Con quienes quieren seguirlo, se retira a lo más escabroso de la isla y anda de un lado para otro desconcertado, sintiendo las mutuciones que en sus súbditos realiza el pueblo llegado de más allá del mar.

Y son muchos los isleños que, cansados de estériles luchas, se acogen al beneplácito de Gadifer de La Salle y sus hombres.

A principios del año 1404 retorna Juan de Bethencourt a las islas. Trae consigo tres potentes navíos, hombres, armas y caballos, así como la idea de construir la iglesia de San Marcial del Rubicón, futura diócesis episcopal de Canarias.

Y también trae para sí y los suyos, el título de Señor de las Canarias, concedido por Enrique III, con plena potestad sobre las islas que conquiste, anén de la de Lanzarote, que será en adelante el motivo de continuas discordias entre él y el de La Salle, pues éste se considera traicionado por su compañero de empresa al así dejarlo relegado a un oscuro segundo término.

Los isleños, en su mayoría, ya se consideran vasallos de tan poderoso señor como es y como aparenta Juan de Bethencourt. Solo unos cuantos, con Guadarfía al frente, se mantienen voluntariamente exilados entre las ris-

cadadas montañas del interior. La profunda y mítica Cueva de los Verdes también es testigo de estos últimos días de decadencia...

Y Guarafía titubea en su anterior fortaleza... Y medita.

-Siento dentro de mí dos poderosos y contrarios impulsos. El uno me obliga en esta porfía de mantener en pie de guerra al puñado cada vez más menguado de althay que no se resignan a ver su tierra invadida por seres e ideas ex traños. Y el otro me impulsa hacia la costa, a donde mis vasallos lo son ahora de ese Bethencourt. Ya visten otros tamarcos y ya hablan otra lengua... Y se dejan echar agua sobre la cabeza para hacerse cristianos... ¿Que tendrá esa religión, que tanto atrae?... Nuestras ancestrales costumbres no eran malas... Mas estas nuevas formas de vida las arrinconan, las olvidan... Estoy cansado de oponer resistencias... Sí; descenderemos a las playas y si el jefe extranjero mantiene aún la palabra dada a su llegada a la isla, prefiero ya vivir entre los míos, mas que aquí alejado y solo... ¡Althay!... Nos entregaremos de inmediato al amparo de la nobleza del extranjero.

Y Guarafía se presenta en el fuerte del Rubicón, Y allí es recibido afablemente.

Se le conceden tierras y gentes y como morada el antiguo castillo de su abuelo el Gran Zonzamas.

Es bautizado, haciendo de padrino de pila el mismo Juan de Bethencourt y se le impone por nombre Luis. Luis Guarafía.

Y Lanzarote entra así de lleno en un largo período de vasallaje.

## CAPITULO XIII

### Pedro, El Canario. La Conquista de Fuerteventura.

El episodio de Pedro, El Canario, lo citan varios historiadores, entre ellos Agustín del Castillo. Su autenticidad ha sido muy discutida pues ofrece bastante endeblez si nos atenemos a los hechos en cuanto a las fechas cronológicas en que se dice acaecieron.

No obstante, historia o leyenda, es sumamente atractivo y no podemos por menos de narrarlo, retrocediendo un tanto en el orden de fechas que seguíamos.

Año 1382. El puerto de Sanlúcar de Barrameda era en aquel entonces punto importante de partida para las naves que se aprestaban a surcar las aguas todavía desconocidas del Atlántico, costeano siempre, bien hacia el Norte o a la aventura rumbo al Sur.

De este estuario salió un navío cargado de mercancías, con comerciantes además de la tripulación, en ruta a Galicia y Vizcaya. Pero ya en aguas del Estrecho, más allá de las Columnas de Hércules, corrientes y vientos contrarios ayudados de pavorosa tormenta que se desencadenó, arrastraron a la embarcación en sentido opuesto a su premeditado punto de destino y la adentraron en las bastas soledades del Mar Tenebroso.

Fueron días de mortal angustia para los asustados y suspensos viajeros. No sabían con exactitud el lugar a donde los elementos los conducían, por más que el capitán del navío, el sevillano Francisco López, afirmara repetidamente en inútil intento de serenidad que estaban presumiblemente cerca de las costas de Berbería.

Rotos los mástiles, desgarrado el velamen y con importantes averías en el casco, todos rezaban implorando perdón para sus pecados, seguros de que nada los salvaría de la muerte. Después de varios días de continuos bandazos y zozobras, la noche que estaban pasando sabían que sería la última para ellos.

Ya próximo el amanecer, una impresionante sacudida aterrorizó más si cabe a aquellos infelices. Siniestros crujidos señalaron el principio del fin de la embarcación y fueron muchos los pasajeros y tripulantes que cayeron al agua o murieron aplastados por los restos de maderas y jarcias que se desprendieron en el rudo golpe.

El navío había encallado. Nada se vislumbraba en derredor. Los que pudieron se lanzaron a la impenetrabilidad y negrura de la noche en demanda desesperada de una salvación que parecía imposible.

A la pálida luz que poco a poco anunciaba el amanecer, calmán-

dose por momentos la tormenta, quienes se salvaron de los últimos estertores del navío, nadando afanosos, contemplaron enfrente de ellos y relativamente cerca las costas de una tierra providencial, recubiertas de lozana y tropical vegetación.

Después de luchar todavía con la extenuación que los dominaba, consiguieron los naufragos salir del agua para desplomarse sobre las doradas arenas de una hermosa y prolongada playa.

De las treinta y seis personas que partieran de Sanlúcar de Barrameda, tan solo trece consiguieron escapar con vida en aquel catastrófico viaje.

Desfallecidos reposaban en la arena, recibiendo sus empapados cuerpos los cálidos y vivificadores rayos de un sol que iluminaba tranquila y bonancible mañana. Por lo que aquellos desgraciados podían observar en medio de las fatigas que los agobiaban, estaban en una tierra totalmente desconocida para ellos. Un país de profusa vegetación tropical, entre la que descollaban numerosas palmeras. Montañas de siluetas agudas e informes marcaban el horizonte. Un cristalino riachuelo corría por amplia barranquera, desembocando en la playa después de separar dos pequeñas colinas que por el verdor que las cubría, semejaban trozos de selva impenetrable.

Y allí, en la playa...

-¡Gracias, Dios mío!...!Gracias por salvarnos la vida y traernos providencialmente a estas tierras benditas desde el seno del furioso Océano!...

-¡Por el cielo, que este sol nos está dando nueva vida!... ¿Cuántos logramos escapar de las garras de la muerte?...

-Pocos, ... muy pocos... La mayoría, ... ¡Dios Nuestro Señor los tenga en su santa gloria!...

-¡Amén!

-¡Mirad!... Un grupo de gente se acerca por ese barranco. ¡Son salvajes!

-¡No nos movamos!... No parecen venir en son de guerra... Quizás puedan sernos útiles.

Efectivamente; un grupo de indígenas se aproximaba a los naufragos, habiendo surgido de los márgenes del riachuelo y de entre las palmeras.

Eran canarios. Porque, aquellos castellanos exhaustos habían ido a parar enfrente del barranco Guiniguada, en la isla Gran Canaria.

Los habitantes del país, poco acostumbrados a tales visitas, se asombraron y admiraron ante los extranjeros pero no los atacaron; por el contrario, siguiendo órdenes del anciano que los regía, los cuidaron con todo afecto y caridad, que así de nobles y bondadosos eran.

Transcurrieron algunos años.

Los castellanos convivían amigablemente con los canarios en la isla y les enseñaron varias cosas, entre ellas una mayor perfección en la construcción de viviendas, en el cultivo de la tierra y en las artes de la pesca, introduciendo modificaciones en el uso de las redes de junco.

Entre aquellos trece supervivientes del naufragio habíamos

frailes franciscanos que pronto se dedicaron a dar conocimiento de la verdadera religión a los isleños siendo muchos de éstos, sobre todo niños, los que recibieron las aguas bautismales.

Se erigieron dos ermitas, una bajo la advocación de Santa Catalina en los arenales próximos a lo que posteriormente se conocería por las Isletas y otra dedicada a San Nicolás, en los terrenos que aun hoy en día llevan tal topónimo.

Los castellanos vivían la aventura satisfechos dentro de la desgracia de su destierro. Algunos llegaron a desposarse con jóvenes canarias. Eran estimados y estaban siempre bajo la benévola protección del guanarteme de la isla. Pero aconteció algo que vino a turbar aquella paz, aquella existencia feliz.

Allá por el año 1393, cuando ya iba para once que el navío castellano se destrozara en la desembocadura del Guiniguada, una escuadra compuesta por andaluces, castellanos y vizcaínos salió de Sevilla con intención de piratear, saqueando las costas de Berbería e islas adyacentes.

Estos piratas al llegar al archipiélago canario se dedicaron a tantear el terreno, atacando en golpes de sorpresa que cogieran desprevenidos a los isleños. Tal razzía debió de ser la que en Lanzarote tomó por prisioneros a su rey Timanfaya, a la reina su esposa y a un crecido número de indígenas que trasladados a Valencia fueron vendidos como esclavos.

En cuanto a la isla Canaria, la atacaron repetidamente por diversos puntos de sus costas, enardeciendo estas batidas a los isleños. A causa de una sugerencia lanzada por alguien, principiaron los canarios a temer que los castellanos que convivían con ellos como amigos eran espías que por algún medio convenido de antemano comunicaban con los piratas indicando los puntos más vulnerables de la isla para que aquellos ejercieran su rapacidad. Y tanto fue este temor en aumento que decidieron prenderlos a todos y a continuación ajusticiarlos como a traidores, pese a las protestas de inocencia que los supervivientes del pasado naufragio proferían.

Fueron muertos los castellanos. A los dos frailes, por considerarlos ministros o sacerdotes de aquel Dios similar a Alcorac, los despeñaron con gran pompa por la famosa sima de Jinamar y a los once cautivos restantes, por algún anónimo risco.

Aquí parecía acabar la extraordinaria aventura de quienes partieran años atrás de Sanlúcar de Barrameda y arribaran milagrosamente a las costas canarias; pero no fue así.

Años más tarde, a principios del siglo XV, estando ya en el archipiélago el normando Juan de Bethencourt, mientras éste trataba de conquistar Fuerteventura y aun se trasladaba a Castilla en demanda de ayuda, su colaborador y socio el caballero Gadifer de La Salle se dedicó a recorrer las aguas y costas de algunas islas, en viaje de tanteo e inspección.

Llegó a la bahía de Gando y allí se decidió el normando a desembarcar; pero los marineros, al observar la cantidad considerable de salvajes reunidos en la orilla, no se atrevieron a manejar los botes; pesaroso, aunque comprendiendo que de momento era lo más cuerdo, iba a ordenar la reanudación

del viaje cuando divisó a uno de los canarios, un mocetón fuerte y robusto que, decidido, se lanzaba al agua y nadaba ágilmente en dirección al barco. Mandó que lo ayudaran a subir a cubierta y tanto él como los suyos quedaron admirados al oír hablar a aquel isleño en perfecto castellano.

-¡Señores!... Me llamo Tafetán, pero mi nombre de cristiano es Pedro. Porque soy cristiano e hijo de hidalgo, como vosotros... ¿Quién, de entre todos, es el capitán?... Traigo algo para él.

Y diciendo así, aquel extraordinario jóven extrajo de entre los pliegues de sus vestiduras un zurroncillo de fina piel; después de desatado, los maravillados presentes pudieron apreciar que contenía un rollo de trozos de pergaminos maltratados, escritos en castellano.

-Estas pieles escritas me las dió mi padre, que fue hidalgo castellano y llegó aquí en compañía de otros más, en una casa flotante como esta que ahora pisamos. Aquélla que nombro fue destrozada contra los arrecifes de la costa y mi padre y los demás se quedaron a vivir en la isla, casándose él, según lo manda la religión cristiana, con una noble canaria que es mi madre. Hay aquí más muchachos que, al igual que yo, son hijos de castellanos. Y también muchos canarios bautizados. Pero hace años, unos piratas nos atacaron repetidamente y los canarios apresaron a mi padre y a los otros y tomándolos por espías, los despeñaron... El, antes de morir, me dió estos escritos, diciéndome que los ocultase hasta que llegase una casa como ésta por el agua... Y que se los diese al capitán de ella.

En los pergaminos, efectivamente, a pesar de lo borrosas que aparecían las letras y lo estropeados en general que se encontraban, pudo leerse toda la historia, ya relatada. Firmaba el manuscrito el hidalgo sevillano Alonso Téllez.

-Mi padre me hablaba mucho de ese otro mundo de donde venís vosotros; y antes de morir me rogó, al darme el secreto de estas pieles que, al tiempo de entregároslas, me marchase a su país, que llaman Sevilla.

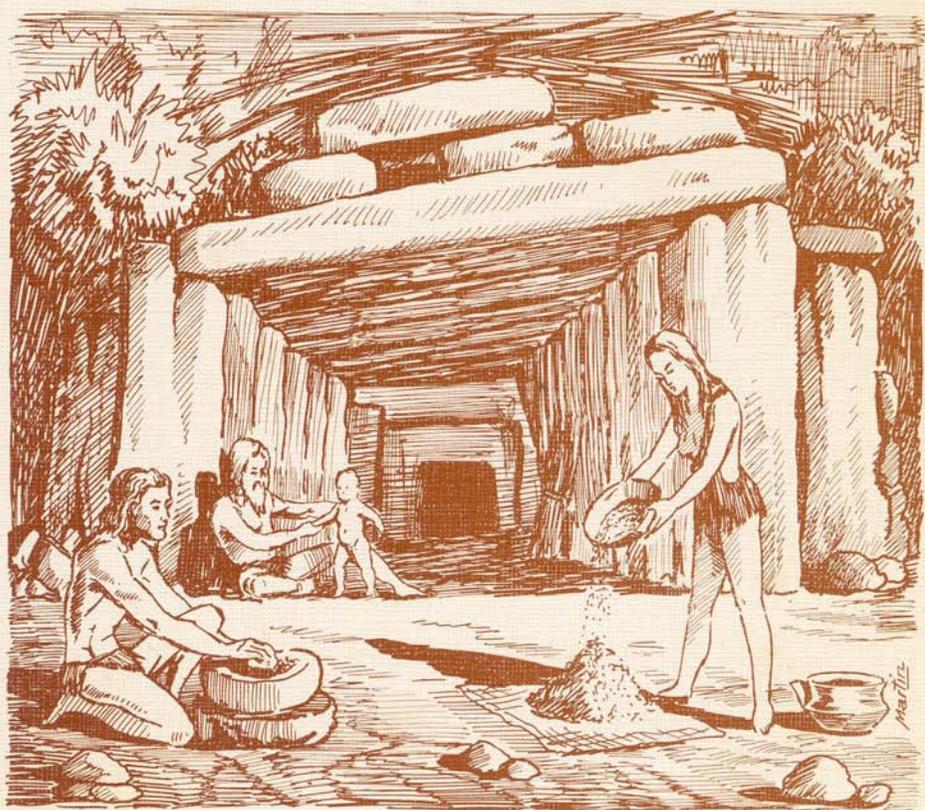
Todavía admirados los conquistadores, rogaron a aquel mozo canario-castellano que abandonase la isla y se fuese con ellos para convertirlo en un buen caballero digno descendiente del malogrado Alonso Téllez.

Pedro, el Canario, después de unos momentos de reflexión, reusó. -No, ... No me iré con vosotros... Agradezco vuestro generoso ofrecimiento, pero, ... Aunque de padre castellano, yo nací en esta bella Tamaran... Soy canario y amo a mi tierra sobre todas las cosas. Y nunca podría pensar u obrar de un modo diferente... Mi madre, que también es canaria, me guarda. Ahora bien; si vosotros, extranjeros, sois merecedores de ello, os ayudaré en todo lo que pueda mientras andéis por esta tierra sin hacer daño. Pero si osais luchar contra los míos...! Lucharé yo también, como uno más, contra vosotros!...

Y con tales palabras se lanzó al agua nadando ágilmente y hallándose a poco entre los suyos.

Cumpliendo su palabra, luchó contra los enemigos de su tierra y de su raza y en la célebre batalla de Arguineguín, fue un héroe más.

Año de gracia de 1404. Estamos en la Baja Edad Media, ya



abocados a las grandes conquistas y descubrimientos con que se iniciará la Edad Moderna Europea.

En las islas Canarias, el normando Juan de Bethencourt, con título de Rey concedido graciosamente por Enrique III de Castilla, es amo de vidas y haciendas, Señor de Lanzarote. Entre él y su socio Gadifer de La Salle se va abriendo un abismo de recelos, desconfianzas, recíprocos temores. Temores que ambos procuran no dejar traslucir ante las tropas francesas y castellanas que con más o menos entusiasmo han acudido al archipiélago ansiosas de fortuna.

La cercana isla de Fortuite se ofrece tentadora al expansionamiento de tanta ansia de lucha y conquista. Y allá parten los extranjeros una vez más, pisando tierra por el pintoresco e idílico valle del Río de Las Palmas, que así describe la Crónica:

*La entrada se halla cerrada tan bien que es una maravilla; tendrá de largo dos tiros de piedra y de ancho dos o tres lanzas. Allí fue preciso quitarse los zapatos para no resbalar sobre las piedras que se hallaban tan lisas que no era posible sostenerse sobre ellas, sino con pies y manos y aun era preciso que los de detrás apoyasen los pies en los extremos de las lanzas de los de delante. Después de este paso se entra en un valle llano, sumamente delicioso y atravesado por varios arroyos de agua. En este valle se podrán contar más de 800 palmeras que lo cubren con su sombra separadas en grupos de ciento y ciento veinte, tan elevadas como mástiles de navíos, de más de veinte brazas de alto, pobladas de ramas verdes y frondosas, cargadas de hermosos racimos de dátiles, que es una delicia verlas...*

Los majoreros son valerosos y no quieren ofrecer sumisión. Al contrario, pelean en diferentes oportunidades bravamente, pero el poderío del invasor los va empujando hacia el interior, a las montañas, dejando abiertas las costas. Se construye un robusto fuerte para Juan de Bethencourt junto a la playa de Valtarahal. Gadifer de La Salle edifica el castillo de Richi-roche en un altozano, futuro feudo a donde irá a esconder su cólera y odio cada vez más pronunciados hacia Bethencourt mientras permanezca en las islas.

Y en tanto los esforzados majoreros defienden su patria con tesón y ardor, entre los conquistadores se suceden hechos...

Gadifer, después de la frustrada entrada a la isla Canaria, ya se siente incapaz de ocultar más su enojo y despecho hacia el que había sido su amigo y socio. Las discrepancias en todo van a más y por fin, acaece el rompimiento. Según algunos cronistas dejaron dicho, parten los dos ex-socios rumbo a Castilla para querellarse ante el Rey. Se reconoce una vez más al Bethencourt como Jefe de la Conquista y Gadifer abandona la empresa trasla dándose definitivamente a Francia. En el castillo de Richi-Roche queda su hijo bastardo Aníbal, que aun mantendrá durante algún tiempo la oposición entre los conquistadores.

De nuevo en las islas Juan de Bethencourt con tropas y navíos de refresco empeña toda su potencia en el sojuzgamiento de Fuerteventura,

ya dado por conseguido a Castilla. Las peleas entre ambos bandos se suceden. Los majoreros luchan indomables. Entre los cautivos y muertos cae un extraño dinario gigante isleño, símbolo de la brava Maho, la antigua Capraria latina de las leyendas que está dividida por una muralla ciclópea de más de veinte kilómetros de largo. Los reinos de Maxorata y de Jandía son regidos por Guise y Ayose respectivamente. Continuas algaradas se sucedieron en el pasado entre los moradores de estos dos reinos, a causa principalmente de los pastos más abundantes en el Sur que en el Norte. Pero todos los isleños se aúnan para oponerse con fiereza al invasor. Dos mujeres, madre e hija, llamadas Tibiabin y Tamonante, adivinas o sacerdotisas del culto, supuestas allegadas del cielo y tenidas en mucha estima por el pueblo del reino de Maxorata, hacen un vaticinio y una advertencia: Que por la mar llegarán muchas gentes en son de paz a las que deberán los majoreros acogerse para que les orienten y guíen en la consecución de una mejor vida libre de pertinaces ataques de piratas; si no los acatan, la isla desaparecerá.

Y así Guise, el de Maxorata se entrega con su pueblo a Juan de Bethencourt, quien lo acoge favorablemente y al poco tiempo logra convertirlo al cristianismo, bautizándolo e imponiéndole el nombre de Luís. El pueblo de Jandía, amparado en la escabrosidad de sus montañas, se niega en principio a pactar con el normando y las escaramuzas entre uno y otro bando son constantes. En cierta ocasión, una cuadrilla de isleños acosados se oculta en fragosas grutas para esquivar a la compañía que va batiendo el terreno. Un niño, mordidas sus desnudas carnes por el cierzo, llora y en la noche resuena delator su llanto como un clarín de atención. La madre lo tapa frenética, temerosa, pero ya es tarde. La tropa invasora ha descubierto el escondite y hace numerosos prisioneros entre los que se cuenta a una madre enloquecida de dolor porque ha asfixiado a su pequeño hijito al tratar de acallar su llanto.

Ayose, rey de Jandía, flaquea en su resistencia al conquistador. Cada vez van quedando menos hombres para defender la libertad de su reino pues las armas del invasor son terribles y eficaces. Los ganados de cabras, antes tan numerosos, están diezmados y las montañas de La Punta ya no son obstáculo para el avance de los tenaces extranjeros... Y Ayose se rinde, pactando la paz. Es bautizado por los abates franceses que le imponen el nombre de Alfonso.

Es el año de gracia de 1404.

Juan de Bethencourt mandará edificar una capilla en el centro de la isla, bajo la invocación de Santa María. Nuestra Señora de Betancuria...

Y Fuerteventura cae, al igual que Lanzarote, en el vasallaje que durará siglos.

La historia de la conquista de las islas Canarias ya tiene otro jalón más en su avance inexorable.

## CAPITULO XIV

### La batalla de Arguinegín. La conquista del Hierro.

El mayor deseo del caballero normando Juan de Bethencourt era alcanzar el galardón que había de significarle tener bajo su absoluto poderío la totalidad de las islas que componían el archipiélago canario. Dos de ellas, como dejamos dicho en anteriores episodios, estaban ya sojuzgadas, pacificadas. Lanzarote y Fuerteventura no ofrecían más quebraderos de cabeza que los lógicos al hallarse sus habitantes naturales en vías de cristianización y adaptación a las nuevas costumbres que los conquistadores implantaran.

Juan de Bethencourt, que se titulaba rey de las Canarias, quería ser dueño efectivo de todas ellas. ¡Que página brillante habría de ocupar en la historia de la Civilización si conseguía reunir bajo su mano el total de aquellas recién redescubiertas Afortunadas! ¡Y que riquezas entreveía en sus ambiciosos sueños! ...Según bien comprobara en anteriores correrías por las cálidas aguas del archipiélago, las islas de mayor relieve y extensión prometían más y mejores botines que las ya ocupadas. Sobre todas, atraíale poderosamente la cercana Canaria, la de las selvas tenebrosas, la más poblada y una de las más indómitas.

Y ocurrió que un apacible amanecer de otoño, en los primeros años del siglo XV, posiblemente en el 1405, abandonó el normando su fortaleza de Richi-roche en Fuerteventura, dejándola proveída de lo necesario en hombres, armas y víveres al igual que al recién construido castillo de Valtarahal y los de Lanzarote.

Tomó rumbo a Canaria pero, a la vista de ella, lo bonancible del tiempo se tornó en aparatosa tormenta y a su furia desatada los tres navíos de la marítima expedición se dispersaron. Uno fue a parar a la altura de La Palma, otro retrocedió a Fuerteventura y el tercero consiguió mantenerse en la mar cercana a Canaria. Con estas dos últimas embarcaciones de nuevo reunidas logró atracar en la isla por el Sur, en el puerto natural que los canarios llamaron Arguinegín.

Desembarcada la gente, bien pertrechada de armas, fue puesta en orden de combate.

El paraje isleño, dilatado y seco, aparecía completamente desierto. Los invasores llegaron a presumir si no estaría deshabitada la comarca, y así, descuidaron la perenne guardia que era consigna dada por el Bethencourt.

A la vista de los intrusos solamente se ofrecía un horizonte de montañas escarpadas de tonos violáceos. Y al pie de aquellas montañas, o anchuosos barrancos de cortes monstruosos o llanuras áridas, quemadas

en manchas grotescas.

En los navíos solamente había quedado la gente precisa; el resto de la tropa se adentraba más y más en el ardiente terreno.

!Plantas extranjeras hollaban la indómita Tamaran *El país de los hombres valientes!*...Y ninguno de sus hijos acudía a rechazarlas...A lo lejos, hacia el Norte, en los riscos y los montes, se vislumbraban las selvas espesas, intrincadas, oscuras...Pero, nada más...

Avanzaban cada vez más confiados los hombres de Bethencourt con él al frente.

Solamente sus pisadas y el tintineo de las armas rompían el impresionante silencio dominante. Ni una voz humana, ni el gruñido de un animal o el canto de un ave...Y los extranjeros avanzaban, avanzaban hacia el interior de la isla, sin que nada ni nadie se opusiese a su paso, siguiendo el cauce seco de ancho y sinuoso barranco, entre lavas petrificadas...

De pronto, ... Algo sucedió.

Lapaz silente de la Naturaleza fue rota por el sonido prolongado de un penetrante silbido que detuvo como por ensalmo a los invasores. Casi al instante, cual continuación del repentino silbo, una gritería ensordecedora retumbó en el barranco, prolongándose sus ecos sobre las rocas, extendiéndose hacia las escarpadas montañas que parecieron a su vez cobrar vida.

Y sobre las confiadas, desprevenidas tropas del normando, cayó una lluvia de piedras, dardos de madera endurecida al fuego y gruesos troncos de palmeras trasladados a aquellos riscos desde lejanas zonas.

!No!...!Los intrépidos canarios, los adalides que luchaban y todavía lucharían muchos años más por la independencia de su patria, por la libertad de sus vidas y por el mantenimiento, la continuación de ancestrales y sanas costumbres, no habían huído ante la invasión!...

No se escondieran acobardados, reconociendo su inferioridad frente al armamento y poderío de aquellos hombres que procedían de mundos ignorados por ellos. !Allí estaban, prestos a luchar hasta la muerte, en defensa de su Tamaran amada!

Eran inteligentes, aguerridos y astutos. Los acaudillaba en tan decisiva ocasión el Gran Artemis, el más noble y famoso de todos los jefes de cuadrilla canarios habidos hasta entonces; el hijo de aquel otro gran capitán que fuera Guimidafe, luchador y político por igual, que consiguiera reunir bajo su magado real a los diferentes grupos en que permaneciera durante generaciones dividida la isla y que al casarse con la sabia y virtuosa Atidamana o Andamana fundó una dinastía, la de los Semidanes. !Buen descendiente era aquel Artemis!...El fue quién, avisado por los que vigilaban atentos, constantemente las costas, a la vista de la flota que se aproximaba hacia el Sur y cuyos dañinos efectos ya conocían debido a anteriores incursiones sufridas, mandara reunirse apresuradamente a los guerreros junto a la sagrada montaña de Umiaga y los apercibiera luego en astuta emboscada, con dotes claras de estrategia, en lugar propicio, contemplando prevenido como avanzaban confiadamente por el barranco los extranjeros:

Dada ya a conocer su presencia, los canarios atacaban y acosaban a sus sorprendidos enemigos, atosigándolos con alaridos de guerra, el vocerío ensordecedor peculiar de ellos en la pelea. Como además de gritar también hacían uso en singular maestría de sus armas, comenzaron a caer europeos.

Pronto la sangre humana manchó el tono violáceo de las lavas.

Y a pesar de que algunos canarios, alcanzados por certeros saetazos cayeron desde los riscos, la batalla tomaba marcado cariz favorable local. Se sucedían las órdenes de Juan de Bethencourt y sus capitanes, órdenes que nadie escuchaba. Comenzó a cundir la desmoralización entre las huestes invasoras; hubo algunos que, acosados por el frente y los costados, iniciaron apurada retirada siendo poco a poco seguidos por la mayoría. Salieron entonces los canarios de sus escondites y a pecho descubierto se avalanzaron en un cuerpo a cuerpo arrollador.

Cierto que las terribles espadas, las lanzas y las dagas al amparo de escudos y rodela entraron en acción y las ardientes carnes de los isleños sintieron dolorosamente el contacto del frío acero; pero también los magados, amodagas, tabonas de pedernal y simples piedras manejadas con suma habilidad y eficacia supieron romper cuerpos, cráneos, brazos y piernas europeos.

Juan de Bethencourt, valeroso siempre, supo sin tardanza reconocer allí para ellos perdida la batalla y ordenó una franca retirada hacia las naves que aguardaban en la costa, antes de que la clara derrota alcanzara mayores proporciones. Cuantos pudieron le obedecieron y siguieron; otros muchos, entre ellos Aníbal, el hijo bastardo de Gadifer de La Salle, quedaron sobre las fragosas tierras de Tamaran, en prueba convincente de que no se iba a lograr así como así la conquista de aquella isla cuyos fieles y celosos guardianes eran los arrojados, intrépidos canarios.

Mas no entonaron los isleños sus clásicos cantos guerreros al saber la victoria para ellos porque, entre los escasos muertos, se contaba el heroico, el Gran Artemis que dejaba a sus súbditos solos cuando más falta había de hacerles.

Todavía se oían en la orilla los gritos de los canarios cuando el jefe normando, asomado al puente de su nave en retirada, pesaroso por las pérdidas sufridas, ceñudo, pero también admirado de aquel gran brío isleño, murmuró:

-Grandes son los hijos que tan valerosamente te defienden...! Y grande eres tú y serás por siempre, *Gran Canaria!*

Sucedió esta memorable batalla en los primeros años del siglo XV, y desde entonces afirman algunos autores que se conoce la isla con el sobrenombre de *Gran Canaria*.

Al decir de varios cronistas e historiadores, la conquista de la isla del Hierro fue empresa fácil para Juan de Bethencourt.

Los bimbaches de la isla Esero eran gentes sencillas, de muy primitivas y tranquilas costumbres; todas sus armas consistían en bastones

o báculos que los ayudaban en sus labores de pastoreo.

Mucho antes de que el caballero normando pusiera sus plantas dominadoras sobre el archipiélago canario, un viejo venerable, santón o adivino, había hablado al pueblo bimbache:

-...Y vendrán nuevos tiempos para nuestro pueblo, ...Y el dios Eraoranzan derramará sus dones sobre Esero. Yo estoy muy viejo y no lo veré; pero mi arruinado cuerpo, cuando el día llegue, os servirá de señal. Al mis huesos convertirse en polvo, una gran casa flotante llegará por las aguas. Atended y cuidad a los seres que en ella vengan, pues Eraoranzan vendrá entre ellos y repartirá muchos dones sobre esta isla y vosotros; y Moneyba le acompañará para ambos quedarse con vosotros, su pueblo.

Pasaron muchos, muchos años. Los moradores del Hierro, molestados ocasionalmente por algún repentino ataque pirata pero felices en medio de su ignorancia, vivían recordando la antigua profecía del viejo Yoñe. Y un día...

Las albas velas de los navíos de Juan de Bethencourt aparecieron en el sereno horizonte del mar.

El intento de posesión de la isla Canaria había fallado y el normando tenía ansias y necesidad de incrementar sus dominios. El Hierro, isla de poca extensión y escaso número de naturales habitantes, fue un eslabón más en la cadena de las conquistas bethencurianas.

Juan de Bethencourt atracó sin oposición en la rada de Tacorone, muy cerca de Puerto de Naos.

Algunos isleños, en el seno del Consejo, allá por los escondites de las montañas, pretendieron oponerse al desembarco, pero... La profecía de Yoñe estaba presente. El ardor de la juventud chocaba con la reflexión de la vejez:

-¿Vamos a consentir que esos extranjeros se adueñen de Esero y nos roben, como otros, falaces, han hecho en el pasado?...

-Calma, calma. Estos no vienen escondiéndose, con la soga preparada para aprehender, al igual que nosotros hacemos con las cabras de nuestros rebaños. Acuérdate de lo que Yoñe dejó dicho a nuestros mayores:... *Vendrán con Eraoranzan por el mar, en unas grandes casas flotantes*... Tú, como todos nosotros, has podido comprobar que el cuerpo del adivino, en la cueva a él reservada, está convertido en cenizas. Eraoranzan llega ahí para permanecer entre nosotros... Y Moneyba, la diosa de las mujeres, lo acompaña... Recíj biremos bien a esos extranjeros. Y ni tú ni quienes piensan como tú os opondreis.

-Así lo haremos, si tú lo ordenas. Pero te digo presiento que tiempos amargos se avecinan... Los recibiremos bien, sí. Mas algún modo habrá de que, sin derramar sangre...! Y derramándola si necesario fuese!, esos extranjeros que hoy hollan nuestras playas nos abandonen, quedando tan solo Eraoranzan y Moneyba con nosotros.

Dice Viera y Clavijo que:... *la primera providencia de Bethencourt fué enviar al reyezuelo de la isla una persona que debía seducirle*

*sin más armas que las de sus insinuaciones. Augeron era un isleño del país, hermano del príncipe Armiche que actualmente reinaba, quién habiendo caído los años antecedentes en manos de los aragoneses, vino primero a poder del rey de Castilla y, por dádiva de aquel monarca, al de Bethencourt. Apenas se dió a conocer Augeron a su hermano y le declaró su comisión, le persuadió de manera que Armiche acompañado de ciento y once vasallos vino a rendirse a Bethencourt, que los recibió con muchas protestas de protección y amistad. Pero sin duda es cosa triste que nuestro héroe no tuviese empacho de faltar a esta palabra de honor. El normando, que a lo menos debía respetar la sumisión voluntaria de los herreños, los hizo esclavos, sin exceptuar al mismo príncipe. Y el mayor favor que le concedió fue ponerle en el número que reservó para sí... Armiche fue víctima del amor de su hermano y es evidente que podía haber vendido un poco más cara su soberanía y libertad...*

• Juan de Bethencourt y sus huestes fueron pues bien recibidos, pese a una disimulada y minoritaria oposición. Recorrió la isla, tomó vasallaje a los bimbachés y dejó una pequeña guarnición al mando del capitán Lázaro Vizcaíno hasta que algunas familias de colonos acudiesen a poblarla y trabajarla.

Y el normando retornó con el resto de los expedicionarios a sus posesiones de Fuerteventura.

## CAPITULO XV

### El Garoe, el árbol Santo.

Evocando viejas crónicas, sabrosas historias y atrayentes leyendas que hoy en día parecen estar un tanto arrinconadas, coinciden muchos de sus autores o recopiladores en mencionar reiteradamente la frondosidad pretérita de la mayoría de las islas que componen el archipiélago canario. Tal frondosidad ha desaparecido lamentablemente como todos sabemos y tan solo restos minúsculos en esta o aquella isla nos dicen algo de lo que fueron tupidos parajes casi selváticos.

Han quedado de exponente los nombres de lugares y árboles que adquirieron fama legendaria. Topónimos célebres de la geografía insular y árboles santos, de leyenda, históricos, anecdóticos y paisajísticos. Entre éstos, el Pino de Teror, altar único en que quiso Dios Hijo que se apareciese al pueblo canario su Excelsa Madre, la Virgen María. El Drago de Icod, robusto, descumunal, con siglos de vida y espectador privilegiado de tantos y tantos lances que jalonan la heroica historia de Tenerife. La Palma de San Diego de Alcalá en Santa María de Betancuria, de tan sabrosos recuerdos isleños. El Ciprés de la Dehesa, en La Palma ante quien tal vez el héroe Tanausu realizó alguna de sus portentosas hazañas.

Y grupos arbóreos que sobresalen en las rugosidades de las islas y en su historia. Las Palmeras de Haría, últimos y castigados testigos de aquellos rapaces ataques de Arraez Solimán para hacer cautivos lanzaroteños... Las tres Palmas de Luján, que presidieron la infancia y la madurez del genio imaginero de Guía de Gran Canaria... El Drago de Gáldar, ventruado y añejo habitante acaso de la pretérita corte de los guanartemes canarios... Las Palmas de la Conquista, ramillete exótico en el exótico valle de La Orotava... Los Laureles del Castillo tinerfeño de San Cristóbal, testigos jubilosos de la derrota de Nélsón... Los Brezos de la Cumbre Nueva, en La Palma, evocadores perennes según la leyenda, de un último y noble gesto habido entre luchadores benahoaritas... Los Tilos de Moya, restos de aquella evocadora Selva de Doramas, arrolladora musa del vate Tomás Morales...

Y los pinos de Tamadaba; y la selva de Taburiente; y las frondas de Las Mercedes y La Esperanza; y los pinos añejos de Gáldar...

Y el Garoe mítico y asombroso; el Arbol Santo de la isla del Hierro, el de la leyenda y la historia de los bimbaches. El árbol que, según se cuenta, tuvo parte activa en la conquista de la isla y fue durante siglos sustentador de milagreras aguas hasta que allá por el siglo XVIII, cargado de años y de gloria, minadas y reseca sus poderosas raíces, se abatió ante las embestidas de destructor huracán.

Como de este famoso árbol ahora vamos a tratar, leamos lo que uno de los más veraces historiadores canarios, Abreu Galindo, nos dice acerca de su situación, naturaleza y servicios.

*Este lugar y término donde está este árbol se llama Tigulahe, el cual es una montaña que vá por un valle arriba desde el mar a dar a un frontón de un risco, donde está nacido en el mismo risco el Arbol Santo que dicen llamarse en su lengua Garoe; el cual por tantos años se ha conservado sano, entero y fresco; cuyas hojas distilan tanta y tan continúa agua, que dá de beber a la isla toda, habiendo proveído Naturaleza esta milagrosa fuente a la sequedad y necesidad de la misma tierra. Está del mar como legua y media y no se sabe que especie de árbol sea, mas de que quieran decir que es til.*

*Está solo, sin que de su especie haya otro árbol allí.*

*El tronco tiene de círculo y grosor doce palmos y de ancho cuatro palmos; y alto tiene cuarenta desde el pie a lo más alto y la copa en su redondo ciento y veinte pies en torno; las ramas, muy extendidas y coposas, una vara alto de la tierra. Su fruto es como bellotas, con su capillo y fruto como piñón, gustoso al comer y aromático, aunque más blando. Jamás pierde este árbol la hoja, la cual es como la hoja del laurel, aunque más ancha, grande y encorvada, con verdor perpétuo, porque la hoja que se seca se cae luego y queda siempre la verde.*

*Está abrazada a este árbol una zarza que coge y ciñe muchas de sus ramas. Cerca de este árbol, en sus contornos, hay algunas hayas, brezos y zarzas. Desde su tronco o planta, a la parte del Norte están dos tanques o pilas grandes, cada uno de ellos de veinte pies de cuadrado y de hondura de diez y seis palmos, hechos de piedra tosca, que los divide, para que, gastada el agua del uno se pueda limpiar, sin que le estorbe el agua del otro.*

*La manera que tiene en el destilar el agua este Arbol Santo o Garoe es que todos los días por las mañanas se levanta una nube o niebla del mar, cerca de este valle, la que vá subiendo con el viento Sur o Levante de la marina por la cañada arriba, hasta dar en el frontón; y como halla allí este árbol espeso, de muchas hojas, asiéntase en él la nube o niebla y recógela en sí y lo vá deshaciendo y destilando por las hojas todo el día, como suele hacer cualquier arbol que, después de pasado el aguacero, queda destilando el agua que recogió; y lo mismo hacen los brezos que estan en aquel contorno, cerca de este árbol; sino que como tienen las hojas más disminuídas, no recogen tanta agua como el til, que es más ancha. Y esa que recogen también la aprovechan, aunque es poca, que solo se hace caudal del agua que destila el Garoe; la cual es bastante a dar agua para los vecinos y ganados, juntamente con la que queda del invierno recogida por los charcos de los barrancos.*

Acerca de este famoso árbol del Hierro se cuenta un episodio, tal vez más leyenda que realidad, omitido por unos historiadores, colocado en diferentes épocas por otros y negado por algunos más. Leyenda o realidad, es una rosa anecdótica que floreció entre brumas y llegó hasta nosotros.

Después de haber pasado por la isla Juan de Bethencourt con planta y poderío de conquistador de fortuna, quedó en ella un grupo de los invasores, al mando del capitán Lázaro Vizcaíno. Parece ser que como gente aventurera que eran, no se portaban muy caballerosamente los extranjeros y los bimbaches andaban molestos, por más que se afirmara de ellos que eran pacíficos y no belicosos como los nativos de otras islas del archipiélago.

Los isleños, en un intento de sacudirse el yugo de los invasores, llegaron a fraguar estratagemas.

Un robusto mocetón muestra la añagaza a su linda y joven compañera: -...Y así, con ramajes y cañas, puedes contemplar este nuestro Garoe. Mas parece greña revuelta que fuente milagrosa puesta ahí por el Gran Eraoranzan. -No creo que ésto se pueda ocultar por mucho tiempo. Además, hallarán también las fuentes del otro lado de la isla. Los extranjeros se quedarán para siempre aquí.

-Se quedarán, ...! Pero muertos, si llegaran a descubrir el Garoe! ... Los ancianos y los cobardes aconsejan prudencia. Hasta hoy hemos sido un pueblo pacífico; pero nosotros los jóvenes queremos la lucha... Los tiempos cambian y nosotros con ellos...! Mataremos, arrojaremos al mar a los invasores de nuestra Esero! ...! Muerte al extranjero falaz! .

-Me das miedo, Agarfa. Tú y algunos como tú no pensais más que en matar, en derramar sangre... Deja, deja a los extranjeros que vivan entre nosotros. Ellos traen sabidurías y enseñanzas que nosotros no conocíamos... Nos respetan y, ...

-! Nos respetan! ...; Y tú dices éso? ... Toman nuestros bienes a capricho. Atentan contra vosotras, las mujeres... Se insolentan de continuo...! No encontrarán el agua! ! Pero si la hallan, si descubren nuestras fuentes...! ! Los mataremos a todos! ...

-Muerte, ... matar...; Es que no sabes hablar más que de éso? .

El mozo cambia la fogosidad del tono por otra más insinuante.

-Y de amor también, hermosa Guarasoca. Yo te amo y tú no me das esperanzas.

-Es que yo no te amo a tí, Agarfa. Y, vayámonos ya... Separémonos, que con esta plática bien que estamos quebrantando las leyes.

-! No! ... Tienes que escucharme. Tienes que saber que yo no puedo esperar más.

-Separémonos ya. Pueden vernos los nuestros, Agarfa.

-Notemas. Nadie se acercará al Garoe para no poner alerta del escondite a los extranjeros. Guarasoca, te amo...

-! Suéltame! ...; Como te atreves...? ! Suéltame o gritaré! .

-No te soltaré, no. Tienes que oírme y aceptarme. ; Me oyes?... A las buenas o a las...

En tan crítica situación, un castellano componente del cuerpo invasor se aproxima, saliendo de entre la floresta.

-; Que voces destempladas óigo?... Es una pareja de salvajes; y están luchando... ! Suelta a esa mujer, bellaco! .

-No entiendo tu lenguaje, extranjero, pero si tu osadía. Te voy a hacer pagar cara la intrusión.

-!Maldito salvaje!... !Yo te daré...!

El recién llegado, un apuesto caballero paladín desfacedor de entuertos por naturaleza, se abalanza decidido, dispuesto a castigar al isleño. Este suelta a la agitada joven y da comienzo una rápida y encarnizada pelea. Hay más agilidad en el bimbache pero el castellano logra desenvainar la espada y con ella golpea de plano...Cae inconsciente Agarfa y la linda Guarasoca y el castellano se alejan, mirándose mutuamente interesados, sin observar al caído que lentamente vuelve en sí y los sigue con la mirada plena de odio.

-Vámonos, hermosa joven. Te acompañaré hasta el poblado...S, ya sé. No entiendes mi habla, como yo tampoco entiendo la tuya; mas aunque así sea, quiero decirte que eres... !Ay!...

Agarfa se ha ergido a espaldas de la pareja y con saña lanza certera pedrada. Huye el agresor y se tambalea ahora el castellano con un buen descalabro en la cabeza.

La joven isleña, ante la sangre que brota abundante de la herida, trata de contenerla;...Pero, ¿Como refrescar el rostro del castellano que desfallece?...Duda, titubea indecisa. Por fin se decide y avanza hasta el cercano camuflado Garoe. Casi al instante sale de entre sus frondas con agua en el cuenco formado por ambas manos. Y el castellano se reanima.

-Gracias...Gracias, linda dama...!Agua!...!Agua fresca!...Mas, por ventura, ¿de donde has extraído tan codiciado líquido?...¿Que misterio se oculta aquí?... ¿Es de entre esos arbustos,...?

-!No, no, extranjero!... !No vayas ahí!... Te matarán los míos.

-¿Que pretendes decirme al detenerme?...¿Que es lo que te asusta?...

El caballero se desprende de las manos implorantes que lo quieren retener y se adentra entre el camuflaje del Arbol Santo.

-Veré por mis ojos lo que estos ramajes ocultan.

Casi al instante, reaparece, excitado.

-!Agua!...!Agua en cantidad!... Estamos salvados!...Correré a comunicar tan grata nueva al campamento. Gracias, hermosa dama. !Agua!.

Contemplando al hombre que gozoso se aleja, Guarasoca se retuerce las manos con desespero.

-!He traicionado a mi raza!...!La maldición de Aranfaibo caerá implacable sobre mí!...

Los soldados dejados en el Hierro por Juan de Bethencourt no quieren dar crédito a las noticias de su compañero de armas. Están ya desanimados, fastidiados en un pedazo de tierra rodeado de agua y en donde el agua les falta. Y con sus habitantes que, si no abiertamente si con prevención, les son hostiles.

Pero ante la insistencia del herido acuden al barranco y en su fondo, con el natural júbilo, descubren el Arbol Santo tan maliciosamente ocultado,

!Ahora si que podrán dominar y civilizar la isla!

Al contrario, los hasta entonces contenidos isleños, se alborotan clara y abiertamente.

Agarfa, despechado por el desdén a su amor que le manifiesta la hermosa Guarasoca, acusa a ésta de traidora.

-!Sí!...Tú, fascinada por uno de esos odiosos invasores, se'lo has descubierto. Y yo te confesé amor...!Te odio tanto como a ellos!...!Oh, pueblo de Esero!...Esta mujer ha faltado a nuestras leyes...Nos ha traicionado...

!Hagamos justicia con ella!

Hay voces que claman:

-!Sí, sí!,... castiguémosla.

-!Arrojémosla al Barranco Sagrado!...

-!Ajusticiémosla!...

-!Justicia, justicia con la traidora!...

Y Guarasoca trata vanamente de defenderse.

-Os equivocais quienes así pretendéis juzgarme. Juro por Moneyba, mi diosa, que yo nada dije a los extranjeros. Yo solamente dí agua a un hombre que uno de los nuestros, ése que tanto alborota, traidoramente atacó e hirió, deshonrando a nuestra noble raza. ¿Desde cuando entre nosotros es el atacar por la espalda libremente permitido?...

-!Está mintiendo!...Descubrió a los invasores nuestro secreto porque ella está de su parte y traiciona así a su pueblo. !Que muera!

-!Sí, sí!...

-!Que muera!...

-!No la dejemos hablar más!...

-Pues yo, Guarasoca, os digo que los días de la libertad de Esero están contados. !Acordaos de la profecía de Yofne, que se cumplió!...Nunca hasta ahora se habían desatado los odios entre nosotros, amantes de la paz, que vivimos desde hace tiempo alejados de los daños de la guerra... Y ahora estais exaltados...Desobedeceis a los ancianos...Y esos extranjeros que mandó Eraoranzán, en cuanto lo decidan, acabarán con todo ésto porque son poderosos. Y nosotros viviremos ya separados para siempre. Vosotros quereis lapelea...Morirán unos cuantos de ellos tal vez, pero vendrán por el mar muchos más a vengarlos.

-!No la dejemos hablar más!... Está vendida a los invasores...

-No, Agarfa. Veo lo que ven los ancianos cuando aconsejan serenidad. Veo lo que tú no puedes ver porque eres cruel, estás loco de furor y te ciegas... Tarde o temprano, os lo digo para mi descargo, acabarían por descubrir el Garoe y las fuentes de las montañas. Vivamos en paz con ellos y así se nos respetará.

-¿Se ha respetado a muchas de nuestras mujeres?...Tú ya has caído en sus insidiosas redes, !Pero tú vas a morir, porque el pueblo bimbache que te está juzgando así lo exige!...Y contigo morirán todos esos invasores falaces. !Guerra y muerte, bimbaches!

A pesar de los razonamientos de la joven Guarasoca y de los ancianos que continúan recomendando prudencia, la mayoría de los isleños,

tomando sus banodos y tomoseques, gruesos cayados o bastones de madera endurecida al fuego, se alzan en franca rebeldía contra los soldados de Bethencourt.

Desbordados por la pasión de la lucha pocas veces sentida en el pasado tan intensamente en pueblo generalmente pacífico, arrojan desde lo alto del Risco Sagrado el cuerpo de la infortunada joven que con su acto de humanitarismo ha abierto la puerta para la conquista definitiva de la isla. Va a caer al pie del oculto Garoe, del vernáculo Arbol Santo.

Rotas las hostilidades nada puede detener a los bimbaches. El capitán Lázaro Vizcaíno, hombre sensato, al tener conocimiento del alboroto trata de apaciguar los ánimos presentándose ante el grupo levantisco. Con palabras y ademanes quiere tranquilizarlos antes de llegar al derramamiento de sangre. Pero el más exaltado de los insurrectos, el vengativo Agarfa, ataca de improviso al capitán y lo acuchilla con ensañamiento, valiéndose del puñal que le acaba de arrebatarse.

Este es el signo convenido para el comienzo de encarnizada y sangrienta pelea. Los normandos y castellanos luchan como bravos. Pero la mayoría isleña y su exaltación son aplastantes y al poco rato de escaramuza ni un solo extranjero queda con vida.

Según sigue contando la leyenda, el cuerpo destrozado del caballero castellano que fortuitamente ha descubierto el Garoe, cae al pie del milagroso árbol, al lado del también destrozado cuerpo de Guarasoca, como un símbolo trágico de tan horrenda matanza.

Dicen las historias que Juan de Bethencourt, al tener noticias del levantamiento bimbache comunicada por un grupo explorador que acertó a pasar por el Hierro, envió fuerte contingente de tropas y que tras ejercer terribles represalias, acabó con la insurrección, logrando mantener desde entonces pacífica la isla.

## CAPITULO XVI

### Maciot Bethencourt. Ventas de las Islas. Hernán Peraza.

Corrían los primeros años del siglo XV.

El barón normando Juan de Bethencourt señoreaba las islas de Lanzarote, Fuerteventura y el Hierro.

Según nos dicen algunos cronistas, también llegó a invadir la isla de la Gomera. En posterior capítulo hablaremos de ello aunque manteniendo muchas reservas acerca de la autenticidad de esta noticia. Si tal sucedió, los isleños debieron revelarse más tarde y aniquilar a los extranjeros que allí hubiese puesto que, años después, Hernán Peraza, el Viejo, tuvo que luchar para dominarla.

También se ha escrito en diferente crónica acerca de un viaje que efectuó el conquistador a sus hipotecadas posesiones de Granville. Allí fue recibido como un auténtico héroe, paladín de comentada gesta; pero ni banquetes ni fiestas y demás jolgorios y agasajos que se le tributaron lograron hacerle olvidar su intención de regresar a las Canarias con refuerzos para ampliar sus dominios isleños. Y a los pocos meses tornaba nuevamente a Fuerteventura con numerosos colonizadores y soldados franceses. Mas el ardor combativo, los ambiciosos sueños de este hombre excepcional, parecieron menguar rápidamente después de su viaje a la Francia. Quizás estuviese cansado de pelear sin vislumbrar aquella ansiada y fabulosa fortuna cuyo señuelo fue lo que le empujó a la aventura de la conquista del archipiélago; tal vez, como algún autor apunta, aguijoneado también por unos suspicaces celos hacia su joven esposa, madame Fayel, el caso es que Juan de Bethencourt retornó a Normandía, partiendo de las Canarias para no volver, en los últimos días del año 1405.

En las islas quedó como lugarteniente y sustituto suyo, amparado por plenos poderes, su sobrino Maciot de Bethencourt.

Para dar entrada en estas noticias a Maciot, consideramos oportuno trasladar aquí lo que sobre él escribió un investigador de los Bethencourt que adquirieron carta de naturaleza en el Archipiélago:

*Al primer Señor de las Canarias, Jean IV de Bethencourt, le acompañaron en la conquista de dichas islas varios parientes de su mismo apellido: Guillén de Bethencourt, al que dejó por lugarteniente suyo en Lanzarote en 1403 y fué muerto por los indígenas en el mismo año; Mathieu de Bethencourt, conocido por Maciot; Enrique de Bethencourt, posiblemente primo de este último y Juanín de Bethencourt, sobrino de Maciot, ahorcado por la gente de Guillén de Las Casas, en Lanzarote.*

*Maciot fué casado, aunque no se sabe con quien ni donde. Tuvo*

una hija, *María de Bethencourt*, a la que llevó consigo a Madeira cuando hubo de huír de las Canarias al vender la isla de Lanzarote a Don Enrique,

Maciot tuvo además una hija natural... en una hija del Rey de Lanzarote... de la que proceden los Betancor y Perdomo de Gáldar y de estas islas y de las islas de la Madeira, como afirma Abreu Galindo.

¿Se llamaba aquella hija del rey de Lanzarote, unida a Maciot, Teguisse?... ¿Era el tal rey, Guadarfia, después de bautizado Luis de Guadarfia?...

Como Maciot huyó de las Canarias al traicionar al rey de Castilla, vendiendo Lanzarote al Infante Portugués, hubo de llevarse consigo a sus hijas legítimas. La otra no correría peligro; no debía de tener otra consideración que la hija natural de una indígena, aunque su madre fuese la amante de Maciot.

Esta hija natural de Maciot, que unas veces se la llama Inés, otras Margarita, otras Leonor y otras Luisa, se casó con un francés conocido por Arriete Perdomo y corrientemente se la llamó Inés Margarita...

La época que comienza con el gobierno de Maciot de Bethencourt debe de considerarse como la de las vicisitudes por que tienen que pasar las islas hacia su destino definitivo.

Como ha dicho un escritor: ...la posibilidad de que fueran asimiladas (las islas Canarias) por la nación portuguesa se acentuó en el reinado de Enrique IV. La personalidad política del Archipiélago y su futuro quedaron definidos en el curso de aquellos años intensos.

En Lanzarote, Fuerteventura y el Hierro el despotismo y los caprichos de Maciot pronto se dejan sentir.

En una imitación de lo que cantaban las trovas y los relatos de la Orden de Caballería acerca de los Caballeros de la Tabla Redonda del Rey Arturo Maciot se hace nombrar caballero al estilo clásico, velando armas en solitario, con ayunos rigurosos, espaldarazos y pleitesía, etc.

Como más arriba y en frases de un comentarista indicábamos, en la vida aventurera del sobrino del barón normando se abre un curioso paréntesis sentimental. Su amor por la princesa indígena Teguisse debe de ser profundo por cuanto, al lugar en que ella reside, llamado anteriormente Aldea Grande en voz castellana, le cambia el nombre por el de Teguisse, que actualmente conserva una localidad lanzaroteña. Algún historiador llega a afirmar que se desposó legalmente con la princesa, mas ello no parece muy verosímil puesto que ya era casado y tenía dos hijas. Salvo que fuese viudo o practicase abiertamente la poligamia, cosa que jamás se mencionó. Lo más fácil de suponer es que la bella indígena fue sin duda una regia amante que nos hace recordar a la Marina mejicana unida a Hernán Cortés en los albores del descubrimiento del Nuevo Mundo. Pero esta faceta amorosa en nada parece cambiar o atenuar el carácter despótico y cruel con que suelen pintarnos al gobernador normando.

Por mandato de Maciot se realizan constantes raptos de aborígenes

en todas las islas para ser vendidos como esclavos en los puertos peninsulares. El trato dado a los trabajadores isleños y a todos los naturales sojuzgados en general, es inhumano. El favoritismo a los colonos y soldados franceses, descarado. Ostensible la superioridad francesa sobre la castellana.

Con la llegada a las isla del obispo Fray Mendo de Viedma, son por fin denunciados a la Corte tantos abusos, crueldades y arbitrariedades. Un hermano de Don Mendo embarca de incógnito, llevando las quejas a Castilla, en donde reina en minoría de edad Juan II, regentado por su madre Doña Catalina y su tío Fernando, el que se llama de Antequera y será rey de Aragón.

De la Corte llega a Lanzarote una carta imprecatoria a Maciot y éste, ocultando su enojo, se disculpa hipócritamente con apresurados documentos de descargo; pero no convence.

Dice el doctor Chil y Naranjo, abundando en el tema:

*... Por ello fue que, susurrándose por la Corte que Maciot trataba de entregar las islas al rey de Francia, determinó la reina Regente encomendar el negocio al Conde de Niebla, Don Enrique de Guzmán, quién se apresuró a realizar los deseos de la reina aprestando una escuadra al mando de Pedro Barba de Campos, con orden terminante de hacer comparecer a su presencia a Maciot a dar descargo de su conducta, empleando para ello y en primer término los medios amistosos que su diplomacia le sugiriesen.*

Muy a su pesar, el déspota Maciot embarcó con el campeón Pedro Barba, llegándose a Sanlúcar de Barrameda, en donde estaba el poderoso Conde de Niebla. En las conversaciones allí habidas, salió a relucir un poder conferido por Juan de Bethencourt a su sobrino y a un tal Fulscey de Sandomille, poder otorgado por el normando en octubre de 1418, para que en su nombre vendieran o enajenasen, si así se estimaba, todas las islas o parte de ellas, reservándose el Bethencourt el señorío sojuzgado al vasallaje a Castilla. En él se exceptuaba de negociaciones a la isla de Fuerteventura.

El Conde de Niebla ya entablara contactos con el hasta entonces Señor de las Canarias, deseando desde tiempo atrás la compra de los derechos sobre ellas.

Las islas Canarias cambian pues de dueño. Y no será esta la última vez, como indicaremos más adelante.

Maciot, tras la cesión de derechos a su tío y señor, queda como gobernador perpétuo de Lanzarote.

Y el Conde de Niebla, nuevo rey de las Canarias, le facilita potencial humano y naviero para proseguir con la conquista del resto de las islas todavía libres de opresiones invasoras.

Pocos años dura el usufructo de Don Enrique de Guzmán, Conde de Niebla. Vende sus derechos de señorío a Guillén de Las Casas, con el consentimiento del rey Juan II. La transacción se hace por el precio de 5.000 doblas de oro. (Como nota curiosa añadiremos aquí que la dobla equivaldría, aproximadamente, a unas 20 pesetas actuales, si es que se puede establecer tal comparación monetaria.)

Esta venta fue firmada en el año 1430, asistiendo a ella, como

gobernador y testigo, Maciot de Bethencourt.

Pero el dominio de Maciot en las islas estaba llegando a su fin. Tras la nueva cesión del archipiélago, el normando quedaba en muy precaria situación. Un afamado escritor dice: *... no es posible adivinar en que situación jurídica queda. Tan mal definida debió de ser ésta, que Guillén de Las Casas, a poco, invade a mano armada las islas cristianas, persigue a muerte a los afectos a Maciot y éste y sus familiares son llevados cautivos al Hierro...*

Maciot es poco más tarde socorrido por un navío enviado expresamente por el Infante Don Enrique, el Navegante, con quien en el pasado ha mantenido contactos de simpatía. Sale del Hierro con sus familiares y llega a Portugal, radicando primero en Lisboa, en donde intrigará con su fenecido título de gobernador de Lanzarote. Posteriormente se afincará en Madeira, siempre tratando de hacer una fortuna que en Canarias jamás le sonrió.

Y así desaparece en verdad la época bethencuriana en las islas, no muy afortunada para el barón normando y su sobrino, mas en la cual, si bien se destruyeron mundos de vida sana, ancestrales y apacibles costumbres, se fomentó la esclavitud que llegó a extenderse como un mal endémico y la sangre se derramó generosa, también es cierto que en el discurrir de aquellos tiempos fue cuando surgieron definitivamente las Canarias en la bruma legendaria a la luz de la civilización occidental.

Guillén de Las Casas, tras algunas correrías al estilo de las realizadas por sus predecesores, residiendo como legítimo gobernador en Lanzarote, fue a morir a Sevilla dejando dos hijos: Guillén e Inés de Las Casas. Mediando la autoridad real, Guillén permutó con Inés los derechos al señorío de las Canarias que como varón le correspondían, quedándose él con determinados feudos en la provincia de Sevilla.

Inés de Las Casas estaba casada con Fernán Peraza, conocido por el Viejo, hijo onieto de aquel Gonzalo Perez Martel que mandara una famosa expedición a las Canarias en los años finales del siglo XIV.

Fernán Peraza, con su hijo el joven Guillén Peraza de Las Casas, tres navíos, doscientos ballesteros de Castilla y unos trescientos naturales de Lanzarote y Fuerteventura armados al uso del país, se aprestó de inmediato para la conquista de las islas aún libres.

Las hazañas, fortunas y desventuras entraron de lleno en la vida de Fernán Peraza. En el próximo capítulo diremos algo de ello.

## CAPITULO XVII

### Conquista de la Gomera y batalla de Tyhuya.

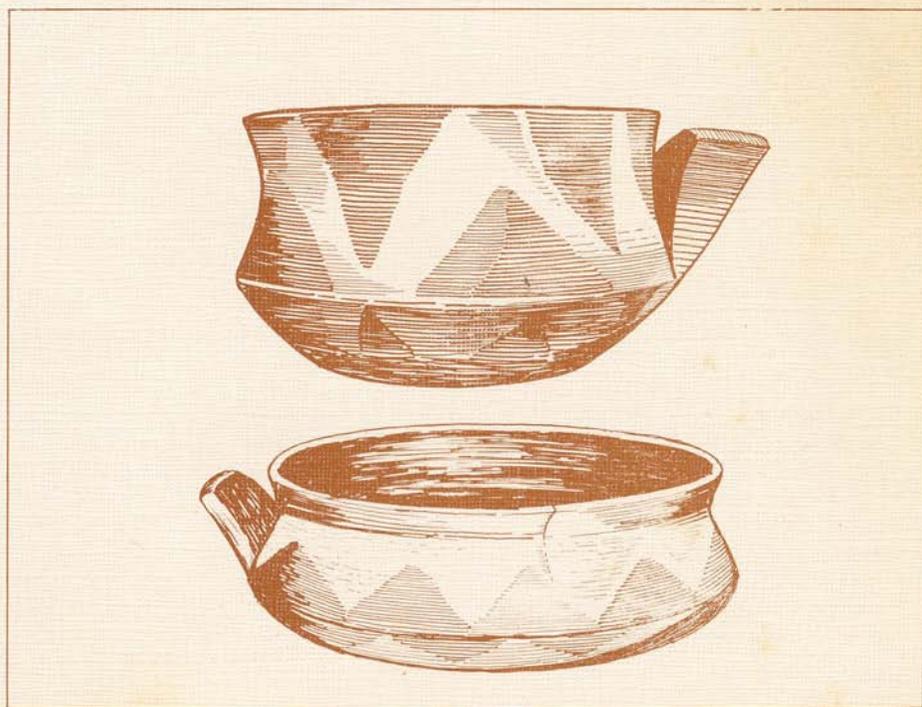
Según Abreu Galindo, amén de otros historiadores, la isla de la Gomera fue conquistada por Juan de Bethencourt a raíz del desastre sufrido por el francés contra los canarios en la batalla de Arguineguín, ya relatada.

Dice el historiador dominico que: *Llegando el capitán Juan Betancort al puerto principal de la isla de la Gomera, el mejor que hay en estas islas, que hace una gran ensenada capaz de muchos navíos, la entrada angosta por entre dos puntas que llaman la una Punta del Puerto y la otra de Nuestra Señora del Buen Paso.*

*...Desembarcó toda su gente, que fue año de 1405, sin hallar quien se lo estorbase, de que se admiró y temió alguna celada. Poniendo su gente en orden y caminando poco a poco, vió venir todos los naturales hacia el puerto, sin demostración de querer hacer resistencia, bien que todos traían armas, como son dardos, lanzas, espadas, troqueles y algunas ballestas; y con apariencia de contento y alegría se venían a encontrar. Quedó el capitán Juan Betancort suspenso y admirado, receloso, hasta que vió no traían ánimo de ofender. Venían algunos que sabían hablar la lengua española y éstos se comenzaron a tratar, como se iban acercando y entendiendo y conversando. Viendo Juan de Betancor y su gente con cuanta afabilidad y contento los habían recibido los gomeros, trayéndoles lo que habían menester y que en la islas había y que hacían cuanto se les mandaba gustosamente. Y viendo la fertilidad y hermosura de la islas y el apacible puerto que tenía, detúvose algunos días para descansar, pues tenía los naturales quietos y sossegados, sin disgusto ni pesadumbre. Y así hizo repartimiento entre muchos de los franceses que llevaba consigo, pensando, venido que fuese de Francia, hacer su habitación y asiento en esta isla de la Gomera.*

Esto nos dicen Abreu Galindo y otros autores antiguos.

Fuentes modernas declaran apócrifa la tal conquista y en tal año. De haber sucedido como lo acabamos de transcribir, se desprende que en los lustros siguientes lograron los isleños gomeros sacudirse el yugo extranjero pues cuando llegó Fernán Peraza con su hijo Guillén, hubo de conquistarla a punta de lanza. No obstante suponemos, sin haber muchos datos sobre ésto, que la toma de posesión por los Peraza no pudo ser violenta puesto que la isla en aquel entonces no estaba muy habitada. Casi de inmediato comenzaron los conquistadores a asolarla más aun, tomando numerosos cautivos que remitieron a otras islas y a los puertos de Sevilla y Valencia.



Escribe el Doctor Chil y Naranjo:

*Para facilitar más el inhumano comercio, hizo (Fernán Peraza) construir una torre con honores de presidio en la isla de la Gomera, cuyo coste ascendió a más de 10. 000 doblas y al mismo tiempo que este edificio servía para depositar cautivos, era fortaleza para dominar la isla, cuyos habitantes en gran parte reconocían como soberano al infante Don Enrique de Portugal.*

Esta será la torre que un descendiente de Peraza, como primer titular del Condado de la Gomera, hará famosa. Los comienzos de su construcción parece que datan del año 1447.

En los tres navíos de que dispone Fernán Peraza, con su hijo Guillén, los ballesteros de Castilla, un pequeño cuerpo de caballería y los trescientos naturales de Lanzarote y Fuerteventura incrementados en un contingente del Hierro y la Gomera que ha armado como soldados en lugar de venderlos para la esclavitud, toma el rumbo de la cercana isla de La Palma, la Junonia Mayor de las leyendas y fábulas de la antigüedad.

Atraca por la parte meridional de la isla, en la bahía de Tyhuya, cerca de las tierras feraces de Aridane y Tazacorte, en el distrito que gobierna el príncipe Echedey.

Los indígenas, ya escarmentados merced a anteriores incursiones piratas devastadoras, reconocen el peligro que sobre la isla se cierne. Y de inmediato se congregan numerosos, teniendo como dirigente a Chenuco, hermano de Echedey y Adutimara, *palmero valiente, astuto y primer ministro de Tiniaba, príncipe de Tagaragre, en el distrito de Barlovento.*

Fernán Peraza quiere operar con rapidez. Ordena a sus tropas poniendo al frente de los ballesteros a Hernán Martel Peraza, su pariente; a Luis de Casaña, Juan de Aday y Pedro Picar mandando los cuerpos indígenas y a su hijo, el joven Guillén Peraza, con la caballería.

El terreno favorece a los palmeros, obstaculizando la maniobra guerrera a los invasores.

Esta batalla la describe Abreu Galindo que es, por lo general, la fuente de donde los demás cronistas toman la narración del lance, si bien conviene aclarar antes que este escritor omite a Fernán Peraza del suceso, cuando es más que de suponer que él y no el joven e inexperto Guillén llevase el control de la expedición:

*La isla de La Palma es muy alta y áspera de subir y andar y la gente que llevaba Guillén Peraza de las Casas, no usada a semejantes asperezas. Y los palmeros, diestros y ligeros en ella, poniéndose en los pasos más ásperos y dificultosos, acometieron a los cristianos de tal manera que los desbarataron; y, aunque se defendían animosamente, los hicieron recoger.*

*Y queriendo Guillén Peraza de las Casas hacer rostro, le dieron una pedrada y cayó muerto.*

*Visto el desgraciado fin de su capitán, se tornaron a embarcar, y con falta de muchos de ellos, llevando el cuerpo a Lanzarote el capitán Hernán Martel Peraza; donde se le cantaron unas endechas, cuya memoria*

*dura hasta hoy:*

*Llorad las damas  
así Dios os vala;  
Guillén Peraza  
quedó en La Palma  
la flor marchita  
de la su cara.  
No eres Palma,  
eres retama,  
eres ciprés  
de triste rama,  
eres desdicha,  
desdicha mala.*

*Tus campos sangran  
Tristes volcanes,  
no vean placeres  
sino pesares,  
cubran tus flores  
los arenales.  
Guillén Peraza,  
Guillén Peraza,  
¿dó está tu escudo?  
¿dó está tu lanza?  
Todo lo acaba  
la mala andanza.*

Hay algún cronista que dice que al joven Peraza lo enterraron en la Gomera en lugar de llevarlo a Lanzarote como aquí se afirma.

También una ilustre comentarista canaria, entre quienes se ocuparon de estudiar el funesto hecho, ha comparado a este Guillén Peraza, merced a las endechas de planto que hasta nosotros han llegado y a su temprana muerte, con el Doncel de Sigüenza y con el Príncipe Juan, hijo de Isabel la Católica...

La desgraciada muerte de su hijo no aleja a Fernán Peraza de sus ya marcados designios.

Fracasado el intento de conquistar La Palma, realiza razzías asoladoras por todo el archipiélago para conseguir cautivos. Vende por centenares a los infelices isleños en todo puerto peninsular que a este lucrativo negocio se dedique y, así mismo, hace transacciones con los barcos que como tiburones hambrientos o aves de rapiña rondán constantemente las Canarias.

Y tanta mercancía consigue que aun arrienda esclavos a quien se lo solicita, tal como varios documentos de la época atestiguan.

En Lanzarote y Fuerteventura el poder feudal es absoluto y quien no cae como esclavo debe trabajar para los colonos europeos en condiciones oprobiosas. En tan desdichado siglo la Gomera y el Hierro casi se quedan sin componentes de la raza aborígen, tanto es el celo que los conquistadores ponen en deportarlos para explotar las riquezas de las Afortunadas.

## CAPITULO XVIII

### Las aspiraciones portuguesas sobre las Canarias. Diego García de Herrera.

Allá por el año 1448, en la Corte de Lisboa el intrigante Maciot de Bethencourt, residente en las Madeiras desde que fuera hecho prisionero por Guillén de Las Casas y rescatado de su encierro en el Hierro por los portugueses, vende al infante Don Enrique su supuesto señorío sobre la isla de Lanzarote.

Portugal, de inmediato, despacha dos barcos a la isla lanzaroteña con gentes de armas y gobernador, alcáide, escribano y recaudador, los cuales en ella se instalan sin que nadie pueda impedirlo. El capitán general y gobernador es el hidalgo luso Antonio González.

Por otro lado, seducidos con dádivas y promesas, una parte de los colonos y naturales gomeros que aún quedan en la isla se ponen de parte del pretendiente Don Enrique, que entre bastidores fomenta la rebelión.

Fernán Peraza acude en queja al rey de Castilla, tanto por las constantes provocaciones portuguesas que llegan a lo más exasperante con la arribada de Antonio González y sus hombres, como también para recabar los derechos que le asisten sobre el gobierno de dicha isla según los tratados llevados a efecto por el Conde de Niebla y Guillén de Las Casas, sus predecesores en el señorío a raíz de las ventas efectuadas por Juan de Bethencourt.

En Castilla, Juan II no reconoce la venta de Maciot a los portugueses, declarándola ilegal y manda a Lisboa a su escribano Juan Iñiguez de Atabe con cartas de protesta por tan deleznable proceder. Alfonso V de Portugal, instigado por su tío el Navegante, insiste en que los derechos de conquista sobre las Canarias y Africa corresponden a su nación y se pone sobre el tapete de la mesa de las conversaciones la famosa expedición realizada por el año 1341, en la cual se recorrieran las islas y tomaran cautivos a varios indígenas como prueba fehaciente de tal periplo.

No hay acuerdo entre el mensajero castellano y la corte portuguesa. En Lisboa exigen que Fernán Peraza comparezca ante tío y sobrino mostrando documentos que atestigüen sus derechos al Señorío de las Canarias; y por tal motivo las relaciones entre ambas cortes son cada vez más tirantes.

Cuando posteriormente viene a Lanzarote el propio escribano real Juan Iñiguez de Atabe para ejecutar el secuestro legal de la isla en tanto todo el embrollo quede aclarado, su barco es víctima de piratería portuguesa y todos sus ocupantes maltratados de palabra y obra.

El gobierno de Antonio González es marcadamente impopular

en Lanzarote y en el año 1449—menos de dos desde la invasión—él y sus seguidores son expulsados por los isleños y colonos que cada día que pasa se hallan más molestos por tanto impuesto y gravámenes oprobiosos..

Y espor estas fechas de revueltas políticas, de ventas masivas de indígenas, de peleas entre los conquistadores en cuanto al archipiélago canario se refiere, cuando muere Peraza, el Viejo.

La situación en las islas al momento de fallecer su último Señor es deplorable a más no poder. En Fuerteventura los naturales se insurreccionan y alborotan, poniendo en peligro el dominio europeo en ella. Lanzarote está secuestrada judicialmente y sus rentas retenidas. En la Gomera hay formado un foco de rebelión constante, favorable a los portugueses. Portugal, llegando hasta el papa, niega todo derecho a Castilla para continuar con los intentos de conquista de las tres islas mayores...

Esta es la herencia que recibe Doña Inés Peraza de Las Casas unida en matrimonio con el caballero sevillano Don Diego García de Herrera.

Tras la muerte de su valido el poderoso Don Alvaro de Luna, Juan II en Castilla se debilita física y moralmente. El Infante Don Enrique, por mediación de su tío el rey, pide una y otra vez la transferencia de soberanía del archipiélago y que Doña Inés y Don Diego le vendan las islas ya conquistadas. Menos la de Lanzarote, que él dice haberle vendido Maciot de Bethencourt por una renta anual de 20.000 reis.

Vuelven a establecerse negociaciones luso-castellanas por los años 1454 y 1455 sobre las debatidas cuestiones de derecho a las Canarias y al litoral africano comprendido desde más al Sur de la Guinea. La querrela termina llegando, como más arriba apuntábamos, hasta el tribunal del papa Nicolas V, quien en la Bula *Romanus Pontifex*, indica a Portugal como zona de dominio las costas occidentales de Africa entre el cabo *Atlas Major* y las ignotas regiones de más allá del Trópico. Y el archipiélago canario a Castilla.

Diego García de Herrera y su esposa, nuevos Señores de las Canarias, después de conocida la Bula de Nicolás V, salen de Sanlúcar de Barrameda con tres navíos repletos de castellanos de diversas regiones, muchos de ellos casados.

Portan una Real Cédula expedida por el nuevo rey, Enrique IV, en la cual se ordena levantamiento del secuestro judicial de Lanzarote y que se entreguen a los Señores las rentas intervenidas.

Llegados a Lanzarote, tras algunas vacilaciones del pueblo que después de expulsar a los portugueses se considera ya con ciertos derechos y obligaciones abolidas, son por fin los nuevos dueños reconocidos en toda la isla como tales.

En Fuerteventura, con mucho derramamiento de sangre, son reducidos los indígenas sublevados.

En la Gomera, los portugueses evacúan la zona que dominaron durante varios años, siguiendo apremiante orden del rey de Portugal.

Y el matrimonio se encuentra dueño absoluto de las cuatro islas,

dispuesto a conquistar las tres que se mantienen todavía irreductibles.

Pero aún no se han acabado los ataques y las intrigas para posesionarse los portugueses del señorío y conquista de las islas Canarias. Enrique IV de Castilla, débil de carácter, casado con una princesa lusitana, en un incongruente desvío sobre la decisión papal, otorga merced para conquistar las islas libres a dos caballeros portugueses que han acompañado en cortesana pleitesía desde Lisboa a Castilla a la dama que él acaba de desposar.

Estos caballeros prestamente legalizan la tal licencia ante el papa, con el apoyo de su rey y se disponen, presurosos, a preparar una potente expedición armada con la cual hacer valer sus recién adquiridos derechos de dominio sobre Tenerife, Gran Canaria y La Palma.

Presionado y duramente reconvenido por su actitud mediante las quejas de los Herrera-Peraza y las amonestaciones de algunos nobles allegados, Enrique IV con fecha 6 de Abril de 1468 rectifica la última ilegal y arbitraria concesión, anulándola con una Real Cédula, cuya lectura nos dice mucho de su indeciso y flojo carácter.

*Enrique IV hizo esta declaración forzado por los acontecimientos. Los portugueses organizaron una armada, en 1466, al mando de Diego de Silva, destinada a conquistar Gran Canaria. Mas cambiaron de rumbo o por el contrario obedecieron las reales instrucciones que habían recibido con el fin de expoliar a Lanzarote y a Fuerteventura. Clamaron los señores castellanos; hubo que atenderles; pero al fin el portugués de Silva, quién tocó en el Este de Gran Canaria, fue yerno de Diego García de Herrera y a éste sirvió en los contactos para hacerse con las islas irreductibles. Diego de Silva, por su matrimonio con María, hija de los señores, tuvo cuatro partes de doce en las rentas de Lanzarote y Fuerteventura.*

Y con frases del mismo escritor rematamos el episodio:

*Y en este punto puede señalarse el fin del régimen de vasallaje para la asimilación de Canarias por Castilla. Tendrá que llegar al trono Isabel I, pero el matrimonio Peraza-García de Herrera simboliza el final de un feudalismo muy autónomo, mas que no habría podido resistir a los ataques de los portugueses sin la intervención protectora de la Corona. Llega la decisiva intervención de España...*

## CAPITULO XIX

### Doramas, el Héroe .

!Doramas!...

Indiscutiblemente, este fue el héroe canario por excelencia; el prototipo del isleño amante de su tierra y de su ancestral libertad; el defensor furibundo de sus costumbres y de sus leyes.

!Doramas!... Hoy, cuando ya han pasado varios siglos, cerca de quinientos años desde que este invicto caudillo, cual Viriato canario realizó sus portentosas hazañas, su solo nombre nos llena de orgullo y una dulce sensación de emotivo recuerdo nos invade.

La vida de Doramas, repleta de sucesos notables, mezcla de historia y leyenda, nos ha sido legada imprecisa, incompleta, en fragmentos. No obstante trataremos aquí de evocar lo mejor posible su figura y sus hechos, sabiendo ya de antemano que todo lo que digamos acerca de él resultará pálido para cantar su grandeza.

Al igual que la mayoría de los grandes héroes y caudillos de todos los tiempos, Doramas salió de la masa, se destacó de entre el anonimato del pueblo a que pertenecía y con sus hazañas, apoyado en su arrojo y valentía, en su arrogante audacia, su tesón y su fuerza de voluntad indomable, escaló las más altas cimas de la fama e inscribió su nombre en el Libro de la Inmortalidad. Porque, si portentosa fue su vida, su muerte no le desmereció al caer en el campo de batalla, en defensa siempre de los ideales de patria que lo poseían, luchando contra los invasores que trataban de acabar con la libertad de siglos de su Tamaran indómita y noble, cuna de valentía y lealtad.

Doramas, así llamado según se dice por sus grandes y achatadas narices, no fue hombre alto pues su estatura no pasaba de mediana entre sus coetáneos pero sí robusto, de miembros poderosos, agilidad felina y fuerza hercúlea. Natural del reino de Gáldar, su infancia y adolescencia transcurrieron entre las agrestes montañas que forman el macizo Centro-Norte de la isla. Perteneciente a la casta de villanos o trasquilados, por ley ancestral estaba obligado a servir a la nobleza privilegiada y su oficio era el de pastor. Quizás esta labor, una de las más comunes entre su pueblo, que lo obligaba a pasarse largas temporadas a solas con el rebaño a él encomendado recorriendo las montañas aislado de sus semejantes, fue la que le hizo amar sobre todas las cosas a su isla, cuya grandeza y hermosura conocía así tan bien. Tal vez ésto mismo, su mente despierta, los sueños propios de la edad en mezcla propicia, le impulsaron a ansiar el puesto preponderante que más tarde alcanzó.

Se dijo de Doramas que para ser diestro en la lucha se pasaba diariamente varias horas practicando el manejo de las armas, largos ratos abrazado al tronco de un árbol forcejeando con él, arrojando piedras sin igual maestría. . .

Más, pese a sus ansias de lucha, no fue aceptado en la nobleza cuando lo solicitó; y a medida que se iba haciendo más hombre sus sueños de grandeza aumentaban. Ya comenzaba a destacarse entre los suyos como luchador resistente, astuto, inteligente... Su espíritu se empapaba de soberbia y rebeldía.

Cuando dejó de ser niño, abandonó el oficio de pastor; por los altos de Moya tenía su cueva vivienda y allí consiguió atraer a otros audaces descontentos que ya veían en él al futuro caudillo. Pronto la cuadrilla de Doramas corrió libremente toda la isla, siendo siempre sus componentes, con el jefe al frente, los primeros en atacar y rechazar a los pertinaces extranjeros que cada vez más insistentemente intentaban desembarcar en diferentes puntos de las costas grancanarias. Su renombre de bravo crecía de día en día.

Un episodio más en su vida lo empujó quizás a aspirar con redoblado ardor a la cúspide del poderío y la fama.

Según algunos cronistas afirman, el cabecilla trasquilado pasó su cuartel y sus actividades al Sur de la isla durante algún tiempo porque motivos íntimos tuvo para hacerlo: Doramas, el adalid, se enamoró, pero no de una mujer de su condición. Puso sus ojos y su corazón en la bella hermana de Maninidra, el famoso guayre de Las Cuatro Puertas y sobrinos ambos de los guanartemes reinantes en Calder y Telde.

Doramas era un trasquilado, jefe de cuadrilla más que de nobles guerreros, de bandidaje. Maninidra, de una casta superior, no podía consentir una posible unión entre el pastor y la doncella criada entre harimaguadas, en los cenobios. Se supone que se negó categóricamente a todo conato de conversación sobre el tema, pese a que Doramas, audaz en esto como en los demás hechos de su agitada vida, insistiese una y otra vez.

El guayre sureño terminó amenazando con encerrar a su hermana de tal forma que ni verla de lejos jamás su amado pudiese. Y Doramas se enfureció. . .

-He intentado hablarte con mesura... Pero ya que me provocas, guayre Maninidra, te diré una cosa... !Yo, Doramas, hijo de trasquilados, un pastor perteneciente al pueblo, lucharé de ahora en adelante tanto y tan bien que escalaré cimas a donde ni tú ni todos los tuyos habeis de llegar! . . . Y tú, poderoso guayre, pedirás ser mi amigo y yo te mandaré a capricho. Y tu hermana será mía... !Lo juro por Tirma, por Umiaga, por Alcorac! .

Maninidra cumplió su amenaza pues según varios historiadores canarios afirman, aisló a su hermana en el Roque de Gando, peñasco árido y abrupto, a unos doscientos metros retirado de la costa, junto a la famosa punta del mismo nombre. El intransigente guayre colocó vigilantes con la idea de prohibir el acceso al islote de todo aquel que no fuese por él

mismo autorizado.

No obstante, también Doramas cumplió su aseveración y su gran amor supo eludir las vigilancias y continuó viéndose muchas noches con su amada, nadando para ello bajo el agua todo el brazo de mar que los separaba.

Nos imaginamos el tierno idilio del guerrero y la doncella, en noches de luna clara y firmamento estrellado, con el constante arrullo del mar plateado a sus plantas.

A pesar del paréntesis de amor relatado, o tal vez en parte a causa de él, Doramas continuó desarrollando todos los proyectos que en sus sueños de grandezas, cuando andaba a solas por las montañas, se forjara.

Los canarios que acudían a acogerse bajo sus banderas eran cada vez más numerosos y ya nadie en la isla ignoraba su fuerza.

Por fin, de una u otra forma, se supone que consiguió verse nombrado noble por el Sabor de los guayres del Reino de Gáldar.

En la Montaña de Moya, entre frondosa selva y umbríos barrancos, en espaciosas cuevas tenía enclavado el cuartel general y su poder y nombradía iban constantemente en aumento. Y algunos nobles y aun guayres de los dos reinos en que por aquel entonces se hallaba dividida Tamaran se habían declarado decididos partidarios suyos y colaboraban con él, triunfando siempre en las escaramuzas llevadas a cabo contra los tenaces cristianos que a pesar de las constantes derrotas sufridas no cejaban en el empeño de conquistar la isla.

Cuéntase una anécdota que puede dar idea de como el valeroso caudillo hacía prosélitos entre los isleños:

Había en Gáldar un guayre muy afamado por su valentía y destreza en el manejo de cualquier tipo de armas. Celoso de la preponderancia que estaba adquiriendo Doramas, cierto día, enterado de que éste había de pasar por determinada ruta, tal vez de vuelta de sus nocturnos galanteos en el aislado Roque de Gando, le aguardó emboscado.

Cuando Doramas se aproximaba confiado, con la rodela que llevaba sus colores rojo, blanco y negro al brazo, tomando su enemigo un puñado de tierra del camino, apareciéndosele repentinamente, se lo echó a los ojos y acto seguido lo atacó, derribándolo al suelo y atenzándolo allí con firmeza.

Doramas, cegado, inmovilizado por el traidor ataque, no se podía valer por más que forcejase.

-¿Quién es el que a traición y con tanta fiereza me ataca?...

-Date a conocer a tí mismo primero y luego sabrás la repuesta.

-¿Darme a conocer?... Yo soy aquél a quien dicen Doramas, un trasquilado que por méritos propios, por amor a la Tamaran de mis mayores y para mejor defenderla y hacerla respetar, he luchado desde niño y he llegado a caudillo de los canarios amantes de la libertad. Soy uno más de los que desean verse por siempre libres de extraños yugos.

-!Levanta, Doramas! Tu valiente respuesta es digna de un verdade-

ro canario... Quería matarte, porque no te conocía... Pero ofensa a Alcorac y a Tamaran sería quitar la vida a quien tan clara y llanamente habla. Soy Bentaguayre, noble y guayre, a quien ya conoces. Conmigo puedes contar desde este instante para ayudarte en tu lucha contra la desunión de nuestro pueblo y contra los cristianos piratas.

Así era el gran Doramas. Ambicioso y soberbio, pero también humilde y franco cuando había menester.

Con su inteligente visión política Doramas percibía dolorido como la unión entre sus paisanos se resquebrajaba más y más desde que el gran reino fundado por Atidamana y Guimidafe se dividiera en dos. Los habitantes de ambos reinos peleaban con alguna frecuencia, fomentadas a veces estas luchas por el guanarteme de Telde, sobre todo a causa de los pastos, que eran más escasos en el Sur; permitiendo con estas internas escaramuzas que el extranjero se tornase más audaz y contundente en sus constantes ataques.

Muerto el guanarteme de Telde dejó dos pequeños hijos como presuntos herederos bajo la tutela de su tío, el guanarteme de Gáldar. Esto fué un motivo más de malestar para muchos canarios del Sur y las desafecciones se sucedían amenazantes.

Doramas, astuto y ya poderoso, tratando de remediar este pobre estado de cosas, efectuó un atrevido y sin precedentes acto: Reunido en los altos de Moya con toda su numerosa cuadrilla, se declaró en abierta rebeldía hacia su natural señor el guanarteme y trasladándose con aparato guerrero a tierras del Sur, merced a halagos y amenazas se proclamó Regente del reino de Telde. Su arenga fue atrevida y briosa:

-! Canarios de este reino de Telde!... Vosotros sabeis de sobra como andaban las cosas entre este pueblo y el de Gáldar, debido más que nada, a la altivez del muerto guanarteme para con su hermano. A mí, al capitán Doramas, ya me conocéis y sabéis de todo lo que soy capaz. Esta tierra viene de derecho a quien con su valentía la gana... !Y yo la merezco! Yo seré desde este mismo momento el nuevo guanarteme, el regente. Procurad siempre obedecer mis órdenes y vereis como os trato bien, como acabo con estas estériles luchas entre hermanos y como todos unidos defenderemos este solar de nuestros mayores.

Todavía hubo algunas escaramuzas con los leales al guanarteme de Gáldar pero Doramas era ya muy conocido y temido; como héroe canario consagrado, supo captarse de tal forma a la mayoría del pueblo noble y trasquilado que el verdadero regente, siempre bondadoso y prudente, temeroso de encender una verdadera guerra civil en momentos tan cruciales para el porvenir de la isla continuamente amenazada desde el exterior, accedió por fin a esta impuesta dictadura, pidiendo tan solo se le confiasen sus pequeños sobrinos Tazartico y Masequera.

Y también vió convertida en realidad la profecía que él mismo hiciera al guayre Maninidra; porque aquél, como todos los demás nobles del reino de Telde, después de variadas peripecias acabó por pasar a ser su subordinado, accediendo por fin a la unión del joven caudillo con su

hermosa hermana y aun fue posteriormente uno de sus mejores amigos y aliados en las batallas llevadas a cabo contra los castellanos.

## CAPITULO XX

### IncurSIONES castellanas a Tenerife y Gran Canaria. Añaza y Gando.

Entre los años 1455 y 1477, Diego García de Herrera intentó por todos los medios y con escasa fortuna la sumisión absoluta de Gran Canaria, Tenerife y La Palma estando ya las restantes islas en pleno período de vasallaje. En diversas ocasiones desembarcaron los castellanos por Las Isletas y Gando, así como en Anaga y El Bufadero.

Allá por el año 1461, Diego García de Herrera, acompañado del nuevo obispo del Rubicón, don Diego López de Illescas y del gobernador para las islas insumisas Alonso Cabrera con un grupo de hombres de armas tomó tierra en la Gran Canaria, cerca del actual puerto de Las Isletas. Muchos eran los deseos del nuevo señor de Lanzarote de conquistar las islas mayores que le ofrecían resistencia, repetimos; pero sabiendo a consecuencia de anteriores descalabros que la toma no podía ser fácil porque los naturales andaban menos confiados y demostraban valor a toda prueba en la defensa de su patria, decidió el castellano hacerse dueño de ellos por la astucia, dado que resultaba imposible por las armas.

En el puerto de Las Isletas los canarios acudieron numerosos y aguerridos a la defensa de las playas invadidas, mas don Diego López de Illescas, por medio de un intérprete indígena ya conocido de los habitantes de la isla, trató de sosegarlos diciendoles que aquellos hombres que allí veían no acudían en son de guerra o con ansias de rapacidad sino con el designio de establecer amistad y cordiales relaciones.

Aquel día, *miércoles, 12 de agosto*, que dicen los cronistas, tomó pacíficamente Diego de Herrera posesión de la isla al uso de la época, es decir, cambiando piedras de lugar, esparciendo puñados de tierra, hollando el suelo por fuera de los senderos, desgajando ramas y cortando cortezas de los árboles, etc., ante el asentimiento y confiada ignorancia de los indígenas, al frente de los cuales sonreían los dos guanartemes, el de Gáldar y el de Telde, que eran hermanos. Con el besamanos que *el domingo, día 16 de agosto* fue realizado al de Herrera por los dos guanartemes, los dos faycanes y los guayres más principales, culminaron los actos de posesión, simbólica ésta, pues de otra forma no había de ser, que para ello estaban allí los valerosos, indómitos canarios. Fueron testigos del hecho que se reflejó en documentos, por parte castellana el obispo del Rubicón, el rey de armas Juan Negrín, el bachiller Antón López, provisor del obispo, el gobernador Alonso Cabrera y caballeros como Pedro Padilla y Alonso Becerra, ejerciendo de escribano Hernando de Párrega.

Pasados unos días, sin más diligencias y cubiertos de regalos consistentes en los productos del país, retornaron los castellanos al feudo de Lanzarote.

En el año 1462, el obispo don Diego López de Illescas, deseando ardientemente ver reducidas de una vez al cristianismo las islas gántiles, volvió a la Gran Canaria con Alonso Cabrera y unos trescientos hombres. La partida se acercó a tierra por la bahía de Gando, en posesiones del reino de Telde. Los canarios, avisados por los vigías de Tufia y Aguatona, temiendo un nuevo ataque, se reunieron numerosos en las curvas playas de Gando. A grandes voces dijeron a los expedicionarios que mirasen lo que hacían, que no se llegasen a desembarcar, que si algo necesitaban lo pidiesen, que se les daría; mas nunca iban a consentirles poner pie en tierra. Pese a los razonamientos apaciguadores del obispo y a la invocación del reciente tratado establecido, los isleños no cejaban en su actitud defensiva y los castellanos, en inferioridad numérica, no se atrevieron a saltar de los botes. La expedición regresó a Lanzarote sin que los deseos evangelizadores de don Diego de Illescas se pudiesen cumplir en aquella ocasión.

Entre los años 1462 y 1464 se supone que fue cuando Diego de Herrera, en uno de sus viajes a Gran Canaria, pacificados nuevamente los isleños, obtuvo de ellos autorización para construir un oratorio, almacén o fortaleza militar en Gando.

Dice Abreu Galindo al respecto: *Estando en esta amistad, procuró el obispo hicieran una torre o casa fuerte por consejo de Diego de Herrera, como casa de oración para que, cuando los cristianos viniesen a contratar, tuviesen en que recogerse y albergar y hacer oración a Dios allí, en Gando, sin darles pesadumbres. Y para que estuviesen seguros y ciertos de la amistad, les dió doce cristianos de sus vasallos en rehenes, que los tuviesen los canarios consigo y que los presos que habían de una parte y otra fuesen libres; y que toda la orchilla que en esta isla de Canaria se cogiese fuese para Diego de Herrera, porvía de reconocimiento de señorío, dándole a los cogedores ciertas cosas.*

Comenzose luego a hacer la torre fuerte de piedra y barro, ayudando los naturales con gran regocijo y contento, allegando piedra, amasando barro y a cortar madera y traerla. Y como andaba mucha gente de una y otra parte, en pocos días fue acabada la torre, capaz de gente y para defenderse, puesta en un cerro alto, en un llano cerca de la mar. Diego de Herrera estuvo con ellos algunos días; y dejando la torre bien abastecida de lo necesario se volvió a Lanzarote con el obispo. Dejó por capitán y alcaide de la torre a Pedro Chemida, hombre conocido de ellos y bien quisto. Quedó avisado que, no obstante los conciertos, si se ofreciese ocasión, no dejase de aprovecharse de ellos haciendo cuanto pudiese para atraerlos a su voluntad, no obstante la paz y concierto asentado.

Por aquellos años, en el 1464, Diego García de Herrera y el obispo don Diego López de Illescas, con tres navíos y quinientos hombres, de los cuales desembarcaron una mayor parte, pusieron su planta de conquista

en la zona de Anaga, en la isla de Tenerife. Hay otros autores que afirman que el desembarco se realizó por el lugar llamado el Bufadero, cercano a la actual Santa Cruz. Fueron recibidos, en principio, con hostilidad.

Conversaban el de Herrera y el obispo, a la sombra de escarpadas rocas que remataban sus perfiles acusados en la playa cercana.

-Hay que vencer la resistencia de esos salvajes, señor obispo. Esta hermosa isla de Tenerife tiene que caer en nuestras manos, al igual que la Gran Canaria.

-Hagamos las cosas con paz, mi señor don Diego. Digámosles a través de los intérpretes que no venimos a quitarles ni vidas, ni tierras, ni haciendas. Que deseamos tenerlos como amigos y contar con ellos como buenos vecinos.

-Bien está lo que decís, sí. Pero vedlos ahí, armados de piedras y palos, sobre esos roques. Si no lanzamos a nuestros hombres contra ellos, ellos se lanzarán encima nuestro.

-!Aguardad!... La persuasión antes que la violencia... Su conversión a nuestra santa Religión y su amistad y quietud antes que el exterminio y la muerte.

-!Hum!... Mucho confiais vos en la bondad de esos salvajes y en nuestras dotes para convencerlos.

-!Con nosotros está Jesucristo!... Acordaos de la toma pacífica que años ha hemos hecho de la Gran Canaria.

-También recuerdo con harta frecuencia como nos enseñan los dientes de cuando en cuando. Pero,... Sea como vos deseais. Que vengán los intérpretes.

Las buenas razones y marrullerías por parte de los castellanos engañaron a los guanches lo mismo que anteriormente habían convencido a los canarios. Y Diego de Herrera tomó pacífica y simulada posesión de la isla del Teide.

*A todos cuantos esta carta vierades, que Dios honre y guarde del mal. Yo, Fernando de Párrega, escribano público en la isla de Fuerteventura, en lugar de Alfonso de Cabrera, escribano público de las islas de Canarias; por mi señor Diego García de Herrera, señor de las dichas islas, con autoridad y decreto que el mismo señor me dió...*

*... en como un sábado, veintiún días del mes de Junio, año del Nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil cuatrocientos e sesenta y cuatro años, estando en la isla de Tenerife...*

*... en un puerto que se llama del Bufadero...*

*...parecieron ante el dicho señor, el gran rey de Ímobach de Taoro. El rey de Las Lanzadas, que se llama rey de Güimar. El rey de Anaga. El rey de Abona. El rey de Tacoronte. El rey de Benicod. El rey de Adeje. El rey de Tegueste. El rey de Daute. Estados los sobredichos nueve reyes juntamente hicieron reverencia y besaron las manos al sobredicho señor Diego de Herrera, obedeciéndolo por Señor.*

Juan Negrín levantó en alto el pendón y dijo por tres veces, a grandes voces:

-!Tenerife! ... !Tenerife! ... !Tenerife por el rey don Enrique de Castilla y de León! .

Tal fue el tratado que en la Historia se conoce por *El del Bufadero*.

Al igual que había sucedido con Gran Canaria, Diego de Herrera y el obispo Illescas se conformaron con aquella acta de posesión, que jamás fue acta de paz, como algunos cronistas la denominaron.

Satisfechos los castellanos retornaron a Lanzarote. Con ellos se embarcó voluntariamente un mozálbete guanche bautizado más tarde con el nombre Antón, el *Antón guanche* de la leyenda de la Virgen de Candelaria.

Pasados Algunos meses desde la expedición castellana a Tenerife y la simbólica toma de posesión de esta isla, el obispo Illescas y el hijo de Diego, Sancho Herrera desembarcaron entre el Bufadero y Anaga, pactando con Serdeto, mencey de este último término, la construcción de una fortaleza, persiguiendo con ello los mismos fines que les habían guiado en la erección de la de Gando en la isla Canaria.

Los guanches, nobles y confiados en las costantes promesas de paz y fraterna amistad que ofrecían los extranjeros, accedieron de buen grado y la torre de Añaza se alzó como otra cabeza de puente para las aspiraciones de conquista y dominio que sustentaban los Herrera Peraza.

Se establecieron normas para el exacto cumplimiento de la justicia por que habían de regirse guanches y castellanos en sus mútuas relaciones dando comienzo al activo comercio que se intensificó a poco entre ambas razas.

Dice Abreu Galindo que, *entre otras condiciones y conciertos que hicieron fue que cualquiera de los cristianos que hiciese algún agravio y mal a algún natural, habiendo querella en ello, fuese entregado a la parte contraria para que hiciese su voluntad y lo mismo se hiciese de los naturales que hiciesen mal a los cristianos, entregándose para hacer lo mesmo.*

Sancho Herrera quedó en Añaza como gobernador, con un puñado de hombres de armas y un barco anclado en aguas de la bahía para lo que hubiese menester.

## CAPITULO XXI

### Nuestra Señora de Candelaria. Alianza Luso-castellana.

-!Vamos, Blanca!...!Anda, Saltadera!...Estos canchas...!Sube, Zotón!...!Sube!... ¿No ves que se te vá a escapar la Saltadera?!Yyya!...!Yyya!...

-!Hala, hala!...Que remolonas están hoy las axas y las hañas... Y ya es hora de ordeñar... Quiero llenar bien los gánigos antes de que pasten en el monte... ¿Por que se arremolina el ganado ahí, en la entrada del barranco?..

!Arre!... !Arre!... !El ganado se espanta!... ¿Que es lo que pasa?... Ten cuenta tú, Tenguada, de que no escapen las axas para atrás y con los canchas cuida de que no suban por las laderas hacia lo alto. Aquí, aun en la playa, las axas se nos escaparán si nos descuidamos.

-!Mira, Chinguaro!...Las hañas bien se espantan...Los baifos se esconden medrosos entre las patas de sus madres...¿Que pasa,tú?

-No se.Voy a ver...Como sea algún vecino quepretende robarnos una axa, está apañado. Tu coge piedras y prepara la tabona...!Oye!.!Es una chamato!, o, al menos, eso parece... ¿No la ves ahí, enfrente de esa cueva?...

-!Si! Es una chamato desconocida. Pero, !que tamarcos más raros viste!... Tiene un achicua en el brazo... Bueno; ya sabes que no podemos hablarle estando solos pero, indícale que se retire del camino para que pueda pasar el ganado.

-Ya lo estoy haciendo y no me hace caso. !Pues yo le hablo, que el día se nos echa encima y aún tenemos mucho terreno por recorrer!...

!Retírate,, chamato!...!Apártate, te digo!... ¿No ves que estás asustando a las axas?... No se mueve. Y parece como si saliese de ella una luz extraña... Porúltima vez, retírate de ahí de en medio, chamato. ¿No?... Pues está mi certera piedra te obligará... !Ay! !Tenguada! !Tenguada!... !Mi brazo!...Se me ha paralizado el brazo al ir a tirar la piedra.Y esa chamato sigue ahí.Y el ganado se arremolina,se espanta y vá a escaparse,... !Tenagua!

-!Esto parece cosa de Gayota, el de Echeide!...Pero mi tabona romperá el encantamiento; voy a cortarle un brazo a la testaruda chamato...!Ay! !Me he cortado en la mano! !Te,...te haré...pedazos!.!Ay, ay! No le hace daño mi tabona y mi mano y mi brazo sangran más...Esto es,...esto es...!Huyamos Chinguaro, huyamos de aquí!...!Vayamos al tagóror y contemos ésto tan extraordinario al mencey!...

En las playas del Sur de Tenerife, por el término de Güimar, existe un lugar denominado actualmente La Candelaria, sitio en donde, hace ya cerca de seis siglos acaeció un hecho portentoso que todavía maravilla a todo buen cristiano creyente, sea canario o foráneo.

Allá por el año de gracia de 1390 poco más o menos y mucho antes de que los conquistadores castellanos pusiesen su planta dominadora en la isla tinerfeña, unos pastores guanches que arreaban su ganado para el ordeño y pastoreo, tuvieron cierta visión.

A la entrada de oscura cueva se les apareció una mujer hermosísima, ataviada con extraños ropajes, portando en el brazo a un sonriente infante y en la otra mano una especie de pequeño cirio.

Por más que los dos asombrados guanches intentaron apedrearla, herirla o moverla no lo consiguieron, lastimándose ellos en donde querían herir, con el consiguiente terror y pasmo. Corrieron ambos a hablar al mencey del territorio, a los achimenceyes y al pueblo, acudiendo todos al lugar del suceso y quedando suspensos con el prodigio, comprobando que la mujer no era de carne y hueso sino de piedra o barro cocido y que emanaba de sí un suave resplandor sobrenatural. Maravillados de tan singulares portentos, ninguno de los presentes se atrevía a tocarla, avisados del peligro que corrían al observar a sus dos lisiados paisanos.

El mencey, dispuesto a aclarar no obstante en lo posible tal prodigio, obligó por fin a los mismos que la hallaran y que tanto terror le tomaran, a que la cargasen en brazos. En cuanto los dos pastores, temerosos pero obedientes la tocaron, se vieron de inmediato curados de sus lexiones. Ante el hecho, más maravillados si cabe todos los isleños, determinaron trasladar a tan extraordinaria mujer a la cueva principal del mencey, portándola reverentemente en andas; pero solamente pudieron recorrer con ella unos doscientos metros de playa porque, de pronto, se hizo la aparición tan pesada que apenas podían moverla los portadores por más que lo intentaran y aun recibieran ayuda. La imagen de la mujer con el niño en brazos era inamovible. Los presentes, en medio de su pasmo, comprendieron que aquello era ciertamente obra de fuerzas sobrenaturales y, a grandes voces, inclinándose en el suelo, le rogaron se dejase ser llevada, aunque solo fuese a una cercana espaciosa cueva que para mejor adorarla le iban a acondicionar dignamente. Y, ¡oh, prodigio!, la imagen tornó a ser liviana como al principio, siendo por fin colocada en la cueva que llamaban los guanches Avehon, sobre piedras recubiertas de blancas pieles de cabra, poniendo a su entero servicio a un hombre y a una mujer; y a ella ofrendaron desde entonces lo mejor de sus rebaños y cosechas, que se multiplicaron.

Un portento más a sumar a los de tan venerada imagen era que todos los años y en determinadas épocas de los finales de invierno, se observaban en la noche muchas luces girando alrededor de la cueva-santuario y luego aparecían los alrededores recubiertos por gruesos goterones de algo como cera blanca, cera que posteriormente se empleaba para el culto.

Y así, tal como relatan las crónicas, fue como desde aquel año de la última década del siglo XIV, la imagen de una hermosa mujer tan milagrosamente aparecida fue venerada en grado sumo por el pueblo guanche, que en su sencilla religión no podía suponer lo que había de representar, aunque tomándola, eso sí, como sobrenatural envío para premio de sus morigeradas costumbres.

Pasó el tiempo, casi un siglo.

Los normandos primero y los castellanos después, yase posesionaran de varias islas en el nuevamente descubierto archipiélago canario. Era señor de Lanzarote, con derechos de conquista, don Diego de Herrera que en compañía de sus hijos hacía constantes correrías a las islas todavía insumisas de La Palma, Tenerife y Gran Canaria.

Un joven indígena llamado Antón Guanche al cristianarse, habló reiteradamente a los Herrera de la mujer de barro cocido que en su nativa isla se veneraba; y ellos tuvieron curiosidad por averiguar lo que de verdad hubiese en tal relato de prodigios.

Ya gobernador de la recién edificada fortaleza de Añaza, Sancho Herrera procuró ver a la imagen de la cueva y cuando estuvo ante ella al punto la reconoció como a la Virgen María con el Niño en brazos. Sin aún poderse explicar el hecho de su aparición en tan ignotas tierras, decidió entre sí el castellano que mejor estaría adorada por cristianos que en poder de ignorantes paganos; y engañando a los isleños en un descuido, se apoderó de la imagen, trasladándola a Lanzarote de inmediato, causando su llegada y el relato consiguiente asombrosa sensación.

Colocose a la Virgen con el Niño en el principal altar de una de las recién edificadas iglesias lanzaroteñas para ser allí reverenciada con todo fervor por los católicos colonos feudatarios de los Herrera y de Castilla.

Afirman los antiguos escritores que de tal episodio tratan, sobre todo Espinosa y Nuñez de la Peña, que la imagen, cual si tuviese vida propia, se portaba de una forma incomprensible, extraña. Todos los días aparecía en su altar con las facciones vueltas a la pared, por más que quienes de ella amorosamente cuidaban la colocasen una y otra vez de cara a los fieles adoradores suyos. Y como quiera que el desconcertante hecho se sucediese invariablemente, tanto el obispo del Rubicón como los señores del feudo y el pueblo en general llegaron a entender, decepcionados, que La Señorano se hallaba allí a gusto, que no estaba en su deseado destino y que era grave falta el intentar torcer los designios del Cielo. Por lo que con harta pesar decidieron devolverla a los guanches.

Cuando el navío castellano en que era transportada surgió cerca de las costas de Güimar, el mencey y su pueblo se maravillaron sobremanera al conocer las causas del arribo puesto que, según ellos, la venerada imagen había estado ininterrumpidamente en su ya habitual trono de la cueva Avehon. Para convencerlos de que no era así, Sancho Herrera se la mostró

en el puente del barco y entonces todos los guanches, con grandes voces y lamentos acudieron a la cueva hallando, efectivamente, el altar recubierto de pieles, vacío.

Ya jamás volvió a salir de Tenerife la portentosa imagen, a quién sus adoradores guanches, enterados por fin de quien era a través de Antón Guanche, llamaron *Chaxiraxi* que en su lengua quería decir algo así como *La que carga al que tiene el mundo*. Y los castellanos, tanto por la candela que tiene en una mano como por la cera que sobre el dos de febrero de cada año aparecía derramada en gruesos goterones alrededor de la cueva, la llamaron *Nuestra Señora de Candelaria*.

Como ya dijimos en anterior capítulo, Diego de Silva, capitán aventurero enviado a las Canarias por el rey de Portugal para hacer valer en ellas sus derechos de conquista, llegó a Gran Canaria, en una fecha discutida que la mayoría de los historiadores sitúan en 1466. Previamente había intentado un desembarco en Lanzarote pero fuera rechazado por los vasallos de Diego de Herrera; en la Gomera consiguiera mantener una facción de descontentos que le eran adictos.

Fondeando en la bahía de Gando, su desembarco apenas fue obstaculizado por las huestes confiadas y albergadas en la torre al mando de Pedro Chemida. Hizo prisioneros a los castellanos en audaz ataque sorpresa adueñándose de la fortaleza, causando en ella grandes destrozos.

Pedro Feo, criado del rey portugués, acudía ya desde Lisboa con víveres, armas y más hombres en varias carabelas.

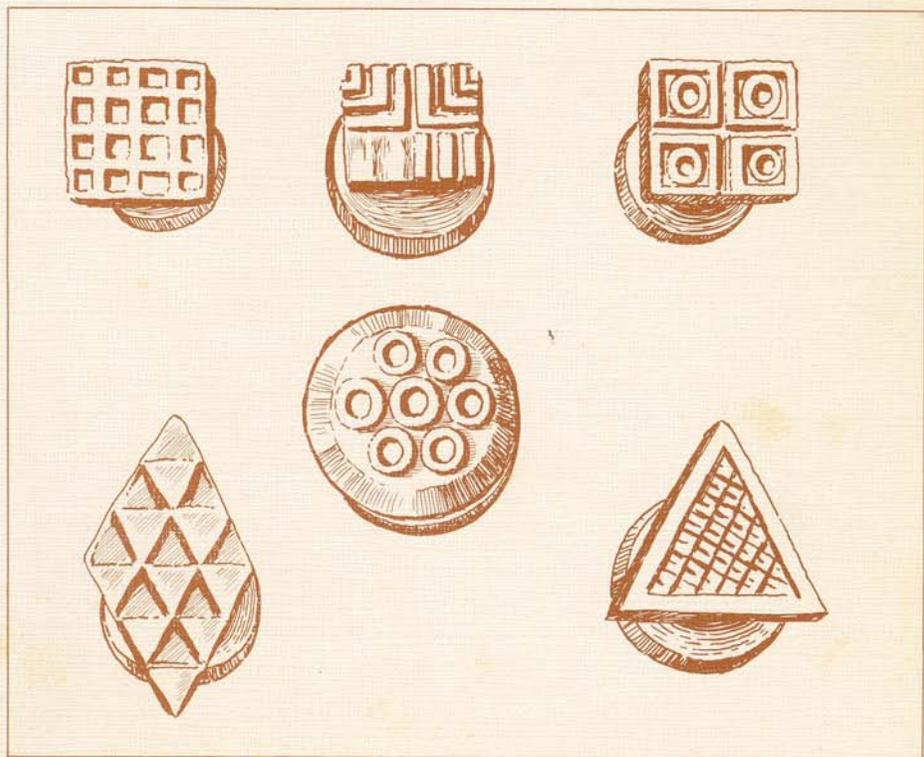
Diego de Silva, sintiéndose con todo ello fuerte, exigió al señor de Lanzarote 20.000 maravedíes por el rescate de la torre y sus ex-guardianes; precio exagerado para las exhaustas arcas de Diego de Herrera.

Fue tal vez a causa de estos acontecimientos como nació en Diego de Herrera e Inés Peraza la idea de ofrecer la mano de su hija doña Marfa de Ayala y una parte de las rentas isleñas a aquel conquistador de fortuna lusitano que los perturbaba.

Desde Gando, recorriendo zonas isleñas que aún hoy en día conservan el topónimo de Silva, llegó el portugués a los poblados de Tara y Cendro, principales del reino de Telde.

Parece ser que no solo consiguió la amistad y alianza del belicoso guanarime teldense reinante a la sazón así como del poderoso faycan Guanariragua, *el Tuerto*, sino también autorización para levantar en los alrededores de Tara un oratorio cristiano que más tarde destruyeron los canarios.

Con la proposición de matrimonio y participación conjunta de las rentas que hubiese, además de otros acuerdos mútuos entre gobernantes portugueses y castellanos bajo el arbitraje papal, la acción de Diego de Silva cambió y poco a poco las cosas de las islas parecieron volver a su antiguo cauce entre los conquistadores, calmándose los ánimos, formulán-



"Usaban una especie de sellos de barro cocido o piedra labrada, muy minuciosamente tra-

dose concesiones y alianzas que sirvieron para intentar mayor impulso en la comenzada y hasta entonces no rematada conquista de las indómitas Gran Canaria, La Palma y Tenerife.

Se repararon los desperfectos de la torre de Gando, quedando nuevamente en ella como gobernador Pedro Chemida y la escuadra, ahora luso-castellana, acudió a Tenerife a fortalecer la posición de Sancho Herrera asaz precaria a causa del malestar reinante entre ambos bandos por mor de continuas fricciones y malos entendidos.

Pacificada la zona costera y restablecida la seguridad en la reforzada torre de Añaza, el ejército aliado abandonó Tenerife dándose a la vela proa a Gran Canaria para atracar primero por Sardina del Norte,

El desembarco se efectuó pero como los indígenas andaban algo alborotados no se consideró oportuno adentrarse en la zona y se buscaron lugares más apropiados. Dividióse la escuadra, formándose dos cuerpos expedicionarios. La primera fuerza al mando directo de Diego de Herrera se adentró por la playa y barranco de Agumastel, topando a su paso numerosas viviendas tanto de piedra, madera y barro como trogloditas, a todas las cuales destruyeron, dándoles fuego a las maderas, arrasando los sembrados y capturando ganados. Fue esta hueste la que se encontró también con un pequeño grupo de mujeres y niños, todos autoinmolados para librarse de la esclavitud que presentían, de caer con vida en manos de los invasores y sin haber podido escapar como habían hecho sus paisanos.

Después de recorrer algunos otros fragosos barrancos y pequeñas llanuras sin localizar a los isleños, los soldados retrocedieron y tornaron a las naves, decidiendo hacer rumbo al Este y al Sur de la isla, a la bahía de Gando y a Arguineguín para desde allí atosigar mejor a los nativos.

La segunda columna, compuesta por unos doscientos hombres que llevaban a su frente a Diego de Silva, una vez enterados de los proyectos del de Herrera, desembarcó por la zona hoy conocida como Caleta de Vacas, cercana a Gáldar, la populosa capital del importante reino norteño indígena.

Allá a lo lejos, por entre los riscos inaccesibles y los frondosos pinares que celaban las nubes, se oían los gritos de los canarios que se avisaban unos a otros señalando la falacia de quienes se decían amigos y entraban a sangre y fuego; pregonando traición:

-!Faita, feita!...

## CAPITULO XXII

### La nobleza canaria y Diego de Silva.

Los castellanos y portugueses tras algunos agitados años de rivalidad en los intentos de conquista y posesión de las Canarias, de adversarios acérrimos terminaron convirtiéndose en aliados, siguiendo el ejemplo de sus respectivos soberanos Alfonso V de Portugal y Enrique IV de Castilla que así lo decidieran con la firma del tratado de Alcazovas.

Diego de Herrera acabó transformando a Diego de Silva de encarnizado enemigo en sumiso yerno que le prestó durante algún tiempo poderosa ayuda en los siguientes reiterados intentos del dominio absoluto sobre las islas mayores.

Así fue que, en tanto el de Herrera y el almirante Sardinha procuraban entrar por las costas del Este y el Sur de Gran Canaria, el de Silva lo hacía por el Norte cerca del actual San Felipe, en un tranquilo atardecer.

Tratando en lo posible los expedicionarios de no dar a conocer su presencia pasaron la noche sobre las armas en la costa y con las primeras luces del nuevo día se internaron en la isla, ascendiendo cada vez más.

El paraje que recorrían los castellanos y portugueses al cabo de varias horas de fatigosa marcha aparecía completamente solitario y silencioso, pese a que durante la noche se habían oído en la lejanía voces y silbidos de alerta. Los canarios, no obstante, no hacían acto de presencia y de este modo pudieron los conquistadores adentrarse en la comarca sin hallar otros obstáculos a su paso que los que representaba la escabrosidad del terreno.

Pero no estaban solos ciertamente. Centenares de ojos perspicaces seguían sus movimientos desde ocultos escondrijos en lo alto de los riscos y la fronda de espesas masas selváticas.

Con las indispensables precauciones proseguían su avance los hombres de Diego de Silva y éste, espada en mano, los dirigía atento mirando escrutador a todas partes, vigilando las laderas de las montañas y de los barrancos, las hondonadas y los grupos de matorrales, lugares susceptibles de albergar emboscados enemigos.

Un sendero al parecer muy transitado se ofreció en cierto momento ante el invasor que, tras ligero titubeo de su dirigente, por el se

encauzó. El sol ascendía hacia su cenit caldeando con sus ardientes rayos el terreno volcánico y agreste, haciendo sudar copiosamente a los hombres que, entre el peso de las armaduras, lo escabroso del suelo y lo prolongado de la marcha, caminaban ya poco animosos.

Se acababa la amplia senda hasta allí seguida. Habían ascendido mucho aunque sin alejarse en demasía de la costa y el mar aparecía tranquilo allá abajo. En las cercanías de pedregosa playa la nave de blanco velamen replegado cabeceaba tratando de camuflarse algo entre las rugosidades roqueñas costeras.

Diego de Silva levantó la voz y la espada.

-!Aaalto!... Reposaremos un poco a la sombra de estas piedras antes de proseguir la ruta. Hemos de dar con los canarios hoy mismo.

-!Mirad, señor!... Ahí delante hay un recinto amplio de piedras y barro. Quizás en el podremos descansar más cumplidamente y resguardados que aquí.

-Bien, Guillén Castellanos... Vayamos pues todos hasta ese lugar.

Y después de avanzar corto trecho la columna...

-¿Que será esta edificación? Más bien parece un corral grande, tal vez un cenáculo de reunión de los salvajes canarios.

-¿Os parece adecuado para formar en el acampada en estas horas de calor?...

-Si. Recobramos fuerzas aquí. Que algunos hombres hagan guardia y los demás se dispongan a ingerir algún alimento. En caso de ataque mientras reposamos...

Y en aquel momento:

-!Señor!...!Hay fuego en el camino que acabamos de recorrer!

-!Los canarios!...!Adentro del reducto todo el mundo!...!Preparados para repeler la agresión!

Los canarios, como no podía ser menos, hacían acto de presencia. Alertados de continuo en los últimos tiempos, bien observaran ascender a los invasores pero, bajo el mandato de su guanarteme, los dejaban avanzar libremente suponiendo que iban ellos mismos a abocarse a la trampa que les habían dispuesto en aquel tagóror. Cuando supieron a sus enemigos en el lugar apropiado prendieron fuego a los matorrales cercanos con el fin de cortarles la retirada hacia la costa y atacaron a continuación con su clásica bravura sin que los cristianos supiesen o pudiesen defenderse de otra forma que atrincherándose en los pétreos muros pues los atacantes permanecieron invisibles arrojando gran cantidad de dardos de tea y piedras en incansable brega.

Transcurrió el tiempo. Los atacados se defendían bien, cuidando principalmente de que ningún enemigo se introdujese en el improvisado fortín. Y los canarios, observando el tesón de los invasores, siendo infructuosos sus ataques que acompañaban de gran gritería, terminaron por decrecer en la acometida y decidieron poner sitio a la tropa cristiana hasta hacerla rendirse por la sed y el hambre.

Así, de momento, Diego de Silva y sus hombres pudieron

respirar con más desahogo aunque se daban cabal cuenta de su precaria situación reprochándose por haberse dejado atrapar tan ingenuamente. Ciertamente que allí resguardados dentro de las murallas estaban relativamente seguros pero, faltos de víveres, rodeados completamente por los isleños, sin manera posible de comunicarse con los hombres dejados en la nave de la costa y mucho menos con el de Herrera que andaba seguramente por el Sur, ¿cuanto tiempo resistirían en las actuales condiciones?...

Pasó lento, agonizante el resto del día y llegó la noche, una noche triste, amarga, repleta de temores para los sitiados.

El caso fbase tornando en verdad desesperado e inquietante. Si habían de continuar por mucho más tiempo allí, encerrados, perecerían irremisiblemente de hambre y sed; y si osaban salir morirían a manos de los salvajes canarios que estaban furiosos.

El día siguiente no fue mayormente esperanzador. Los sitiados lograran ver en las cercanías del reducto a muchos de sus sitiadores pero ni unos ni otros atacaban ya. Los primeros comprendían angustiados que había de resultar del todo inútil cualquier intento de desesperada salida así como el conseguir matar a unos cuantos más de quienes los acechaban pacientes. Los segundos aguardaban la rendición que preveían próxima, so pena de que los extranjeros se condenasen, de no hacerlo, a sí mismos a morir de inanición.

El capitán Diego de Silva estaba sombrío, preocupado y en su interior ya desesperado aunque esto tratase por todos los medios de disimularlo ante sus hombres para no contribuir a que se desanimasen más de lo que se sentían. La tortura interna de aquel puñado de invasores atrapados como en una mortal trampa era mucha.

Y esta tortura parecía comprenderla, entre otros, el guanarteme de Gáldar que personalmente dirigía las operaciones de represión. Amante cual el primero de sus súbditos de Tamaran y de su ancestral y sana libertad, sentía no obstante como se desarrollaba en su espíritu inquieta batalla de opuestos sentimientos, porque a su natural y noble manera de ser repugnaba la triste situación en que lograra poner a sus enemigos. Pero por otra parte no podía menos de ver a aquellos hombres armados como lo que en realidad eran; extranjeros con afán de lucro y conquista, deseosos de sojuzgar, de dominar a la independiente tierra de sus mayores para explotar sus posibles riquezas sin respeto hacia la raza aborígen de la que él era en aquellas fechas el más alto exponente y representante.

Como siguiesen en la misma tónica otro día y otra noche y ya los sitiados daban claras señales de desaliento ante el regocijo de los canarios, permitió el guanarteme a su noble corazón que se impusiese a las razones de la necesaria lucha y, rompiendo decidido contra la opinión de la mayoría de sus guayres y del pueblo en general, habló a una sobrina suya:

-Tazirga, querida sobrina, vas a hacer lo que yo te ordene. Tú, que por ha-

ber estado en Tite-Roga-Kaet con tu llorada prima la princesa Tenesoya hablas el lenguaje de esos extranjeros, irás ahí al tagóror, en donde estan completamente a nuestra merced. Les dirás en mi nombre que si se entregan ahora a nosotros a discreción y prometen no atacarnos ni perseguirnos más, les damos la libertad de sus vidas para que se marchen en esa nave que, para solo hacernos daño, hasta aquí los ha traído. Todo ésto les dirás, dándoles en mi nombre seguridad entera para sus vidas, ... si ellos dan palabra de acatar lo que les propongo.

Iba ya para los tres días que Diego de Silva y sus hombres estaban agazapados en aquel recinto amurallado. A medida que pasaban lentas las horas en inactividad forzosa y fatal incertidumbre, desfallecían más y más pues ni la muy remota esperanza de que quienes habían quedado en el navío en la costa, al observar la anormal tardanza, acudiesen a rescatarlos o al menos diesen cuenta de ello por algun medio a Diego de Herrera, los mantenía ya.

Cuando la mayoría permanecían como aletargados sintiendo obsesivamente la falta de agua con que calmar sedes cada vez más intensas, oyeron una voz femenina que les hablaba desde el otro lado de las cercas y empalizadas. Todos a una se alertaron, atónitos y expectantes.

-!Caballeros!... !Castellanos!... Oídme.

-!Una voz de mujer que dice algo en nuestra habla!... ¿Quién eres y que quieres, mujer?

-Me llamo Tazirga y entre los vuestros, en Lanzarote, me conocían por María. Vengo a hablaros en nombre de mi señor tío, el guanarteme.

-María Tazirga... Esta mujer estuvo, efectivamente, tiempo ha en mi casa de Lanzarote. !María!... ¿Me reconoces?...

Llegaba clara y esperanzadora la voz de la canaria a los extranjeros.

-!Mi señor, don Guillén Castellanos!... Y también diviso a don Juan Mayor... ¿Puedo entrar para hablar con vosotros?... Traigo una embajada de los míos que puede salvaros.

-Atendedla, señor don Diego. La conozco y respondo por ella.

-Que así sea, señor de Castellanos. !Abrid!... Abrid la entrada para que pase esa canaria y diga lo que haya. Vosotros vigilad, no sea ésto una treta.

Prestamente fueron rodados algunos de los maderos y piedras que obstaculizaban el acceso al tagoror. Y María Tazirga habló a todos.

-Caballeros, ... Vengo en nombre de mi tío, el guanarteme, a proponeros que depongais las armas y os entregueis a los míos. Vosotros habeis hecho y continuais haciendo mucho e injusto daño al pueblo canario... ¿Que os hemos hecho nosotros para que con tanta saña e insistencia nos acoseis?... Dejad, dejad a los canarios que vivamos nuestra bendita y sana libertad. Alejáos de estas tierras que nunca consentirán que el extranjero las pise impunemente, por la fuerza. Nosotros solo defendemos lo nuestro al contraatacaros; lo que perteneció a nuestros padres porque Alcorac, o vuestro Dios, que parece me que los dos son uno, nos lo dió... Vosotros, castellanos, atacais y atacais sin compasión y os llevais prisioneros a los

canarios para venderlos como esclavos... !Pues bien! En pago de tales males que sin cesar nos inferís mi tío y señor os promete solemnemente la libertad, el respeto a la vida, si accedeis a sus deseos. Que depongais las armas y salgais de inmediato de la isla para no volver a ella.

Los invasores escucharon ansiosos las palabras de la canaria. Pero tenían alguna oculta traición y se negaron a aceptar las promesas que se les hacían. Titubeaban confusos, torturados por sombríos pensamientos... ¿Que fin había de esperarles en manos de aquellos salvajes si confiados se entregaban, tal como se les proponía por boca de aquella mujer?

Y pese a los deseos de unos y los razonamientos de otros, se rechazó tan noble proposición. María Tazirga hubo de marcharse sin haber obtenido respuesta afirmativa a la embajada del guanarteme y éste, comprendiendo bien los recelos de aquellos hombres, compadecido más y más de ellos y decidido a evitar derramamientos de sangre, puso en práctica otro plan, intentando así, por una parte calmar a lo impetuosos y ya impacientes guerreros canarios y por otra conseguir salvar a quienes sabía ya virtualmente en su poder. Se aproximó pues en persona al improvisado fortín, acompañado tan solo de su sobrina que iba a ejercer de intérprete.

Aquel temerario gesto levantó de inmediato oleadas de protesta y consternación entre los canarios y causó admiración y respeto en castellanos y portugueses que lo veían acercarse sin temor, apoyado con una mano en el hombro de María Tazirga.

Ya frente a Diego de Silva, habló el guanarteme canario de la siguiente forma:

-!Oh, tú, caballero extranjero que mandas a los que con tanto empeño desean mi destrucción o esclavitud y la de los míos!... Todo lo que esta mi sobrina te propuso en mi nombre, cierto es. Depón, ordena a los tuyos deponer las armas; promete y prometed todos vosotros no levantarlas más en contra de mi pueblo; abandonad presto la isla... Y nosotros prometemos, a cambio, no dañaros en cosa alguna ni tocaros un pelo de la ropa. Prometed ésto o, de lo contrario, ... Tazirga, díles a este hombre y los suyos, en su lenguaje, lo que les pido y deseo y propongo.

Pero los cristianos, después de oír tan sensatas palabras, seguían recelando alguna oculta mala intención. Entonces, en impulsivo e imprevisible ademán el guanarteme canario alargó los brazos y se ofreció como voluntario prisionero; luego gritó hacia sus subditos:

-!Guayres! !Nobles! !Guerreros todos!... Deponed vosotros las armas, no ataqueis más a estos hombres que ahora me hacen su prisionero, si no deseais que aquí mismo acaben con mi vida.

Una enorme gritería de tonos amenazadores acogió las palabras del que los canarios creían efectivo prisionero, pero el buen sentido de unos cuantos, los razonamientos que a gritos continuaba dando su guanarteme y la natural nobleza de sentimientos de todos se impusieron. Así sucedió

que después de haber por fin prometido los extranjeros cuanto se les pedía, fueron éstos, respetadas sus personas, conducidos hasta un cercano poblado isleño en donde por expresa orden del guanarteme se atendió a sus más perentorias necesidades.

Poco después, derrotados pero ilesos, partían los frustados invasores en dirección a la bahía en que les aguardaba el navío que les transportara, acompañados de gran número de isleños.

Y aconteció que, siguiendo intrincados pasos, llegaron todos los componentes de la partida a lo alto de un impresionante risco, cortado casi a pico sobre el tranquilo mar que espejeaba a muchos metros más abajo. Los extranjeros, aún recelosos, pese a todo lo ocurrido, creyeron adivinar terrible verdad.

-!Oh, Dios mío!... Ya me maravillaba a mí tanta amabilidad... !Nadie dé un paso más!... Hemos sido traídos aquí para morir despeñados.

-¿Que es lo que decís, Guillén Castellanos?...

-!Así es, señor! Los canarios suelen ajusticiar a sus enemigos arrojándolos por riscos como este que delante de nosotros tenemos. Y esto proyectan.

-Llegué a creer en las palabras de ese reyezuelo, pero... !Venderemos caras nuestras vidas!... !A las armas!

El guanarteme, que marchaba ligeramente adelantado, al oír la bulla de aquellos a quienes acababa de salvar la vida, se volvió y preguntó a Tazirga:

-¿Que sucede ahora?... ¿A que vienen esas destempladas voces y esos ademanes amenazadores?...

La ocasional intérprete después de prestar oído informó:

-Señor, ... Los castellanos creen que los hemos engañado y que aquí vamos a riscarlos... Que para esto los trajimos por tan escabrosos terrenos.

-¿Ah, sí?... ¿Dudan aún de nuestra honradez, de nuestra buena fé y de nuestra palabra?... !Que se coja a los pliegues de mi tamarco este desconfiado cristiano que los manda y que los otros hagan lo mismo con los nuestros. !Que todos los guayres, nobles y guerreros me imiten!... Caminemos ya.

Y ofreció su brazo y los pliegues de sus ropajes al sorprendido Diego de Silva; y lo mismo hicieron los guayres, los nobles y el resto de los canarios con los otros extranjeros.

Ya descendida la riscada senda, en la seguridad de la playa y con el navío todavía anclado a la espera aprestado, el guanarteme de Gáldar habló de nuevo:

-Tazirga; díles a estos hombres que nos han ofendido con tanto desconfiar de lo que nosotros prometemos. Que los canarios tenemos a honra mantener nuestras promesas y juramentos por encima de cualquier otro sentimiento o contingencia y que antes preferimos morir a ser desleales o falsarios. Díles que nosotros no deseamos el mal a nadie. Que tan solo queremos vivir en paz, independientes y libres de extraños yugos... !Díles todo esto, Tazirga!

Avergonzados, confusos y arrepentidos, castellanos y portugueses reconocieron allí lo infundado de sus sospechas y su infuoco proceder.

Antes de embarcar en los botes que los llevarían sanos y salvos al navío que con las velas ya izadas los esperaba, Diego de Silva en espontáneo gesto de desagravio hizo un obsequio al guanarteme siendo al pronto imitado por los suyos, que regalaron de alguna forma a los nobles canarios.

-Tomad, noble guanarteme esta espada dorada que tantos laureles conquistó para mí; recibidla como atención y homenaje a vuestra bondad, a vuestra grandeza de alma...!Y yo os juro por la cruz de esta misma espada que jamas volveré a alzar mi brazo armado en contra de tan noble y valiente raza como es la canaria!

Y dicen las historias que Diego de Silva cumplió escrupulosamente su juramento y aun supo pagar parte de la deuda contraída pues, de regreso al lado de Diego de Herrera, en una de las entradas que éste posteriormente llevó a cabo, en la batalla por tal causa desarrollada en un barranco del Sur de Telde, cayó prisionero el mismo guanarteme entre otros muchos canarios; Diego de Silva, tras algunas oposiciones de su suegro y otros conquistadores, consiguió no obstante su libertad.

De nuevo en Lanzarote y poco después de los hechos que dejamos relatados, pidió el de Silva licencia para retirarse con su esposa y seguidores a Portugal, así como las partes que de las rentas isleñas de antemano establecidas le correspondían. Como marqués de Portoalegre jamás volvió a luchar en contra de los canarios y más bien ayudó en todo lo que pudo a aquellos que como infelices esclavos eran llevados de continuo de las islas para ser vendidos en los mercados peninsulares.

## CAPITULO XXIII

### Destrucción de las torres de Gando y Añaza. Las pesquisas de Cabitos. Islas de señorío e islas de realengo.

En anteriores capítulos se dejó consignado que no todo iba bien entre los isleños y los castellanos a pesar de los tratados de paz, construcción de edificaciones como torres de defensa y oratorios, etc; y que todo ello anteriormente se había hecho en armonía.

La desagregación de Diego de Silva a la causa portuguesa y la misma extinción de los derechos de ésta sobre las Canarias dejó de nuevo solos a los aborígenes contra aquel señor feudal que con el título de Señor de Lanzarote cometía en todas las islas insumisas tropelías a mansalva.

Los ataques rapaces se sucedían, ora en el Norte, ora en el Este o en el Sur de la Gran Canaria y desaparecían de la isla nativos que pasaban a engrosar las filas de esclavos vendidos en Valencia y Sevilla.

El poderoso Maninidra, guayre supremo de Tufia y de la montaña sagrada, cenobio y lugar de sacrificios llamada por los castellanos de las *Cuatro Puertas*, en cierta ocasión, con algunos de sus más allegados seguidores, escuchaba quejas y denuncias.

-Sí; los extranjeros, que dicen ser nuestros amigos, nos engañan de continuo; no solamente nos regatean más y más los productos que traen de sus tierras de más allá del mar y nos cambian por nuestros ganados y nuestra orchilla, sinó que, llevándose siempre la mejor parte, nos expolían en sus tratos comerciales.

-Y nos roban el ganado entrando por Arguineguín, llegando ya desde sus barcos hasta Agüimes y Aguatona...

-Ya atacan los poblados del reino de Gáldar, ya los de Atamaraceite y Arehuças matando al que se resiste a irse con ellos...

-Y molestan de continuo a nuestras mujeres...

-Y se adentran cada día más en Tamaran. Hasta la sagrada Umiaga será pronto hollada por sus rudos calzados...

-Si; lo sé, lo sé. El guanarteme de Gáldar, que es su amigo, pide y desea prudencia... Pero ese osado jefe de cuadrilla que se llama Doramas y el guanarteme de Telde, nuestro señor, están deseosos de luchar. Nosotros los canarios, bien se sabe, no deseamos la guerra pero si se nos molesta hasta enfurecernos, peleamos siempre con bravura... Se hace necesario desalojar a los castellanos de la torre de Gando porque desde allí ayudan a los que vienen del exterior y les anuncian en donde haya mejores presas para su rapacidad.

-Y, ¿ Como conseguirlo mejor, poderoso Maninidra? ...

-Ellos se irán, porque, si no lo hacen pronto, concluiremos matándolos. Y tengo un proyecto pensado al caso. Como hagan otra sonada de las suyas, lo pondremos en práctica.

De la siguiente torma se narra la destrucción de la torre de Gando y sus causas:

*El capitán Pedro Chemida andaba siempre con aviso, buscando las ocasiones para poner en efecto lo mandado, haciéndoles muchos daños. Los Canarios, como se veían maltratar y que no les guardaban las posturas y conciertos que habían hecho con Diego de Herrera, se fueron a quejar al alcaide y capitán Pedro Chemida. Principalmente se quejaban de los españoles, que habían tomado y escondido ciertas canarias nobles. Y viendo que no lo remediaban ni hacía diligencia, juntáronse muchos de los ofendidos y, estando descuidados los ofendedores mataron cinco de ellos. Y queriendo el alcaide y capitán castigar los canarios delincuentes, se revolió la cuestión y pelea de tal suerte, que vino a rompimiento de guerra y a quebrantarse las paces, vasallaje y juramento; porque los matadores eran gente noble y apellidaron la tierra y comenzaron a hacerse cruda guerra.*

*Salían los de la torre a correr la tierra y robarles el ganado. Juntáronse los canarios de conformidad y acordaron poner una celada y echar los ganados para que saliesen a él los cristianos. Los de la torre que reconocieron el ganado, salieron a la presa. Los que estaban guardando el ganado se fuéron retrayendo adonde estaba puesta la celada; y cuando los cristianos llegaron, los canarios dieron sobre ellos y mataron muchos y a los demás prendieron, habiéndoles primero tomado el paso, para que ninguno pudiese volver con la nueva a los de la torre.*

*El capitán Maninidra, a quien se había dado el cargo de este hecho, mandó despojar los muertos y desnudar los vivos y hizo que los canarios se vistiesen las ropas de los cristianos y sus armas y fingiesen que iban huyendo de los canarios, que iban en su seguimiento, hacia la torre. Los que habían quedado en ella, creyendo que los que huían eran cristianos y que los canarios los seguían, abrieron las puertas para irlos a socorrer y ayudar el capitán Pedro Chemida, con los que habían quedado en la torre, dejándose las puertas abiertas. No hubo salido el capitán de la torre cuando los canarios que estaban cerca en otra emboscada, entre la mar y la torre, se metieron en ella, haciéndose fuertes. Los canarios que venían disimulados diéron en los que habían salido y los rindieron y llevaron al pueblo, haciéndoles buen tratamiento.*

*Como se vieron dueños de la torre los canarios y presos todos los que en ella había dejado Diego de Herrera, recelándose no viniese y la tornase a tomar y les hiciese mayores daños, quemaron toda la madera que tenía y a la torre arrasaron por el suelo. Estaba una barca pescando, de las que andaban a los avisos. Como vino y vió el destrozo de gente y torre, se fue a Lanzarote y dió aviso a Diego de Herrera y a doña Inés Peraza; los cuales lo sintieron grandemente. . .*

Creemos interesante decir aquí que este episodio, relatado por

varios historiadores, es muy similar al citado por Plutarco en sus *Vidas paralelas* refiriéndose a Sertorio cuando con soldados de Roma se hallaba en *Cazlona* -hoy Cazorla, perteneciente a la provincia de Jaén- y los naturales de la región, indispuestos con los romanos, ayudados por sus vecinos de *Orisia* atacaron la ciudad. Sertorio, que había sido sorprendido, vistió a sus soldados con ropas y armas de los bárbaros y así, los engañó y exterminó.

Tampoco en Tenerife obraban los castellanos de acuerdo con las promesas dadas a los guanches ni cumplían los preceptos establecidos en los tratados suscritos.

He aquí lo que el mismo historiador que relató la destrucción de la torre de Gando, escribió sobre lo acaecido a la de Añaza:

*Sucedió que los cristianos tomaron cierto ganado y Serdeto, mencey de Anaga, se quejó a Sancho Herrera de que hubiesen quebrantado sus posturas y conciertos; y por la querella que el rey hizo, entregó Sancho Herrera los cometedores del delito. El rey no quiso ejecutar la pena de muerte que tenía puesta contra los delincuentes, ni quiso hacerles mal alguno, antes se los tornó a mandar. Los guanches naturales hicieron cierto delito contra Sancho Herrera y por querella se los entregó el rey. Como Sancho de Herrera los tuvo en su poder, sin considerar la buena obra que el rey había hecho en perdonar a los cristianos que habían errado contra él, los ahorcó. Como el rey entendió que Sancho de Herrera había ahorcado sus vasallos, tomando enojo y coraje, determinó echarlos de su tierra y derribarle la torre y casa fuerte que tenía hecha y así lo hizo; y a los que estaban dentro, si no se acogieran con tiempo a los navíos, los mataran. De esta manera se tornó Sancho Herrera a Lanzarote, sin hacer cosa que buena fuese.*

Con la muerte del rey Enrique IV de Castilla y la subida al trono de su hermana Isabel, la Católica, cambió por completo el aspecto de feudalismo que desde Guillén de Las Casas hasta Diego de Herrera imperara en las islas Canarias.

Los últimos señores de Lanzarote, en sus intentos de posesión de las islas mayores, gastaban vanamente las sumas que conseguían de sus feudos en dinero, productos y hombres. El malestar entre los colonizadores peninsulares y las nuevas generaciones criollas que se formaban era cada vez más acuciante. El engaño y represión a los indígenas, constante... El despotismo imperaba en todas las acciones de la familia Herrera-Peraza.

Por otra parte, los canarios que destruyeran la torre de Gando e hicieran presos a aquellos de sus defensores que no cayeran muertos en la refriega habida, seguían reteniéndolos, tratándolos bien, que su noble manera de ser así lo requería. Pasado algún tiempo y sin duda presionados por el guanarteme Tenesor Semidan que posiblemente ya gobernaba en

Gáldar como regente, decidieron los isleños llegar a un acuerdo con los señores de Lanzarote, buscando la paz como mejor medida de convivencia que la guerra.

En uno de los navíos que constantemente rondaban las costas grancanarias embarcaron a los prisioneros de la torre así como a aquellos famosos rehenes dejados en la isla como señal de una buena fé, incumplida, tiempo atrás.

Las crónicas nos dicen los nombres de los diez guayres que acudieron a Lanzarote acompañando a los liberados, en pleitesía y ofrecimiento de continuar por su parte las relaciones amistosas y comerciales interrumpidas.

*Acosayda, de Telde; Egenenacar, de Agüimes; Vildacane, de Tejeda; Aridañy, de Aquerata; Saco, de Agaete; Achutindac, de Galdar; Adeun, de Tamaraceite; Artenteyfac, de Artevirgo; Ahuteyga, de Atiacar y Guriruquian, de Arehucas.*

El desasosiego en Lanzarote continuaba. Un joven criollo, Juan Mayor y un colono, Juan de Armas como representantes de la comunidad isleña y pese a la oposición desplegada por sus señores y a las peripecias sufridas en su accidentado viaje a Castilla, llegaron hasta el trono de la juvenil y vigorosa Isabel I.

...Y estos son los hechos, señora. Aquí presentamos documentos de haberos proclamado como nuestra reina ante la Casa de los señores, en Lanzarote, con testificación de escribano delante de ellos... Traíamos poderes otorgados por el Consejo abierto y otros documentos de los archivos de la isla, mas, como os relatamos, se nos fueron incautados muchos de ellos después de haber sufrido cautiverio en Córdoba cuando, para postrarnos ante vos, para acá veníamos...

*!Que nosotros allí no tenemos otro amparo que el real vuestro! Y nosotros, isleños de Canarias, queremos ser castellanos, vasallos de la corona. Así lo demostramos en muchas ocasiones. Hemos arrojado a los portugueses... Pero los impuestos que nos gravan son abusivos y no gozamos ni de derechos de municipio... Vivimos en la más continua y agobiadora pobreza... Porque somos las más atribuladas gentes del mundo. Sin paga, somos obligados a participar en toda acción guerrera que nuestro señor decida... La orchilla que se recoge, exponiendo continuamente la vida, pasa a ser totalmente de propiedad del señorío...*

En tanto esto sucedía en la corte, Diego de Herrera, avisado por amistades y deudos, acudía raudo a Castilla en defensa de sus intereses; e Inés Peraza, su esposa, tomaba en las islas terribles represalias. Así describe Viera y Clavijo aquellos trágicos hechos:

*Aquella mujer obraba como reina absoluta en Lanzarote y llenaba la isla de tribulación y de sangre. Doña Inés Peraza no había disimulado la rebelión de sus vasallos, sinó hasta tanto que se le presentara ocasión de encontrarlos desprevenidos; hallóla, y soltando al punto todas las riendas de su venganza, mandó prender doce vecinos de los más revoltosos; hizo embargar los bienes a otros cómplices y para dejarlos indefensos les quitó,*

como si se les clavara toda la artillería, todos sus papeles, títulos y escrituras. No paró aquí el castigo; seis de los doce vecinos arrestados perdieron la vida en la horca y acaso hubieran experimentado los otros seis igual tragedia a no haberse escapado de la cárcel y embarcándose para Sevilla..

También doña Inés se había servido de una tropa auxiliar de portugueses para las mencionadas ejecuciones, siendo lo más notable que los mismos lanzaroteños se la hubiesen suministrado sin querer. Porque habiendo surgido en aquellos puertos cierta carabela de la referida nación, entonces enemiga de la Corona, la apresaron los vecinos por fuerza o por industria y se aseguraron de la tripulación y la carga. Cuando esta novedad llegó a la fortaleza en donde el miedo hacía residir a doña Inés, despachó a Fernán Peraza, su hijo para que, auxiliado con la gente de su facción, se apoderase de aquellos portugueses. Estos fueron los jenízaros que la vengaron de sus vasallos sediciosos...

Como en medio del horror de aquellos disturbios echaban de menos los vecinos de Lanzarote aquella salvaguardia y carta de real protección, esperada con tanta ansia, no cesaban de murmurar amargamente de la conducta de Juan Mayor y Juan de Armas, sus mensajeros a la Corte. Pero como éstos les pudieron convencer por sus avisos de que la carta de real seguro se había remitido en efecto, a doña Inés, no tuvo esta señora arbitrio para tenerla más tiempo oculta y la hizo pregonar por toda aquella tierra con indecible gozo de sus habitantes.

Isabel, la Católica, con certera visión política, comprendió al punto que era llegaba la hora de intervenir directamente la Corona en los destinos del archipiélago canario. Y obró en consecuencia, asesorada por esclarecidas mentes de la época.

Encomendó el profundo estudio y juicio de la cuestión presentada por los lanzaroteños al pesquisidor de la Corte Esteban Pérez de Cabitos, quien rápidamente, en Sevilla estableció el tribunal oportuno.

Presentáronse documentos de cargo así como de descargo. Testigos, cédulas reales, privilegios, sentencias y declaraciones... Se pidió a los habitantes de las islas, .. *diesen a Esteban Pérez de Cabitos todo favor y auxilio, en la pesquisa judicial que iba a hacer sobre el referido territorio.*

Entre otros, testificaron contra Herrera, Juan Iñiguez de Atabe, Farrieta Perdomo, Juan de Umpierrez, los hijos de Bolincher, Alfonso Matichal, Maciot, etc.

Esta memorable información se concluyó en el año 1477 y firmada por Esteban Pérez de Cabitos y su escribano Diego Fernandez de Olivares fue enviada a los Reyes Católicos.

Los asesores consultados contestaron que, .. *nos parece que los dichos Diego de Herrera y doña Inés, su mujer, tienen cumplido derecho a la propiedad, señorío e mero e mixto imperio de las cuatro Islas conquistadas, que son Lanzarote, Fuerteventura, la Gomera y el Hierro, y que en ellas tiene V. A. la superioridad y supremo dominio que tiene en todas las otras tierras, villas y lugares que son los caballeros de vuestros reinos...*

*Y sobre el derecho de conquista de Gran Canaria, Tenerife y La Palma, en cuya consecuencia si los Reyes Católicos habían de conquistar dichas islas, debían dar alguna equivalencia a dichos señores.*

Tras la información de Cabitos y sus conclusiones, la reina decidió, pagando a los Herrera, rescatar el privilegio de la conquista, *...se les pagó, desde luego, cinco cuentos de maravedíes.*

Esta trascendental cesión de derechos se celebró en Sevilla el 15 de octubre del año 1477.

De tal suerte, quedaron las cuatro islas ya colonizadas Lanzarote, Fuerteventura, la Gomera y el Hierro como islas de señorío y así hubieron de persistir por muchos años, como más adelante veremos. Gran Canaria, Tenerife y La Palma, con el derecho de conquista adquirido por los reyes de Castilla, eran ya islas realengas.

Daba comienzo otra etapa en la azarosa historia del archipiélago canario.

## CAPITULO XXIV

### La fundación del Real de Las Palmas.

Los Reyes Católicos deseaban ganar definitivamente para la Cruz y para la corona de Castilla a la indómita Tamaran, a la Gran Canaria que desde los principios del siglo XV estaba siendo atacada repetida, porfiadamente, primero por los normandos y luego por los castellanos, sin haber logrado ni unos ni otros tomar posesión de ella, como era ya general y obsesionante anhelo.

Tal como en capítulos anteriores hemos relatado, Diego de Herrera en expediciones realizadas desde sus feudos de Lanzarote y Fuerteventura lograra tomar repetido contacto con los canarios.

Por otro lado, las quejas de desmanes y abusos de los señores de Lanzarote provocaran protestas que llegaran al trono castellano y a causa de todo ello, después de la exhaustiva información de Pérez Cabitos, los derechos de conquista de las islas todavía insumisas fueron comprados por la Corona. Las tentativas de dominio que en lo sucesivo se desatasen sobre el archipiélago eran decididas directamente por los reyes.

Y los reyes castellanos decidieron prestar la ayuda necesaria para el buen logro de la aventura que iba a ser como un ensayo general de lo que pocos años más adelante se llevaría a efecto en el Nuevo Mundo todavía no descubierto. Fueron libradas Reales Cédulas y Providencias, encomendando la conquista de Gran Canaria conjuntamente al deán del Rubicón don Juan Bermudez que tanto había movido para ello y al caballero don Juan Rejón que era a su vez el capitán de las tropas armadas.

Partió la expedición del Puerto de Santa María el día 28 de mayo de 1478, fecha ésta tomada como exacta a pesar de que algunos cronistas la tergiversan en sus noticias. Después de un escaso mes de navegación *con próspero viento*, que dice el padre Abreu Galindo, fondearon los tres navíos castellanos en el natural Puerto de las Isletas.

Esta es la noticia histórica del hecho que dio pie para la fundación del Real de Las Palmas, primer *domicilio fijo y perdurable* de los castellanos en Gran Canaria.

A partir de estos datos rigurosamente históricos, lo que se refiera sobre el Real y su fundación no deja de estar mezclado con leyendas, abundando en las informaciones el confucionismo.

Se escribieron en las primitivas crónicas de la conquista diferentes versiones, ninguna de ellas con pruebas evidentes como para ser considerada la verdadera. Existe una, no obstante, que, si bien es tan endeble como las otras, permite a la imaginación forjar un cuadro muy

interesante si lo sucedido, tal como a través de ella se refiere, hubiese sido cierto. Textualmente nos dice el historiador Viera y Clavijo, con un deje de ironía, al comentar el suceso de la canaria que se presentó a Juan Rejón hablando castellano: *la noticia de esta piadosa creencia (que también pudo ser estratagema política de Rejón para animar a sus tropas) es de fray Abreu Galindo; pero los demás escritores o la omiten o la reducen a circunstancias más regulares.*

Por último nosotros debemos añadir que si creemos posible el episodio de la captura de Tenesoya Vidinaque más adelante se relata, con su rescate y su fuga de nuevo para estar al lado del cristiano que la enamoró, nada nos impide el suponer que más de un isleño, por haber estado entre los castellanos, conocía y dominaba la lengua de éstos; sin descartar tampoco la apariencia milagrosa del hecho, naturalmente.

24 de junio de 1478. En la madrugada de aquel memorable día habían llegado al Puerto de las Isletas las naves que portaban a Bermudez, Rejón, Jaimez de Sotomayor y demás personajes que tanta relevancia habrían de adquirir en la conquista definitiva de la isla Gran Canaria. La intención de los conquistadores era tomar tierra en la bahía de Gando, pero habiendo topado primeramente los pilotos aquella, amplia y cubierta a los vientos, decidieran desembarcar allí y hacer luego el recorrido hasta el Este a través de las montañas y las selvas y así reconocer más detalladamente los parajes insulares.

El sol radiante iluminaba la mañana desde un cielo azul puro, unas aguas bonancibles y transparentes en tonalidades ambarinas y prestaba violáceos tintes a las riscadas e impresionantes montañas que cortaban el horizonte por el Oeste, hacia el Sur. Grandes masas de verdor espeso e intrincado corrían desde las faldas de los montes hacia las costas, sobresaliendo las gráciles y esbeltas siluetas de numerosas palmeras. Anclados en las quietas aguas de la acogedora bahía mecíanse suavemente los navíos de albas velas arriadas a la sazón.

Habían oído los castellanos mañanera misa oficiada por el deán Bermudez en el lugar en que más tarde se levantaría la iglesia de Nuestra Señora de la Luz. Marchaban todos guardando ligero orden de combate por si los audaces nativos, sin haber hecho acto de presencia todavía, surgiesen en repentino gesto belicoso de entre aquellas vaguadas, barrancos y lomas recubiertas por tropical vegetación. Ondeaban al aire, impulsados por suave brisa marina, las banderas y estandartes de Castilla y Aragón y brillaban fugazmente los aceros de bruñidos cascos y escudos, espadas, picas y vallestas.

Delante, a caballo, iban Juan Rejón, el deán Bermudez, el Alférez mayor y el resto de los capitanes y principales. Seguíanlos un cuerpo de caballería y por último, cerrando filas, los infantes con las armas al hombro. Caminaban por prolongado arenal siguiendo el curso del litoral, hacia el Sur. Todas a una mostraban su admiración ante los

parajes que sucesivamente descubrían, tan en contraste con los de sus tierras peninsulares.

El capitán Rejón hablaba con sus más cercanos acompañantes.

-Así pues, ¿ni restos existirán de esa famosa torre en Gando?...

-Según las noticias llegadas hasta la Corte, parece ser que hace años fue destruída. Habíala mandado construir el señor de Lanzarote, don Diego de Herrera, tanto para fortaleza como para oratorio adecuado en donde atender a los gentiles de estas tierras que se convirtiesen a nuestra Santa Religión; pero los canarios la derribaron al poco tiempo. Don Juan Bermudez podrá relataros algun dato más pues conoce mejor las islas.

-Sí, sí. Ya nuestro deán me puso un tanto al corriente de curiosas incidencias de estas lejanas e ignotas tierras, ¿no es así?.

-Efectivamente, capitán. Y más he de contaros todavía con la ayuda de Dios para vuestro buen provecho. Os repito que creo sea Gando el lugar más favorecido para hacernos fuertes y arrancar desde tan estratégico punto con la deseada conquista definitiva de la Gran Canaria.

-Sabeis que soy de vuestra misma opinión y esporello que ahora nos dirigimos allí siguiendo vuestras indicaciones. Aunque voy creyendo que estos terrenos que estamos cruzando tampoco serían ruínas.

-!Capitán!...Mirad ahí delante...Parece...

-!Una mujer! Una canaria, no cabe duda. !Vos mismo, Diego de Merlo! Traed aquí a esa mujer, cuidando de que no se escape.

Ante los castellanos surgiera una mujer de mediana edad, ataviada con largos sayos de cuero y que, a deducir por su actitud, deseaba hablarles. Al acercársele uno de los hombres a caballo no hizo ademán de retroceder y, por el contrario, caminó ligera unos pasos deteniéndose ante el propio Juan Rejón. Alzó éste con la diestra la espada.

-!Alto!...!Alto todo el mundo!...Veamos que es lo que pretende esta indígena.

-Tened cuidado, capitán. Puede allegarse a nosotros con algún malvado fin.

-No creo tal. Ciertamente parece inofensiva. ¿Que deseais, mujer?...

-No entenderá nuestra habla. Llamaré a...

-No es necesario que se llame a nadie, señor. Conozco vuestro lenguaje.

-!Por santa Ana, mi bendita patrona!...¿Hablais castellano?... Esto es algo extraordinario.

-Si hablo, señor; y vengo, señor, para advertiros que no debéis de seguir en vuestra marcha hacia Gando.

-!Voto a...! ¿Que decís, mujer?...

-Los canarios ya conocen vuestra arribada a la isla y vigilan desde esas montañas la marcha que realizais. Se preparan para atacaros en el término de Jinamar, en los angostos pasos que por allí habreis de recorrer. Debeis de prevenirnos buscando antes un lugar adecuado para guareceros mientras os aprestais más convenientemente para el buen logro de vuestros fines.

-!Por santa Ana!...¿Oísteis, caballeros? Esta mujer ha hablado sabiamente, de ser cierto que los canarios nos esperan émboscados. Esto es portentoso. Y, decidme, buena mujer... ¿Conoceis algun sitio adecuado como el que

sugerís?

-Hay uno muy cerca de aquí. Seguidme y es lo mostraré.

-!No hagais tal, señor don Juan Rejón!... Bien pudiera tratarse de una celada.

-!Humm!... ¿Vos que decís a 'esto, señor deán?.

-Yo, ... Creo que, caminando prevenidos como hasta ahora, nada se debe de temer. Si aquí nos preparasen los canarios alguna emboscada, ¿nos pondría por ventura sobre aviso esta indígena cual lo ha hecho?

-Decís bien. Deshechad escrúpulos, señor Alférez mayor. La seguiremos hasta ver a donde nos conduce. !Adelante, por Santiago!

Y el cuerpo expedicionario reemprendió la marcha llevando como guía a la singular canaria quién, tras recorrer un corto trecho por la playa, se detuvo.

-Aquí es el sitio. ¿Veis ese pequeño montículo recubierto de palmas?... Es el lugar más apropiado para lo que deseais pues teneis el mar a vuestras espaldas y merced a ese arroyo que lo contornea, contareis con aguas abundantes y frescas.

-¿Que os parece, mis leales?... Es en verdad maravilloso el paraje y estratégicamente situado porque, entre otras ventajas, dominaremos desde él el terreno circundante a la perfección. Debo agradeceros, buena mujer... Pero, ¿en donde está la canaria?,...

Había desaparecido sin que ninguno de los presentes lo advirtiese. Después de breve e infructuosa búsqueda y todavía desconcertados echaron los castellanos pie a tierra recorriendo desconfiados la zona, hallando tan solo en medio de la frondosa arboleda algunas viviendas de los isleños, vacías totalmente.

Calmados los recelos acerca de alguna posible jugarreta de la canaria examinóse detenidamente el sitio, maravillándose de él y del buen acierto con que se les indicó. Crecían allí en abundancia las palmas, los dragos, las higueras, los lentiscos y los sauces al pie del arroyo de aguas susurrantes y frescas.

Al poco rato reunía Juan Rejón a todos los hombres:

-Tengo para mí que aquella mujer canaria no era tal sino mi venerada santa Ana, que se nos apareció milagrosamente para así ayudarme y ayudarnos a todos en esta grande empresa en que nos hallamos empeñados. En este maravilloso lugar plantaremos nuestras enseñas y estandartes. Alrededor de los pendones de Castilla se alzarán nuestro campamento fijo y será desde aquí desde donde dé comienzo verdadero la total conquista y posesión de esta indómita isla para nuestros muy nobles y poderosos reyes Isabel y Fernando. En una de esas chozas erigiremos iglesia a santa Ana y con troncos, piedrás y barro formaremos lo que se llamará por siempre el *Real de Las Palmas*.

Otra versión, recogida por diferentes cronistas, nada dice de la mujer y sus misteriosas apariciones y desapariciones sino que fue el ocasional consejero de Rejón un anciano pescador isleño, atrapado por las



avanzadillas castellanas cerca de la desembocadura del Guiniguada e  
interrogado por los intérpretes.



## CAPITULO XXV

### La batalla del Guiniguada.

Se suceden en la Gran Canaria las peripecias más heroicas habiéndose centrado el poder real de Castilla en la conquista de la isla.

Juan Rejón acaba de levantar sus pendones en lo que denomina el Real de Las Palmas, fortificándose convenientemente, con intenciones claras de atacar sin tregua y de defenderse de los isleños, buscando su completa sumisión.

Los canarios, siempre indómitos y valerosos, andan últimamente desconcertados y un tanto temerosos del despliegue bélico desarrollado en esta ocasión por los invasores. Es potente y numeroso el armamento desembarcado y espantables las bestias llamadas caballos, nunca hasta entonces vistas en la isla, No obstante, su ardor combatido y el amor sagrado hacia su patria logran imponerse, decidiéndose a atacar una vez más al extranjero, como tantas otras lo han hecho, saliendo siempre victoriosos en tales encarnizadas peleas llevadas a cabo en aras de su libertad.

Ante el peligro común, noblemente se salvan las diferencias existentes entre los dos reinos en que a tan importantes fechas se divide la isla. El esforzado Doramas, el astuto y arrogante Doramas que por su bravura e inteligencia se proclamó regente del reino de Telde a la muerte de su guanarteme, busca ahora y logra la reconciliación con Tenedor Semidan, de Gáldar. Y desavenencias y resquemores quedan olvidados o, por lo menos, arrinconados en lo más hondo de las almas.

Rápidamente se forma un confederado ejército isleño y es su general Doramas, el que odia a muerte al extranjero, tal vez con recónditos rencores, tanto por la osadía que representa el pretender tozudamente posesionarse de Tamaran, la isla de sus mayores, como por llegar a perturbar su vida en un momento en que triunfa su astucia a la par que su valentía y ha comenzado a paladear las mieles de saberse el más poderoso en toda la redondez de su tierra insular, él, nacido pobre y humilde trasquilado pastor.

Juan Rejón, sabedor de la concentración de fuerzas isleñas, se prepara adecuadamente y envía luego a un emisario intérprete que trate de cominar a la rendición absoluta para evitar males mayores.  
-!Canarios!... Mi señor, el capitán don Juan Rejón, me envía a vosotros con el siguiente mensaje: *Nosotros somos enviados de nuestros Señores los*

*Católicos Reyes, doña Isabel y don Fernando y venimos a estas islas para que, en entregándoos vosotros y convirtiéndoos en cristianos, esteis siempre bajo su poderío y nuestra guarda y amparo. Y así nadie os inquietará y permaneceréis siempre quietos y felices en vuestra tierra, con vuestras mujeres y vuestros hijos; vuestros ganados y vuestras haciendas...*

Todo ésto si os entregais a discreción y pasais a profesar nuestra Santa Religión. Si, por el contrario, no haceis caso y persistís en vuestras ideas de rebeldía e insumisión, ... !Hemos de perseguiros hasta que os matemos a todos o, prisioneros, os embarquemos y saquemos de la isla! ... ¿Que contestais, canarios, a esta proposición? ...

Doramas, al frente del Sabor reunido, es el que habla. Dice:

*-Nosotros estábamos tranquilos en nuestra isla. Porque esta Tamaran es nuestra y solo nuestra como así lo fue antes de nuestros padres y, antes aun, de los padres de nuestros padres. Y vosotros venis a sojuzgarnos, a matarnos o a echarnos de ella sin derecho alguno... Pero, hablais de matarnos a todos o de arrancarnos de aquí si no nos entregamos en vuestras manos... Bien. !Mañana llevaremos a vuestro campamento la respuesta a tu mensaje!.*

Y la respuesta para los castellanos llega al alborar del nuevo día. Contingentes de guerreros vociferantes y enardecidos, más de dos mil canarios pertrechados de palos, piedras y gruesos bastones y aun algunas espadas y lanzas tomadas a los extranjeros en anteriores escaramuzas, descienden las laderas colindantes de la vega del Guinguada, convergiendo hacia el Real.

El caudillo canario ha arengado a los suyos con frases incitantes que proclaman un absoluto odio al enemigo:

*-Ese puñado de extranjeros que veis ahí encerrados es aquella misma casta de hombres crueles que inquietan y perturban porfiadamente nuestra pátria cien años hace y a quienes en más de doce batallas hemos vencido. Son aquellos que tuvimos presos en el cerco de Gáldar, como las sardinas en las mallas de nuestras redes de junco y cuyas fortificaciones demolimos en Gando... Son aquellos que siempre nos han hablado de un guanarteme poderoso, que los envía a robar nuestra tierra y de una religión santa que no los hace mejores que nosotros. !Ya es tiempo de que acaben de salir bien escarmentados de su locura y de poner para siempre nuestra libertad, nuestras mujeres y nuestros hijos al abrigo de la insolencia!... Acordémonos del Gran Artemis, que murió peleando contra ellos... !Adelante canarios, hasta la muerte!.*

Juan Rejón es un buen y experimentado guerrero, un caudillo avezado a los lances de la guerra; y en extremo prudente.

Previamente centinelas y espías le comunicaron las agrupaciones de las cuadrillas indígenas que se han estado formando más allá de las montañetas que rodean el Real. Ha sabido interpretar la respuesta dada a su mensaje de rendición. Así que mantuvo el campamento toda la noche en vigilante vela, temiendo el ataque que al amanecer se realiza.

Dá comienzo la batalla en las cercanías del cauce del Guinguada cuyas aguas cristalinas pronto se enturbian con la sangre generosa que se derrama. Los canarios que atacan por el Sur van al mando de Doramas; guayres tan famosos como Maninidra y Autindana también dirigen cuadrillas. Todos luchan con denodado esfuerzo por el ideal elevado de la libertad. Pero los castellanos saben contenerlos y rechazarlos porque están mejor preparados para esta clase de refriegas a campo descubierto.

Procedente del interior del campamento fortificado hace su aparición la gente de a caballo al mando del deán Bermudez. El estandarte castellano lo porta Alonso Jaimez de Sotomayor y la infantería es dirigida por Alonso Fernandez de Lugo.

Los isleños todavía no familiarizados con las bestias que desconocen, retroceden un tanto en sus avances, pese a los iracundos gritos de Doramas y Maninidra.

De pronto caen por el lado Norte los restos de las fuerzas canarias con los guayres Adargoma, Tazarte y Bentaguayre al frente.

Hay un momento de confusión, ahora entre las huestes castellanas ante esta nueva y numerosa avalancha de enemigos; y algunos soldados comienzan a retirarse hacia la seguridad del Real pero Juan Rejón, seguido de unos cuantos, se adentra en la lucha temerariamente rompiendo por los canarios de tal forma que todos sus hombres recobran bríos. Y la pelea se recrudece.

Durante más de tres horas el resultado de la contienda parece dudoso a ambos bandos mas, poco a poco, inexorablemente, contra la cantidad de los isleños se impone el armamento y arrojo de los conquistadores castellanos.

Un lance sonado que viene a sumarse a favor de Castilla, decide por fin la cruenta batalla. Adargoma, guayre de Gáldar, pelea como un valiente sobre los valientes que es y a su alrededor se vá formando un mortal y temible cerco. El capitán Juan Rejón, advirtiéndolo, acude al quite y traba particular combate con él; logra por fin hincar la punta de su lanza en uno de los muslos de su enemigo que, así malherido, se viene al suelo. Es aquí cuando la balanza de la pelea se inclina ya definitivamente en favor del invasor pues comienza a cundir el desánimo entre las filas canarias que dan por muerto a uno de sus más esforzados adalides.

Y pese a los espantosos gritos y rabiosas acometidas de Doramas y dos o tres jefes más, los isleños se van retirando poco a poco, quedando la victoria por Castilla.

Este memorable día mueren cerca de trescientos indígenas y son numerosos los heridos. De los castellanos han caído para siempre unos diez soldados y hay de veinte a treinta heridos.

Nada se consigue con que Doramas, allá en las escabrosidades de las montañas, ruja y llore de impotencia, destrozándose el cuerpo de atleta contra árboles y rocas en explosión de furor... No importa que todos los isleños se juramenten una vez más para defender a Tamaran hasta la muerte.

La victoria es rotunda para los castellanos y es también el principio del fin de una independencia de siglos tenazmente defendida. Con este hecho guerrero da comienzo la ofensiva verdadera para sojuzgar a los canarios; ofensiva constante y efectiva que vá a terminar con las Capitulaciones de Ansite, cinco o seis años más tarde y la consiguiente incorporación definitiva de Gran Canaria a la Corona de Castilla.

Los castellanos, contentos, se han recogido al Real de Las Palmas llevando consigo como prisioneros a algunos canarios heridos entre los que se encuentra Adargoma quien es especialmente curado y atendido, terminando por bautizarse cristiano a propia voluntad y posteriormente enviado a Castilla en donde será conocido y admirado por sus prodigiosas fuerzas.

El hecho de armas que acabamos de relatar, se supone que acaeció sobre el 30 de junio de 1478 y se conoce en la historia de la conquista del archipiélago canario con el nombre de *Batalla del Guiniguada*.

## CAPITULO XXVI

### Juan Rejón, el deán Bermudez y Pedro del Algaba.

Para escribir el presente capítulo vamos a procurar limitarnos a transcribir o hacer extractos de lo que sobre personajes como Rejón, Bermudez y el del Algaba trazó el polígrafo isleño Viera y Clavijo:

*Los canarios que hacían la guerra a los españoles tuvieron por auxiliares a los portugueses. Porque habiendo roto la corte de Lisboa con la de Castilla, por defender los derechos de la desgraciada hija de don Enrique IV, y aun por los celos con que veía las que llamaba usurpaciones de las Canarias (que siempre consideraba como piezas del Africa pertenecientes a las conquistas de Portugal), determinó aliarse con la de Gáldar y armó siete carabelas bien provistas de tropa y municiones. Era el intento conbinarse con los canarios, para expulsar a los españoles del país y luego apoderarse de él a su salvo.*

*Como este armamento se dejó ver sobre las costas del Agaete en el territorio de Gáldar, creyeron los isleños que acaso sería algún destacamento sacado del campo del Guiniguada y destinado a incomodarles por allí. Así, no arrimaron las armas hasta que los intérpretes de los portugueses les dijeron que en caso que quisieran obrar de acuerdo con ellos contra los españoles, se obligaban a echarlos del país.*

Los canarios y los portugueses efectuaron un tratado y proyectaron atacar el Real; los isleños por tierra, los lusos, con su potente escuadra, por el mar.

Juan Rejón, al divisar los navíos empavesados, tocando clarines y disparando sus armas ofensivas, no dudó fuesen portugueses, creyendo así mismo conocer sus designios. Colocó 200 hombres en emboscada tras dunas de arena y matorrales de cardones, aulagas y tabaibas. Había aquel día fuerte viento, el mar estaba encrespado y el desembarco se realizaba lentamente, factores que aprovecharon los castellanos para atacar al nuevo invasor con tal ímpetu que a poco habían muerto o hecho prisioneros a la mayoría de sus enemigos.

Las carabelas forcejaron cuando pudieron para acercarse a su socorro, pero la violencia del temporal que se había desatado les obligó a alejarse del puerto.

Los canarios apostados cerca del Real observaban el movimiento de tropas desplegado y presentían que algo no andaba conforme a sus planes y deseos; absteniéndose de intervenir enviaron unos batidores de espías a recorrer el campo de la presunta batalla. Pero estos hombres cayeron en poder de los castellanos, retirándose al cabo los canarios sin

pelear y confesando los prisioneros la alianza poco antes establecida, ... noticia que desde entonces llenó a Rejón de mayores desconfianzas y le determinó a hacerles menos generosamente la guerra, talándoles las mieses y los higuerales, robándoles las ovejas y cautivándoles los hijos. Los portugueses intentaron nuevos desembarcos en la isla infructuosamente y los canarios se fueron retirando de los conquistadores, sin atreverse a descender a las llanuras, contentos con dejarse ver en cuadrillas por los cerros más altos o con hacer por las noches algunas tímidas irrupciones contra los que se fortificaban más y más.

El deán Bermudez comenzó a intrigar reiteradamente contra el capitán Juan Rejón pues para él había varios motivos que lo empujaran.

Hacia casi un año que los castellanos no recibían suministros de Castilla y las correrías por la isla eran cada vez menos productivas... El jefe militar ya no participaba sus proyectos al eclesiástico... Acusaba a Rejón de mala administración y de no saber operar con las tropas que languidecían después de la clara victoria sobre los canarios en la batalla del Guinguada, entre otras cosas. ... *Escribió a la Corte, que se hallaba en Sevilla, muchos capítulos de acusación contra el General.*

No obstante Juan Rejón se preocupaba de aprovisionar a sus hombres; solicitó y obtuvo de Fernández Trotín, patrón de una carabela que traficando recorría las aguas del archipiélago, algunas porciones de bizcocho a cambio de la orchilla recogida en Gran Canaria. Pero aquello, naturalmente, no era suficiente. Decidió acercarse a Lanzarote a solicitar socorros de Diego de Herrera.

En aquel tiempo, unos lanzaroteños huídos de la isla después de las acusatorias Pesquisas de Cabitos, rogaron al capitán castellano que intercediese por ellos ante el señor de Lanzarote, cosa a que accedió aquél. Y allá se fueron en un navío, esperando ser recibidos y perdonados los unos y atendido en su demanda de ayuda el otro, mas no sucedió así. Sancho Herrera los esperaba ya con unos cuantos hombres armados y al intentar el desembarco negó toda clase de ayuda a aquel que acudía acompañado de los rebeldes que habían osado alzarse contra su poderoso padre.

Exasperado por tal rudo recibimiento, ordenó Rejón disparar la rudimentaria artillería del barco cayendo muerto en la playa un servidor del de Herrera así como malheridos algunos hombres más de los que allí estaban armados.

Fue esta la mecha del ódio entre Juan Rejón y los señores de Lanzarote, mecha que prendería la polvora de traiciones, muertes y demás violencias en el futuro de varios de los personajes que allí intervinieron.

Al regreso de su frustrado viaje, esperaba a Rejón una desagradable sorpresa en el Real de Las Palmas. Las acusaciones contra él hechas por el deán Bermudez surtieron efecto en Castilla y en un navío cargado de también solicitados suministros, acababa de llegar Pedro

Fernandez del Algabá como nuevo Gobernador de la isla, enviado por la Corte con la severa orden de hacer averiguaciones exactas sobre los cargos que se cursaran meses antes... Así Juan Rejón no tuvo otro consuelo que el aparente honor de que el nuevo gobernador y el mismo deán le sa liesen a recibir al puerto con otros oficiales...

Al día siguiente convocó Pedro del Algaba todas las personas de más carácter que había en el campo, para que concurriesen a la iglesia de Santa Ana, en cuya asamblea puso de manifiesto sus despachos y comisiones. La conclusión de la arenga que les hizo fué la siguiente:

La reina, nuestra señora, me envía al teatro de estas conquistas, con unos fines propios de su real piedad; solo vengo a conservar en medio de vosotros la buena armonía y la concordia. No se ha de decir que unos vasallos tan fieles a la corona y unos cristianos tan ansiosos de promover entre estos gentiles la verdadera religión deslucen su fé y su lealtad con disenciones pueriles. Dios, la reina, la conquista, vuestro propio honor y la gloria de vuestras armas están pendientes de la moderación de vuestras pasiones.

Este discurso, que solo respiraba dulzura, fué seguido de la más horrible discordia; y el mismo que hablaba de las ventajas de la paz tan elocuentemente, se confederó con el deán (que debía de dar el primer ejemplo de mansedumbre) para oprimir a Juan Rejón.

El deán y el nuevo gobernador invitaron a Juan Rejón a comer con ellos...

Luego que se concluyó la comida y pasaron a la torre con pretexto de conferenciar acerca de las operaciones de la campaña próxima, se llegó el gobernador al general y al mismo tiempo se dejó ver su guardia que hasta entonces había estado oculta y tomándole el puñal que traía a la cinta, le dijo estas palabras:

-!Daos a prisión en nombre de la reina!

El general, considerándose solo y desarmado, no hizo la menor resistencia sino que, quitándose prontamente la espada, la puso en manos de su enemigo, quien le hizo echar unos pesados grillos diciendo:

-Así es como se debe tratar a los locos.

Tras realizar un furioso y rápido proceso, ... le pasaron una noche a bordo de una carabela y le remitieron preso a Sevilla.

En el Real de Las Palmas, Pedro del Algaba que había acudido a solventar diferencias y las avivara y ahondara más, intentaba gobernar como mejor sabía, asesorado y fustigado por el belicoso deán.

Juan Rejón vejado, ofendido, presentaba en Sevilla sus quejas, habiendo sido conducido hasta allí como si de un vulgar facineroso se tratase.

La inactividad de las tropas en Gran Canaria era a todas luces perjudicial. Para tratar de mantenerlas adiestradas, el deán Bermudez, habiéndose enterado por espías de que el guanarteme de Gáldar, Tenesor Semidan y el regente de Telde, Dramas, tenían concertada una entrevista por los montes de Moya, decidió atacarlos

sorpresivamente para lo cual hizo caminar a sus hombres durante toda una noche; pero la sorpresa la recibieron los castellanos puesto que el caudillo Doramas, prevenido y en hábil emboscada les permitió avanzar y cansarse sobre la escabrosidad del terreno y cuando lo consideró conveniente lanzó a sus guerreros en repentina y feroz acometida.

Los castellanos, que no esperaban el ataque, iniciaron prudente retirada sin ser inquietados por los isleños. La estrategia de Doramas solicitaba el tener al invasor completamente a su merced, pero en el lugar previamente elegido, que era el conocido por Satauce, cerca del actual San Lorenzo, junto a las cuevas de Tenoya. Allí volcó el jefe isleño al resto de sus hombres y los castellanos, desmoralizados, sin un capitán que eficazmente los dirigiera, se vieron y desearon para poderse evadir del cerco que a su alrededor se estableció amenazante. Las espadas y las lanzas y picas no eran suficientes para detener el alud de enemigos que con palos y piedras acosaban.

Un grupo de unos cincuenta castellanos trató de elegir lugar adecuado desde donde poder corresponder con ventaja al airado ataque pero fue sorprendido y cercado muy pronto por más de doscientos indígenas y máll lo hubiesen pasado sus componentes si Lope Hernandez de la Guerra, bravo soldado, no advirtiese el caso y supiese detener a los que sin pensar más que en ellos mismos ya huían francamente hacia las zonas del litoral en que les aguardaba la seguridad del Real.

*-!Compañeros y amigos!... Mirad en que estado se encuentran algunos de los nuestros. ¿Es que vamos a dejar morir a ese valeroso grupo sin acudir en su socorro?... !Nunca se dijera tal cosa de los castellanos!... No corramos más como las liebres delante del cazador. !Ataquemos a estos salvajes con el valor de que siempre hemos hecho gala... !Sús y a por ellos, amigos!...*

Y fue el primero en avanzar contra los isleños, espada en ristre. Los demás conquistadores lo siguieron con tal ímpetu y entusiasmo que rompieron las filas enemigas y el cerco, salvando así a sus compañeros de armas.

*En Sevilla, ... Hallando los comisarios de la conquista que Rejón había sido arrestado injustamente, no tardaron en declararle buen ministro, le continuaron en su empleo de Capitán General y expidieron órdenes para que se aprestasen cuatro navíos bien provistos y equipados, al mando de Pedro Hernandez Cabrón, vecino y regidor de Cádiz.*

Acompañaban al general, además del mencionado Pedro Hernandez, el recién nombrado obispo del Rubicón don Juan de Frías, Esteban Pérez de Cabitos y un *alcalde mayor nombrado por los Reyes.*

Pero en el Real de Las Palmas Juan Rejón fue rechazado por Pedro del Algaba, quien afirmaba que sin una orden escrita de la reina no podía admitirlo en la isla.

*Y en efecto, Juan Rejón tuvo que volver a verse con el asistente de Sevilla y a referir al cronista sus desventuras.*

## CAPITULO XXVII

### Batalla de Tirajana. Muerte del Algaba. Aventura de unos prisioneros castellanos.

A través de lo que dejamos escrito ya dimos a conocer el estado en que se encontraba la conquista de Gran Canaria.

En el Real de Las Palmas intrigas, traiciones y desavenencias diversas entretenían a los capitanes castellanos, permaneciendo casi por completo inactiva la tropa, cosa que sabían aprovechar bien los canarios ya escarmentados, para aprestarse mejor en sus naturales refugios, siempre indómitos, valerosos y decididos a defender la libertad de la isla hasta el total exterminio de su raza si necesario fuese.

Otra memorable batalla, entre las varias que se llevaron por aquellos tiempos a cabo muy esporádicamente en los reiterados intentos de tratar de sojuzgar a la indómita Tamaran, fue la desarrollada por tierras de Las Tirajanas.

Mientras Juan Rejón de nuevo había de emprender viaje a Castilla para solicitar Reales Cédulas que lo acreditaran y amparasen de sus enconados enemigos, se decidió en el Real, después de algunas controversias, que las tropas castellanas acantonadas en la isla atacasen a los canarios por el Sur, intentando así continuar con los atosigamientos y escaramuzas y también con la idea de recabar en secuestro provisiones de víveres de las que habitualmente se andaba escaso. A tales efectos salieron de las Isletas dos naves al mando del poco antes llegado de la Península capitán Pedro Hernandez Cabrón que, después de navegar costeano, atracaron en una dilatada playa, entre las puntas de Arinaga y Gando.

Los canarios, en tal ocasión bajo las órdenes de Faya, último Faycan de Telde, en cuanto divisaron el contingente armado que avanzaba cruzando las desérticas tierras, se retiraron estratégicamente al interior de las cercanas montañas, preparando de tal modo una de sus clásicas tácticas de emboscadas, dejando en su aparente huida buena cantidad de cerdos, cabras y ovejas además de un pequeño depósito de quesos, cebada, gofio e higos secos, todo lo cual muy prontamente se apropiaron los invasores alborozados.

Ante el buen comienzo de la empresa el capitán Pedro Hernandez se dispuso a avanzar con su pequeño ejército lleno de audacia para caer implacablemente sobre los isleños que presentía en temerosa fuga por los contornos. Un canario de aquellos que ya bautizados se tornaran en guías

y aliados e intérpretes de los castellanos, habló al capitán:

-Señor, oídme... Démonos ya por satisfechos con las provisiones recogidas. Ahora, en estas zonas de barrancos, no caben de nuestra parte los ataques por sorpresa. Mis paisanos están ocultos ahí enfrente, espían todos nuestros movimientos y, no lo dudeis, serán ellos los que se nos echarán encima en cuanto nos adentremos por ese barranco.

La respuesta a esta sugerencia prudente fue irónica y arrogante.

-Sería en verdad necio el retirarse ahora. Hemos venido, no sólo con la idea del aprovisionamiento sino también la primordial de atacar y escarmentar a esos rebeldes para así demostrarles una vez más nuestra fuerza.

-Mirad, señor, lo que haceis... Retirémonos hacia la playa y a los navíos antes de que sea demasiado tarde... Vos no conoceis todavía a mis paisanos. Ni al gran Doramas que los manda.

-Poco tiempo llevo en la isla ciertamente, amigo mío. Pero en verdad te digo que no me van a asustar unos salvajes que andan desnudos... !Avanzaremos ahora mismo por esas lomas y haremos un buen escarmiento con el enemigo!... Que regresen unos cuantos a los barcos con todas las provisiones recogidas... Los demás, !Preparados para dar una buena zurra a estos salvajes!... !Adelante, mis leales!.

Más le valiese al jefe castellano prestar oídos a las sensatas palabras que el aliado canario le dirigiera. Y también, mejor le valiese no menospreciar el valor de aquellos *salvajes desnudos*. A poco trecho del impetuoso avance, ya en los altos de Las Tirajanas, enfurecidos los canarios al advertir y contemplar la osadía de la tropa invasora, se lanzaron con tal ímpetu sobre ella con la gritería acostumbrada que en poco tiempo la victoria fué total de su lado.

Quedaron por muertos una veintena de castellanos, cerca del centenar de heridos y hubo unos ochenta prisioneros.

El mismo Pedro Hernandez recibió durante la refriega tan certera pedrada en la boca que allí mismo perdió todos los dientes y muelas.

Renegando de los salvajes desnudos, aquel militar de fortuna nunca más quiso saber de ellos ni de la tan ansiada y cacareada conquista. Y en el primer navío que salió para Sevilla partió él, *fastidiado y sin dientes*, como dice Viera y Clavijo al referir y comentar esta noticia.

Juan Rejón llegó una vez más a Gran Canaria en una noche de mayo de 1480; se ocultó en casa de Esteban Pérez de Cabitos, buen amigo suyo recientemente domiciliado en el Real y, al día siguiente, en la iglesia de Santa Ana entró con sus partidarios sacando luego a empellones de aquel sagrado lugar al del Algabá, que... *fue arrestado y recluso en la torre con los mismos grillos y dentro de la misma pieza en que él había encerrado poco antes a Rejón. También se aseguró inmediatamente la persona del deán Bermudez y las de sus principales faccionarios.*

El gobernador fue luego procesado, acusado de traidor por haberse secretamente entendido con el portugués tras percibir dineros para una hipotética venta disimulada de la isla. Se le condenó a muerte. Y pereció un amanecer, ahorcado o decapitado... *en medio de la plazuela que hoy es de San Antonio Abad.*

El deán Bermudez fue desterrado de inmediato a Lanzarote... *(de donde no debió faltar nunca).*

Entre tanto, ¿Que suerte podía esperar a los ochenta hombres caídos prisioneros de los canarios en lapasada refriega de Tirajana?...

Acerca de la aventura que vivieron estos castellanos, cuéntase un episodio muy interesante aunque discutida su veracidad.

Parece ser que pasados ya bastantes días desde la batalla ganada, los isleños, preocupados ante la escasez de alimentos que cada vez era más notoria dadas las batidas que por los campos realizaban las tropas invasoras, deliberaron con su jefe Doramas acerca de esta cuestión:

-Y esta es la situación actual. Nuestras reservas de comida se agotan y con la guerra en que nos hallamos metidos, resulta más difícil el reponerlas. Como guayre de este distrito de Las Tirajanas soy de la opinión y propongo que debíamos conceder la libertad a los prisioneros. No podemos seguir alimentándolos mientras los nuestros carecen de comida.

-¿La libertad?... No, Armide Iacocon...! La muerte!...! El ajusticiamiento de todos ellos como escarmiento!... Mandaremos a su cuartel las cabezas de estos hombres para que allí vean el fin que a todos les espera, de persistir en sus ataques y aún en su presencia en la isla.

-¿Por qué hemos de mancharnos más de sangre las manos, Doramas?... Bastante se ha derramado ya...

-!Por esa sangre de los nuestros que se derrama lo digo!. ¿Que es lo que hacen los extranjeros con aquellos de los nuestros que caen en sus manos? ... Si no acceden a bautizarse y traicionarnos a los demás convirtiéndose en sus aliados y criados, los llevan como esclavos a lejanas tierras o les cortan la cabeza y las exponen en las murallas de su fortaleza, como muestra de su crueldad. !Nosotros vamos a hacer lo mismo con estos hombres que agotan inutilmente las provisiones del pueblo de Tamaran!

Es en tan crítico momento cuando intercede una anciana sacerdotisa, madre de Armide Iacocon, muy respetada de todos.

-!No, hijo mío!... No te aventuras a tomar parte en el estrago de esos cristianos porque de darles muerte, sobrevendrán grandes desgracias a nuestra tierra.

Doramas, molesto, trata de mantener su dictámen. Pero la anciana sigue afirmando que Alcorac le indicó que se respete la vida de los castellanos.

Y pese a la tenaz oposición de Doramas, la mayoría de los canarios presentes cree en la advertencia de la harimaguada que goza de gran favor entre ellos; y la vida de los prisioneros es respetada, concedida asimismo la libertad con una última advertencia de Armide Iacocon:

-!Cristianos!... Nosotros devolvemos la vida y la libertad. Bien podeis ir a uniros con los vuestros... Pero llevad en la memoria nuestras victorias y nuestra forma de obrar para que no torneis a tomar las armas contra nosotros, vuestros bienhechores. !Libres sois desde este mismo instante!...

Parece ser que en el citado episodio se hizo uso de una sutil estratagema para contrarrestar la dureza de Doramas. Dice Viera y Clavijo:

... *El guayre Aimedeyacoan se compadecía de aquellos cristianos porque él mismo lo era. Es singular la historia de su bautismo. Al tiempo que Diego de Herrera enviaba sus armadores a Canaria con el designio de ejecutar entradas y correrías, consiguieron éstos sorprender sobre la costa, en el paraje que llaman los Bañaderos, tres isleñas jóvenes y hermosas que se bañaban en las orillas del mar como tenían por costumbre. Una de éstas, moza de 18 años, era sobrina del guanarteme de Gáldar e hija de Aimedeyacoan. Llamábase Tenesoya Vidina y fue bien recibida en Lanzarote de la señora doña Inés. Maciot Perdomo, de la casa de Bethencourt, se desposó con ella luego que se bautizó y tomó el nombre de doña Luisa.*

*Las siguientes octavas, por su asunto y antigüedad, pueden no desmerecer la atención del público.*

*Estándose bañando con sus damas  
De Guanarteme el Bueno la sobrina,  
Tan bella, que en el mar enciende llamas,  
Tan blanca, que a la nieve más se empina,  
Salieron españoles de entre ramas,  
Y desnuda fue presa en la marina.  
Y aunque pudo librarse cual Diana,  
Del que la vió bañar en la fontana,  
Partir se vió la nave a Lanzarote,  
Donde con el santísimo rocío  
La bañó en nueva fuente el sacerdote,  
De do salió con tal belleza y brío,  
Que con ella casó monsieur Maciote,  
Que el noble Bethencourt era su tío.  
Y de estos dos, como del jardín flores,  
Proceden los ilustres Bethencoures.*

*Pero como el guanarteme, su tío, hacía las más vivas instancias por recuperarla, ofreciendo por medio de Pedro Chemida 113 cautivos cristianos por su rescate, se creyó conveniente restituirla a su patria, bien instruída de lo que debía ejecutar. Apenas se concluyó este canje y aportó a Gáldar doña Luisa de Bethencourt acompañada de su criada Tazirga, se reconoció que no era la misma Tenesoya que había salido de Canaria. Lo primero que hizo fue instruir a su padre en la religión y bautizarle. Lo segundo, huírse a favor de la noche de su casa, asistida de sus antiguas confidentes, encaminarse con ellas a las playas y embarcarse en una carabela en que la había*

*esperado su marido.*

*Esta fuga solo dejó a su padre el consuelo de que en ella habían mediado algunas circunstancias maravillosas. Aimeyacoan aseguraba que Guayarmina, hija del guanarteme, había dicho que la noche en que su prima Tenesoya se había escapado, se levantó de su lado, abrió la puerta que era extremadamente pesada y pasó por medio de los perros sin que éstos hubiesen ladrado ni hecho aquélla el menor ruido.*

Tal fue pues la causa de que madre e hijo, poniéndose previamente de acuerdo, abogaran y consiguieran la libertad de los ochenta prisioneros castellanos que iban a ser inmolados.

Y así se sucedían los episodios en la conquista de la isla Gran Canaria, la más noble, la más guerrera y la más intrépida de las hasta entonces dominadas.

## CAPITULO XXVIII

### Pedro de Vera. Batalla de Arucas y muerte de Doramas.

Ajusticiado el infortunado Pedro del Algaba y desterrado a la isla de Lanzarote el intrigante deán don Juan Bermudez, Juan Rejón, de nuevo gobernador y general de la conquista, se disponía a su reanudación, después de haberse desperdiciado largos meses en juegos de política interna sucia y criminal.

Mas las quejas de deudos y amigos afectos al del Algaba surtieron por fin efecto ante los Reyes Católicos que a la sazón tenían su ambulante corte temporalmente establecida en Sevilla.

Y un nuevo personaje, éste decisivo para la definitiva conquista de la Gran Canaria, hizo su aparición en el ámbito del Real: el general Pedro de Vera que, con amplios poderes, sustituía a Rejón y lo enviaba, prisionero y una vez más, a la Península, con... *gran sentimiento de la tropa.*

Para poner en estas noticias y episodios punto final a la actuación de Juan Rejón en el archipiélago añadiremos tan solo que las disculpas y alegatos dados por él ante Isabel y Fernando debieron de ser tan convincentes que se le confirmó en su título de general, otorgándole poderes, esta vez para la conquista de las islas de Tenerife y La Palma. Así, al poco tiempo de aquella última deportación arribaba a Las Isletas con cuatro bajeles, trescientos soldados y veinte caballos. Su deseo era dejar en el Real de Las Palmas, en casa de su cuñado Jaimez de Sotomayor a su esposa doña Elvira y a sus pequeños hijos. Pero el nuevo gobernador se negó rotundamente a ello y aquel hombre perseguido por la desgracia hubo de poner el rumbo de sus navíos hacia La Palma para intentar tomar posesión de dicha isla sin más dilataciones. Sin embargo, los vientos contrarios le obligaron a tomar momentáneamente tierra en la Gomera, por Hermigua. Y allí fue en donde hizo explosión el barril de la polvora de odios y pasiones desatadas que el mismo Rejón prendiera en Lanzarote años atrás.

Hernán Peraza, hijo de Diego de Herrera, era el señor de la isla, castellano de la torre de San Sebastián. Al desembarcar Juan Rejón con su familia y varios servidores en demanda de refugio y descanso, se vio prontamente cominado a entregarse a las gentes de Peraza que le salieron provocadoras al encuentro. El general, considerando tal actitud como un insulto, ofreció resistencia y fue muerto allí mismo, ante sus deudos, de un alevoso lanzazo.

El hijo de Diego de Herrera, a pesar de su siguiente desaprobación por el deplorable y luctuoso suceso que, juró reiteradamente, no estuvo en su ánimo el desearlo, hubo de responder de lo allí acontecido presentándose ante los reyes en la corte, acusado por la viuda e hijos del muerto.

La reina, vistos sus abundantes descargos lo indultó aunque puso para ello dos condiciones: Que el absuelto aportase gentes a la conquista ya prolongada de Gran Canaria amén de su esfuerzo personal y que había de desposarse con una, al parecer, alegre dama de la corte llamada doña Beatriz de Bobadilla. Efectivamente, una vez casado el de Herrera con la dama que, según maliciaron ya los cronistas de la época, estorbaba a Isabel en Castilla, el caballero se llegó al puerto de Agaete en el año 1482 mandando a ciento cincuenta soldados reclutados por leva en las islas del señorío además de doce de a caballo y un navío, todo para, cumpliendo la penitencia real impuesta, coadyuvar a la rendición de los canarios.

Variados son los pareceres acerca del proceder expeditivo de Pedro de Vera como general en la conquista de Gran Canaria, no vacilando la casi totalidad de los historiadores en retratarlo como hombre atrevido, sin piedad y cínico en muchas de sus acciones.

Una prueba de estos rasgos de su carácter parece ser que la aportó a poco de posesionarse de su cargo. Como sabemos por capítulos anteriores, había en la ciudadela del Real de Las Palmas numerosos canarios que, convencidos, se pasaron como aliados a los castellanos y con ellos amigablemente convivían prestándoles en algunas ocasiones señalados servicios. Pedro de Vera los miró siempre con desconfianza, tomándolos no como amigos sino como solapados espías que, aparte de dañar la integridad del campamento, contribuían en no poco a agotar más rápidamente las provisiones ya de por sí escasas la mayoría del tiempo. Ofuscado con estas ideas, decidió engañar a los nobles isleños haciéndoles ver que se necesitaban hombres como ellos para la posible toma de posesión y reconocimientos de Tenerife; que si aceptaban aquella ocasión de beneficiarse con honra y provecho, los enrolaba en la expedición que se estaba preparando al efecto. No era aquella en verdad su intención sino enviarlos a Sevilla o a Valencia para que fuesen allí vendidos como esclavos. No suponían tal infucuo plan los canarios aunque, como algunos cronistas informan, para su seguridad rogaron a Pedro de Vera les confirmase que el pasarlos por el agua a Tenerife era la finalidad de aquel precipitado embarque y no otra. Quienes relatan el suceso siguen diciendo que Pedro de Vera juró era verdad lo que decía; y lo hizo ante una sagrada forma para dar mayor certificación de su buena voluntad, aunque, acaso en un resto de respeto, procurara con antelación que la ostia no estuviese consagrada.

Bien hacían los nativos en suponer alguna oculta malicia porque cuando se vieron en la nave con un rumbo Norte que no era precisamente el de la cercana Tenerife se amotinaron y amenazaron de muerte a Guillén

Castellanos y demás cristianos que tripulaban el barco. Ante el carfz que tomaba aquella especie de motín fueron los promotores del mismo desembarcados en Lanzarote siendo allí bien recibidos y atendidos por el señor de la isla. Y aún se relató que su yerno Diego de Silva, a la sazón en viaje por el archipiélago, cumpliendo parte de un juramento hecho al guånarteme de Gáldar tiempo atrás, se llevó a la mayoría de aquellos infelices a sus posesiones del Portugal continental.

Desde entonces, tras tenerse noticia en el Real de Las Palmas del infcuo proceder del general, los canarios que allí residían fueron desertando, pasándose de nuevo a los suyos, con mayor odio y rencor hacia aquellos que prometían la paz, luchaban entre sí más que contra el enemigo y traicionaban continuamente, sin hacer casi nunca honor a su palabra.

Después de una dolorosa derrota sufrida por los castellanos en Bañaderos, Pedro de Vera, ansioso de dar fin a la ya prolongada tentativa de conquista que tanta gente estaba costando, decidió extender el campo de las operaciones. Con un buen contingente de tropas de a pié y de a caballo, él mismo al frente, salió del Real de Las Palmas hacia el Norte por donde sabía a Doramas con la casi totalidad de los guerreros canarios reunida bajo su mando.

Verdeantes campos de Arehucas. Día de sol luminoso, claro sobre todo Tamaran. Montañas escarpadas, boscosas, al Oeste y al Sur. Al Norte el mar azul, sereno. Por el Este vaguadas y barrancos recubiertos de frondosa vegetación...

Después de la sonada batalla desarrollada a la vera del Guiniguada y ganada para las armas de Castilla, es la primera vez que las huestes canaria y extranjera se enfrentan en su casi total de efectivos, ansiosas ambas de pelea. Hace ya varias horas que desde cerros opuestos los dos ejércitos secontemplan esperando momento propicio para comenzar el combate que, bien saben, será a guerra sin cuartel, a muerte.

De pronto... Un hombre solo se destaca del bando canario. Es muy viril, todavía joven, fornido y musculoso aunque no de aventajada estatura. Empuña en una mano dos o tres afiladas amodagas y al otro brazo la tarja o rodela de madera de drago con una divisa pintada en blanco, negro y rojo, sobradamente conocida en todo Tamaran. ¡Es Doramas! El gran caudillo Doramas, general de los ejércitos isleños. Avanza temerario, con paso firme, hasta el centro del espacio libre entre los que van a ser contendientes. Y clama a grandes voces:

-!Castellanos!... !Viles y traidores cristianos!... Yo, Doramas, jefe de los ejércitos de mi pueblo, reto en combate singular a quien de todos vosotros se atreva a medir conmigo sus armas. Y propongo que quien de los dos venza, de su bando será la batalla.

Un confuso rumor, de temor en el campo canario y de asombro y admiración en el castellano acoge el desafío hecho por el bravo caudillo indígena, al ser traducidas sus palabras por los intérpretes.

Doramas insiste en su desaffo:

-¡Cobardes cristianos que os decís caballeros!... ¿Es que no hay entre todos vosotros quien presuma de valiente?...

En las filas de los invasores Pedro de Vera es informado por los intérpretes de quien es tan osado salvaje. Y se enfurece. Y quiere responder al reto saltando él personalmente a la palestra, mas sus capitanes se lo impiden.

Doramas, en el centro del campo, continúa incitando:

-¿Es que no hay valientes entre vosotros?... ¿Es que ya se acabó aquella furia del Guiniguada?... ¡Venid pues todos a una, que soy canario!

El general castellano brama:

-¡Nunca dejé sin respuesta al deslenguado que arrojó a mis pies guante de desaffo!... ¡Voy allá, por mil rayos!

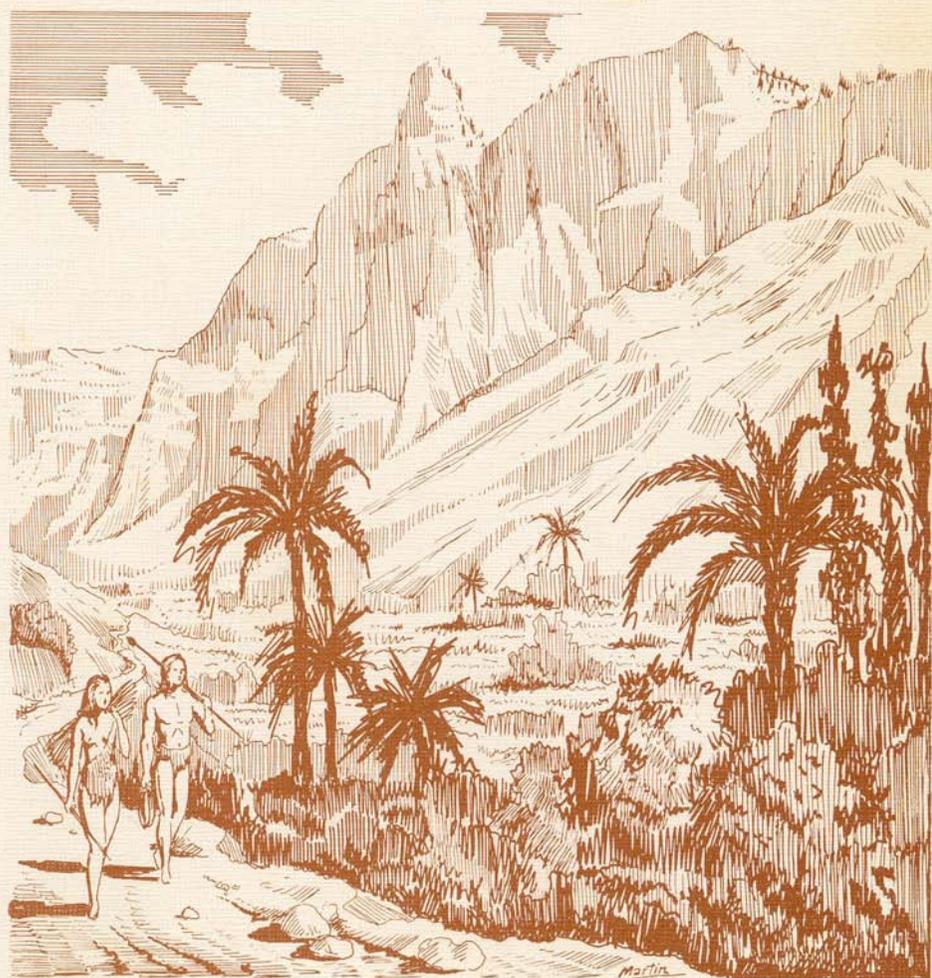
-¡Iré yo, señor!... Pláceme la locura del canario. ¡Yo daré cuenta de él!

-Bien; que así sea. Pero, por Dios Nuestro Señor juro que saltaré al palenque si ese hombre os hiciera algún daño. Id allá Juan de Hoc es y que vuestro noble y fuerte brazo sepa castigar al osado.

Arranca a caballo el castellano. Doramas, con una sonrisa de frío ódio y desprecio en el semblante lo aguarda a pie firme. Cuando lo tiene lo suficiente cerca, en ágil y rápido movimiento tira una de sus amodagas con tal acierto que su punta endurecida al fuego traspasa la rodela, la cota defensiva y el corazón del caballero cristiano. Visto el lance por Pedro de Vera, sin aguardar a más razones, requiere su pica, apresta la rodela y, clavando espuelas a su montura, se lanza a campo abierto, siendo al instante imitado por todos los suyos que ya aguardan impacientes la ocasión. Los canarios hacen lo propio y la batalla, encarnizada, se generaliza.

Doramas valiente, temerario, aguarda la avalancha de los enardecidos castellanos, oyendo a sus espaldas a los canarios que abandonan sus trincheras y atacan a su vez, gritando excitados. Con su espada de tea, de un solo tajo cercena una pierna al primer enemigo que se le enfrenta y aún abate a dos o tres más que ansiosos de darle muerte lo atacan. No pierde de vista al general de los castellanos que avanza entre sus tropas, buscándole afanoso. Cuando al cabo de un buen rato de pelea lo tiene cerca, una amodaga bien dirigida por su ágil brazo traspasa la rodela del de Vera rasguñándolo en un hombro.

Pedro de Vera está furioso; háse jurado a sí mismo matar a Doramas, cortarle la lengua y la cabeza y llevarlas como trofeo al Real de Las Palmas, en lo alto de cuyas almenas las colocará como aviso y escarmiento. Por fin el general divisa a uno de sus soldados que, por detrás, asesta un fuerte golpe en una de las poderosas piernas del héroe canario haciéndolo tambalearse a causa de la embestida. Rápido como el rayo alarga Pedro de Vera su pica traspasándole con el ademán el noble pecho.



"La isla Canaria era conocida por sus naturales habitantes con el nombre de Tamaran,

Doramas, malherido, cae en tierra lanzando un gran grito que resuena como potente clarín en medio de la refriega:

-!Muerto soy!... !Y no me matas tú, maldito castellano, sino el traidor que me atacó por la espalda!...

La pelea está en su apogeo pero los canarios, al percatarse de la caída de su caudillo, pierden el ánimo y son muchos los que, espantados, huyen dando lamentos a las cercanas montañas. Otros, también desalentados, deponen prontamente las armas y se entregan para poder acompañar en sus últimos momentos al que desfallece en un gran charco de sangre.

La victoria termina siendo aplastante para los castellanos.

Dispone Pedro de Vera sea trasladado al Real de Las Palmas el moribundo regente de Telde. Y canarios de los más famosos, llorando, son los que amorosa y cuidadosamente lo transportan; pero Doramas no llegará con vida al cuartel castellano. En la cuesta de Arucas, entre suspiros de agonía pide agua y con tal motivo se detiene la comitiva. Le dan el agua y aun los cristianos lo bautizan, siendo su padrino el mismo Pedro de Vera, expirando el canario a los pocos minutos.

Y así muere el héroe, el caudillo, el último de los canarios célebres, con el nombre de Tamaran, la isla que tanto amó y por la cual luchó constante, en los labios,

La patria cuyo gobierno usurpó para mejor defenderla y mantenerla unida y por la cual sacrificó su vida, lo llorará por siempre amargamente y su nombre subirá hasta quedar inscrito en el alto Libro de la Inmortalidad.

En la cuesta de Arucas queda solo un sencillo sepulcro orlado de cerco de piedras con una cruz toscamente construída en medio.

Algunos cronistas al dar estas noticias indican que la cabeza de Doramas fue clavada en una pica y llevada en triunfo al Real de Las Palmas.

La famosa batalla de Arucas, en la cual halló la muerte el adalid Doramas, fue uno de los más demoledores golpes, sobre todo en lo moral, asestado a la libertad de siglos de los habitantes de la isla Gran Canaria. Allí, al lograr aplastante victoria, las armas castellanas demostraron una vez más y dejaron ya para el futuro bien sentada, su plena supremacía.

## CAPITULO XXIX

### Tenesor Semidan y las Capitulaciones de Ansite.

Tenesor Semidan es uno de los personajes isleños principales de la historia de la conquista que más interés ofrecen y, sin embargo, casi todos los antiguos cronistas lo confunden, entremezclándolo en la época de su reinado, unas veces con su predecesor Guayasen Semidan, guanarteme de Gáldar y otras haciéndolo ya primo, tío o padre de Guayarmina, la última descendiente heredera de la rama galdense de los Semidanes cuando la isla pasó a ser posesión de la Corona de Castilla.

La personalidad de Tenesor ha sido compleja si consideramos los hechos más destacados de su vida, observando que mientras se mantuvo en estado *natural* fue bondadoso y noble pues se le llegó a conocer con el sobrenombre de *el Bueno*. En cuanto se bautizó, da la impresión de que fue completamente absorbido por la civilización a la que llegaba bien rezagado. Se cuidó de pedir para él, a la hora de los repartos, uno de los mejores pagos agrícolas de la isla... Convenció a sus antiguos súbditos para que claudicasen ante el castellano, presintiendo sin duda el trato que iban a recibir como criados o esclavos... Malgastó su hacienda; giró como un satélite alrededor de Alonso Fernández de Lugo que había sido su aprensor y con él se fue a la conquista de La Palma y Tenerife, asentando su morada en La Laguna, sin que, al menos tal dato se conozca, volviese a su verdadera patria por la que tantos canarios, nobles y villanos, para no abandonarla impugnemente lucharan hasta la muerte... En su testamento negó tener hijos. Perekó de unas cuartanas malignas aunque hay quien insinúa en alguna crónica que fue el veneno mandado administrar por su amado Lugo quien acabó con sus días.

Existen varias lagunas, puntos oscuros en la historia de Tenesor Semidan que hasta nosotros ha llegado; Uno de ellos es el de su edad cuando fue guanarteme de los canarios, aunque se debe deducir que era joven, puesto que algún historiador dice de él cuando se trasladó a la Península por primera vez, que, ... *era un hombre robusto, de gran prestancia, con la barba aún negra*... Otro es el de su árbol genealógico, a pesar de que Abreu Galindo primero y luego, tomando a este cronista como fuente, algunos otros trataron de dejarlo establecido, sin convencer ninguno de ellos.

En pleno siglo XIV, en fecha imprecisa, se unieron Atidamana y Gumidafe, fundadores de la dinastía Semidan, siendo hijo de esta unión el gran Artemis quien, según generalmente se cree, perekó allá por el año 1405, en la batalla de Arguineguín peleando contra el invasor Juan de

Bethencourt. ¿ Quien fue o quienes fueron los hijos de Artemi Semidan? ...  
 ¿ Quien heredó su cargo de guanarteme? ...

A mediados del siglo XV regía los destinos de la isla Tagother Semidan que tuvo, además de otros, dos hijos que se dividieron Tamaran: Guanache o Guayasen Semidan, casado con la hermana de Guanariragua, el Tuerto, faycan éste de Telde y Bentagache o Ventagoo que fue el guanarteme teldense. Muerto Bentagache, quedó al cuidado de sus dos hijos su hermano Tenesor ya guanarteme de Gáldar. ¿ Cuando, porqué y como sustituyó Tenesor a Guayasen en su puesto de guanarteme? ... En las primeras entradas de Diego de Herrera a la Gran Canaria, cuando aquel famoso y estéril tratado de paz llevado a cabo con el concurso del obispo Illescas, parece ser que aún reinaban Guayasen y Ventagoo siendo sus faycanes respectivos Guayasemen y Guanariragua, el Tuerto, ... y *los cuatro eran hermanos*. Surge aquí el detalle significativo que parece querer demostrar la existencia en Canarias, en la clase gobernante, de la costumbre de casarse hermanos con hermanas al igual que lo hicieran siglos atrás los faraones de las primeras dinastías egipcias y otros pueblos de la antigüedad; dice Abreu Galindo que Guanache estaba casado con la hermana de Guanariragua y, si Guanariragua era su hermano... La conclusión salta a la vista.

Por otra parte, Taghote debió de tener varios hermanos más y éstos, hijos emparentados con los guanartemes pues sabemos que la princesa Guayarmina, -después de bautizada y casada, Catalina de Guzmán- en cierta declaración hecha en Gáldar en el año 1528 dice, *que es parienta de la dicha Luisa de Vetancor, e de sus hijos, porque su padre de la dicha Luisa de Vetancor e el padre de esta testigo fueron primos, hijos de dos hermanos*. Esta Luisa de Bethencourt fue la Tenesoya Vidina hija de Armide Iacocon, apresada por los castellanos de Lanzarote tiempo atrás en las costas de Bañaderos.

Si Tenesor no era hijo de Taghote, debió de serlo de Soront Semidan que era padre, a su vez, de Manidra. Autindana era hermano de Tenesoya. Bentejuf, -que otros llamaron Tazartico- y Masequera, sobrinos de Tenesor Semidan e hijos del fallecido guanarteme de Telde, Bentagache...

Por lo expuesto, bien se puede observar que el intentar establecer una genealogía correcta de los Semidanes se presta a muchas confusiones.

Continuando con algunas de las noticias que se tienen de Tenesor Semidan, a título de curiosidad citamos aquí las princesas canarias que vivían en épocas de la conquista al amparo del regente guanarteme y que han sido tan traídas y llevadas en la literatura de cronistas e historiadores. Una de ellas era la mencionada Tenesoya Vidina hija de Armide Iacocon y hermana de Autindana, casada con Maciot II de Bethencourt después de bautizada con el nombre de Luisa. Otra, Guayarmina, hija de Guanache Semidan y principal, por no decir única heredera

del trono de Gáldar bajo la regencia de su tío Tenedor, llamada posteriormente Catalina al bautizarse y ser desposada con Hernando de Guzmán. Otra más Masequera, hermana de Bentejuf e hijos ambos de Bentagache, que durante algún tiempo estuvieron bajo la impuesta regencia del audaz Doramas; Masequera se llamó de cristiana Margarita Fernández de Guanarteme. Y por último, Catalina, hija según se cree de Tenedor Semidan, a quien algunos comentaristas y aun cronistas antiguos confundieron con Guayarmina, casada luego con el caballero castellano Miguel de Trejo y Carvajal.

Autores canarios hay que afirman estar ya Tenedor Semidan en el poder cuando el episodio de Diego de Silva y sus compañeros, de haber sido cierta tal aventura en las costas y tierras norteñas de la isla.

El siguiente relato, mencionado por algunos cronistas, nos dice algo acerca del ascendiente que Tenedor parecía tener sobre sus vasallos:

Los guerreros nobles de Gáldar andaban en cierta ocasión molestos por la nobleza de corazón, -blandura de ánimo según ellos- que aconsejara al regente guanarteme soltar salvos y sanos a los invasores castellanos después de haberlos tenido a su merced en el cerco famoso, cuando la entrada de Diego de Silva. Y entre los guayres más renombrados se fraguó la conjura para derribar a Tenedor del mando del reino; sabiendo que el guanarteme iba a celebrar una importante reunión en cierta cueva espaciosa de la costa, allí escondieron sus armas para en el momento oportuno hacer justiciero uso de ellas. Enterose Tenedor del contubernio mas no se arredró; por el contrario, acudió al lugar prefijado para la reunión del Sabor y, una vez acomodado en su preponderante asiento pétreo recubierto de pieles, increpó con serenidad a los conjurados a medida que iban entrando y acercándosele:

-¿En donde está tu magado?... Tómalo y mata a tu guanarteme ya que dudas de su proceder y le recriminas.

Los sediciosos nobles se vieron dominados por tal entereza de espíritu y confesaron, arrepentidos, su pretendida traición.

Tenedor Semidan, según muchos autores opinan, contemplando a su alrededor la Tamaran cuya independencia se hacía pedazos, viendo que las discordias volvían a surgir con rencores y malicias entre los suyos, supo comprender que la victoria final iba a ser del poderoso enemigo castellano a no tardar mucho. Se especula actualmente con la idea de que aun maniobró política, oculta y sagazmente de acuerdo con el enemigo para lograr así algunas ventajas tanto para sí como para su pueblo antes de que fuese realmente tarde. Algunos cronistas insinúan que lo que a continuación vamos a relatar fue bien premeditado porque con más de un própio tuvo contactos con el general Pedro de Vera que ya gobernaba en el Real de Las Palmas.

Después de haberse edificado la fortaleza de Agaete para un

mejor servicio de la conquista quedando en ella como alcaide Alonso Fernández de Lugo que fue uno de los más destacados capitanes castellanos, cierto día apareció por allí Hernán Peraza con navíos y hombres, procedente de la Gomera, dispuesto a cumplir lo ordenado por la reina Isabel a causa de la muerte alevosa de Juan Rejón en sus feudos. Unidos Fernández de Lugo y Hernán Peraza, las incursiones en territorio canario cobraron nuevo impulso.

Salieron en una ocasión los dos jefes a la cabeza de sendos grupos expedicionarios camino de los altos de Artenara, sorprendiendo a los isleños y haciendo gran mortandad entre ellos; luego retrocediendo hacia Gáldar y allí, en el palacio real a donde acudiera para pasar la noche en compañía de unos servidores, fue hecho prisionero el guanarteme sin que nadie de los que lo rodeaban pudiera valerle.

En medio de gran alborozo se trasladó al egregio prisionero al Real de Las Palmas y, siempre tratado como su alto rango merecía embarcado casi de inmediato para Castilla.

Dice un agudo comentarista al respecto:

*Esta captura tiene toda la apariencia de una entrega concertada... Pero, aunque la división de la isla favoreció la actitud contrapuesta de sus caudillos ante los invasores, creo mejor ver en la conducta del guanarteme de Gáldar un maduro espíritu político, propio del gobernante hereditario, frente a la bravura irreflexiva del advenedizo. Es cierto que Fernando Guanarteme obtuvo, al fin, para su pueblo, muy poco o ningún provecho de su colaboracionismo, pero la culpa de ello, aparte la que sin duda toca a los conquistadores, estuvo precisamente en la indomable terquedad del bando isleño contrario.*

En la corte, que según unos autores estaba por aquel entonces en Calatayud y según otros, en Toledo, el guanarteme canario rindió pleitesía a los Reyes Católicos y fue bautizado por el cardenal Mendoza, imponiéndosele el nombre de Fernando, siendo su padrino el mismo rey.

De regreso en la isla, tras aquellos varios meses de estancia en Castilla, en donde había podido apreciar por sí mismo el inmenso poderío de quienes luchaban anhelando la conquista de Gran Canaria, pasó a residir como un aliado más pero con mayores consideraciones en el Real de Las Palmas, poniendo todo su empeño en que la rendición de sus paisanos se llevase a efecto lo más pronto posible.

Después de finalizada la conquista de Gran Canaria, Fernando Guanarteme efectuó dos o tres viajes a Castilla acompañado de su hija y sobrinas, tal como documentos recientemente exhumados lo confirman.

Este ex-guanarteme de Tamaran en el reparto de tierras realizado por Pedro de Vera según las órdenes de los Reyes Católicos recibió todo el feraz valle contenido en el barranco de Guayedra, heredad que luego pasó a su yerno Miguel de Trejo y Carvajal, quién la vendió posteriormente a otros colonizadores ya asentados en la isla.

Cuando Fernández de Lugo años más tarde pasó a la conquista de La Palma y Tenerife, Fernando Guanarteme, que parece ser se aficio-

nara a la amistad de quien en el pasado lo aprendiera, lo acompañó con una numerosa y brava milicia canaria. En la isla de Tenerife recibió repartos, llegando a asentar su hacienda en La Laguna en donde, atacado por unas cuartanas de altas fiebres según unos historiadores y merced a algún disimulado veneno según otros, murió años después de la conquista del archipiélago, siendo enterrado en la mencionada localidad tinerfeña, en tumba todavía sin descubrir.

En el capítulo XXXVII de la *Crónica de los Reyes Católicos* compuesta por Mosen Diego de Valera y que, al decir de un gran erudito que la estudió profundamente, es una fuente contemporánea de la conquista de Canarias, entresacamos algunos párrafos, procurando transcribirlos al estilo en que fueron trazados, cuidando tan solo de hacer más claro y ortográfico el castellano en ella empleado.

*Y a 28 días del mes de octubre del dicho año, llegó de nuevo a la isla Miguel de Mujica, contrescientos ballesteros que el rey y la reina enviaban para la conquista. Y desde el día 5 del mes de noviembre cabalgaron el gobernador y Miguel de Mujica y fueron a un lugar que es dentro de las sierras, que se llama Fataga, donde los canarios decían que ningún cristiano podía llegar; y el lugar se entró por la fuerza y a la gente no se la pudo tomar por una muy grande sierra que estaba junto con el lugar, donde se acogieron. Y allí murieron tres canarios y una mujer que por su voluntad se despeñó. Y allí se quemó mucho trigo y cebada.*

*Y después, el día diez de noviembre, cabalgaron los dichos caballeros y llevaron consigo al principal de los cuatro que habían enviado a los reyes, que era venido con Miguel de Mujica. Y fue a la fortaleza de Agayte a hablar con ciertos canarios y parientes suyos y allí concertó con algunos de ellos que se venían a tornar cristianos. Y el gobernador ordenó que Miguel de Mujica y los otros capitanes con la gente que tenían esperasen en la sierra hasta que el canario fuese que los reyes habían enviado. Y no lo hicieron así.*

*Miguel de Mujica se fue a una fortaleza que dicen Ventagay, que es la mayor que los canarios tenían y en las primeras casas que tomaron llevaron a veintisiete personas y luego comenzaron a combatir la fortaleza. En cuyo combate fueron heridos muchos cristianos y dos muertos. Y de los canarios fueron muchos heridos y allí murieron tres. Y ésto así hecho, sobrevivieron otros cincuenta canarios y esforzóse la pelea de manera que fueron muchos más heridos y muertos, así de los unos como de los otros. Y el día 22 del mismo mes hicieron otra entrada el gobernador y los otros capitanes, a un lugar que se dice Aganegui y en el camino toparon cinco canarios y dos mujeres, de los cuales el gobernador mandó quemar dos, porque los canarios habían muerto unos cristianos después de cautivos. Y entraron en el dicho lugar en donde cautivaron diez canarios y murieron cinco.*

*Y a los quince días del mes de diciembre, los dichos gobernador y capitanes y con ellos el canario que de Castilla había venido, el cual estaba en Gáldar con nueve canarios y sus mujeres e hijos y ganados, que eran*

venidos a tornarse cristianos, Donde el gobernador había labrado una fortaleza y en ella había dejado a un hijo suyo por alcaide con alguna gente de apie, los cuales con los canarios que allí tenían, hacían guerra a los otros canarios. El cual con treinta canarios vino a juntarse con el gobernador al lugar donde le envió a mandar que viniese, que era un risco el más alto que hay en la isla toda, que es en medio de ella, donde los canarios tenían esperanza de defenderse.

Y allí el gobernador y los otros capitanes con toda la gente que tenían entraron a pie, que no es tierra que cabalgarse pueda; y la gente entró en espesura tan grande que era cosa de maravilla. Y allí se hizo una gran pélea, donde se recogieron los canarios. Y allí fueron muchos de ellos quemados y otros muertos con saetas y con espadas y de allí sacaron ochenta cautivos hombres y mujeres y muchos ganados. Y allí sobrevivieron ciento cincuenta canarios que estaban en la fortaleza de Ventaygay y el gobernador mandó a cierta gente de la que allí tenía que fuese a pelear con ellos y la pelea fue muy herida. Y al fin los canarios fueron desbaratados y vencidos y la cabalgata se sacó de tierra muy ágría y montañosa.

Y como los canarios viéran que tierra tan fuerte no les podía aprovechar, cogieron tan gran miedo que buscaron de remediarse y los más principales demandaron seguro para venir a hablar con el gobernador. Los cuales con sus hijos y sus mujeres y ganados se vinieron a poner en la obediencia del gobernador, el cual los recibió con la condición que todos los hombres se viniesen en Castilla en los navíos que les mandaría dar. Y con esta condición se vino él guanarteme de Telde con toda la gente que era de su bando. Y el faycan de Gáldar con su bando. El cual faycan quiere decir como obispo, de los cuales había dos en la isla.

Y visto ésto, el otro faycan de Telde se apartó con la gente que quiso seguirlo, diciendo que más quería morir en defensa de la ley de sus antepasados que no ser cristiano. Y a la hora un canario principal se subió encima del risco muy alto y desde allí a grandes voces dijo a los canarios que venían con guanarteme a se tornar cristianos que todos debían hacer por su libertad lo que él hacía. Y en presencia de todos se dejó caer del risco abajo y se hizo pedazos. Y el guanarteme se vino con el gobernador.

Y el faycan con la gente que con él se quiso ir se fue a unas sierras muy altas y ásperas, a una parte de la isla que se llama Tafarte donde está una fortaleza de peñas muy altas. Fueron los que se apartaron con el hasta doscientas personas, hombres y mujeres y muchachos y de allí enviaron a concertar con el gobernador que como él viniese que el lugar no era tal donde pudiese ir por tierra. El cual entró por la mar y fue a desembarcar en el mismo lugar de Tafarte y llevó consigo al guanarteme de Gáldar con cuarenta canarios y fueron a la fortaleza donde estaban los canarios. Y desde donde desembarcaron hasta el pie de la sierra donde los canarios estaban había dos leguas de muy áspero camino. Y llegados al pie de la sierra, los canarios quisieron hablar luego con el gobernador y vinieron al habla. Y estando en ella Miguel de Mujica, a quien el gobernador había dado encargo de que tuviese la gente junta que no la dejase desmandar, desordenola mandándoles

*subir a la fortaleza tirando con ballestas y espingardas.*

*Y los canarios como aquello vieron, cargaron sobre ellos y pelearon de tal manera que los cristianos se retrajeron. Y Miguel de Mujica y otros escuderos fueron allí muertos y otros muchos heridos y destrozados; de tal guisa que si el gobernador no tuviera la gente que iba huyendo y él y los otros caballeros capitanes cristianos no hicieran rostro, todos los cristianos fueran muertos allí aquel día.*

*Y después de ésto el gobernador se volvió a la villa del Real de Las Palmas y dejó gente que mirasen lo que hacían aquellos canarios. Y a los ocho días de estos acontecimientos se fueron de allí y se metieron en una fortaleza que se llama Avsita, que es a las partes de Tirajana. Lo cual que el gobernador supo, partió con toda la gente de a caballo y a pie que pudo llevar y fuése a la dicha fortaleza y la cercó; y túvola tan cercada que vinieron a partido que fuesen seguros de la vida y de cautividad y se fuesen a Castilla, lo cual se asentó. Y otro día siguiente el faycan y los otros canarios salieron de la fortaleza y los trajo consigo y se tornaron cristianos, en el cual día hizo el sol grande eclipse y después llovió e hizo muy gran viento. Y pasaron en aquella isla muchas aves que antes nunca habían visto, las cuales fueron grullas y cigüeñas y golondrinas y otras muchas aves que no saben los nombres.*

*... E así se acabó la conquista con muchos trabajos e peligros.*

## CAPITULO XXX

### !Gran Canaria por Castilla!

La mayoría de los cronistas canarios coinciden en señalar como fecha del fin de la conquista de la isla Gran Canaria el día 29 de abril de 1483. Algunos, entre ellos Agustín Millares Torres, nos dan la del 26 de junio del mismo año, festividad de Santa Ana, aunque debemos de creer más bien que fue un casual error en tan notable historiador isleño. Modernamente, haciendo referencia a documentos recién descubiertos, quiere situarse la efemérides como correspondiente al año 1484. También el padre Sosa, en su *Topografía de la Gran Canaria*, sitúa el final de la conquista en el año 1477, siendo así que, según repetidamente afirman los investigadores del tema, tal fecha corresponde a la de la adquisición de los derechos de conquista de las tres mayores y es anterior, naturalmente a la llegada de Juan Rejón para dar comienzo firme a ella y así mismo a Pedro de Vera que fue quien remató tan trascendental epopeya casi seis años más tarde.

Los datos que a nosotros han llegado referentes a esta efemérides canaria son variados, confusos a veces y contradictorios pero juzgamos que, tomando algunos de este cronista y otros de aquél, podemos hoy, ayudados por la imaginación, representarnos con bastante claridad y exactitud aquel día memorable.

Conocemos los lugares.

El Real de Las Palmas, alzado por orden de Juan Rejón en la margen derecha del Guiniguada, casi en su desembocadura con el mar. Este Guiniguada, convertido hoy en seco cauce de barranco tendente a desaparecer ahogado por la ciudad, en aquel entonces era risueño riachuelo de claras y cantarinas aguas que se deslizaban rodeadas de fragante y profusa floresta. El terreno en donde en la actualidad se alza la iglesia de Santo Domingo con su adyacente plaza, era loma un tanto libre de vegetación, punto de enlace entre las montañetas que cerraban el horizonte por el Sur y el Oeste y el valle umbrío de palmeras, dragos, acebuches y lentiscos que descendía hasta el Guiniguada. El paisaje resultaba de una belleza paradisíaca. Reían las aguas, susurraban las ramas de los árboles, cantaban las aves y aun, de cuando en cuando, por entre la maleza saltaba ágil alguna cabra salvaje. Sobre la isla un sol radiante, de primavera, un cielo puro y una atmósfera diáfana y perfumada. Montañas de tintes violáceos y siluetas riscadas; mar de aguas quietas, ambarinas... Tal era el escenario.

Y allí se iban a congregar los actores.

Por un lado, un puñado de castellanos cristianos y guerreros, con ansias latentes de lucha y conquista en la sangre, con deseos de evangelización en el espíritu. Hombres curtidos en la pelea de siglos contra los enemigos de la Cruz, allá en sus tierras peninsulares; seres que sentían ya el orgullo de la raza, de la hispanidad fundamentada; súbditos leales a los católicos reyes Isabel y Fernando.

Por el otro bando, los componentes de una raza, la canaria, dueña de siglos de la isla. Canarios buenos, nobles y valerosos, amantes ante todo de sus sanas y ancestrales costumbres, defensores intrépidos de su libertad y de la libertad de la Tamaran amada que era su patria; seres que hasta algún tiempo atrás habían disfrutado de un vivir bucólico y feliz en medio de la barbarie atemperamentada en que se criaban. Tenían estos canarios fama de audaces y astutos guerreros mas no de gustarles la guerra pues sus costumbres fueran pacíficas y solamente solían empuñar las armas al ver amenazados sus dominios, saqueadas sus tierras y cautivas las vidas de los suyos por rapaces piratas llegados de otros mundos en razzías rápidas y devastadoras.

Por las rutas del Sur, convergiendo hacia el Real, avanzaban columnas de canarios, no alegres, pero tampoco angustiados ante las perspectivas ofrecidas por la transformación que sus vidas iban a sufrir.

-Malos tiempos para Tamaran, amigo Tentagache, malos tiempos.

-Yo no diría tan malos, Esto se acaba, sí. Pero pienso que ya no tendremos más peleas, más derramamientos de sangre sobre la isla de nuestros mayores. Y es mejor así...

-¿Mejor, dices?... Tú eres viejo, Tentagache. Tú ya no tienes el arrojo, la valentía de los años mozos, ¿Vendrán ahora para nosotros los canarios, mejores días?... ¡Vamos a ser esclavos, criados de esos malditos extranjeros que hoy nos quieren bautizar!...

-Creo que te excedes, Adamiga. Y es disculpable, porque eres joven y te hierve fogosa la sangre en el cuerpo. Si tuvieras mis años verías las cosas como son... Nos entregamos, sí; pero libres y no derrotados, que nuestras armas no se rindieron por las espadas de los castellanos, sino por la persuasión de nuestro guanarteme Tenesor Semidan...

-¡Ese traidor cobarde!... En éso tienes razón. El es quien nos vence... A él lo acogieron los guanartemes castellanos, lo convirtieron a su religión y le prometieron ganados y tierras. ¿Que nos van a dar a tí y a mí?... Una soga al cuello para tenernos amarrados como a sus perros amarran los pastores por la noche.

-Estas en el error, amigo mío. Yo conozco a Tenesor Semidan, el Bueno... Es noble, es honrado. Si él nos habló en Ajodar, si nos convenció en Ansite para que nos entregáramos, lo hace porque nos quiere... Conoció a los poderosos guanartemes de Castilla; recorrió las tierras que rigen; vió su poderío y comprendió bien que luchar contra ellos era inútil... No desea que los canarios caigamos en defensa de algo que ya está perdido. Y si bien se mira, no perdemos ni la vida ni la isla.

-!Perdemos la libertad!...

-¿La han perdido los nuestros que se pasaron a sus filas?... Hoy gozan de prestigio y valentía entre ellos. Recuerda a caudillos como Adargoma, Manidra, el mismo guanarteme...

-¿Olvidas a los que murieron sin rendirse?... El gran héroe Doramas, Tazarte, Bentaguayre... Y el faycan Faya y el príncipe Bentejuí que se riscaron en Ajodar antes que entregarse; al ver como nosotros, ¡cobardes! nos dejábamos dominar por Tenesor.

-!Tú lo dices!... Se mataron porque veían que el pueblo ya no estaba con ellos, que no quería más guerra, más derramamientos de sangre... ¡Ay, Adamiga!... ¿Porque soltamos las armas en Ansite?... ¿Por que vamos ahora camino de la fortaleza de los castellanos?... Los canarios, después de estos largos años de continuo pelear, ya estamos convencidos de que no podemos volver a los tiempos del gran Guimidafe, del valiente Artemis... Se ha reconocido nuestra valentía y nuestra nobleza. En las Capitulaciones de Ansite bien claro se dejó sentado. Y sus promesas...

-!Las romperán!... ¡Si yo contase con algunos que me siguiesen!... El general de los castellanos no es de fiar. Acuérdate de los nuestros que sucumbieron a sus promesas, se pasaron a ellos y fueron embarcados para la conquista de Tenerife, según les afirmaban... Supieron ver la verdad pronto y se pusieron a salvo en Tite-Roga Kaet; pero la intención de los traidores castellanos era mandarlos a sus tierras como esclavos.

-Sé la historia esa... Nosotros no nos fiamos de su general, pero si de los guanartemes de Castilla que con Tenesor Semidan han hablado... Y de los caballeros que hay en esa fortaleza al pie del Guiniguada... Ellos de por sí son nobles y no nos han de traicionar. Y Castilla es grande, muy grande y poderosa. Desde hoy seremos castellanos también, además de canarios. Así lo dijeron los guayres en el último Sabor...

-!Sí!... Castellanos y cristianos, que esa es una de las condiciones. Nos harán olvidar a nuestro dios Alcorac, el Grande, el Unico... Y en vez de nuestros amuletos, llevaremos al cuello una cruz.

-Eres como un niño, mi buen Adamiga... ¿Que diferencia hay entre su Dios y el nuestro?... ¿No nos mandan los dos amarnos, respetar al prójimo y a sus bienes y ser respetuosos con las leyes?...

-Muy enterado pareces tú de esa religión...

-Sí, lo estoy... Mi hija, que ha estado entre los castellanos, me la explicó.

-!No hablemos más!... Tú, con el pensamiento al menos, has traicionado a Tamaran también. ¡No haber muerto en la pelea, antes que ver así a mi patria y a mis hermanos!... ¡Yo no me entregaré!... Yo huiré a las montañas a vivir allí el resto de mis días.

-Terminemos la plática, amigo Adamiga. Tú, como yo, como todos, dentro de tí estás contento con que la estéril lucha haya acabado, pero no quieres resignarte a la idea de que otros hombres pisen Tamaran impunemente... Hazme caso y quédate. Día llegará en que nos hayamos fundido con estos castellanos de tal manera que todos juntos formaremos un solo pueblo... Y ya estamos al final del camino. Mira como brillan las armas de los castellanos. Mira las banderas al viento. Nuestra princesa Masequera se

aproxima al general castellano...

-!No, Tentagache!... Por más que lo intento no puedo quedarme aquí. Las montañas me reclaman... Moriré en ellas, lejos del invasor... !Adios, hermano Tentagache!...

-¿Que dices?... No seas loco, Adamiga. !Ven conmigo, con los nuestros!...

-Los nuestros están en las montañas... !Atis Tirma!

La casi totalidad de los habitantes de la isla, calculada en aquél entonces en unas doce mil almas, hallábase en la trascendental fecha reunida cerca del Real, rodeando a la princesa Masequera que era portada en andas. Enfrente tenían al pueblo conquistador, a Castilla y a sus reyes, representados por Pedro de Vera y las tropas a su mando. Y entre ellos los canarios aliados destacando emocionado el que fuera regente de la isla, el bautizado Fernando Guanarteme.

Los veteranos soldados conversaban; apoyados en sus picas.

-Esto se acaba, don Alonso. Ved a los isleños... No cantan ni alborotan como diz hacen en sus concentraciones. Pero tampoco parecen muy tristes con la derrota...

-No tienen por qué estarlo. Son libres, vivirán como siempre en la isla que era suya y ya no habrá más crueles peleas. Y ya era hora, !vive Dios! que muchas muertes hubo en la Gran Canaria en estos últimos tiempos.

-Pues, a decir verdad, siento que ésto se termine. El azar y la aventura de la guerra...

-Aún quedan esas islas de La Palma y Tenerife por conquistar, para que el archipiélago completo esté bajo las armas de Castilla. Vuestras ansias de lucha pueden tener en esa empresa cabida. Diz que ya se están armando hombres para pelear con los indómitos guanches...

-Don Alonso, el mundo se está haciendo pequeño para Castilla. A Tenerife y a La Palma iré... Y si no, a Italia, que allí si diz hay fortuna para el soldado valiente. ¿Y vos?...

-Yo, ... Yo ya estoy viejo para las armas. Si consigo un trozo de tierra en los repartos que en esta bella isla se hagan, aquí me quedaré. Porque, en el tiempo que en la Gran Canaria llevo, que ya vá para cuatro años, le cogí cariño a ésto. !Grandes cosas se pueden hacer aquí, ahora que sus habitantes se rinden!...

-Ya es la media mañana... !Ahí llegan los últimos isleños congregados, los de Telde!...

-!La que viene en andas es la última princesa rebelde y heredera del trono de la isla!...

-Oí que el general quiere casarla con un castellano noble para así acabar de vez con la realeza de los canarios...

-!Callad ahora!... El general se aproxima a la hermosa jovencita canaria y la ayuda a descender del palanquín. Oigámos lo que dice.

Y las últimas frases de Pedro de Vera llegaron diáfanas hasta los dos castellanos.

-...Y os doy la bienvenida en nombre de nuestros católicos reyes, Isabel y Fernando.

En medio del solemne silencio del momento, resonó la voz emocionada de un viejo noble canario:

-Señor; te hacemos entrega de esta nuestra reina y señora para que en nombre de tus reyes la aceptes y guardes y protejas. Que cuando llegue el día la deposites en manos nobles y cristianas pues ella noble es. Y con ella nos ofrecemos todos los canarios a acatar a los reyes de Castilla como señores nuestros; aunque siempre libres y no oprimidos ni vencidos, pues por nuestra libre cuenta llegamos a ellos por tí.

Y el general conquistador contestó afable:

-Y yo os agradezco la ofrenda. A esta vuestra princesa la trataremos como su alto rango merece. ¡Señor de Mayorga, acercaos!... A vos y a vuestra esposa doña Juana Bolaños hago custodios de esta noble dama para que la cuideis y trateis como si hija vuestra fuese... ¡Canarios todos!... ¡Oídme!. Yo, Pedro de Vera, general de las tropas castellanas, os digo que de ahora en adelante, sin perder vuestra nacionalidad, sereis castellanos, tan castellanos como lo son los aragoneses, gallegos y vizcaínos... Todos seremos hermanos, cristianos, hijos y seguidores de la Iglesia de Roma, la verdadera, la única... ¡Y yo os aseguro que los poderosos reyes Isabel y Fernando, nuestros señores, se holgarán mucho de que canarios y peninsulares nos unamos en familia, pues, así dareis vosotros el valor y nosotros el saber, para en el futuro crear una raza sana, fuerte y gloriosa... ¡Canarios!... ¡Castellanos!... Demos las más expresivas gracias a Dios, Nuestro Señor, por el buen fin de la empresa en que todos estuvimos metidos. Y vos, Alférez mayor, subid a lo más alto de las almenas del Real y tremolad el pendón de Castilla en gloriosa señal de victoria.

Uniéronse los dos grupos, fundiéronse canarios con castellanos y un clamor de alegría resonó largamente en todo el hermoso valle del Guinguada mientras tremolaba al viento el tafetán blanco del pendón obispal y la voz jubilosa de Alonso Jaimez de Sotomayor daba el grito de: -¡Canaria, Canaria, Gran Canaria por los muy altos y muy poderosos reyes católicos de Castilla Isabel y Fernando!...

A continuación, el obispo don Juan de Frías, recientemente llegado de Lanzarote, ofició un solemne *Te-Deum* en la iglesia de Santa Ana, hoy San Antonio Abad.

Con estos actos quedó Gran Canaria definitivamente incorporada engarzada en la corona de Castilla como una de sus más hermosas y lucientes joyas.

Fue un jueves, 29 de abril, festividad de San Pedro de Verona, conocido en el Santoral Cristiano por San Pedro Mártir.

## CAPITULO XXXI

### Sublevación de los gomeros. Colón en Canarias.

Hernán Peraza, casado con la hermosa doña Beatriz de Bobadilla en impuesto matrimonio de la reina Isabel de Castilla, como señor despótico de la Gomera no era muy bien querido por los naturales de su feudo.

Los amores del castellano con la linda indígena Iballa no contribuían precisamente a que existiesen relaciones cordiales entre el señor y los vasallos. Y terminó habiendo sublevación armada.

*La fortaleza donde se refugiaron los Señores es la torre todavía hoy conservada y que fue erigida en posición, no de defender la isla, sino de defenderse de ella.*

Al trascender a Lanzarote la insurrección, Sancho de Herrera pidió inmediato socorro al poderoso Pedro de Vera para su hermano; y aquél acudió presto al quite y los gomeros, en viendo las velas de las dos carabelas castellanas que llegaban a San Sebastián, levantaron el sitio a la fortaleza refugiándose en las inexpugnables alturas de la isla.

Dice Viera y Clavijo: *¿No parecía que esta convulsión de los ánimos debía de hacer a Fernán Peraza más compuesto y a los gomeros más sumisos?. Sin embargo, se experimentó todo lo contrario; porque, luego que se retiró Pedro de Vera, volvió aquel señor a tratar a sus vasallos con tanta tiranía que aún las personas más afectas lo abandonaron.*

El viejo nativo Pedro Hupalupu se puso al frente de los rebeldes del término de Mulagua y un día que Hernán Peraza acudió como solía a las cuevas de Guahedum, a visitar a su amante la indígena Iballa, los sediciosos rodearon la vivienda y pese a intentar una extratagema para escapar, vistiéndose de mujer, el joven señor fue muerto por Pedro Hautacuperche, mozo fogoso y valiente que de un dardo bien dirigido lo traspasó de parte a parte.

El viejo Hupalupu, arrepentido del asesinato, auguró:

-!Ay de nosotros!...!Guardaos hermanos, porque nosotros, nuestras mujeres y nuestros hijos cargaremos con el peso de este atentado.

Pero los gomeros, jubilosos, gritaron en las alturas de los montes, comunicándose unos a otros en su peculiar lenguaje de silbidos la noticia:

-!Ya el gánigo de Guahedum se quebró!

Y luego sitiaron de nuevo la torre en que se refugiaba una vez más doña Beatriz de Bobadilla con sus pequeños hijos y fieles servidores.

Enterado Pedro de Vera al igual que anteriormente de esta reincidente actitud levantisca de los isleños y de la muerte del castellano Peraza, reclutando *400 hombres aguerridos*, llegó raudo a la Gomera. El relato de la venganza cobrada por el general en tal ocasión aún extremece hoy.

Primeramente libertó a la torre y a sus habitantes y luego asaltó las cumbres de Garajonay y Chupide, usando de la astucia allí en donde la fuerza nada conseguía. *A todos los vecinos de Agana, de quince años arriba, condenó a muerte sin dilación.*

Los gomeros fueron ahorcados, arrastrados, ahogados en el mar, mutilados de ojos, piernas y manos... A la mayoría de las mujeres y niños, aquel *nuevo azote de Dios*, vendió como esclavos dejando... *a la Gomera toda bañada en sangre, pero más atónita de los castigos que sometida y obediente, dice Viera.*

En Gran Canaria, de los doscientos gomeros desterrados desde el anterior alzamiento, *hizo ahorcar a los varones de más edad y envió a vender a Europa todas las mujeres y los niños.*

El obispo don Juan de Frías, que lograra ya el traslado del obispado del Rubicón de Lanzarote a la recién conquistada Gran Canaria, así como su sucesor fray Miguel Lopez de la Serna, horrorizados de tanto derramamiento de sangre, amonestaron reiteradamente al cruel general quén a estas reconvenções, según nos sigue diciendo Viera y Clavijo, respondió con la terrible frase:

*-Padre obispo; mucho os habeis desmandado contra mí; callad, porque si dais tanta libertad a vuestra lengua, os haré clavar un casco ardiendo sobre la cabeza.*

Las quejas del obispado y de algunos importantes militares descontentos llegaron por fin a oídos de los Reyes Católicos, quienes ordenaron a Pedro de Vera el cese y suspensión de su mandato, colocando en la vacante a Francisco de Maldonado.

Un hito en la historia de Canarias es la llegada al archipiélago del genial marino genovés que había de poner como divisa de su escudo de armas: *A Castilla y a León Nuevo Mundo dió Colón.*

Mucha tinta se ha empleado escribiendo en torno a la figura y a la gesta de este ser excepcional, tenido por sus coetáneos en varias ocasiones como un simple visionario. Por lo que respecta a sus relaciones con las islas Canarias, eminentes investigadores han estudiado el tema desde todos los ángulos y numerosos son los libros a él dedicados. Nosotros aquí, trataremos tan solo de dar una somera reseña, sin entrar ni salir en la diversidad de opuestas teorías, negativas unas, afirmativas otras, sobre los lugares en verdad colombinos de Canarias. Repetiremos, sin opinar, lo que tantos variados escritores nos han dicho, imaginando, eso sí, algunas escenas como la de la llegada del almirante al archipiélago.

-¿ Como se está portando el timón de *La Pinta*, Juanico? ...

-Mal, señor. Dice don Martín Alonso que las hebillas del gobernalle están harto flojas. Y hay una vía de agua en el casco. ¡Aquellas malditas corrientes del Estrecho! ...

-Es, ciertamente, una contrariedad. Y a sólo tres singladuras... Mira que arreglen con tablas y maromas esa avería lo mejor posible.

-Así lo comunicaré a los de *La Pinta*, señor.

-Señor almirante: Dice Martín Alonso que el timón no aguantará mucho. Siguen flojas las hebillas, la madera se agrieta y los puones del gobernalle no están seguros...

-Habremos de hacer tierra. Así no podemos adentrarnos en las procelosas aguas del Tenebroso Océano, señor de La Cosa.

-Tierra, sí, pero, ¿Donde, por ventura?... Ya rebasamos la altura de las Madeiras... Claro que en las Canarias...

-Nos llegaremos a una de las islas del archipiélago Afortunado.

-Los pilotos han estado hablando de ello. Dicen que debemos de estar cerca de Lanzarote, el señorío de los Herrera Peraza...

-Iremos a la Gran Canaria que, en siguiendo el rumbo a babor unos puntos, toparemos de contado. Conozco muy bien estas aguas, señor de La Cosa. Las navegué cuando... Pero, ésas son otras historias.

En lo alto resuena la voz del vigía.

-¡Tierra!... ¡Tierra a proa, por estribor!

-Tierra... Ahí teneis las famosas Canarias. Allá, entre la bruma del horizonte, emerge el pico Teide de la isla que dicen Tenerife y que yo en cierta ocasión, pese a sus salvajes habitantes, visité... ¡Cobre tres cabillas el timonel!... ¡Que *La Niña* y *La Pinta* nos sigan!... Si el tiempo se mantiene, creo que estaremos en la Gran Canaria al amanecer.

Ningún cronista o investigador de la portentosa vida de Colón niega su arribada a Gran Canaria, rumbo al Nuevo Mundo. La disparidad de opiniones surge en sí las carabelas echaron ancla en la bahía de Gando o cerca del puerto natural de Las Isletas. La localización exacta es la piedra angular de toda la discusión originada.

Lo cierto es que de los diarios y crónicas subsiguientes se deduce bien que la expedición necesitaba madera, hierro, carpintero y herrero forjador así como un mercado en donde comprar una vela de las llamadas redondas para colocarla en lugar de la latina que llevaba en el mástil sin cofa *La Niña*; que, al decir de las gentes marineras, la nueva lona daría mayor impulso a la nave aunque restase agilidad maniobrera para barloventear.

El timón se hizo nuevo y la vía del casco se reparó, taponando y calafateando; ambas cosas con la madera dura de los bosques grancanarios, primera aportación de las islas a la magna empresa.

Cristobal Colón, quien parece ser conocía perfectamente las aguas del archipiélago por anteriores viajes realizados desde las Madeiras

y Portugal a la Guinea, en alguno de los cuales aún se insinúa pudo haber entrado en la indómita Tenerife para hacer redada de esclavos, salió de Gran Canaria en *La Niña* el 11 o el 12 de agosto con rumbo a la Gomera. ¿Con la intención de reconocer posibles futuras rutas? ... ¿Para comprar a doña Beatriz de Bobadilla, viuda de Hernán Peraza, una nave que según noticias recibidas disponía, pretendiendo así sustituir a la averiada *La Pinta*? ... ¿Deseando verse de nuevo con aquella dama que tal vez conociera anteriormente en la corte castellana y hacia quien le arrastraban los ecos de unos amoríos pretéritos? ...

Retornó Colón de este corto y misterioso viaje el día 25 del mismo mes; y, a poco, después de haber orado con fervor en la ermita de Santa Ana, hoy de San Antonio Abad, reparadas las averías, cargadas las naves con provisiones isleñas y aun reforzada la tripulación con gentes canarias como el *canario corredor*, tras tocar nuevamente en San Sebastián de la Gomera enderezó rumbo a lo desconocido el día 6 de septiembre de 1492, que...*se puede contar como principio de la empresa y del viaje por el Océano.*

Al pasar ante la isla tinerfeña, aquellos argonautas pudieron contemplar admirados y suspensos una erupción del pico Teide con grandes humarolas y llamaradas que iluminaban fantásticamente por la noche el cielo del archipiélago.

En el segundo viaje, después del descubrimiento que pasmó al mundo conocido, Colón llegó a Gran Canaria desde Cádiz el día 2 de octubre de 1493. También abordó a la Gomera, de donde partió para las Indias el día 17 del mismo mes y año.

En el tercer viaje, Colón, que salió de Sanlúcar de Barrameda, tocó en las Madeiras, la Gomera y el Hierro, en donde la expedición que comandaba se dividió, tomando unos rumbo a la Española y otros, al frente el almirante, hacia Cabo Verde.

Y en el cuarto y último viaje del navegante tocaron los navíos suyos en Gran Canaria el 20 de mayo de 1505.

Las islas Canarias y sus habitantes se mencionan de continuo en diarios y biografías de Cristóbal Colón. Cuando los europeos vieron por vez primera a los indios americanos, establecieron comparaciones con los aborígenes canarios. El almirante llevaba entre sus hombres a varios isleños diestros, como el *canario corredor* ya citado de la anécdota colombina.

A partir de estas trascendentales fechas históricas, las islas Canarias aportaron constantemente al Nuevo Mundo tanto potencial humano como fauna y flora autóctonas y de las traídas por los colonizadores castellanos. Cabras, cerdos, ovejas y gallinas, así como cepas de vides, plantas y árboles frutales y simientes gramíneas.

Y desde aquel entonces fueron la base atlántica para las mayores conquistas de la Humanidad, tras haber sido descubiertas a la civilización europea en plena Edad Media.

## CAPITULO XXXII

### La conquista de La Palma.

Para componer las dos siguientes capítulos procuramos recoger las noticias que Abreu Galindo nos da en su *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria* pues, según repetidamente se ha afirmado, es este fraile dominico quien entre los cronistas más antiguos con mayor propiedad parece conocer y escribir de la isla de La Palma y al que han seguido otros historiadores.

La hermosa y fértil isla de La Palma, al tiempo de su conquista a finales del siglo XV, se hallaba dividida en doce cantones o términos... *de los cuales usaban para apacentar sus ganados; y los de un término no podían pasar su ganado a otro término a pacer y si pasaba tenía pena.*

Los Llanos de Aridane que comprendían a Tazacorte, Amagar y Tyhuya estaban regidos por el príncipe pastor Mayantigo, nombre que quería decir merced a su gentileza, bondad y buena apostura, *Pedazo de cielo.* Aunque posteriormente y a causa de una pelea, hubo este palmero de amputarse a sí mismo un brazo y se le llegó a llamar Aganeyey, que en el lenguaje benahoarita significaba *Brazo cortado.*

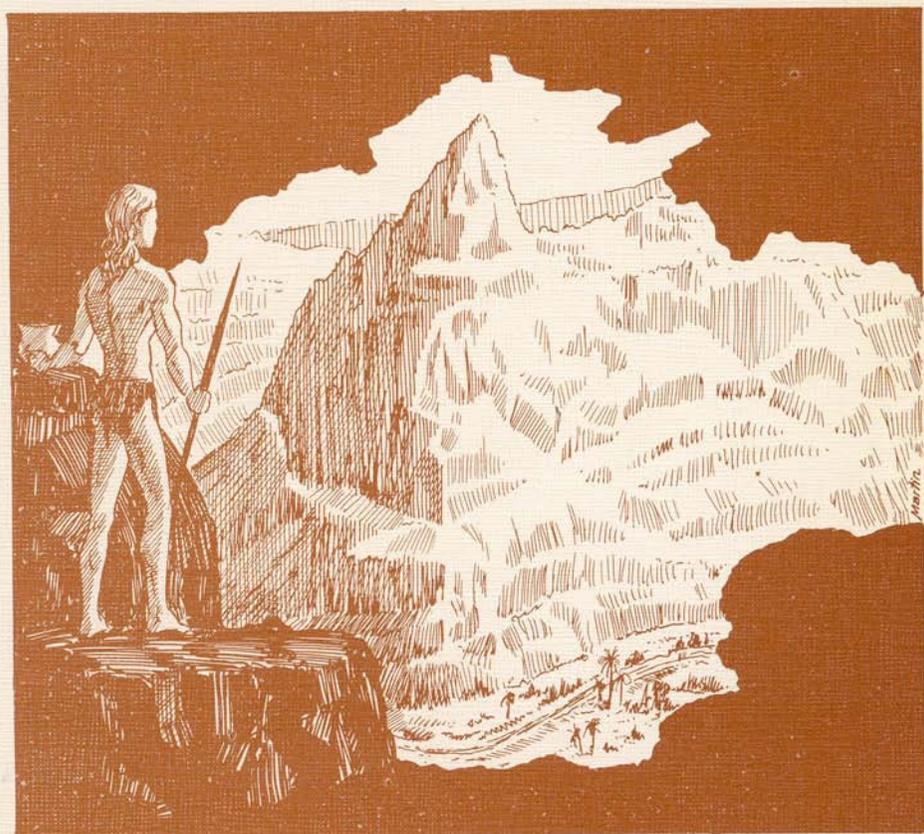
Desde Tihuya a la montaña conocida por Tamanca gobernaba Chedey, descendiente de un régulo de aquellas tierras en cuyo reinado fuera cuando acaeció la erupción del famoso volcán Tacande que arruinó con sus lavas ardientes una de las más fértiles regiones palmeras.

De Tamanca a Guejebey era dueño Tamanca, que recibía el nombre de la montaña principal de su territorio.

Abenguareme, comprendiendo desde Guejebey hasta Tigelate, estaba gobernado por dos hermanos, llamado el uno Echentire y el otro Azugahe, éste así conocido debido a lo moreno, renegrado de su tez.

Tigelate y Mazo hasta Tedote que quería decir *monte*, lo señoreaban Juguero y Garehagua, también hermanos.

Tedote y Tenibucar hasta Tenagua fue regido en comuna por tres hermanos llamados Tinisuaga, Agacencio y Ventacayce. Cuéntase de estos hermanos que estando en cierta ocasión... *holgándose con muchas mozas que pretendían casar con ellos*, una desafortada tormenta hizo correr rápidas las crecidas aguas por el barranco, arrastrando en su furia a los juerguistas. Tan solo Ventacayce escapó con vida del trance al quedar enganchado, ensartado por un muslo en un gajo providencial de algún árbol y salvó así la vida merced a su fortaleza de ánimo aunque ya quedó lisiado para siempre.



"Los bimbaches eran gentes sencillas, de muy primitivas y tranquilas costumbres; todas

Desde Tenagua hasta Adeyahamen gobernaba Atabara.

En Adeyahamen, que era como se decía en lenguaje palmero *bajo el agua* y hasta Tagorate, regía Bediestra.

De Tagorate era señor Temiaba, asistido en el gobierno por un valiente pastor guerrero llamado Autininara.

En Tagalgen era señor un palmero llamado, según parece, igual que el régulo de Adeyahamen, Bediestra.

Desde el barranco de Hiscaguan hasta Tijarafe gobernaba Atogmatona, el más poderoso de todos los príncipes nombrados, tanto en tierras como en gentes.

Y por último, en la Caldera de Taburiente, en todo el término de Eceró que quería decir *lugar fuerte*, era señor absoluto el noble, el adalid Tanausú, quien también ejercía de sacerdote en el culto isleño.

Los palmeros solían hacerse la guerra de término a término, aunque generalmente, solo para vengar afrentas recibidas o inferidas y no con afanes de conquista o usurpación de territorio.

Entre los régulos o capitanes de facción que acabamos de enumerar se desarrollan memorables escaramuzas, recordadas aún perfectamente cuando la isla fue conquistada por Alonso Fernandez de Lugo.

Echentire y Mayantigo tuvieron roces repetidos y juntando sus gentes respectivas pelearon los unos contra los otros derrochando bravura. Echentire era manco de nacimiento pero también quedó manco Mayantigo de resultas de una de aquellas reyertas en la que, no obstante, su bando salió vencedor.

Atogmatona hubo en cierta ocasión discusiones con su sobrino el célebre Tanausú, el de Eceró y en tierras de Aridane pelearon extendiendo luego aquella especie de guerra civil comarcal pues ambos fueron socorridos por alianzas de otras facciones rivales. Sin embargo, la conclusión de estas azarosas escaramuzas fue la boda celebrada entre Tinabuna, hija de Atogmatona y el gentil Aganeyé, el Mayantigo rebautizado, aliado de Tanausú.

Muchas otras peleas recordaban los isleños, diciendo que en los últimos tiempos de independencia los mantenían enfrentados entre sí, reinando la anarquía, la desunión y las discordias que facilitaron enormemente la labor de las armas castellanas.

Después de la frustrada entrada de Fernán Peraza, *el Viejo* cuando la famosa batalla de Tihuya y al socaire de cobrar venganza por la sonada muerte del joven Guillén Peraza, los herreños y gomeros realizaron en los postreros años del siglo XV numerosas razzías en la isla benahoarita, cautivando a sus habitantes para venderlos como esclavos y robando ganados a mansalva. En uno de tales rapaces asaltos, los herreños aprehendieron, entre otros, a una joven hermana del régulo Garehagua, *.. la cual, cuando se vió presa, volvióse contra el cristiano herreño que se decía Jacomar y pú solo en tanto aprieto que le convino favorecerse de las armas; y así le*

dió de puñaladas y la mató.

La venganza de Garehagua no se diferió por mucho tiempo.

En una de las varias treguas establecidas pese a todo y esporádicamente entre los acosados palmeros y los rapaces herreños, Jacomar se jactaba ante el príncipe isleño de lo sucedido cuando en aquellas pasadas fechas acuchillara a la brava mujer, sin ni siquiera suponer que aquel a quien ante la comunal hoguera confiaba alegremente el suceso era hermano de la víctima; y Garehagua, ardiendo de odio, sin aguardar a más, lo traspasó con el asta de cabra afilada que era su arma de defensa, rompiéndose así, otra vez y con el cobro de esta venganza, la tregua pactada en vigor.

La anécdota de la palmera llamada Guayanfanta, . . . de grande ánimo y gran cuerpo, que viéndose perseguida peleó con los cristianos que la acosaban, tomó a uno de ellos bajo el brazo y se dirigió con el a un gran risco, que si no acudiesen otros herreños en ayuda de su compañero, con tal carga se despeñara, y a la que hubieron de cortárle bárbaramente ambas piernas antes de degollarla, acaeció también por estas épocas tan desgraciadas para la fértil Benahoare. Algunos escritores modernos consideran este episodio apócrifo, suponiendo que fue tomado de uno semejante sucedido a Cristóbal Colón en sus primeros encuentros con los indios y del que fue protagonista un canario.

Sin desviarnos de sobre lo que de La Palma nos relata el fraile dominico, consideramos ahora oportuno hacer una anotación o inciso muy importante y digno de tenerse en cuenta para comprender mejor como se desarrolló la conquista de la isla, tan fácil y rápida aparentemente. Para ello transcribimos lo que un escritor dijo al respecto:

*Meses antes de la concesión de la conquista a Alonso Fernandez de Lugo, el gobernador Maldonado y el Cabildo Eclesiástico de Gran Canaria habían negociado y obtenido la sumisión de cuatro o cinco bandos de la isla. Se habían valido de una cautiva nativa como negociadora, Francisca Palmera, que había traído a Gran Canaria a los jefes de los bandos y los había devuelto ya bautizados en una carabela fletada por el Cabildo. Y aun la iniciativa partiera de los palmeros.*

Alonso Fernández de Lugo, alcaide de la Torre de Agaete durante la conquista de Gran Canaria, el que aprehendiera en su corte de Gáldar al guanarteme Tenedor Semidan, tenía enfrente de sus posesiones a la codiciada, todavía indómita y libre isla de Tenerife. Desde sus pagos norteños continuaba suspiando sus anhelos de conquistas, de laureles y de buscar nuevas fortunas que sumar a las que ya menguadas disfrutaba. Había alcanzado grandes propiedades en los repartimientos realizados por Pedro de Vera según orden de los Reyes Católicos, con las que fundara un heredamiento y en las que fue de los primeros de la isla en montar ingenios para moler la caña de azúcar recién transplantada de las Madeiras y rápidamente aclimatada en tierras canarias. Su primera esposa había muerto prematuramente, dejándole dos hijos, estando enterrada en la iglesia de

Santiago de Gáldar. Pues bien, según en escritos varios está consignado, de una u otra forma se arruinó de tal suerte que hubo de enajenar sus propiedades, siendo acaso entonces cuando, contemplando la silueta del majestuoso Teide, germinó en él la idea de como buscar nuevas rutas para sus necesidades y ansias de aventura y fortuna.

Fernández de Lugo acudió a Castilla decidido a demandar, a solicitar para sí el derecho de conquista sobre las islas todavía sin dominar La Palma y Tenerife, que con la muerte alevosa de Juan Rejón en la Gomera quedara sin efecto.

Cuando tras muchas entrevistas en la corte y después de salvar obstáculos, arreglados los económicos, llegó a Gran Canaria con navíos, hombres y armas, alcanzó a ver las tres carabelas de Cristobal Colón que se aprestaban para emprender, .. *la mayor aventura que vieron los siglos.*

En la naciente empresa acompañaban a Fernández de Lugo, además de muchos castellanos reclutados en la Península, veteranos de la conquista de Gran Canaria y una compañía de canarios ya bautizados al frente de la que figuraban isleños notables como Fernando Guanarteme, Pedro Maninidra, etc.

Si bien las ansias del caballero estaban puestas en Tenerife, isla muy poblada y que prometía mayores riquezas en tierras y ganados quiso, pensando sensatamente, entrenar primero a sus hombres en el asalto a la isla de La Palma que, como ya indicamos antes, él sabía debilitada por luchas internas y además parcialmente inclinada a la entrega pacífica.

Años atrás, Francisco de Maldonado, el gobernador de Gran Canaria, lograra un desembarco en Tenerife por el puerto de Añaza, mas la bravura de los guanches fue en la ocasión tal que, después de recibir serio descalabro, hubo de retirarse reconociéndose incapaz para dirigir una obra como la del intento de sumisión.

Fernández de Lugo que conocía la aventura, optó pues por La Palma. Echó anclas en la rada de Tazacorte, a la parte Oeste, en el territorio del régulo Mayantigo, un 29 de septiembre de 1492, según añade el cronista, *día del arcangel San Miguel; y allí asentó su real, junto al mar, haciéndose fuerte, reparando su real de manera que no le pudiesen hacer daño, para defensa de su gente y poder más dar asalto en los enemigos infieles. Y en este lugar mandó hacer una ermita de la advocación de San Miguel de La Palma; y así se llama la isla.*

Mayantigo fue el primer jefe de distrito que se entregó pacíficamente a Lugo, tras haber firmado un verdadero tratado de paz. En este tratado o alianza estaban contenidos los tres principales puntos en que se apoyaba la política de los conquistadores castellanos con respecto a los indígenas de las islas realengas: Amistad cordial entre conquistadores e isleños, sumisión y vasallaje a la corona de Castilla y conversión al catolicismo. En el se les otorgaba el derecho de conservación de rango y dignidades a los príncipes y se les concedía el privilegio de considerarse tan castellanos en sus derechos como integrantes de la nación que los absorbía.

Acompañando a Mayantigo firmaron la paz cuatro príncipes más, tal vez los que Francisca Palmera bautizara y llevara a Gran Canaria. Merced a estas firmas o consentimientos, el avance de Lugo por las zonas de ellos gobernadas más pareció un paseo o maniobra militar de entrenamiento que conquista y toma de posesión.

En Tigalate y Mazo no fueron bien recibidos los castellanos y los isleños, amenazadores, les enseñaron sus sencillas pero eficaces y diestramente manejadas armas, *... porque, como no tenían hechas amistades con los herreños (o por no tenerlos a la vista o por tener el capitán belicoso) se pusieron todos en forma de defensa.*

Mas, al observar la potencia del enemigo, con hartopesar fuéronse retirando hacia Tinibucar, seguidos de los hombres de Lugo que cuando por fin los alcanzaron mataron a algunos y capturaron para la esclavitud a la mayoría. Los nativos que lograron escapar de la corta y para ellos aciaga refriega corrieron a prevenir a sus otros hermanos del interior de la isla.

Pero tras algunos otros pequeños encuentros en los que los isleños, habiendo sido siempre gentes no amantes de la guerra pese a sus escaramuzas esporádicas internas, apenas se oponían a la rápida invasión, Fernández de Lugo pudo recorrer en derredor todo el territorio considerándolo como posesión indudable suya. A excepción del núcleo central, el Eceró situado dentro de la famosa y mítica Caldera de Taburiente.

Las demás trébus y cantones sojuzgados, siendo sus gentes generalmente bien tratadas por el conquistador, se pusieron de inmediato a su disposición porque bien suponían que de tal suerte salvaguardaban sus vidas y sus haciendas.

Y Alonso Fernández de Lugo, pasó los meses del invierno en sus acuartelamientos de Tazacorte con la tropa inactiva, esperando la mejor oportunidad para poder abatir al rebelde Tanausú y coronar así la posesión definitiva de la hermosa isla palmera.

## CAPITULO XXXIII

### Tanausú, de Benahoare.

La hermosa, escarpada Benahoare, cuyos hijos la han defendido siglo tras siglo de la rapacidad y acosos extranjeros, gime ahora melancólica, presintiendo el inminente final de su libertad.

Gentes invasoras acampan en los Llanos de Tazacorte y Aridane. Hombres dispuestos a la completa, total conquista y sumisión de la isla recorren impugneamente los valles y los montes, los barrancos y las montañas, las costas bajas del Sur y los impresionantes acantilados del Norte, con el tácito consentimiento de once régulos que, seducidos por las promesas de amistad, paz y mútua comprensión, han rendido vasallaje a los Reyes Católicos de Castilla en la persona de Alonso Fernández de Lugo.

Toda la isla es libremente hollada por la planta castellana, Toda, a excepción de la parte central, el punto de más vital importancia para quien aspire a ser dueño absoluto de los destinos de Benahoare. La famosa Caldera, gigantesco cráter volcánico de paredes que forman circular, escarpada cordillera que guarda en su interior el vergel del valle Taburiente o Tabubenta, aún jamás mancillado por gentes extrañas a él. Es Taburiente un solar independiente por completo, defendido del exterior, más que por los intrépidos isleños que lo habitan, por la propia Naturaleza que hace casi imposible su acceso. Tan solo hay dos pasos, el desfiladero de Adamacansis y el barranco que en brucas y burbujeantes corrientes recorre el riachuelo Axerjo, que en lenguaje aborígen significa *Gran Torrente de Aguas*, surtido por varias famosas fuentes que brotan dentro de la Caldera.

El jefe del pueblo que habita en tan recóndito valle es el príncipe Tanausú, valeroso e indomable, que no claudica como los otros regidores de los cantones ya sojuzgados.

Tanausú, que se sienté fuerte dentro de sus fortificados dominios, rehusa toda suerte de acuerdos y contactos con el general castellano que persigue el total vasallaje de la isla. Con su fiel pueblo vive el héroe aislado en el corazón de Benahoare, dentro de la gigantesca Caldera, sabiéndose a salvo de todo intento de invasión, pues con unos cuantos hombres apostados en el paso de Adamacansis puede defender su reino de cualquier ejército invasor, por poderoso que este sea. Por el río Axerjo es materialmente imposible entrar, pues tan solo los benahoaritas conocen algunos disimulados bajos y resistentes rocas que entre las turbulentas aguas permiten remontar con un márgen de seguridad sus traicioneros rápidos.

Tanausú, encaramado en lo más alto de las sierras que circundan a Taburiente, contempla apesadumbrado los navíos que se mecen en aguas de Tazacorte. Allí al Sur, por tierras de Tyhuya, las gentes de Mayantigo, el manco, confraternizan con los soldados de Lugo y laborean juntamente. Detrás de los altos roques de Acante y Tiner, en las colinas que van a denominarse de Mazo y La Breña, adivina asimismo a los extranjeros creando nuevos poblados, al igual que en la acogedora bahía de Tedote.

Al Norte, Adeyahamen y Tagorate también están bajo las banderas del invasor. Y Tagalguen... Y Hiscaguam y los altos de Tijarafe.

La isla se ha doblegado ante el poderío del pueblo conquistador llegado de más allá del mar.

Tan solo él, Tanausú, con su valeroso pueblo, se opone a la invasión del solar patrio y se siente completamente libre. Libre como Tenerife, la cercana isla que aparece todos los días por donde sale el sol, cuyo pico cubierto de nieve, sobresaliendo de entre las nubes, se alza majestuoso y soberbio, símbolo de la raza que habita todo el archipiélago.

Tanausú, a pesar de su fortaleza de ánimo y su firme decisión de no entregarse ni entregar a los suyos jamás, invadido por ramalazos de la fatalista melancolía tan intrínseca en los benahoaritas, presente que el fin, inexorable, se aproxima no obstante.

Mas su sublime decisión de resistir hasta más allá de sus fuerzas, hasta la muerte, no decae.

Peleará incansable, defendiendo el paso de Adamacansis hasta derramar la última gota de su ardiente sangre.

Y así pasa el invierno del año 1492, bastante acentuado en el país palmero de abundantes vegetaciones y altas montañas que se recubren de nieve. Mientras en el mundo ignorado por los isleños, grandes convulsiones se originan con el descubrimiento de nuevas rutas, de nuevos continentes, que reafirman las teorías discutidas hasta entonces de que la tierra es redonda.

En la primavera del año de gracia de 1493, Alonso Fernández de Lugo decide atacar el reducto de Tanausú, último baluarte del único príncipe palmero que se le resiste, tanto a su persuasión política como a su poderío bélico.

Tanausú, advertido por los espías que estratégicamente están colocados, cierra completamente el acceso a sus dominios por el desfiladero de Adamacansis, cegando el estrecho paso con piedras y troncos de árboles.

Fernández de Lugo, una vez iniciada la campaña, no puede desistir de la empresa acometida. Merced a sus aliados palmeros, conoce que las aguas del Axerjo no son un obstáculo tan inaccesible como anteriormente creyera. Y son los isleños quienes transportan a hombros a Lugo y a sus capitanes sobre los rabiones, así como a un buen número de soldados, dejándolos en tierra ya dentro de la codiciada plaza de La Caldera.

Durante siglos se le llamará a este paraje el Paso del Capitán.

Tanausú, que no ha llegado a suponer a los castellanos filtrándose por el difícil corte gracias a las confidencias y traicionera ayuda de sus propios hermanos de raza, acude raudo con los guerreros. Pero ya es tarde, en tal ocasión.

Y la tropa castellana, con armamento superior al de los indígenas, se desparrama por el valle de Taburiente, hasta entonces paradisíaco vergel no visto ni pisado del europeo.

Tras una corta refriega, en la cual los hombres de Fernández de Lugo dominan la situación prontamente, el caudillo benahoarita se retira al seguro de las estribaciones y riscos montañosos que circundan su ya no inviolable territorio. Dispone el príncipe que las mujeres, los ancianos y los niños asciendan en fatigosa marcha hasta las numerosas cavernas de las más altas cumbres, como medida de seguridad para ellos. Allí el frío es tan intenso que la mayoría de los refugiados perecen helados durante la noche. Los isleños denominarán en el futuro a aquellas aciagas cimas Aisouraga, *el sitio en donde se helaron*.

En el transcurso de varias largas jornadas continúa la desesperada resistencia de Tanausú y sus huestes que se saben solos contra todos.

Los castellanos, libre el paso de Adamacansis, dominan la comarca de Taburiente, pero no logran desalojar de las riscadas montañas a quienes en ellas se refugian en indómito y desesperado gesto de rebeldía a toda extraña sumisión.

Y Fernández de Lugo, considerando imposible la rendición por la fuerza y las armas, opta por la diplomacia de la negociación una vez más.

Un indígena, meses atrás bautizado con el nombre de Juan de La Palma, auxiliar e intérprete del capitán castellano, pariente cercano del indómito Tanausú es el instrumento que va a servir de enlace en las conversaciones a entablar.

El de Lugo asesora al parlamentario:

-Esta situación no puede ni debe prolongarse más. Tú, Juan, irás a hablar a ese salvaje Tanausú, a quien me aseguras conocer... Le dirás que nosotros venimos en nombre de poderosos reyes, no a matar ni asolar, sino a establecer acuerdos amigables entre ambos pueblos. En nombre de dichos reyes proponemos paz, unión, trato y amistad entre castellanos e isleños... Pedimos reconocimientos de vasallaje para nuestros reyes, dejando al mismo tiempo que ese Tanausú continúe con su dignidad y mando... Conversión y bautismo para así salir del error gentil en que viven... Y tendrán las mismas libertades, derechos y obligaciones que todos los otros vasallos de tan nobles y poderosos reyes disfrutaban. Esto es todo lo que pido y propongo... De lo contrario, estoy dispuesto a exterminar a aquel que persista en la obcecación. ¡El exterminio, la muerte y el arrasamiento total!... Pero no debe de haber caso o lugar... Los otros reyezuelos, como tú sabes, se han acogido de buen grado a nuestro amparo y salvaguarda. Que lo haga ese terco Tanausú y seguirá libre... Y si no,...

Tanausú, prudente en medio del ardor combativo e ideales de independencia que lo poseen, escucha con atención al mensajero.

Y después de algunas vacilaciones, claudica, por el bien de quienes ciegamente le siguen.

Impone sus condiciones:

-!Esta bien, Benonar!... Puedes decir a tu nuevo amo que acepto lo que propone, siempre que se nos respeten vidas y haciendas. !Y después que todos los extranjeros abandonen Tabubenta!... Mientras uno de ellos esté en mi territorio, no negociaré ni escucharé palabras. En los Llanos de Aridane veremos a ese poderoso jefe.

Las tropas castellanas abandonan la Caldera en la isla Benahoare; pero Fernández de Lugo, acostumbrado a realizar estratagemas con dobleces de intención, suele creerlas asimismo en los demás. Desconfía. Le parece un tanto extraño que el caudillo isleño haya aceptado tan prontamente el pacto y la negociación, después de haber ofrecido desesperada y tenaz resistencia durante meses enteros.

No puede comprender que Tanausú claudica, sucumbe a las promesas de libertad y respeto para los suyos, buscando la salvaguarda comunal y no personal, que sus ideales de independencia siguen incólumes, sino para la patria que ha defendido y cayó en el vasallaje, para sí mismo.

Fernández de Lugo, en habil maniobra, deja disimulado en emboscada un cuerpo de sus tropas alrededor del desfiladero de Adamacansis. Y abandona ruidosa, ostensiblemente, el valle de Taburiente.

Tanausú al frente de sus guerreros desciende de las montañas para acudir a la cita concertada en Aridane, junto a lo que los castellanos llaman ya La Fuente del Pino.

Camina triste, pero decidido y confiado.

Ugranfir, uno de sus mejores capitanes y más allegado seguidor, no se fía del castellano; recela alguna oculta intención.

-Consulta, !oh príncipe!, lo que más te conviene... Esta gente que ahí delante vemos no trae consigo ningunos indicios de amistad. Muy fácil me parece todo ésto para que sea bueno.

-Yo creo en la palabra del castellano. Y en lo que Benonar, mi primo, de su parte ha dicho. ¿Por qué habrían de engañarnos?... Nos entregamos voluntariamente y así evitamos más muertes. Sus poderosos reyes son ya los dueños de toda Benahoare...

-Sigo temeroso de alguna añagaza. Agacaise y Taburientes fueron en descubierta, a reconocer el terreno... !ahí llegan!...

Los dos exploradores indígenas se aproximan a la carrera, agitados.

-!Tenías razón, Ugranfir! Hay extranjeros apostados entre los matorrales y las rocas, sobre el camino que acabamos de dejar atrás.

-¿Estais seguros...?

-Sí, Gran Tanausú... Y nuestros hombres dicen que la tropa que ahí nos aguarda, no está completa. Faltan gentes que sin duda permanecen apostados entre los árboles para sorprendernos.

Tanausú se detiene y manda detener a los que lo siguen.

-Me cuesta creerlo, pero... !Hemos sido traicionados!... !Estemos preparados para vender caras nuestras vidas!...

Fernández de Lugo al tener a tiro de ballesta a los palmeros no lo dudó más y, en orden de combate, avanza con sus hombres al encuentro de los benahoaritas.

La batalla de Aridane, decisiva para el futuro de la isla, se desarrolla rápida, sangrienta.

Los nativos pelean desesperados, encorajinados por la traición castellana. Están decididos a retornar a la Caldera y allí encerrados no prestar jamás oídos a las promesas falaces del invasor. Es tal el denuedo y ardor que ponen en la lucha, que los castellanos se ven arrollados, impotentes para contenerlos.

Pero surgen los hombres emboscados, acude la tropa de refresco que se quedara en el desfiladero previniendo la reacción briosa de los isleños.

Y en tierras de Aridane caen numerosos benahoaritas, unos muertos, otros heridos y la mayoría como prisioneros de guerra, logrando tan sólo unos cuantos escapar a las montañas en donde se harán fuertes y se dejarán morir de inanición antes que entregarse.

Entre los prisioneros se encuentra el valeroso Tanausú. Muchos brazos, mucha habilidad han sido precisos para reducir a la impotencia al héroe que, pudiendo haber escapado, prefiere aguantar con los que no renuncian a la lucha y obtendrán como premio la prisión forzosa o la muerte. Por fin, fuertemente sujeto, sucumbe desesperado, siendo así la derrota isleña total, aplastante.

Es un 3 de mayo, día de la Exaltación de la Santa Cruz.

La isla de Benahoaré es definitiva, completamente conquistada y pasa a ser, con la Gran Canaria, joya refulgente que brillará en la Corona Imperial de Castilla.

Fernández de Lugo, primer adelantado de la isla de San Miguel de La Palma, reparte tan fértiles terrenos entre quienes coadyuvaron a la conquista, reservándose una extensa propiedad en Adeyahamen, llamado posteriormente Los Sauces.

En un navío, rumbo a Castilla, va la feliz noticia de la rendición completa de La Palma. Y como obsequio a los reyes, varios benahoaritas de los más principales, entre los que destaca el príncipe Tanausú, *quien, penetrado de rabioso despecho, se dejó morir en el viaje, privándose de toda clase de alimento*, con la estóica, patética y fatalista frase ritual de su patria en los labios:

-!Vacaguaré!...

## CAPITULO XXXIV

### Alonso Fernández de Lugo en Tenerife.

Así como al hablar de la isla de La Palma, de sus costumbres, de quienes la habitaron y para confeccionar el relato suscinto de su conquista nos apoyábamos en Fray Abreu Galindo por considerarlo el que mejores y fidedignas noticias del tema nos aporta, al hacerlo de Tenerife tomamos los datos que a continuación desarrollamos de Viera y Clavijo y los comentaristas que posteriormente lo estudiaron.

Siguiendo al padre Espinosa, el poeta Antonio de Viana escribió un poema épico sobre la conquista de Tenerife, dividido en varios cantos pero, comunmente, se le supone demasiado fantasioso, sin mucho valor documental, inventando hechos y nombres, aunque bien es verdad que no se aparta, en líneas generales, de lo sucedido en el transcurso de aquellos dos años decisivos para la isla.

Ellos y Nuñez de La Peña, han sido aparentemente las fuentes principales de que se sirvió José de Viera y Clavijo. Y a este gran polígrafo de las letras isleñas trataremos de seguir, ayudados por las notas marginales de modernos y competentes eruditos que analizaron sus *Noticias de la Historia General de las Islas de Canarias*.

En los primeros días del mes de mayo de 1494 llegaba Alonso Fernández de Lugo a Tenerife como general de la conquista que en tales fechas iba a dar comienzo. Traía más de 200 soldados de a caballo y unos 30 navíos, *bien pertrechados de víveres, artillería, ballestas y demás armas que se usaban en aquel tiempo*. Afirmandose haber sido a partir de este hecho cuando se vió el poder ofensivo de la pólvora en el archipiélago.

La primera acción del general castellano fue descender de la nao capitana una gran cruz preparada al efecto y clavarla en tierra, en lugar próximo a las ruínas del fuerte de Añaza construído por Diégo de Herrera unos treinta años antes y demolido por los guanches al poco tiempo.

Con aquel acto de toma de posesión de la tierra tinerfeña, Fernández de Lugo echaba los cimientos de la actual hermosa ciudad de Santa Cruz en acogedora y excelente bahía de aguas constantemente quietas, puerto natural en la costa Este de la Isla.

Algunos guanches del término de Anaga, en menguado pero valeroso grupo, intentaron estorbar el desembarco de la expedición mas después de ligera escaramuza fueron rechazados.

El ex-guanarteme de la Gran Canaria, Fernando, al mando de su cuerpo de voluntarios canarios, salió prontamente comisionado para

entablar negociaciones con el mencey del cantón. Y el reyezuelo, impresionado por el poderío que los extranjeros desplegaban, accedió a ser, si no aliado, neutral en los acontecimientos venideros. Posteriormente, forzado por las circunstancias y el amor a la tierra, rompió tal pacto.

Gonzalo García del Castillo, joven y apuesto caballero de la noble orden de Santiago, capitán de la caballería, seguido de un destacamento armado realizó algunas exploraciones hacia el interior de la isla ascendiendo hasta la umbría vega de Agüere (hoy distrito de La Laguna) que pertenecía al término de Tegueste. En la operación de *batir el terreno* se apresaron pequeños rebaños de ovejas abandonadas por los pastores y hubo ligera refriega con un grupo de isleños al mando de Sigoñé, famoso capitán guanche.

En esta avanzadilla supone el vate Viana el encuentro de Dácil, hija del gran mencey Bencomo con el capitán Castillo y el subsiguiente nacimiento de un idílico romance amoroso que, según parece, ni fué tan romántico ni tan idílico y aun hay escritores que niegan su veracidad. De esta pseudo leyenda trataremos en episodio aparte.

Al siguiente día, Martín de Alarcón con setenta hombres hizo incursión hasta el valle de Tegueste cuyos habitantes, subiéndose a altos roques y collados, escaparon de sus amenazas contentándose los castellanos... *con aprisionar una mujer de buena persona que, guardando un rebaño de cabras, traía entre los brazos un niño y a las espaldas un zurrón lleno del que llamaban gofio... y que al intentar... el capitán Alarcón bautizar al infante algunos días después, se opuso la madre con tal furia que se arrojó con él al mar.*

A los pocos días, ya establecido el campamento como fortificación permanente, el ejército castellano, al frente el propio Fernández de Lugo, avanzó en dirección Oeste, hacia los llanos de Agüere. Los batidores adelantados, regresaron a poco comunicando haber visto una ingente multitud de isleños que se aproximaban con grandes silbidos y gritería, enarbolando sus toscas armas.

El ejército castellano hizo alto aprestándose para el inminente ataque. A poco, por las lindes del gran bosque que rodeaba La Laguna, hacían su aparición los guanches.

*... En efecto, desde que Quebehi Bencomo, mencey del reino de Taoro, entendió, por medio de Sigoñé, uno de sus capitanes de más cuenta, que en las playas de Añaza se hallaba surta numerosa escuadra de europeos, de donde habían desembarcado caballos y armas de fuego, tuvo tagoror o consejo, en el cual se acordó que mientras se proporcionase una junta, a que debían asistir los nueve menceyes de la isla, pasase Bencomo escoltado de cuatrocientos hombres a saber de boca del mismo jefe de las tropas extranjeras cual era el designio de su visita. Así Bencomo, que naturalmente era de carácter ceñudo y había despreciado en su corazón cualquier otra nación que no fuese la suya, tomó aquel partido prontamente; y cuando divisó las tropas españolas formadas en orden de batalla, se asegura que, volviéndose hacia sus guanches, dijo las siguientes proposiciones:*

-Muy poco valor he notado en estas gentes que pretenden usurparnos nuestro país, ¿no veis como se han turbado y quedado inmóviles a mi vista? Os juro por el Echeide y por los huesos del Gran Tinerfe, mi abuelo, que si intentaren hacer la guerra a nuestra patria para desposeerme de la herencia de mis mayores, ejecutaré en ellos castigos tan atroces que no se borrarán jamás de la memoria de sus hijos.

Diciendo esto, se acercó a los españoles, acompañado del príncipe Tinguaro, no sin manifestar, en medio de sus modales compuestos, un sobresaliente ceño de majestad.

El general Lugo le despachó inmediatamente a Guillén Castellanos y a otros dos intérpretes, para explorar sus intenciones; pero Bencomo les advirtió dijese a su jefe que, si acaso había venido con sus guerreros cristianos a fin de ratificar la amistad que en otros tiempos habían pactado ambas naciones, fuesen bien venidos; pero que si su entrada era con aquel mismo perverso ánimo con que los piratas europeos solían ejecutar tantas ex torsiones en las islas, se retirasen prontamente. Los diputados le propusieron, de parte de su general los tres artículos que siempre se habían propuesto a los demás príncipes canarios. 1º) La paz y amistad con los españoles. 2º) La profesión del cristianismo. 3º) La fidelidad y obediencia a los señores Reyes Católicos, quienes recibirían la isla bajo su augusta protección, conservarían la entera libertad a sus habitantes y les harían grandes mercedes.

Bencomo respondió a lo primero que ningún hombre que no estuviese ofendido de otro podía rehusar el beneficio de su amistad, y, por tanto, que él admitía con gusto la de la nación española con tal de que al punto evacuasen todo el país y se contentasen con tomar, en cambio de sus afectos, cuales quiera frutos y producciones de él. A lo segundo, que los guanches no tenían todavía idea clara de lo que se llamaba en Europa religión cristiana, por lo que le parecía razón que, hasta haberlo examinado bien, no se les debía instar a que la abrazasen ciegame. A lo tercero, que los menceyes de Tenerife no habían conocido jamás la vileza de sujetarse ni obedecer a otros hombres como ellos.

No hubo allí batalla, y ambos bandos se retiraron a sus respectivos puntos de partida, sin saber en realidad a que atenerse los unos de los otros.

Bencomo, en su menceyato de Taoro, convocó inmediatamente un consejo, citando para ello de nuevo a todos los menceyes de los nueve distritos en que estaba dividida la isla. Tan solo Añateve, mencey de Güimar, no acudió a la apremiante convocatoria.

El rey de Taoro trató de encender el interés ante los congresistas, aunque nada más lo consiguió a medias. Habló en el célebre tágovor de las reuniones:

Acordaos, primos, que somos descendientes del Gran Tinerfe y que sería para nosotros cosa más gustosa morir que sobrevivir a la libertad de nuestra patria, quedando cautivos en poder de esas gentes tan arrogantes. Nada

nos conviene más que una liga y confederación para oponernos unánimemente a sus golpes. Cada uno de vosotros mandará sus respectivos vasallos y yo me ofrezco al peligro de conducir como jefe todo el ejército.

Pero lo que se esperaba de tan trascendental reunión, no se efectuó. Los menceyes de Abona, Adeje, Daute e Icod opinaron que cada uno debía cuidar y defender su territorio cuando fuese preciso. Desconfiaban de Bencomo y temían que, al sentirse fuerte, respaldado por todo el ejército insular, los destronasen proclamándose todopoderoso rey de Tenerife. Tal como estaban las cosas, temían más a Bencomo que a la tropa invasora.

Los menceyes de Tacoronte, Tegueste y Anaga, así como el bastardo señor de Punta del Hidalgo Pobre, optaron por aliarse con Bencomo de Taoro y juntar sus hombres para oponerse rotundamente a todo intento de invasión por parte del extranjero.

En capítulos precedentes dejamos escrito algo sobre la aparición en Tenerife de Nuestra Señora de Candelaria por el territorio del Güimar guanche, así como acerca de aquel joven indígena, Antón, que una vez bautizado y de regreso entre sus paisanos, divulgó nociones de la religión católica. Tal vez influenciado por aquellos recuerdos del pasado, Añateve, el mencey, fue desde el principio aliado de los castellanos y eficaz colaborador en la subsiguiente conquista.

Con una escolta de seiscientos indígenas se presentó en el Campamento de Santa Cruz, causando al principio la natural alarma y prevención.

Mas aquel famoso Antón Guanche, que conocía la lengua castellana de cuando años antes había residido en tierras lanzaroteñas, hizo de intérprete y pronto se estableció la verdad de la situación; verdad que llenó de júbilo a Fernández de Lugo y a sus hombres, al saber que tenían como aliado a tan poderoso personaje.

Don Alonso de Lugo se adelantó a recibir el mencey con un abrazo, cuyo ejemplo siguieron todos sus oficiales. Introducidos en nuestro campo los güimareses, se les hizo el saludo con una descarga de toda la artillería y se les batieron los tambores; cumplimiento que no pudieron mirar sin asombro, miedo y estimación. Así, luego que se les sirvió un refresco, se concluyó entre Añateve y el general cierto tratado de alianza, por el cual se obligaba aquel príncipe: 1º- A reconocerse vasallo de los señores Reyes Católicos. 2º- A bautizarse en habiendo oportunidad. 3º- A contribuir a los españoles con un subsidio de gente, cebada, ganado, etc. 4º- A no acceder jamás a la liga de Taoro.

Con efecto, apenas Añateve volvió a sus estados, empezó a dar cumplimiento a los empeños contraídos, enviando a los conquistadores quinientas cabezas de ganado cabrío, cantidad de cebada y gofio, con algunos quesos y odres de leche.

Vemos a Alonso Fernández de Lugo con la planta de poderío asentada en Tenerife, sintiéndose en verdad satisfecho con los adelantos conseguidos en tan corto espacio de tiempo que había transcurrido desde el desembarco.

Mal suponían los castellanos las duras pruebas que les aguardaban antes de terminar con la ansiada conquista de la isla, única aún que se conservaba insumisa ante el empuje creciente de la nación castellana, del incipiente Imperio Español.

En los capítulos siguientes narraremos las más destacadas vicisitudes de los conquistadores y el derrumbamiento final del imperio guanche.

## CAPITULO XXXV

### La batalla de Acentejo.

La indómita Achinech, la patria de los guanches valientes y nobles, rebeldes a toda idea de sumisión, está en peligro.

Son los años finales del siglo XV, el de las conquistas y descubrimientos que van a cambiar el destino de pueblos ancestrales y dapas a la Edad Moderna de la llamada civilización occidental.

Los navíos portugueses y castellanos son dueños de los mares. Los mercaderes del Mediterráneo comercian en varios continentes y los ingleses y los franceses, además de sostener entre sí luchas agotadoras, cimientan sus futuros imperios.

A raíz del descubrimiento del Nuevo Mundo, naves de todas las naciones importantes tocan en el archipiélago canario, avanzada en el Atlántico de la preponderante Castilla.

Y una sola isla de este archipiélago se resiste año tras año, tanto a las incursiones de piratas que en rapaces razzías se llevan ganados y esclavos, como a ejércitos bien equipados que llegan a sus costas con afán de conquista y dominio.

Tenerife, la del mítico, majestuoso Echeyde, es irreductible.

El General Alonso Fernández de Lugo, a las órdenes de los reyes de Castilla, lo está comprobando desde que en un día del mes de mayo de 1494 desembarcó esperanzado, bien pertrechado de víveres y tropas en las playas de Añaza, del término de Anaga. Durante este mes de mayo, los avances castellanos en la conquista de Tenerife se limitan a la captura de algunas manadas de ganado y a robar abundante forraje. Fernández de Lugo ha conseguido la alianza del mencey de Güimar, bautizado cristiano con el nombre de Juan de Candelaria.

Por fin se decide el general a mover el ejército a sus órdenes, avanzándolo hasta las vegas de Agüere, sin ser inquietada tan numerosa hueste por los guanches. Viera y Clavijo describe así tan encantadores parajes:

*La Laguna, en aquellos tiempos, en que no se le había dado todavía desagüe y en que los aluviones y avenidas de los cerros circunvecinos no habían elevado su lecho, era un hermoso lago, cubierto por muchas partes de un espeso bosque, entre cuya variedad de árboles sobresalían las mocaneras y los madroños y a cuya frescura acudían diferentes bandas de aves africanas y del país.*

Puesto al frente de las tropas invasoras, Lugo decide ir a atacar al poderoso Bencomo en sus territorios de Taoro. Piensa el castellano que en venciendo al caudillo guanche, las otras tribus serán más fácilmente dominadas.

La columna armada atraviesa las tierras del menceyato de Tacoronte. Por Los Rodeos, al divisar a algunos isleños que huyen presurosos, Fernández de Lugo teme momentáneamente algún posible ataque a sus costados pero la marcha no se interrumpe y los guanches no aparecen, confiándose así los soldados.

Los guanches están prevenidos. Sus espías han comunicado con tiempo los movimientos del invasor; pero permanecen quietos, camuflados en el boscoso terreno, esperando las oportunas órdenes de Bencomo.

Bencomo, tan buen estratega como valiente y corajudo adalid, al tener noticias del decidido avance castellano prepara adecuadamente a sus numerosas huestes.

Los guerreros de Anaga y Tegueste quedan en Los Rodeos, procurando no hacer notar su presencia.

El famoso Tinguaro, hermano de Bencomo, héroe entre los héroes guanches, aquel que según el poema hubo amores célebres con la bella Guaxara, marcha raudo por los altos montes, seguido de trescientos hombres para apostarse sobre el barranco de Acentejo, paso obligado a quienes deseen llegar al incomparable valle de Arautúpala, en el término de Taoro.

El escenario para la gran batalla que se perfila está dispuesto. Los actores colocados. Unos, en el centro de la escena, avanzando confiados, capturando tranquilamente rebaños de ganado abandonado como cebo; otros, encaramados en las rocas, en los árboles frondosos o agrupados, numerosos, en el valle.

Y la acción, cruda, sangrienta, da comienzo.

Alonso Fernández de Lugo para mientes en el profundo silencio que reina, tanto en el barranco como a la entrada del hermoso valle, al fondo del cual, el pico Teide milenario, alza su imponente belleza. Y como buen soldado, teme traiciones. Dá pronta orden de tornar al campamento de La Laguna, satisfecho del botín de ganado que sus hombres arrean y de haber explorado sin tropiezos las zonas del Oeste de la isla.

De repente, cuando los castellanos en descuidado tropel avanzan por el barranco de Acentejo, aparecen el gran Tinguaro y sus guerreros, emboscados en aquel intrincado terreno rodeado de precipicios, cubierto de arboleda y erizado de peñascos frágiles, saltando aullantes, agresivos y feroces cual perros rabiosos.

Los primeros momentos son de una confusión indescriptible para las confiadas tropas invasoras. Nadie sabe reaccionar contra aquella avalancha humana que cae de las rocas y los árboles sobre ellos. El ganado se desparrama sin que haya quien cuide de encarrilarlo.

Después del inicial desconcierto en que caen numerosos castellanos, sólo sepiensa en la huida. Y todos a una luchan, no en defensa de los ideales que en conjunto persiguen, sino para salvar individualmente sus vidas, perdido por completo con el terror del repentino ataque el sentimiento de la dignidad.

Alonso Fernández de Lugo, empinándose sobre los estribos de su caballo, la espada alzada, trata de contener la estampida humana:

*-¡Ea, amigos míos!... ¡Aquí del valor castellano!... ¡Ninguno desfallezca ni tema hacer cara a este corto número de infieles desarmados que nacieron para servirnos!... Defendámonos con el favor de Dios y adquiriremos una victoria digna de nuestro nombre.*

Hay reacción al fin entre algunos de los invasores de la isla tenerfeña. El capitán Diego Nuñez, hombre de gran valor, pero muy presuntuoso y pagado de sí mismo, responde a voces:

*-¡Voto a Dios!... Que sin necesidad de su auxilio, pienso salir vencedor de tan vil canalla.*

Establasfemia, se encarga prontamente de castigarla Tinguaro, quien después de atravesar el cuerpo del impío capitán con un dardo de tea, lo derriba de su caballo y le hunde la cabeza con una maza, *partiéndole la lengua entre los dientes*, que dice Espinosa.

Cuenta Viera y Clavijo en ocasión de tan terrible batalla:

*Aunque fue más famoso el dicho que se le atribuye al valiente Pedro Maninidra, canario sumamente estimado de los españoles por sus proezas. Considerando este isleño el grave conflicto en que se hallaban nuestras tropas, empezó a estremecerse y a dar diente con diente, como sucede en el rigor de una terciana. El general Lugo, que lo observó y conocía su intrepidez, le dijo:*

*-¿Qué es eso, Maninidra?... ¿Tiemblas de miedo?... ¿Es ahora tiempo de acobardarse?...*

*Y el canario le respondió:*

*-Este, señor, no es miedo, ni jamás he dado entrada en mi pecho a semejante pasión. Tiemblan las carnes atendiendo al peligro en que el corazón las va a poner.*

La carnicería que los guanches hacen en las tropas castellanas es espantosa. Aún no repuestos de la sorpresa producida por el repentino ataque, no pueden los invasores hacer más que formar círculos aislados de defensa.

Los dardos de tea, los banodes y las piedras se abaten mortíferos en el barranco que acaba de servir de trampa y cuyo topónimo aún es hoy en día *La Matanza de Acentejo*.

La sangre se confunde abundantemente con las rocas volcánicas

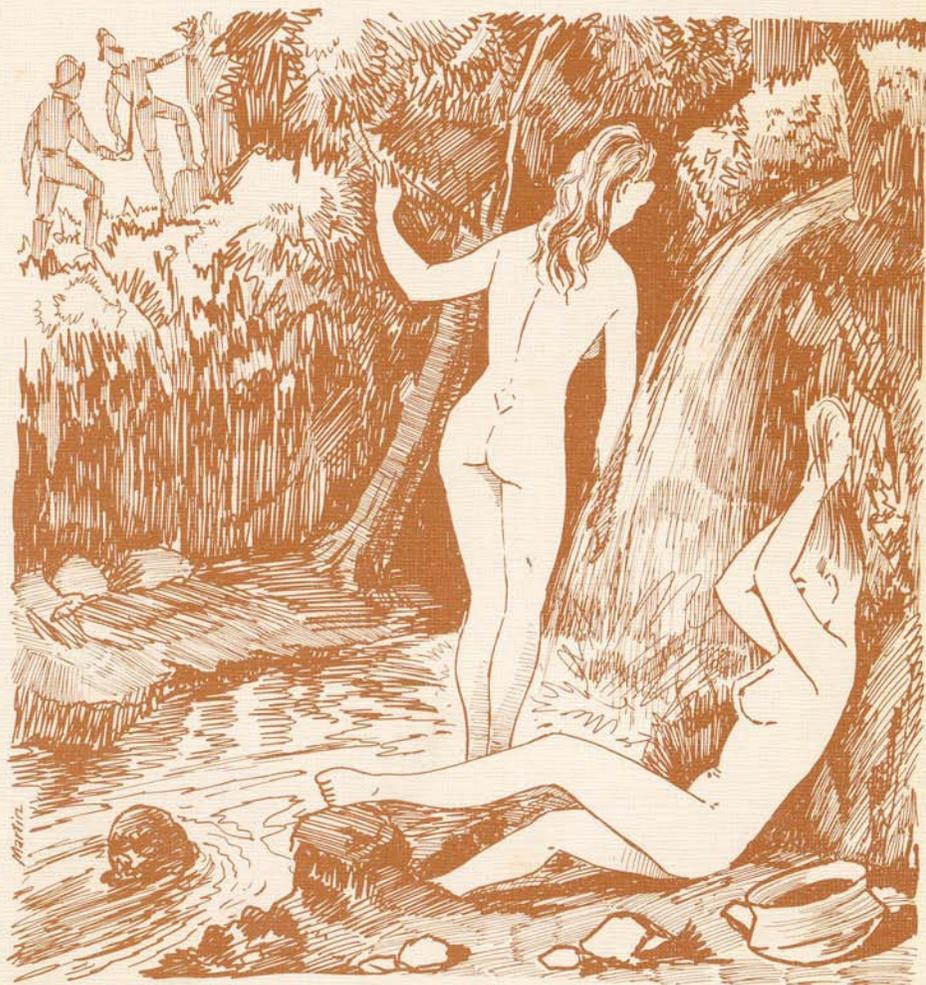
y la tierra rojiza pronto se empapa. Aun, ...el general Lugo, viéndose acado de los isleños, que le distinguían de los demás por un vestido rojo que llevaba, tuvo la advertencia de cambiarle con el de Pedro Mayor, y este buen soldado la gloria de morir en lugar de su jefe, a manos de diez guanches, no sin haber hecho sentir su muerte a cuatro de ellos que dejó malheridos en el campo, escribió Nuñez de la Peña.

Ya van más de dos horas de batalla cuando acude Bencomo, con tres mil hombres de retén, a concluir la obra de aniquilamiento total del invasor. Y así, continúa implacable la mortandad entre los castellanos al ser engrosadas las filas guanches.

... El general Lugo corre arrebatado de ira tras Bencomo, que andaba con una espada en la mano; hiérole en el pecho; pero Sigoñe, capitán valiente y denodado, viendo maltratado a su príncipe, arroja a nuestro general una piedra con tanta fuerza que, aunque sólo le alcanzó al soslayo parte de una mejilla, le hizo saltar algunos dientes. Todavía no había vuelto Alonso de Lugo del desmayo que le ocasionó este dolor, cuando se halló rodeado de cincuenta guanches y vió muerto a su caballo debajo de sí, sin tener a su lado otro defensor que a su sobrino Pedro Benitez, llamado El Tuerto.

Entonces fue cuando, habiendo invocado al Arcangel San Miguel, según Viana, o a la Virgen de Candelaria, que se le apareció en el aire, según el padre Gándara, se oscureció repentinamente la atmósfera con un nublado tempestuoso y se empezaron a sobrecojer los isleños de no sé que terror pánico improviso. La verdad es que los pocos cristianos que se salvaron de esta batalla no consiguieron retirarse sino por una especie de prodigio. Treinta güimareses auxiliares socorrieron al general y le sacaron del choque sobre un caballo. Lope Hernández de la Guerra, que estaba maltratado con dos heridas y muchas contusiones, fue llevado por sus tres sobrinos atravesado sobre otro. Finalmente, cuantos fugitivos escaparon de la derrota partieron por los montes de La Esperanza y salieron al campo de La Laguna, de donde bajaron a curarse de sus heridas al cuartel de Santa Cruz. Es constante que, si se hubiesen retirado por el camino de Los Rodeos, hubieran caído sin remedio en manos de los guanches de Tacorontá, que los esperaban al paso.

Otra partida de treinta españoles que en Acentejo habían tenido modo de retirarse por el barranco abajo, aunque perseguidos de un cuerpo de quinientos isleños, se alojaron en cierta cueva que divisaron en lo alto de una colina, donde se atrincheraron y defendieron con vigor. La noche suspendió los ataques en que los guanches se empeñaban, bien que continuaron el bloqueo, esperando volver a la carga con el día, lo que hubieran ejecutado sin darles cuartel, a no haberse compadecido Bencomo de su triste suerte. La generosidad alternaba en aquellos bárbaros con la fiera. El mencey les despachó a Sigoñe con orden de que les prometiese en su nombre la libertad y la vida, si abandonando el puesto, entregaban inmediatamente las armas. No pudieron oír los españoles, sin enternecerse, tan benigna proposición, y, fiándose de la real palabra se rindieron gustosos. Cuando



"Estándose bañando con sus damas  
de Guanarteme el Bueno la sobrina, ...  
... salieron españoles de entre ramas

*comparecieron en presencia de Bencomo, fueron recibidos con indecible afabilidad. Este príncipe mandó se les pusiera bien de comer y los restituyó a nuestro general, escoltados de cien guanches taorinos, al mando de capitán Sigoñe.*

Un grupo de castellanos y canarios consigue llegar en su fatigosa huida a la costa occidental y tras muchas penalidades, ponerse a salvo nadando, en una roca que semeja minúsculo islote en el mar. Los acosadores guanches, por más que lo intentan, después de ahogarse unos cuantos, no logran aprisionar a los naufragos.

Y un navío, advertidos de su crítica situación los acampados en Santa Cruz, puede, costeano en la noche, tras muchas horas de hambre, frío y sed, por fin salvarlos.

*Viana asegura que... en medio del mayor calor de la antecedente refriega se apostaron unos seis ballesteros españoles sobre cierto peñasco, desde donde incomodaban notablemente a los isleños, y que no creyeron éstos poder desalojarlos de otro modo que trastornando el risco, excavaron tanto sus fundamentos, que consiguieron derribarle.*

Y aún añadiremos un hecho que descrito también por Viera y Clavijo, nos pinta la bravura indomable de aquellos guanches que sin apenas otras armas que su valor, vencieron a quienes querían dominarlos. Y también se añade así a las proporciones enormes del desastre de Acentejo;

*Gonzalo Fernández de Saavedra, que por este mismo tiempo andaba con dos carabelas portuguesas asaltando las islas para adquirir honra, era tan fantástico y valeroso que se dice jamás quitó gorra a castellano. Así, no queriendo pasar a Tenerife bajo las órdenes de Don Alonso de Lugo, entró con su gente por otra parte de la isla, poco después de la batalla de Acentejo y atacó furiosamente a los guanches. Los antiguos aseguraban que tenía rozados con su espada tres almudes de sembradura en el sitio donde le hallaron muerto y a su lado dos isleños, que había ahogado por la garganta, después de estar caído y atravesado con gran número de dardos de tea. En torno a su cadáver se encontraron también otros diecisiete hombres, muertos por su mano y un poco más distante a Baca, su escudero, con algunos portugueses algarabios.*

El valance de la derrota sufrida por los castellanos en Acentejo arroja cifras de más de 500 peninsulares y unos 300 nativos de Canarias. Fue tal vez el mayor desastre sufrido por Castilla en la conquista de las islas.

Las tropas de Lugo tardaron bastante en rehacerse y hubieron de recibirse nuevas aportaciones de quienes financiaban la operación, para que ésta pudiese continuar hasta la victoria final.

El mencey Añateve de Güimar, haciendo honor al pacto y alianza establecidos, socorrió con ganado, cebada, gofio y leche a las abatidas huestes refugiadas en Santa Cruz.

El mencey de Anaga, que el año anterior prometiera mantenerse neutral, instigado por Bencomo, atacó a las fortificaciones castellanas.

pero la tropa allí acogida, a pesar de los descalabros sufridos en Acentejo, supo rechazar con vigor aquel postrer ataque guanche, lográndose dar muerte al mismo mencey... *Y como los guanches se vieron sin su jefe, trataron de levantar el sitio y de retirarse con gran celeridad.*

Después de celebrar un consejo de capitanes en el cual se deliberó sobre la situación tan precaria por que atravesaba la aventura de la conquista, el parecer de Lugo tuvo mayoría.

Abandonar Tenerife, reintegrarse a Gran Canaria y, una vez recabados los auxilios y reposiciones necesarios, insistir con un desembarco en gran escala.

Y el 8 de Junio de 1494 entraban las naves, cargadas de tropas heridas y derrotadas, en el puerto de las Isletas.

## CAPITULO XXXVI

### Dácil, princesa guanche.

La joven doncella, cabellos dorados y figura esbelta, apenas cubierta con sayal de fina piel cabriteña, detuvo su lánguido caminar.

Paseaba en las lindes del frondoso bosque, sintiendo su alma ligeramente inquieta, cual si presagiase algún brusco cambio en su hasta allí placentera existencia.

A sus espaldas tenía la tupida selva que rodeaba la pequeña laguna de límpidas aguas. Enfrente el terreno rocoso en continuo declive abundante en aulagas, cardones y salvias, que crecían en la tierra roja, sobre lavas volcánicas. Y allá abajo, espejeante, el mar. El mar que rodeaba a la isla, del cual se decía había surgido por mandato del Todopoderoso Echeyde que habitaba en la montaña sagrada. El mar misterioso y sobrecogedor, en medio del cual ella y los de su raza vivían salvajemente libres y felices.

Aquella doncella era Dácil, hija del gran Quebehi Bencomo, el más renombrado de todos los menceyes tinereños.

Dácil contemplaba ensimismada el mar azul. Y recordaba, una vez más, las frases proféticas de Guañameñe, el adivino, que en cierta ocasión le confiara:

-Tu corazón es virginal, noble princesa. Aún no ha despertado al amor. Pero día llegará en que sientas dentro de tí el fuego abrasador que produce frío. Un día en que tú te sentirás igual que el Gran Teide, con nieve en tu cara y fuego en tu corazón... Amarás. Y ese amor te dominará por completo.

Ella, un tanto incrédula, aunque sintiendo ya la natural curiosidad, preguntara:

-¿Y ese amor?... ¿Seré correspondida, si ha de ser como tú dices?...

-El hombre que encienda en tí ese dulce sentimiento, se verá prendido de tal forma en el, que caerá rendido a tus plantas... Y sereis felices los dos por el resto de vuestros días...

-Muy hermoso me pintas tú, ¡oh, Guañameñe!, mi futuro... ¿Cuándo conoceré que tengo ante mí a ese ser al que amaré?...

Guañameñe, ella lo recordaba, se había inquietado. Después de mirar cauteloso en derredor y asegurarse que estaban solos ante la cueva que le servía de misteriosa vivienda, habló sibilino:

-El no será de nuestra raza, lo sé. Cuando veas llegar a nuestras costas algunos de esos que nuestros enemigos llaman navíos, de blancas lonas, él vendrá ahí. Y si tu rostro se turba y tus sentidos se nublan, él es. Esto es

todo lo que puedo decirte sobre tu porvenir, princesa Dácil... No lo olvides.

Y allí, en la laguna de Augere, Dácil, a solas con sus pensamientos, presintiendo mutaciones en su corazón, sintió de repente que algo imprevisto iba a sucederle.

¿Qué era aquello que sus ojos contemplaban?... ¿Podía ser tan sólo un producto de su imaginación?...

Porque allá, en el horizonte, por donde todos los días aparecía el padre Sol, unos puntos imprecisos se desplazaban sobre el mar.

Pasó largo el tiempo.

Dácil, presa de gran agitación, habiendo buscado mejor lugar de observación sobre unos altos roques, no separaba la vista del azul, completamente abstraída en sus revueltos pensamientos.

Y al fin pudo adquirir la certeza de que no se engañaba.

Era un grupo de objetos de aquellos que cual casas flotantes, transportaban por la mar a hombres de otras razas que de cuando en cuando surgían en las costas de Achinech, las más de las veces para robar ganados y gentes que jamás regresaban al país.

El corazón se agitaba alocado en su pecho evocando una y otra vez el recuerdo de la profecía del viejo adivino.

En la gran caverna, vivienda real de Bencomo, Dácil escuchó la confirmación de aquello que ella había visto.

-Muchos extranjeros han tomado tierra en Añaza, Quebehi Bencomo. Los guerreros de Beneharo, el Loco, trataron de ahuyentarlos pero fueron rechazados. Son numerosos y traen consigo unas espantables bestias, mucho más grandes que nuestras axas. Y sus armas son terribles... Cubren sus cuerpos con tamarcos de reflejos y parecen con intención de quedarse... El que dicen ser su jefe, bajó de una de esas casas flotantes unos troncos a los que parecen adorar y los clavó en la playa...

Dácil ya no prestó atención a los comentarios, suposiciones y diatribas que a continuación se entablaron entre su padre, los capitanes y guerreros.

En el exterior nocturno, acomodada sobre una roca, aislada bajo el cielo estrellado, suspiraba... ¿Era llegada la hora del amor?... ¿Estaría entre aquellos fantásticos seres el que habría de enamorarla? ¿Sería como un dios presentido?...

Y estremecida de emoción, soñaba despierta la doncella, ya imbuída de que la profecía iba a cumplirse muy en breve.

Dácil, la princesa, quiso pasear por el frondoso bosque que ocultaba a la laguna de Augere. Su padre, precabido, ordenó al valiente Sigofé que la escoltase con unos hombres en la expedición a aquellos terrenos de Teguste. Desde la invasión de los extranjeros, escarmentados los isleños por anteriores asoladoras correrías, en cuanto algún navío aparecía en sus costas, todas las precauciones de salvaguarda eran tomadas.

La hija del mencey, tras ordenar a su escolta que la dejase a solas, se dispuso a bañarse en las cristalinas aguas de una de las numerosas fuentes con que la laguna se alimentaba. El sitio elegido era paradisíaco. Cantaban saltarinas, susurrantes las aguas, trinaban las aves en la profusa floresta y el sol en cálidos rayos, apenas lograba filtrarse a través del espeso follaje, iluminando vivamente algún helecho, la fruta de un mocán o las altas hierbas.

De pronto, la paz del encantador rincón se turbó. Cesaron en su trino los pájaros, en su deslizarse los roedores y un silencio sombrío se adueñó del lugar. Casi al instante se oyeron chasquidos como pasos de algo o alguien que se adentraba por el bosque, en dirección a la fuente.

Dácil, sorprendida, corrió a ocultarse tras tupido velo de matas fragantes, palpitante de expectación. No era el deslizarse sinuoso de pequeños animales, ni las suaves, casi inapreciables pisadas de la gente de su raza, sino golpes pesados, como si no se estuviese avezado a caminar por tan intrincado paraje.

Gonzalo García del Castillo, joven caballero capitán del ejército castellano que apenas hacía dos días tomara acampada en tierras tinerfeñas, recibiera aquella madrugada indicaciones del General Lugo para reconocer el terreno. Con una partida de hombres armados ascendió hasta toparse en el bosque de la La Laguna y al encontrarse ante tan grata floresta, mientras la tropa descansaba de la caminata, él se adentró por la vegetación, ansioso de frescor y soledad.

Al llegar a la fuente semioculta entre flores y ramajes, con el agua corriendo entre musgoso tapiz, apenas pudo contener una exclamación de asombrosa admiración y gozoso, descalzándose los guantes de fina gamuza, introdujo las manos en el líquido fresco haciendo cuenco de ellas, bebiendo ruidoso y satisfecho.

Dácil, no menos admirada pero de distinto motivo, contemplaba al castellano desde su escondite. Sintió que un fuego extraño ascendía a sus mejillas, que las palpitaciones de su corazón eran tan fuertes que aún temió fuesen oídas de aquel apuesto mancebo. Y entendió que la profecía de Guafameñe era cumplida. Allí estaba quien había de enamorarla, y unirse a ella para el resto de sus vidas. Mas, temerosa por otra parte, pues jamás antes habían sus ojos contemplado a un ser tan seductor, no se atrevía a descubrirsele. No obstante, su agitación era tan ostensible, se removía tan inquieta en su escondite, que algo oyó el hombre.

Presto, echó mano a la espada el castellano, y desenvainándola miró receloso en derredor. Fue a los ramajes, los agitó y su admiración y embeleso fueron totales al descubrir a la temblorosa doncella isleña que lo miraba turbada.

-!Santo cielo!... Linda aparición, vive Dios... ¿Qué haceis aquí, en medio de la floresta, hermosa doncella?...

Dácil no podía entender sus palabras mas supúsolas de salutación;

emergió por completo de las ramas que la ocultaban y dejó, tímida, que el hombre la tomara de la mano.

-Venid, venid acá, celestial criatura...! Jamás ví hermosura tal! Mi corazón se inflama cuando mis ojos se enredan en los vuestros... He de llevaros al Campamento. !La mejor presa que nunca soñé tomar en esta isla de Tenerife!...

Ella, con ligera resistencia, lo seguía. Su despertar amoroso se tornaba en audacia que la empujaba a ir con él pero el temor a lo desconocido la frenaba en tales deseos. Como quiera que no lograrse verse libre de la presión que la mano masculina ejercía en la suya, de brusco tirón rompió el collar que rodeaba su grácil cuello; Las conchas marinas de que se componía se desparramaron. Ellas iban a indicar el camino a Sigoñé y sus hombres cuando, preocupados por su tardanza, descubriesen el rapto.

Efectivamente, el valiente capitán guanche, no hallando a la princesa en la fuente, pronto descubrió indicios que le parecieron harto sospechosos. Y salió en persecución de la pareja.

Gonzalo del Castillo oyó pasos detrás. Supuso enemigos cerca y como sus hombres debían de andar en las lindes del bosque, dió una gran voz.

-!A mí, castellanos!... !A las armas, que vienen los salvajes!

Armando las ballestas y enarbolando espadas y picas, pronto los soldados rodearon a su capitán, dispuestos a la defensa; asombrándose gratamente con la presa que aquél traía.

Los guanches de Sigoñé hicieron con él al frente, su aparición.

El capitán castellano, para mejor maniobrar, soltó unos instantes a Dácil, cosa que la joven isleña aprovechó, escapando veloz, con harto sentimiento por parte de quien la raptara.

Una vez recuperada su princesa, los guanches desistieron de atacar en tal hora y lugar, y en pocos momentos desaparecieron por el bosque, perseguidos inútilmente de los chasqueados extranjeros.

En el recuerdo de Dácil no desapareció ya la imagen del apuesto capitán castellano, confiando en que nuevos acontecimientos habían de juntarlos otra vez, por más que su razón tratase de imponerse al corazón diciéndole que aquel naciente sentimiento amoroso era imposible de realizar perteneciendo ellos dos a bandos y aun a razas diferentes.

Muchas noches y muchos días iba a pasar la doncella suspirando con la evocación del encuentro en la fuente de La Laguna.

Y tampoco el capitán Gonzalo del Castillo, lograría olvidar a la doncella guanche que lo cautivó nada más contemplarla, hermosamente salvaje, entre la floresta.

En las aciagas horas de la famosa derrota sufrida por las tropas castellanas invasoras del solar tinerfeño, cuando cayeran muchos de sus compañeros en el barranco de Acentejo, el capitán Gonzalo del Castillo había sido un adalid más pero su bravura de nada hubo de servirle allí, porque,

al recibir contundentes golpes que lo derribaron del caballo y dieran con él en la ensangrentada tierra, perdiera completamente el sentido.

¿Cuántas horas permaneciera así, entre los heridos y los muertos, revolcado en su propia sangre y sudores?...

Con el frescor de la madrugada se despertara.

El campo de batalla aparecía cubierto de cuerpos destrozados pertenecientes a uno y otro bando.

Los invasores, aterrados, huyeron buscando en las colinas, en los bosques y aún en la distante costa, la salvación de sus vidas.

Un grupo de los victoriosos guanches se dedicaban a rematar a todo enemigo que aún hiciese señal de alentar. Así eran de terribles aquellas escaramuzas de raza a raza, en las que ni se pedía ni se daba cuartel.

Gonzalo del Castillo se sintió perdido. Inmóvil, sin osar apenas respirar, percibió a varios de aquellos seres semi desnudos que tanta valentía derrocharan en la pelea, detenidos a pocos pasos. Un rayo del naciente sol, vino a chocar contra la brujida superficie de una ballesta abandonada en la refriega, todavía armada; Llamó el armatoste la atención de los isleños desviándola del herido; y manejaron el arma, volviéndola de todos lados.

Al soltar el pasador del disparo, saltó zumbante el virote, traspasando limpiamente a uno de los curiosos. Este accidente salvó al capitán castellano momentáneamente pues los guanches llenos de pavor partieron a las colinas en alocada huida.

Gonzalo del Castillo, dolorido, recubierto de sangre, enfebrecido, apoyándose en el asta rota de una pica, se alejó del barranco fatídico. No sabía hacia donde encaminar sus trémulos pasos. Estaba perdido en la fragosidad de aquella tierra malhadada, pero con vida, de lo cual no se cansaba de dar gracias a Dios, a pesar de presumir que sus penurias no habían acabado aún.

Buscando bienhechoras sombras, se deslizaba por la arboleda cuando percibió alguna comitiva que se aproximaba y se ocultó precavido.

Eran treinta castellanos que los guanches apresaran el día anterior en una cueva y que Bencomo, en magnánimo gesto, devolvía al derrotado general Alonso Fernández de Lugo. Iban conducidos por Sigoñé y una escolta.

A ellos se agregó el del Castillo, procurando no despertar la atención de los isleños y causando la admiración silenciosa de sus compañeros. Sigoñé, como todos los de su raza, poseía el don de calcular muy diestramente, en una sola ojeada, el número de ovejas que compusiesen un rebaño, ... o el de un cuerpo de prisioneros. A la hora de dar de comer a aquellos, advirtió que allí había uno de más. No logró descubrir al del Castillo, a pesar de que ambos se enfrentaran en los bosques de La Laguna cuando el fallido rapto de Dácil. La sangre y el polvo cubrían las facciones del castellano, y como quiera que los prisioneros no hablasen y la orden que él tenía era de entregar en el campamento de Añaza tan solo treinta prisioneros, decidió regresar con todos ellos a la presencia de Bencomo

y que aquél decidiese.

En el valle de La Orotava, en su lecho de herido, el mencey de Taoro estaba recibiendo detalles de la victoria de sus ejércitos y los parabienes de los otros menceyes, sus primos, por tan fausta acción.

Y en el palacio real volvieron a verse Dácil, la princesa y Gonzalo del Castillo, el capitán. Sus ojos, después de la primera sorpresa del encuentro, dijeron lo que los labios no podían. En ambos corazones se hizo más firme el sentimiento amoroso que, acaso aun en contra de sus voluntades, en la fuente de Agüere tuviera comienzo.

Bencomo, magnífico ejemplar del guanche valiente, noble y magnánimo también, en aquella hora del triunfo de sus dotes guerreras, enterado del arduo empleado por el extranjero, descubriéndolo, concedióle la libertad al igual que a los otros treinta prisioneros, ordenando que de nuevo emprendieran la marcha para ser entregados en el Real castellano. Allí dieron cuenta aquellos hombres de su aventura y de la suerte corrida por muchos otros compañeros, enterándose al mismo tiempo de la decisión tomada en reciente consejo, de abandonar la isla.

Gonzalo del Castillo, con la visión de Dácil junto a su padre allá en tierras del hermoso valle de La Orotava, sabía que jamás podría ya olvidarla. Y se prometió a sí mismo no desmayar en la idea de volver a Tenerife en la primera ocasión que se le presentase, para tratar de conseguir el amor de tan cautivadora isleña.

Pasado algún tiempo, los guanches vieron de nuevo arribar a la isla indómita gran número de navíos que en aquella porfía de año tras año tocaban tierra en el puerto de Añaza y reedificaban sus antiguas fortificaciones.

Durante largos meses hubo choques sangrientos entre guanches y castellanos.

Pero habían cambiado las tornas. El poderío del invasor era aplastante.

Y los guanches, pese al valor, al heroísmo derrochado en todo encuentro, se fueron retirando, atrincherándose en las altas estribaciones, en las riscadas cumbres, en los bosques frondosos.

Para colmo de males, una terrible epidemia se cebó en los indígenas que morían numerosos sin saber ni poder atajar tan terrible mal. Esto contribuyó a que el ocaso de la raza guanchinesca se acelerase. El imperio del Gran Tinerfe tocaba a su fin.

En el estrecho paso de las Peñuelas, Gonzalo del Castillo, de nuevo en tierras tinerfeñas como su corazón anhelaba, sin haber podido olvidar a Dácil, ni aun descubrir su actual paradero, al frente de un pequeño destacamento arreaba ganado del que continuamente escamoteaban a los fugitivos guanches, debilitando más su resistencia.

Pero en aquella ocasión, isleños apostados entre rocas y matorrales los atacaron, sin querer permitir que impugnemente se les

despojase de sus naturales bienes.

Los castellanos, como últimamente sucedía, ganaron la partida. Hubo una sola pérdida. Gonzalo del Castillo, temerario, se adentraba demasiado entre los enemigos y fué derribado del caballo, golpeado y apresado. Con el escaparon los guanches, considerando interesante presa al capitán para que el mencey Tegueste hiciera a su capricho.

Tegueste, por medio de su hijo Teguaco, lo remitió a Bencomo para que él a su vez dispusiese.

Y así se encontraron de nuevo Dácil y el capitán.

Ya ella hablaba algo el castellano y él un poco la lengua guanchinesca. El romance entre ambos se desarrolló favorable y ardoroso. Dácil quisiera tener a su amado siempre allí, a su lado, pero como lo veía suspirante por estar con los suyos, pese a la completa felicidad de su amor, intercedió ante su padre, que ya había adivinado la verdad, para su liberación.

Y Bencomo remitió otra vez al prisionero a Tegueste con las transmitidas frases:

*-Primo, es conveniente dar a este cristiano por libre, pues yo no debo mostrar mi poderío contra un hombre solo. Cuando él me acometa con todos los suyos, está seguro de que lo dejaré escarmentado.*

Y Gonzalo del Castillo, se vió de nuevo entre los castellanos de Santa Cruz, agradecido de gentes contra las que su sino le forzaba a luchar.

El romance de Dácil, la princesa guanche y Gonzalo, el capitán castellano, terminó bien, según la leyenda.

Cuando tiempo después Bencomo y los otros menceyes, impotentes para detener la invasión progresiva de toda la isla, se entregaban en el campamento de Realejo Alto a la liberalidad de Alonso Fernández de Lugo, fue Gonzalo García del Castillo quien condujo del brazo a su futuro suegro hasta el general de la conquista y quien le instó para que se bautizase cristiano.

Y Dácil, también bautizada con el nombre de Mencía, se unió por los sagrados lazos y para toda la vida a aquel extranjero que cautivó su corazón, cumpliéndose así en todo la profecía del viejo adivino guanche, Guañameñe.

## CAPITULO XXXVII

### Bencomo y Tinguaro. Batalla de La Laguna.

!Bencomo y Tinguaro!... He aquí dos nombres de guanches que, tanto por su poderío y astucia el uno y audacia y valor el otro, han pasado a las páginas de la posteridad, a través de leyendas y crónicas, como héroes de la nación tinerfeña.

Según los isleños decían, el último gran mencey que dominó todo Achinech y de quien aún había en épocas de la Conquista venerado recuerdo fue el Gran Tinerfe. Sus descendientes dividieron el solar de él heredado en nueve menceyatos, cuyos topónimos se mencionaron ya en las actas de aquel Tratado de Paz de Añaza realizado conjuntamente con Diego García de Herrera, allá por el año 1464.

Treinta años más tarde, según se advierte en las crónicas, otros eran los menceyes de los nueve cantones o territorios. De ellos solo cuatro nombró Espinosa en su *Historia*. Los cinco restantes que Viera y Clavijo cita en su celebérrima obra son tomados del poema de Antonio de Viana quien parece ser los inventó para componer su particular relación de la Conquista de Tenerife. Dá los siguientes: Adxoña, mencey de Abona; Pelinor, de Adeje; Romen, de Daute; Pelicer, de Icod; Acaimo, de Tacoronte; Tegueste, de Tegueste; Beneharo, de Anaga; Añateve, de Gtímar y Quebehí Bencomo (otros decían Benitomo), de Taoro. Aún hay que añadir a esta lista a Zebensuf, un descendiente bastardo del Gran Tinerfe, señor de la Punta del Hidalgo Pobre.

El mencey de Taoro, visto por algunos escritores como el Doramas tinerfeño, tanto por la extensión y fertilidad de su término, que comprendía todo el inigualable valle de La Orotava, cuanto por su elevada y acusada personalidad política y guerrera, era considerado el caudillo de la isla y a él se recurría como a juez supremo en causas de litigio, como a asesor y consejero cuando las necesidades lo requerían, teniéndosele por representante dilecto y directo del Gran Tinerfe cuya memoria regía todos los actos de los guanches.

He aquí, a título de curiosidad, la descripción que del mencey Quebehí Bencomo hizo Viana:

*De cuerpo era dispuesto y gentil hombre,  
robusto y corpulento cual gigante;  
frente arrugada, calva y espaciosa;  
partida la melena, poca y larga;*

*rostro alegre y feroz, color moreno;  
 los ojos negros, vivos y veloces;  
 pestañas grandes, de las cejas junto;  
 nariz en proporción, ventanas anchas;  
 largo y grueso el bigote retorcido,  
 que cubría en proporción los labios  
 encubridores de un monstruoso número  
 de dientes diamantinos; larga, espesa  
 la barba, cana de color de nieve,  
 que le llegaba casi a la cintura;  
 brazos nervosos, de lacertos llenos;  
 derechos muslos, gruesas las rodillas...  
 Un tamarco curioso gamuzado  
 de delicadas pieles le vestía;  
 en los brazos las biurmas como mangas  
 y guaticas en las piernas como medias.*

Bencomo fue el príncipe guanche caudillo indiscutible en la resistencia que la isla opuso a Fernández de Lugo cuando la conquista de la misma.

Antes de la llegada de los castellanos a Tenerife, estando los isleños en continuo sobresalto por las constantes entradas que aventureros piratas hacían en las costas y playas, fue Bencomo quien en sagaz visión política, tal vez empujado por los agüeros funestos que un célebre adivino, el viejo Guafíameñe, le hizo, estableció un tratado de paz y alianza con los menceyes de Tacoronte y Anaga después que aquellos dos príncipes le mandasen a Jaineto y Raico como embajadores de buena voluntad. Según dice Viana, largos años de discordias internas se clausuraron con aquella liga de mútua ayuda, discordias iniciadas, o al menos fomentadas con el casamiento de Bencomo y Huñagua, *dama pretendida de los otros dos*.

Bencomo, enérgico, fue aquel que dio oportuna respuesta a las pretensiones de Fernández de Lugo en el bosque de Agüere. Fue Bencomo también el que tras reunir apresurado consejo en su corte de Taoro decidió declarar abierta guerra al invasor, siendo luego secundado su gesto por los menceyes de Tacoronte, Tegueste y Anaga así como por Zebensuf. Los otros régulos declinaran aceptar la alianza y el de Gímar ya se había a su vez aliado a los castellanos ofreciendo el vasallaje de su término.

Bencomo dirigió a las victoriosas tropas guanches en la famosa batalla de Acentejo y este mismo Quebehí mandaba a los guanches cuando la aplastante derrota de La Laguna, en donde perecieron más del millar de isleños, entre ellos Tinguaro el adalid y el mismo mencey tuvo que ser trasladado, herido, en brazos de sus servidores.

Ya en el deslizarse fatal de las derrotas isleñas, Bencomo hubo de retirarse de sus dominios y acompañado de los menceyes de Anaga, Tegueste, Tacoronte y del bastardo Zebensuf, con lo que les quedaba de sus mermados vasallos, ascender a refugiarse en los altos de Tigaiga, descendiénolos posteriormente para llegarse hasta cerca del campamento

cristiano situado en Realejo Alto y formar su menguado real en el lugar conocido hasta hoy en día con el nombre de Realejo Bajo.

Y fue Bencomo quien, convocando a los guanches, hizo ante ellos las siguientes amargas reflexiones:

*-Aunque el contagio, el hambre, la deserción y las disenciones domésticas son las verdaderas armas con que los españoles nos han reducido a la necesidad de temerlos, bien sabemos que, por otra parte, es ésta una nación muy aguerrida, astuta y numerosa. Sabemos que ella ha sometido las islas comarcanas a la obediencia de sus reyes, que ha engañado con maña a nuestros mismos guanches, haciéndolos rebelar contra su patria; en fin, que tarde o temprano nos ha de poner el yugo sobre el cuello. En estos términos, ¿no será exceso de imprudencia obstinarnos en una defensa desgraciada que, sobre ser temeraria, parece ya inútil?... Sometámonos a nuestro destino. Rindámonos a este Alonso de Lugo y recibamos las leyes de nuestros vencedores...*

*Entonces, enterneciéndose hasta derramar muchas lágrimas y lanzando un profundo suspiro, prosiguió:*

*-Perdona, amada patria mía, si no puedo valerte contra los extranjeros que te van a tiranizar... Y vosotros, valerosos menceyes y sigoñes esforzados, que con tanta gloria y pundonor habeis derramado vuestra sangre en servicio de la causa común, perdonad la resolución que toma un desdichado descendiente del Gran Tinerfe y llevad a bien que solicite paz con vuestros enemigos, el que va no puede hacerles la guerra con frutos.*

El achimency Tinguaro, hermano de Bencomo y a quien algunos historiadores dieron también el nombre de Chimedía, fue famoso por sus proezas, cantado por Viana en su romance, merced tanto a su bravura como a sus amores con la gentil Guaxara...

Tinguaro fue el héroe de la batalla de Acentejo. Su coraje, su valentía y su ardor combativo unidos a dotes de mando y estrategia excepcionales, fueron decisivos en aquella matanza desencadenada sobre los castellanos atrapados dentro de mortal ratonera en las fragosidades del barranco que él certeramente eligiera como propicio campo de combate.

Algunos cronistas atribuyen a Tinguaro las frases que vamos a transcribir.

Llegando Bencomo a Acentejo se encontró a su hermano reposando en una colina cercana a la batalla siguiendo en tal forma, tranquilamente, su agitado curso. El mencey reconvino al achimency:

*-¿Así ejerce su oficio el gran Tinguaro, hijo y hermano de menceyes?...*

La respuesta de Tinguaro reflejaba quien era él:

*-Yo he desempeñado la obligación del capitán que es vencer; aguardo aquí a que mis soldados cumplan con la suya que es matar y recoger los frutos de la victoria que les he dado.*

Tinguaro, ayudado por su poderoso hermano ocupaba el puesto de Benecharo como mencey de Anaga pues al haber éste perdido el juicio y estar aquél casado con Guaxara, presunta heredera, a él consideraba corresponderle el mando.

Tras haber recabado Fernández de Lugo socorros y provisiones en la Gran Canaria y encontrarse en contactos comerciales con el duque de Medina Sidonia, bisnieto de aquel Conde de Niebla que ostentara el título de Señor de las Canarias, consiguió hombres, armas, caballos y navíos.

Y el 2 de noviembre de 1494 el general castellano desembarcaba con aquellos importantes repuestos en Añaza, reparando y fortificando de inmediato las torres arrasadas por los guanches. Sin pérdida de tiempo, aprestando a sus gentes y armamento disponibles, Fernández de Lugo decidió atacar lo más pronto posible a los isleños.

Bencomo, todavía con el buen sabor de la victoria acontecida lapasada primavera sobre el invasor, ordenara juntarse a los componentes de la liga previamente y por fin formada, acudiendo los hombres de todos los rincones de la isla al saber una vez más amenazada la independencia patria.

En las vegas de Agüere estableció el ejército guanche el campamento ideando repetir emboscadas propiciatorias. Se desplazaron dos espías a reconocer las fuerzas enemigas y su situación. En el barranco de Tehodio fueron aquellos guerreros sorprendidos por los soldados castellanos de a pié y a caballo que así mismo batían terreno. Uno de los isleños, merced a su gran agilidad, *después de haber ejecutado por aquellos repechos increíbles saltos, apoyado sobre su lanza, se escapó*; el otro, hecho prisionero, contó en la torre de Añaza como el mencey de Taoro tenía a sus tropas apostadas en la cuesta que había más abajo de la vega de La Laguna con intención de atacar si se iniciaba cualquier intento de invasión hacia el interior del país.

Alonso Fernández de Lugo, en inteligente maniobra, dejando a Fernando Guanarteme con una guarnición en el campamento, avanzó sus tropas durante la noche y al amanecer del día 14 de noviembre estaba en donde luego se alzó una ermita en honor a San Cristobal.

Pronto dió comienzo el ataque castellano al grito de: *!Santiago y cierra España!*. El coraje de las dos razas que volvían a enfrentarse violentamente era incontenible y durante varias horas el resultado de la contienda se mantuvo indeciso, mas el refuerzo representado por Fernando Guanarteme y sus huestes canarias que, desobedeciendo órdenes, acudía desde Santa Cruz inclinó decisivamente la balanza del lado castellano.

Hubo numerosas gestas; como la de Fernando de Trujillo quien con grandes riesgos consiguió arrebatat al guanche Tigaiga una bandera de Castilla, trofeo de la pasada batalla de Acentejo.

Otro hecho notable en esta cruenta pelea fue el curioso episodio del tropiezo que el capitán Sigoñé seguido de un numeroso cuerpo isleño tuvo con una partida castellana. Habiendo el guanche intentado atacar por sorpresa el fuerte de Añaza, decidió luego retornar a La Laguna sin llevar a efecto el plan, pues el anochecer se aproximaba. Oyeron los indígenas extruendo de caballos y lamentos de heridos y entendiendo eran invasores les salieron al encuentro, suponiéndolos fugitivos de la derrota que daban por sentada. Atacaron los guanches con su clásica bravurá y pese a que

hubo entre los descalabrados castellanos recia defensa, lo fragoso del terreno, la oscuridad ya reinante y la superioridad numérica del enemigo los obligaron a rendirse; una vez atados de pies y manos, espantados los caballos, fueron introducidos en una cueva del barranco en que se les había sorprendido y custodiados con algunos guardianes.

Ya en lo alto de Agüere, consternado, Sigoñé comprobó la increíble derrota de los suyos pero, no obstante osado atacó a la retaguardia del ejército victorioso, siendo por fin rechazado también.

Pronto supo el general castellano de la prisión de los heridos y acudió presto a rescatarlos, cosa que tan solo se logró tras dar muerte a los tenaces vigilantes de la cueva.

Hay alguna confusión en los historiadores al hablar de la suerte corrida por Bencomo en la terrible batalla de La Laguna, empero se dice más comunmente que el mencey tan solo resultó herido, aunque de gravedad, logrando salvar la vida gracias a quienes lo trasladaron prontamente a Arautúpala. Quien cayó, entre los numerosos guerreros guanches fue el héroe Tinguaro; este suceso lo describe Viera y Clavijo así:

*A este tiempo, el príncipe Tinguaro que en aquella jornada había obrado prodigios de valor, huía malherido por la falda arriba del risco de San Roque, defendiéndose con una alabarda que había ganado en la de Acentejo, contra siete soldados de a caballo que obstinadamente lo seguían y acosaban.*

*De estos perseguidores el primero que le alcanzó fue Pedro Martín Buendía quien, habiéndole herido nuevamente con su pica, le derribó a tierra. Entonces Tinguaro, puesto de rodillas y cruzando los brazos le dijo en su lengua con un tono de voz muy triste: Chucar guayoc achimencey reste Ben chom sanec vander relac nazet zahañe, que quería decir: No des muerte al hidalgo, que es hermano del rey Bencomo y se te rinde como cautivo.*

*Pero el español tuvo la dureza de no dar cuartel a aquel guanche tan apreciable y, descargándole segundo golpe, le atravesó el pecho. Es verdad que los otros soldados le dieron voces para que lo dejase vivo, pero ya Tinguaro era muerto.*

*Quedó tan desfigurado el cadáver con la sangre y el polvo que nadie se determinaba a decidir si era Bencomo o Tinguaro, persuadiéndose algunos a que era el primero. Y habiéndole conducido a presencia de nuestro General, le daban fuertes puntapiés los soldados que acudieron a verle y le decían con grande enojo: Este es aquel terrible capitán que causó todo nuestro daño en Acentejo.*

Se le cortó la cabeza y colocada en una pica se paseó ante las tropas tan codiciado despojo.

Guillén Castellanos, con un piquete de soldados, llegó a las llanuras de Guamazara, por Tacoronte y presentó... a los guanches la cabeza de su malogrado príncipe Tinguaro, enviando a decir a Bencomo, de parte del general Lugo, que reconociese en aquel espectáculo los efectos de la obstinación y temiese la misma suerte.

Se asegura que Bencomo le respondió:

*-Andad, que esa cabeza no me espanta. Yo estoy resuelto a defender mi honor, mi patria, mi vida y la de mis vasallos. Y nada envidio tanto como la dicha del príncipe, mi hermano y la de los que murieron con él.*

Y aun añade el gran Viera y Clavijo abundando en el mismo tema:

*... A que Bencomo, retirándose a la Arautúpala con sus guerreros, se aplicase a hacer las honras fúnebres a la cabeza de Tinguaro, embalsamándola conforme al secreto que para ello poseían y elogiando todos los magnates al príncipe difunto con mucha abundancia de lágrimas y las siguientes expresiones: El valeroso defensor de la patria murió y dejó huérfanos a sus guanches.*

*Estas exequias continuaron 15 días, en cada uno de los cuales se mostraba con ciertas ceremonias la cabeza al pueblo, hasta que la depositaron en la cueva que servía de panteón a la familia real de los príncipes de Taoro.*

Para terminar con los detalles más sobresalientes de la decisiva batalla de La Laguna diremos que, en efecto, fué tan señalada esta victoria, que solo perdieron los cristianos 45 hombres, cuando habían perecido más de 1.700 isleños. El mencey de Tacoronte salió herido de la refriega y Bencomo sobre los brazos de los guanches.

Así confesaba Alonso de Lugo que jamás había visto pelear sus tropas con tanto valor, ni había hallado en los bárbaros mayor resistencia. Se refiere que estando éstos inocentemente persuadidos de que el estrago que producían las ballestas sólo consistía en el estallido de los pasadores o bodoques, así que los recibían, los volvían a tomar entre las manos y los tornaban a arrojar contra los españoles, imitando con la boca el mismo estampido, por lo que fue raro el español que no salió maltratado de esta función.



## CAPITULO XXXVIII

### La conquista de Tenerife.

Tal como al principio de la presente obra decíamos, a la hora de estudiar a fondo la historia apasionante de las islas Canarias nos encontramos con que los cronistas no fueron excesivamente escrupulosos cuando confeccionaron las noticias que nos legaron, advirtiéndolo que a veces parecen tomadas de anteriores sucesos acaecidos en latitudes fuera del archipiélago, tergiversando a su manera los hechos que relataron, aderezando los episodios históricos con leyendas, etc.

Así ocurre que al consultar las diversas fuentes primitivas se nota como muchas de las noticias que se dieron sobre la conquista de Tenerife fueron tomadas más o menos literalmente de las escritas con anterioridad como sucedidas en la ya rematada de Gran Canaria y aun de alguna de las otras islas como antes, posiblemente, se incorporaran de las de otros diversos países.

La epidemia sufrida por el pueblo guanche a raíz de la batalla de La Laguna librada entre castellanos e isleños con victoria aplastante para aquéllos, parece muy similar a la sufrida años atrás por los canarios cuando la mortandad masiva acabara con aquel cruel estatuto de matar a las niñas recién nacidas salvo las primogénitas.

Viera y Clavijero llama a esta epidemia, modorra de los guanches y actualmente, aunque con reservas, se indica que pudo haber sido, de haberse desarrollado realmente, un tifus exantemático traído por el invasor ya inmunizado a él o tabardillo, o fiebre tifoidea, o simplemente, una endemia recrudescida. Finalmente, esta enfermedad paralizó por completo a los guanches allá a finales del año 1494.

Se asegura que de este pestífero accidente solían morir más de cien isleños cada día, cuya calamidad, unida a la sangrienta guerra que los españoles les hacían, postró sus ánimos con un abatimiento y una melancolía tan tenaces que apenas se hallaban con espíritu para salir de sus cavernas.

En una de sus ya numerosas incursiones, los castellanos oyeron a una mujer isleña que desde lo alto de unos roques, a grandes voces los apostrofaba:

-¿Que haceis, cristianos? ...¿Como no entráis y os apoderais de la tierra? ... Todos los guanches se van muriendo y no hallareis con quien pelear.

Poco después, la misma expedición se topó con una cueva de donde salían lamentos. Entraron al instante y vieron que cierto anciano ve

nerable acompañado de una niña y dos niños hijos suyos, se deshacía en lágrimas cosidos todos sobre el cadáver de la madre, que acababa de expirar, tocada de la pestilencia.

Este anciano, en medio de su dolor, pudo confiar a los intérpretes sobre la situación en Tejina de los menceyes Tegueste y Zebensui con grandes rebaños de los últimos ganados que quedaban.

En el barranco de las Peñuelas hubo sangriento choque entre los guanches y el invasor, quedando éste victorioso, con la sola pérdida del capitán Gonzalo del Castillo que cayó prisionero, aunque posteriormente fue liberado.

Cuando los castellanos retornaron a la cueva del viejo informador, con la idea de cautivar a él y a sus hijos, se detuvieron horrorizados ante el espectáculo que allí divisaron.

*Los muchachos acababan de perder la vida a manos de su propio padre y el inhumano viejo se había atravesado un dardo de tea por el vientre. Preguntóle el intérprete que causa le había movido a ejecutar aquel parricidio y suicidio tan cruel, a lo que respondió con una voz trémula y moribunda:*  
*-Más quiero perecer con mis hijos que verme con ellos en una esclavitud desdichada.*

El final de la conquista de Tenerife se dilataba y mientras los guanches languidecían las proezas de los castellanos continuaban incrementándose. Doce caballeros quisieron realizar correrías por los valles de Anaga, Igueste y Taganana. Hicieron buen acopio de ganado y cuando cruzaban el Valle de San Andrés fueron rodeados de más de doscientos isleños, mandados por el mismo mencey Beneharo que había convalecido de la alteración de su juicio.

Rodrigo de los Barrios, uno de los doce campeones, tras haberse formado en cerrado cuadro todos ellos, gritó a los isleños:  
*-¡Bárbaros!... Rendíos porque hemos hecho ya la cuenta y sabemos cuantas cabezas vuestras nos tocan por acero.*

Los isleños, ante tamaña arrogancia, no por cobardía que tal expresión no les cuadraba sino por una admirada simpatía ante el desafiante gesto, decidieron no atacar. Mas los castellanos, para hacer méritos en el Real de Santa Cruz, querían pelea.

*Se asegura que Juan de Llarena animó a sus camaradas:*  
*-¿En que nos detenemos?... Afrenta nuestra sería volver al Real sin la presa de ganado que hemos hecho y sin llevar la mitad de estos bárbaros maniatados... ¡Embistámoslos!... ¡Santiago y cierra España!*

Tal fue la furiosa acometida de los doce soldados que los anagueses se retiraron valle abajo, dejando a Beneharo solo.

*Este príncipe loco se defendió de los doce furiosos hasta tanto que sintiéndose herido, se arrojó de un cerro muy alto, para no caer en las manos de los vencedores.*

Y el colofón de esta aventura lo puso Lope de Fuentes, quien sangraba abundantemente de una herida en una mano. Alguno de sus camaradas le aconsejó:

-Atad un lienzo a esa mano, Lope.

-Dejad, amigo Melián, que salgala sangre que quisiere puesto que llevamos aquí sustancia con que crfar otra.

Y señalaba el abundante rebaño de cabras y ovejas que conservaban bajo su vigilancia, camino de Santa Cruz.

El invierno a finales del año 1494 y principios del 1495 fue riguroso en extremo aun para las latitudes canarias. Y así transcurrieron largos meses de constantes penurias para los guanches mermados, acosados y empobrecidos.

Por otro lado, las cuatrerías de ganado no bastaban para mantener alimentado al ejército castellano, a pesar de que el mencey de Güimar, siempre fiel a la alianza pactada, socorría cuanto podía a Alonso Fernández de Lugo. Pero, estando la isla alzada, sin cultivar y los nativos refugiados en las escarpadas cumbres con su escaso gofio, sus pocos frutos y sus diezmados ganados y no mucha leche, el hambre se dejaba sentir acuciante.

Los socorros solicitados a Gran Canaria no llegaban porque también en esta isla ya castellana había crisis de penuria; y los soldados menos audaces y enteros de ánimo comenzaron a desertar de la tan árdua conquista, embarcándose furtivamente rumbo a las otras islas y aun hacia la península.

Un hombre de generoso corazón y nobleza de espíritu, Lope Hernandez de la Guerra, ya conquistador en Gran Canaria en la que poseía hacienda, en magnánimo gesto embargó o vendió sus bienes y con su producto acudió en ayuda de su señor Lugo.

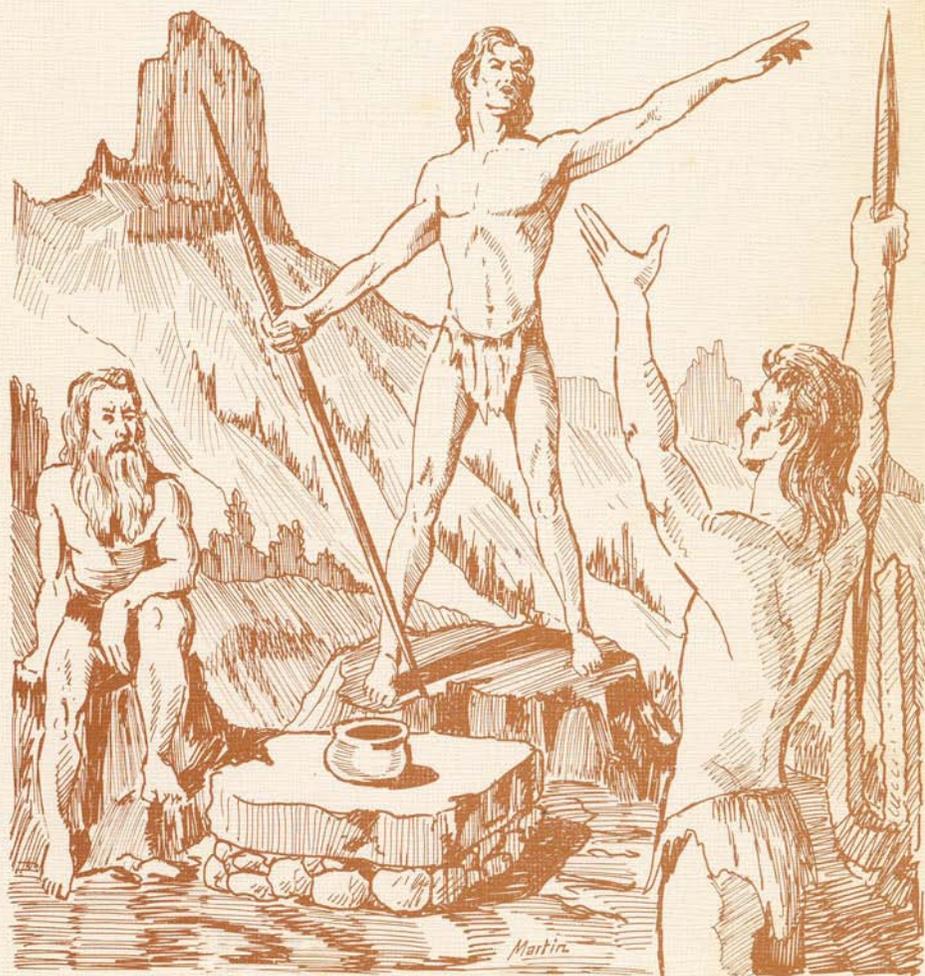
Recuperadas un tanto las tropas castellanas, ansioso su general de dar remate a la faena conquistadora, el 24 de diciembre de 1495 avanzó hasta Tacoronte, acampando la hueste, una vez pasada La Matanza, en las llanuras que segufan al barranco de Acentejo de trágico recuerdo.

Un grupo de los expedicionarios logró aprisionar a un guanche y por él se supo que Bencomo a la cabeza de todos los guerreros isleños disponibles llegaba decidido a atacar a su vez. Los menceyes de Anaga, Tacoronte y Tegueste se aliaran por fin uniendo sus reducidas fuerzas, tratando así tardíamente de contener el amenazante final de la libertad insular.

Los dos ejércitos, una vez más, se enzarzaron en violenta lid. La batalla, desde un principio tuvo marcado color de victoria para Castilla. Y La Victoria se nombra hoy en día el término en que tal hecho de armas se desarrolló.

Entre los guanches famosos muertos en aquella ocasión figuraba el príncipe Bådeñol, hermano del mencey de Tacoronte, que pereció a manos del conquistador Pedro Benitez de Lugo.

Después de tan claro triunfo, el general Lugo, incomprensiblemente, retrocedió al campamento de Santa Cruz, opinando qui en es



"Los canarios que acudían a acogerse bajo las banderas de Doramas eran cada vez más

mencionan el suceso que podía haberse acentrado en La Orotava hasta Taoro sin grandes resistencias por parte de los derrotados, famélicos y enfermos isleños.

En el puerto de Añaza esperaban surtos nuevos navíos de socorros aportados por el patrocinador mayor de la empresa, el citado duque de Medina Sidonia.

A finales de la primavera de 1496 el ejército invasor logró dar fin completo a la conquista de la isla tinerfeña. Desde el campamento de Santa Cruz pasando por el monte de La Esperanza y Acentejo, entró por primera vez la totalidad del ejército castellano en el hermoso valle de La Orotava recorriéndolo de uno a otro extremo sin ser hostigado. El dilatado incomparable paraje aparecía silencioso y desocupado, encontrándose tan solo en toda su largura numerosos cadáveres de apestados, algunos ya medio destrozados por los canchas, los perros pequeños y feroces de la fauna isleña.

Se estableció campamento en las faldas de Taoro, en un apropiado lugar que se denominó luego Realejo Alto.

Los guanches, ya convencidos de la inutilidad de seguir resistiendo, acudieron en masa a acampar pacíficamente cercanos al pueblo invasor, en el Realejo Bajo actual.

Y Bencomo tras reunirse con su pueblo y reconocer la amargura de la derrota, la inferioridad bélica de la raza aborigen, se entregó, entregando la isla a la liberalidad de Castilla.

Algunos investigadores de la historia de las islas niegan esta pacífica entrega, asegurando que ni Bencomo ni su hijo Bentor, el que había de sucederle en el menceyato, llegaron a claudicar.

Si Bencomo entró en el campamento castellano para rendirse, Viera y Clavijo pone las siguientes frases en los labios del héroe tinerfeño que, tomando en las suyas las manos del general Fernandez de Lugo, le dijo, según explicaron los intérpretes de la lengua:

*-Hombre valeroso; pésanos mucho de habernos visto en la necesidad de trataros a vos y a todos vuestros compañeros como a nuestros mortales enemigos. Pero dando ya oídos a cuanto nos propusisteis desde el principio de esta guerra, queremos ser vasallos de los señores reyes de España, a quienes desde hoy obedeceremos gustosos; queremos que ellos sucedan al Gran Tinerfe, nuestro abuelo, en el imperio de esta isla; queremos, en fin, ser cristianos y profesar vuestra religión. Mas al mismo tiempo queremos que nos jureis, por todas las cosas que teneis por más santas, que ni nosotros ni nuestros hijos seremos esclavos ni quedaremos despojados de los derechos de nuestra libertad.*

Hubo muchos isleños, no obstante, que no se rendían fácilmente.

Los menceyes Tegueste y Beneharo con soldados castellanos, trataron de hacer entrar a los rebeldes en razón. Y habiendo encontrado Beneharo a los suyos atrincherados sobre un peñasco casi inaccesible del seguro país de Anaga, antes de forzar el puesto, les exhortó

*tan eficazmente a la debida sumisión que, rindiendo las armas se pusieron al punto en sus manos.*

*Tegueste fue menos feliz con los que se habían sublevado en las sierras de la Punta del Hidalgo Pobre, pues se vió precisado a embestirlos y aprisionar la mayor parte, con pérdida de tres soldados muertos y siete heridos. Es tradición que entre estos prisioneros fueron reconocidos en traje de pastores Guacimara, hija de Beneharo y Ruiman, hijo de Bencomo, quienes habían vivido juntos largo tiempo bajo aquel disfraz, teniéndolos sus padres por muertos.*

En Icod, Daute, Adeje y Abona se fue así mismo batiendo el terreno y sojuzgando a los malcontentos guanches. A Icod y Daute subió el general Alonso Fernández de Lugo. Tanto Adeje como Abona se redujeron mediante una expedición marítima que desembarcó en la playa del Puerto de los Cristianos.

El final de la conquista y sus inmediatas consecuencias los refleja un excelente comentarista e investigador en la siguiente nota:

*Al parecer hubo cuatro bandos de paces (Adexe, Abona, Güimar y Anaga), cuyos miembros debían de ser libres, mientras los de los otros bandos, llamados de guerra, eran, en general, cautivos. En realidad ni aquellos fueron todos respetados en su derecho, ni éstos fueron todos esclavos. No hubo reglas fijas; pero muchísimos guanches, acaso la mayoría, fueron tratados como cautivos, presas de buena guerra. Los ex-reyes o menceyes fueron entregados a los Reyes Católicos en Almazán y ya no regresaron. Solo de uno de ellos, don Diego de Adexe, conocemos la presencia en la isla después de la conquista y, probablemente, porque se entregaría posteriormente a la salida de Lugo para Castilla.*

Se dice que Bencomo, bautizado Cristobal de Taoro, desde Castilla pasó a Venecia acompañando al embajador allí destacado y, en donde residió por mucho tiempo, llamando siempre la atención su recia figura y singular personalidad.

Alonso Fernández de Lugo, primer Adelantado de Tenerife como lo era ya de La Palma, repartió las tierras tinerfeñas entre sus seguidores, levantando él casa solariega en La Laguna. Canarios como Fernando Guanarteme y Pedro Maninidra también alcanzaron repartimientos así como las tropas insulares que coadyuvaran tan eficazmente a la rendición de la indómita gente de Achinech.

Y en aquel año de 1496, después de más de dos de constantes peleas, a finales de la primavera o principios de verano y en fecha todavía discutida, fue rematada la Epopeya de la conquista de Canarias. El archipiélago en pleno pasó a formar parte integrante de la imperial Castilla, de quien ya nunca se separó, pues si bien las tres islas mayores como realengas dependieron directamente de los reyes desde su conquista accidentada, las otras cuatro estuvieron largos años, siglos enteros, gobernadas por el Señorío, aunque ni unas ni otras flaquearon jamás a la hora de defender la soberanía española.

La sangre castellana, sin perjuicios ni racismos, al igual que desde aquellas fechas sucedió en América,, se mezcló abiertamente con la

de la noble raza canaria de tal forma que al poco tiempo ambas eran un solo pueblo, de idiosincrasia singular sí, pero con el mismo ideario común al de las demás regiones hispanas.

Así lo proclamaron a lo largo de los siglos hechos trascendentales que en las islas Canarias han acaecido. Pero, ésas son otras historias.

FIN

## APENDICE I

### Vocabulario guanche-canario.

La siguiente relación es una pequeña recopilación de nombres de cosas, de personas, de topónimos y de frases completas que en la presente obra se citan y que han llegado hasta nosotros a través de diversas copias de crónicas e historias, que puedan considerarse con algún fundamento originales de la raza autóctona canaria o tengan, al menos, raíz indígena; realizada dentro de las limitaciones impuestas por las degeneraciones y corrupciones que el lenguaje guanchinesco-canario ha sufrido en los últimos siglos. Las palabras o frases en letra bastardilla son traducciones literales tomadas de estudios lingüísticos.

#### a) nombres de cosas.

- abo .- *La leche*, en Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote.
- abof .- *La leche*, en Tenerife.
- acichey .- *Arvejas y habas*, en Tenerife.
- achemen .- *La leche*, en el Hierro.
- achicaxana .- *Villano, trasquilado*, del pueblo, en Tenerife.
- achicaxua .- *Trasquilado*, el servidor, el que ejercía los trabajos artesanos y a veces el pastoreo, en Gran Canaria.
- achicua .- *El bastardo hijo*, entre los guanches.
- achinech .- *Isla*, en el lenguaje guanchinesco.
- achimencey .- *Noble, hidalgo*, en Tenerife.
- adago .- *La leche*, en La Palma.
- afaman .- *El cielo*, en Tenerife.
- agadir .- Especie de silo o despensa en que se guardaban las cosechas de trigo, cebada e higos.  
.- *El agua*, entre los nativos del Hierro.  
.- *Harina de cebada*, en Tenerife.
- ahemon .- *Casa o cuevas de reunión*, lugar de oración y también en donde los antiguos canarios se convocaban para hacer justicia u otras asambleas importantes, en Gran Canaria.
- ahoran .- Así se llamaba a los hombres valientes en las islas de Fuerteventura y Lanzarote.
- almogaren .- Especie de dardo de tea, con bolas en el centro para mejor manejarlo, usado en Gran Canaria.
- altahay .- Así se denominaba una especie de jara, planta cistácea que abundaba en la isla de La Palma.
- amodaga .- Así se denominaba una especie de jara, planta cistácea que abundaba en la isla de La Palma.

- añepa .- Lanza larga usada como emblema de mando o estandarte en Tenerife.
- arejormacé .- Los higos verdes, en Gran Canaria.
- aridaman .- *Cabra salvaje*, en Gran Canaria.
- atinavina .- *El cerdo*, en La Palma.
- axa .- *La cabra*, en Tenerife.
- azamotan .- Un plato compuesto de carne cocida o frita con sebo, en Gran Canaria.
- baifa .- *Pereza*; luego se denominó así a las crías de las cabras.
- banode .- Báculo de pastor usado por los bimbaches del Hierro.
- benahoarita .- Habitante nativo de la isla Benahoare que era La Palma prehispánica.
- beñemer .- Época de sementera en Tenerife.
- bimbache .- A veces con la variante *bimbape*, autodenominación de los nativos del Hierro.
- cancha .- Pequeño y feroz perro de la isla de Tenerife.
- cariana .- Sera o espuerta de junco, en Gran Canaria.
- cichiciquitzo .- *Hidalgo pastor*; de las diferentes castas sociales de Tenerife, la intermedia entre los villanos y la nobleza.
- coran .- *El hombre*, entre los guanches.
- cucaba .- *La hija*, en Tenerife.
- chacerguen .- Miel que se confeccionaba con la fruta del mocán en Tenerife.
- chamato .- *La mujer*, en Tenerife.
- efequen .- Edificio de doble pared y planta redonda, oratorio de los nativos en Fuerteventura y Lanzarote.
- faycan .- Especie de Sumo Sacerdote para el culto y favorito o lugarteniente de los guanartemes en Gran Canaria.
- gambuésa .- Rodeo de ganado, en la isla de Fuerteventura.
- gánigo .- Recipiente de barro, propio para rituales ofrendas y para contener líquidos en general.
- garoe .- Nombre dado al Arbol Santo del Hierro que destilaba agua.
- gofio .- Compuesto de harina logrado con el trigo o la cebada tostados previamente y luego triturados.
- guan .- *Persona*, en el lenguaje guanchinesco.
- guanarteme .- *Hijo de Artemi, rey*. El soberano, mandatario máximo de toda la Gran Canaria o de Gáldar y Telde cuando la isla se dividió en dos territorios.
- guanche .- *Guanchinech*, hombre de Tenerife; primero aplicado este gentilicio por sí mismos a los habitantes de la isla y posteriormente dado a todos los del archipiélago.

- guapil .- Tocado de plumas que usaban los nativos de Fuerteventura y Lanzarote.
- guayre .- Personaje noble, especie de consejero que forma parte del Sabor, del grupo que asesoraba y ayudaba al guanarteme a gobernar, en la isla Gran Canaria.
- haguayan .- *Perro pequeño* en La Palma.
- haña .- *La oveja*, en Tenerife.
- haran .- Raíces majadas y mojadas en leche, comida para recién nacidos, usada entre los nativos del Hierro.
- harimaguada .- Sacerdotisa, mujer dedicada al culto, en Gran Canaria.
- huaraca .- Especie de azada rústica usada en la isla del Hierro.
- huirma .- Un tipo de medias que vestían los habitantes de Fuerteventura y Lanzarote.
- hupal .- Rey o señor, en la isla de la Gomera.
- ife .- *Blanco* o de nieve, en el lenguaje de los palmeros.
- joya .- El fruto del mocán, en Tenerife.
- jubaque .- *La oveja*, entre los bimbaches.
- magado .- Bastón real, también especie de maza o arma defensiva.
- mahay .- *Valiente*, en Fuerteventura y Lanzarote.
- maho .- *Calzado*, pieza de cueros atados con correas a pie y piernas, en Lanzarote y Fuerteventura.
- majo .- El nativo de Lanzarote, antiguamente.
- majorero .- El nativo de Fuerteventura.
- mencey .- *Rey*, jefe de distrito o cantón, en Tenerife.
- moca .- Palo endurecido al fuego, usado también como arma defensiva en La Palma.
- mulan .- *La manteca*, entre los bimbaches.
- oche .- *La manteca*, en Tenerife.
- quebei .- *Alteza*, tratamiento que recibían algunos menceyes en Tenerife.
- sabor .- Consejo real, compuesto por los guayres y presidido por el guanarteme, en Gran Canaria.
- sigofie .- *Valiente*, en Tenerife.
- tabona .- Laja afilada, cuchilla de obsidiana o de pedernal, en Gran Canaria.
- tacande .- Piedra volcánica, en La Palma.
- taguacen .- *El cerdo*, en Gran Canaria.
- tagoror .- Lugar de reunión del Sabor, generalmente en sitios adecuados, al aire libre, en Gran Canaria.
- tahatan .- *La oveja*, en Gran Canaria.
- tahuyan .- Larga vestidura de cueros que usaban las mujeres en la Gomera.
- tamarco .- Ropaje a manera de chaleco, confeccionado con piel de cabra.

- tamo .- *El grano de la cebada*, en Tenerife.
- tafiaque .- Cuchilla de pedernal, en Fuerteventura y Lanzarote.
- tamazanoma .- *La cebada*, en Gran Canaria.
- tamogonte acoran .- *Casa de la divinidad*, lugar en donde residían las harimaguadas, en Gran Canaria.
- tarja .- Especie de escudo o rodela defensiva, hecha comunmente de cueros o madera de drago, en Gran Canaria.
- taximaste .- Vestidura de cueros teñida con colorantes, que usaban los nativos de la Gomera.
- teceses .- Garrotes de acebuche, usados como armas en Fuerteventura y Lanzarote.
- tejaunemen .- Los higos secos, en Gran Canaria.
- tener .- *Monte*, en el lenguaje palmero.
- tequevite .- Carne de oveja y cabra, en La Palma.
- tibicena .- *Perro lanudo*. Enormes animales lanudos que decían los isleños se les aparecían en diversas ocasiones, en Gran Canaria.
- tigotan .- *El cielo*, en La Palma.
- tomosaque .- Bastón de pastoreo y arma defensiva y ofensiva entre los bimbaches.
- tómosen .- *La cebada*, en Fuerteventura y Lanzarote.
- tonelete .- Especie de faldilla de juncos machacados, usada como vestimenta, en Gran Canaria.
- xaxo .- El cadaver momificado, en Tenerife.
- xuesco .- Pan de raíces de helechos, en La Palma.
- yife .- *El cerdo*, en Fuerteventura y Lanzarote.
- yrichen .- *El trigo*; así denominaron los guanches de Tenerife a esta planta gramínea, según algunos cronistas.

b) nombres de personas.

- Aberberquere .- *El moreno*, señor del distrito de Mulagua, en la Gomera.
- Abora .- *El dios de luz o Grande*, divinidad indeterminada, de La Palma.
- Acaimo .- *Golpes de lanza*; mencey de Tacoronte cuando Lugo conquistó Tenerife.
- Acoran .- *El Grande, el Unico*; el dios de la religión monoteísta de Gran Canaria, ser sobrenatural que regía los destinos de la isla.
- Acosayda .- Guayre de Telde que acudió en comisión a Lanzarote para entrevistarse con Diego de Herrera.
- Ache .- *El poderoso*, indigena de Lanzarote que pretendió destronar al rey Guariffa.

- Achguaxerxeran Achoron Achoran.- *Sustentador del cielo y la tierra*, que así llamaban los guanches a su dios.
- Achuheyeban .- *Grande, sublime, el que todo lo sustenta*, otro variante de como llamaban a su dios los guanches.
- Achutindac .- *Guayre de Gáldar que acudió a Lanzarote a entrevistarse con Diego de Herrera.*
- Adargoma .- *Pétreas espaldas*, famoso guayre de Gáldar cuando el tiempo de la conquista de Gran Canaria.
- Adeum .- *Guayre de Tamaraceite que acudió a Lanzarote a entrevistarse con Diego de Herrera.*
- Adutimara .- *Palmero indígena valiente, primer ministro de Tiniaba, el príncipe de Tagarare, cerca de Barlovento.*
- Agacencio .- *Hijo de la hospitalidad*; príncipe palmero que con Tinisagua y Ventacayce regía el término de Tenibucar.
- Adxoña .- *Posible invención de Viana como mencey de Abona, cuando la conquista de Tenerife.*
- Aganeyey .- *Brazo cortado*, así se llamó posteriormente al príncipe palmero Mayantigo.
- Aguaboreye .- *El hijo del negro*, señor del distrito de Agana, en la Gomera.
- Ahuteyga .- *Guayre de Atiacar, en Gran Canaria, que acudió a Lanzarote a entrevistarse con Diego de Herrera.*
- Alby .- *Héroe, valiente, confidente y compañero de prisión del rey Guadarffa en Lanzarote.*
- Alcorac .- *Variante de Acoran, el dios de los canarios prehistóricos.*
- Almaluige .- *El negrín*; régulo de la Gomera cuando la isla fué visitada por gallegos y portugueses en el siglo XIV.
- Añateve .- *Nombre posiblemente inventado por Viana, fue mencey de Gtímar cuando la conquista de Tenerife.*
- Aranfaibo .- *El demonio*, entre los nativos del Hierro.
- Aridañy .- *El llano*, guayre de Aquerata, de Gran Canaria, que acudió a Lanzarote a entrevistarse con Diego de Herrera.
- Armide Iacocon .- *El valido de Dios*, llamado también Aymedeyo-coan, fue un noble guayre grancanario.
- Armiche .- *Príncipe*; fue el último rey del Hierro.
- Artenteyfac .- *Guayre de Artevirgo, en Gran Canaria, que acudió a Lanzarote a entrevistarse con Diego de Herrera.*
- Artemis .- *Hijo del príncipe*, guanarteme canario que pereció en la batalla de Arguineguín.
- Atabara .- *El grueso, el grandullón*, príncipe palmero que regía el término de Tenagua.
- Atidamana .- *La madre reina*, conocida también por Andamana

- o Aridamana, fue la que al unirse con Guimidafe fundó la dinastía de los Semidanes que reinaron en Gran Canaria durante todo el siglo XV.
- Atogmatona .- *El de las grandes piernas*, renombrado príncipe palmero, señor de Tijarafe.
- Auhagal .- Rey del distrito de Ipalan, en la isla de la Gomera.
- Augeron .- *Hermano del príncipe*, bimbache hermano del rey Armiche.
- Autindana .- *El colérico*, famoso guayre de Gáldar en épocas de la conquista de la isla grancanaria.
- Autinimara .- *El de la gratitud*, valiente pastor guerrero palmero del término de Tagorate.
- Ayose .- *El largo*, rey del cantón de Jandía, en Fuerteventura.
- Azaguahe .- *El negro*, príncipe palmero que con su hermano Echentire gobernaba en Abenguareme.
- Badefiol .- Achimencey guanche, hermano del mencey de Tacoronte.
- Bediestra .- *El protegido*; príncipe palmero que regía el término de Adeyahamen.
- Bediestra .- *El protegido*; príncipe palmero que regía el término de Tagalgen.
- Bencomo .- Mencey del reino de Taoro, el más poderoso príncipe tinerfeño cuando la conquista de la isla, llamado también Benitomo o Benchomo.
- Beneharo .- Llamado *el Loco*, mencey del término de Anaga cuando la conquista de Tenerife.
- Bentagache .- *El del valle*, conocido también por Ventagoo, hijo de Taghoter Semidan y guanarteme de Telde.
- Bentaguayre .- *El de la sierra*, noble guayre del término de Gáldar en Gran Canaria.
- Bentejuf .- *El del salto*; así llamaron los cronistas a Tazartico, el hijo del guanarteme de Telde, que se arrojó desde lo alto de unos peñascos al rendirse la isla grancanaria a Castilla.
- Chaxiraxi .- *La que carga al que tiene el mundo*; así llamaron los guanches a la Virgen de Candelaria.
- Chedey .- *El fatídico*, régulo también llamado Echedey, que gobernaba en Tyhuya, término de La Palma, cuando la célebre batalla allí efectuada en el siglo XV, en donde murió el joven Guillén Peraza.
- Chenaucó .- Hermano del príncipe Echedey.
- Dácil .- Princesa guanche, hija del mencey Bencomo.
- Doramas .- *El de las grandes narices*. Héroe canario por excelencia, que se erigió en regente del reino de Telde y fue denodado adalid cuando la conquista de Gran Canaria.
- Echentire .- *El fuerte lo ama*, príncipe palmero que con su hermano Azaguahe gobernaba el término de

Abenguareme.

- Egenenacar .- Guayre de Agüimes, que acudió a Lanzarote a entrevistarse con Diego de Herrera.
- Eraoranzan .- Idolo macho adorado por los bimbaches.
- Faya .- *Hombre notable*; último faycan de Telde, en Gran Canaria.
- Fayna .- *La noble brillante*, mujer de Zonzamas, rey de Lanzarote en tiempos de la llegada a la isla de Martín Ruíz de Avendaño.
- Gayota .- *El demonio*, en Tenerife.
- Guacimara .- Hija del mencey Beneharo de Anaga, en Tenerife.
- Garehagua .- *Como perro*; príncipe palmero que con su hermano Jugurio regía el término de Mazo.
- Guadarfia .- *El rey*; último gobernante indígena de la isla de Lanzarote.
- Guanache .- *Hombre poderoso*, llamado también Guayasen, hijo de Taghoter y guanarteme de Gáldar, casado con una hermana suya.
- Guanariga .- *El que agarra rápido*, también llamado Guanariragua y el Tuerto, faycan de Telde, en Gran Canaria.
- Guañañeme .- *Hombre adivino*, anciano profeta o sacerdote de Tenerife en la época de la conquista de la isla.
- Guayanfanta .- *La que está arriba*, fornida palmera que supo vender cara su vida.
- Guayarmina .- *Princesa, hija del rey*; última heredera del trono de Gáldar.
- Guayasemen .- Era faycan de Gáldar cuando Diego García de Herrera tomó simbólica posesión de la Gran Canaria.
- Guayaxiraxi .- Otro de los nombres por el que conocían los guanches a su dios.
- Guaxara .- Esposa del héroe Tinguaro a hija de Beneharo, el Loco en Tenerife.
- Guimidafe .- *Espalda en punta*. Jefe de cuadrilla que en el siglo XIV, al casarse con Andamana, fundó la dinastía de los Semidanes en Gran Canaria.
- Guise .- *El alto*; rey del cantón de Maxorata, en Fuerteventura.
- Guriruguan .- *Pedregal, roquedal*; guayre de Arehucas que acudió a Lanzarote a entrevistarse con Diego de Herrera.
- Hautaciperche .- *El dichoso*, mozo gomero fogoso y valiente que dió muerte a Hernán Peraza,
- Huñagua .- Esposa del poderoso Quebei Bencomo de Tenerife.
- Hupalupu .- *El gran rey*, viejo nativo que se puso al frente de quienes se rebelaron contra el despotismo de Hernán Peraza, en la Gomera.
- Iballa .- *Mujer noble que vive como huesped*; hermosa indígena de la Gomera, con quien tuvo amores Hernán

Peraza.

- Ico .- *La trasquilada bastarda*, la hija de la reina Fayna, en Lanzarote.
- Iruene .- *El demonio*, que se aparecía en forma de perro lanudo a los benahoaritas.
- Jacomar .- Soldado herreño, muerto en venganza por Garehagua, en La Palma.
- Jaineto .- Achimencey de Tacoronte, en Tenerife.
- Jugurio .- *El rubio*; príncipe palmero que con su hermano Garehagua, regía el término de Mazo.
- Mayantigo .- *Pedazo de cielo*; príncipe palmero muy apuesto, régulo de Aridane cuando la conquista de La Palma.
- Maninidra .- Famoso guayré de Tufia y las Cuatro Puertas, en Gran Canaria.
- Masequera .- *Descendiente*; hija de Ventagoo, hermana de Bentejuf y última princesa rebelde.
- Moneiba .- Idolo hembra adorado por los bimbaches en el Hierro.
- Pelicer .- Mencey de Icod, en tiempos de la conquista de Tenerife.
- Pelinor .- Posible nombre inventado por Viana, hijo del mencey de Adeje, heredero del mismo cargo cuando la conquista de Tenerife.
- Romen .- *Casa cuadrada*; mencey de Daute en tiempos de la conquista de Tenerife.
- Ruiman .- Achimencey guanche, hijo del poderoso Bencomo.
- Saco .- *El bienhechor*, guanche de Agaete que acudió a Lanzarote a entrevistarse con Diego de Herrera.
- Semidan .- *Honorable, caballero*; apellido que llevaron los guanartemes canarios.
- Serdeto .- Mencey de Anaga en tiempos en que se construyó en Tenerife el fuerte de Añaza.
- Sigoñe .- Nombre de un famoso guerrero del reino de Taoro, en Tenerife.
- Soront Semidan .- Padre de Tenesor Semidan y de Maninidra, en Gran Canaria.
- Tafetan .- Nombre de un nativo de Gran Canaria, hijo de peninsular y canaria, que protagonizó un curioso episodio de antes de la conquista de la isla no confirmado.
- Taghoter Semidan .- *Príncipe del tagoro*, guanarteme que regía los destinos de la isla Canaria a mediados del siglo XV.
- Tamanca .- *El dadivoso*, régulo de un cantón palmero.
- Tamonante .- *La protectora*; mujer que ejercía de apaciguadora y árbitro en polémicas y rivalidades entre los nativos de Fuerteventura.
- Tanausu .- *El testarudo*; poderoso príncipe y sacerdote del culto isleño en La Palma prehispánica.

- Tazarte .- *El higueral*; guayre famoso en tiempos de la conquista de Gran Canaria.
- Tazartico .- Llamado también Bentejuí (*El que se riscó*), hijo de Ventagoo y último heredero del trono teldense en Gran Canaria.
- Tazirga .- Luego de bautizada llamada María, sirvienta o camarera de la princesa grancanaria Tenesoya Vidina.
- Temíaba .- Señor de Tagorata, en la isla de La Palma.
- Tegueste .- Mencey de Tegueste cuando la conquista de Tenerife.
- Teguise .- *Mujer noble*; princesa lanzaroteña amante de Maciot de Bethencourt.
- Teresor Semidan .- Regente de Gáldar, tío de la princesa heredera Guayarmina y que, bautizado, se llamó Fernando Guanarteme.
- Tenesoya Vidina .- Princesa hija de Armide, Iacocon, sobrina del guanarteme de Gáldar, raptada por los castellanos en las costas grancanarias.
- Tibiabin .- *La sabia, la profetisa*; mujer sacerdotisa en los ritos sagrados de la isla de Fuerteventura.
- Tigaiga .- Valeroso guerrero guanche que murió bravamente en la batalla de La Laguna cuando la conquista de la isla.
- Timanfaya .- *Entre fuego*; rey de Lanzarote, apresado por los piratas de Pedro Martel en 1393.
- Tinabuna .- Hija de Atogmatona, régulo palmero.
- Tinguaro .- También llamado Chimedía, achimencey célebre, héroe guanche cuando la conquista de Tenerife.
- Tinerfe .- Mítico mencey, todopoderoso fundador del imperio guanchinesco.
- Tinisuaga .- Príncipe palmero que con sus hermanos Agacencio y Ventacayce regía el término de Tenibucar.
- Tiniaba .- *Datilerà del padre*; príncipe de Tagorare, en el término de Barlovento, en La Palma.
- Ugranfir .- Capitán palmero, consejero y allegado del héroe Tanausu.
- Unchepe .- Rey o señor de distrito de Orone, en la Gomera.
- Ventacayce .- *El cojo*, príncipe palmero que con Tinsuaga y Agacencio regía el término de Tenibucar.
- Viidacane .- Guayre de Tejada que acudió a Lanzarote a entrevistarse con Diego de Herrera.
- Yoñe .- *El profeta*, viejo sacerdote o adivino de la isla del Hierro.
- Zebensui .- *El hidalgo bastardo*; señor de La Punta del Hidalgo Pobre cuando la conquista de Tenerife.
- Zonzamas .- *El rey*, legendario señor de Lanzarote, anterior a las conquistas bethancurianas.

c) topónimos.

- Abenguareme .- Término de la isla de La Palma.

- Abona .- Uno de los nueve *reinos* de Tenerife cuando la conquista de la isla.
- Acentejo .- Valle y barranco de Acentejo en donde se desarrolló una gran batalla entre las tropas de Lugo y las de Bencomo.
- Achinech .- *País de Echeide*, así llamaban a su isla los tinerfeños.
- Adamacansis .- *El paso de Tamanca*, estrecho y estratégico barranco en la isla de La Palma, conocido también por *El paso del capitán*.
- Adeje .- Uno de los nueve *reinos* de Tenerife.
- Adeyahamen .- *Bajo el agua*, término de la isla de La Palma.
- Agana .- Hoy Vallehermoso, uno de los cuatro cantones en que se dividía la isla de la Gomera cuando llegaron a ella los castellanos.
- Agayte .- Lugar de la costa grancanaria, en donde se montó un fuerte cuando el tiempo de la conquista de la isla. Es el actual Agaete.
- Aguatona .- Término entre Telde e Ingenio, en Gran Canaria.
- Aguere .- Topónimo guanche que identificaba a la actual La Laguna, en Tenerife.
- Agütimes .- Lugar situado en la margen derecha del barranco Guayadeque en Gran Canaria.
- Agumastel .- Término situado entre Gáldar y Agaete.
- Aipare .- Término de la Gomera en donde desembarcó Fernando de Soto o de Castro en el siglo XIV.
- Aisouragan .- Lugar donde se helaron las gentes, topónimo de La Palma.
- Amagar .- Término de los Llanos de Aridane, en La Palma.
- Anaga .- Uno de los nueve *reinos* de Tenerife.
- Ansite .- *La fortaleza*, lugar de Gran Canaria, en donde tuvo efecto la entrega simbólica de la isla a Castilla.
- Añaza .- Lugar cercano a la actual Santa Cruz, primera cabeza de puente para la conquista de la isla tinerfeña.
- Aquerata .- Término de Gran Canaria citado por diversos cronistas.
- Arautúpala .- La Orotava actual, en el *reino* de Taoro, en Tenerife.
- Arehucas .- La actual Arucas en Gran Canaria.
- Aridane .- *El llano*, término de La Palma.
- Argodey .- *La fortaleza*, lugar de la Gomera, en donde se dice tuvieron los isleños acorralados a invasores portugueses en el siglo XIV.
- Arguineguín .- Término de Gran Canaria.
- Artenara .- *Lugar de la fortaleza*, término de Gran Canaria.
- Artevirgo .- Lugar no identificado en Gran Canaria.
- Atamaraceite .- *El palmeral*, término de Gran Canaria. El actual Tamaraceite.

- Atiacar .- Posiblemente el actual Utiaca, término de Gran Canaria.
- Aurita .- Nombre que los bimbaches daban a su isla, además de llamarla *Esero*.
- Ausita .- Posiblemente, el Ansite histórico de Gran Canaria.
- Axerjo .- *Gran torrente de aguas*, riachuelo que brotaba del interior de La Caldera de Taburiente, en La Palma.
- Benahoare .- *Mi pátria*, la isla de La Palma, así llamada por los nativos.
- Benajuate .- Nombre que los palmeros dieron a la isla del Hierro.
- Benicod .- *El sitio del esquilo*, término de Tenerife.
- Bentayga .- *La sierra*, roque del macizo central montañoso de Gran Canaria y que con el Roque Nublo fue tenido como monumento sagrado por los isleños.
- Cendro .- Lugar cercano al prehispánico Telde, en Gran Canaria.
- Chipude .- *Bloque empinado*, alto y escabroso paraje de la Gomera, de donde Pedro de Vera desalojó a los nativos insurrectos.
- Daute .- Uno de los nueve *reinos* de Tenerife cuando la conquista de la isla.
- Ecero .- *Lugar fuerte*, término en La Caldera de Taburiente, en La Palma.
- Echeide .- El Teide en el lenguaje guanchinesco.
- Erbanne .- *La pared*; así llamaron también a Fuerteventura los nativos majoreros.
- Esero .- *Fuerte*, que era el nombre que los bimbaches daban a su isla del Hierro, además de llamarla Aurita.
- Fataga .- *Lugar de la fuerza*, término de Gran Canaria.
- Gáldar .- *Lugar elevado*, término de Gran Canaria.
- Gando .- *Roque, peñasco*, término de Gran Canaria.
- Garajonay .- *Roque alto*, lugar célebre porque en él se refugiaron los indígenas gomeros después de haber dado muerte a Hernán Peraza, el *Joven*.
- Guahedum .- Unas cuevas en la isla de la Gomera, a donde solía acudir Hernán Peraza para entrevistarse con la isleña Iballa.
- Guamazara .- Llanuras del término de Tacoronte, en Tenerife.
- Guejebey .- Término de la isla de la Gomera.
- Güimar .- Uno de los nueve cantones en que se hallaba dividida la isla tinerfeña antes de su conquista.
- Guiniguada .- *Junto al agua del mar*, barranco que desemboca en la costa grancanaria por donde se alza la ciudad de Las Palmas.
- Hiscaguan .- Célebre barranco de la isla de La Palma.
- Icod .- *El lugar del esquilmo o trasquilo*, uno de los nueve *reinos* de Tenerife al tiempo de la conquista.
- Idafe .- Roque tenido por sagrado por los palmeros prehispánicos.

- Iguate .- Barranco y valle en el término de Anaga, Tenerife.  
 Imobah .- Término del distrito de Taoro, en Tenerife.  
 Jandfa .- Una de las dos porciones en que se hallaba dividida Fuerteventura cuando su conquista.  
 Jinamar .- *Sobre el agua del mar*, término de Gran Canaria.  
 Mahoh *Tierra, país*, aplicado indistintamente a Fuerteventura y Lanzarote. También se ha dicho que se llamaba así a una hierba que abundaba en ambas islas.  
 Maxorata .- Una de las dos porciones en que estaba dividida Fuerteventura cuando la llegada de los conquistadores.  
 Mazo .- Término de La Palma.  
 Mulagua .- Hoy Hermigua, uno de los cuatro cantones en que estaba dividida la isla gomera prehispánica.  
 Orone .- Hoy Arure, uno de los cuatro cantones en que se dividía la Gomera antes de su conquista.  
 Satauce .- Lugar cercano al actual San Lorenzo, en Gran Canaria.  
 Tacande .- Famoso volcán en La Palma, cuya erupción, en tiempos prehispánicos, arruinó una de sus más fértiles comarcas.  
 Taburiente .- También Tabubente, nombre dado por los isleños a La Caldera de La Palma.  
 Tacoronte .- Uno de los nueve reinos en que estaba dividida la isla tinerfeña antes de su conquista.  
 Tagalgen .- Término de la isla de La Palma.  
 Taganana .- Término del cantón de Anaga, en Tenerife.  
 Tagorate .- Término de la isla de La Palma.  
 Tamanca .- *Travesía frondosa*, término de la isla de La Palma.  
 Tamaran .- *Lugar de palmas*; es el nombre que los isleños daban, o bien a una zona determinada, o, también, a toda la isla Gran Canaria.  
 Taoro .- Uno de los nueve reinos de Tenerife.  
 Tara .- Término de la comarca de Telde, en Gran Canaria.  
 Tasarte .- Fragoso paraje en la montañosa zona oeste de Gran Canaria.  
 Tazacorte .- Término del cantón de Aridane, en la isla de La Palma.  
 Tebexcorade .- *Aguas buenas*, fuente muy nombrada en Benahoare.  
 Tedote .- *Monte*, término de la isla de La Palma.  
 Tegueste .- Uno de los nueve reinos en que se dividía Tenerife.  
 Teide .- *Echeide, el fuego del infierno*, que llamaron los guanches al volcán tinerfeño.  
 Tejeda .- *Fortaleza*, término de un fragoso barranco del mismo nombre, en Gran Canaria.  
 Tejina .- Término de Tegueste, en Tenerife.  
 Telde .- *Lugar de higuerales*, término en el este de Gran Canaria.  
 Tenagua .- Término de la isla de La Palma.  
 Tenibucar .- Término de la isla de La Palma.

- Tenoya .- Término de la isla de Gran Canaria.  
 Tigaiga .- Lugar elevado en el término de Taoro, en Tenerife.  
 Tigelate .- Término de la isla de La Palma.  
 Tijarafe .- Término de la isla de La Palma.  
 Tirajana .- Comarca muy escabrosa en el interior de Gran Canaria.  
 Tirma .- Monte sagrado de los antiguos canarios, localizado hacia el norte de la isla Gran Canaria.  
 Tite-Roga-Kaet .- *Las montañas rojizas*; así llamaron alguna vez sus habitantes a Lanzarote en los tiempos prehistóricos.  
 Tufia .- Importante centro habitado por los canarios prehistóricos en el este de la isla Gran Canaria.  
 Tyhuya .- Término del cantón de Aridane, en La Palma, en donde murió a manos de los isleños el joven Guillén Peraza.  
 Umiaga .- Monte sagrado de los antiguos canarios, sin localización exacta todavía en la geografía grancanaria.

d) frases completas.

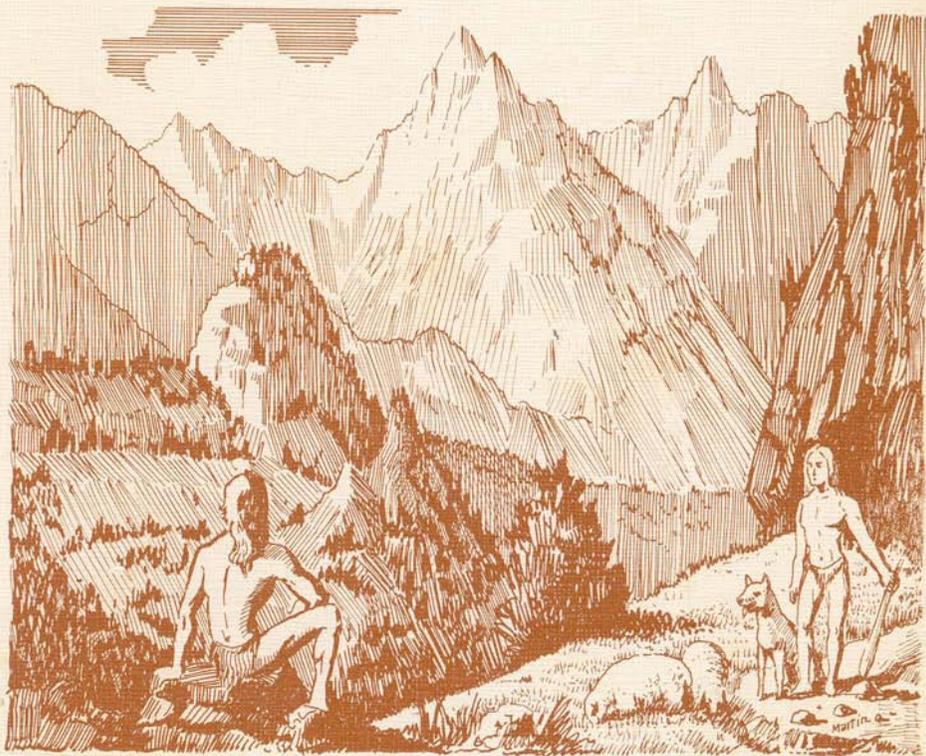
- Achoron Nunhabec, Zahoñat Reste, Guañac Sahut Banot Xeraxe Sote, que quería decir algo como: *Yo juro por el hueso que tuvo real corona de imitarte, guardando todo el bien de la república* en el lenguaje guanchinesco de Tenerife.  
 !Ahehiles, Huxagu Esaven Tamares!, que significaba: *!Acórrele! !Aquellos van tras él!, es el célebre apostrofe dicho por la indígena Iballa cuando iban sus paisanos a matar a su señor Hernán Pereza, en la Gomera.*  
 Agoñec Acoron Inac Zahaña Guañoc Reste Mencey, que significaba: *Juro por aquel día celebrado de tu coronación de ser en todo día de vuestro reino,* fórmula de acatamiento del nuevo mencey, en Tenerife.  
 Chucar guayoc achimencey reste Benchoño sanec vandoc relac nazet zahañe; que quería decir: *No des muerte al hidalgo que es hermano del rey Bencomo y se te rinde como cautivo,* exclamación de clemencia emitida por el príncipe Tinguaro cuando, malherido, cayó bajo las armas castellanas en la batalla de La Laguna, en Tenerife.  
 !Faita, feita! .- *!Traición, traición!,* la voz de aviso que se oía por los altos riscos grancanarios cuando las tropas castellanas se adentraban amenazantes en la isla.  
 !Fore tronc queve! .- *!Ah, malvado traidor!,* exclamación del rey lanzaroteño Guadarfia al caer prisionero de los normandos merced a la traición del ambicioso Ache.  
 !Gama, gama! .- *!Basta, basta!,* orden con que el guayre que oficiase de árbitro daba por terminada la secular lucha canaria aborígen.  
 Queguerte Yguantaro .- *Dale lo que traes y no caerá,* era el final de un

- San Sofé .- Canto religioso, entre los nativos de La Palma.  
.- Seais bien venidos, salutación usada por los guanches.
- !Vacaguaré!  
.- *!Me quiero morir!*, fatalista grito de los benahorritas.
- Yiguida Yiguan Idafe .- *Dicen que caerá Idafe*, oración lamento, canto religioso entre los nativos de La Palma.

## APENDICE II

### Tabla cronológica y algunas etemérides de la historia de Canarias. (desde los primeros conocimientos de las islas hasta su conquista definitiva).

<i>fecha en siglo o año.</i>	<i>acontecimiento trascendental.</i>
años 1700-1500 a.C.	.- Posiblemente, en estas nebulosas fechas llegó al archipiélago canario la primera oleada migratoria que pobló algunas islas.
años 1000 a.C.	.- Segunda emigración, no muy numerosa, quizás a través de la Berbería, que trajo a Canarias la cultura de las cuevas escurbadas en la toba volcánica.
año 610 a.C.	.- Expedición egipcio-fenicia alrededor del Africa con posible escalada o, al menos, reconocimiento del archipiélago canario.
años 500-100 a.C.	.- Tercera oleada migratoria, importadora de cerámica similar a la de la cultura cretense, localizada principalmente en Gran Canaria.
año 25 a.C.	.- Expedición mauritana ordenada por Juba II. Se cita a Canaria por primera vez con dicho nombre latino.
siglo I de n. Era.	.- Cuarta emigración importante de gentes con civilización avanzada, llegada a través de la Libia y que componía al pueblo guanche.
siglo II de n. Era.	.- Se escribe la Crónica de San Avito que dice haber llegado a Canaria para predicar la Religión Verdadera, habiendo sufrido martirio en ella el 13 de enero del año 106.
siglo VI de n. Era	.- Julio Honorio escribe con bastante inexactitud acerca del archipiélago Afortunado. Una Crónica religiosa habla de la visita de San Brandán al archipiélago.
siglo VII de n. Era	- San Isidoro, en sus Etimologías, habla de las islas.
siglo VIII de n. Era	.- En el año 714, según relata el geógrafo Martín Behaim, cristianos portugueses que huyen de la invasión árabe, se establecen en unas islas que pueden ser las Canarias.
siglo IX de n. Era	.- En el <i>Anónimo de Ravena</i> y en la Crónica irlandesa de Daucil vuelve a hablarse, muy confusamente, de las islas Canarias.
siglo X de n. Era	.- Entre febrero y mayo del año 999, el capitán árabe Ben Farrouchh, después de desembarcar en la bahía



"La Caldera de Taburiente en el término de Eceró, fue el último reducto de los beneaharitas

- de Gando, atraviesa la isla Canaria.
- siglo XII de n. Era .- El poeta y gramático griego J. Izetes escribe de las islas Canarias, aunque las confunde con las Británicas.
- siglo XIII de n. Era .- Por los años 1285 y 1291 surcan las aguas del archipiélago canario naves pertenecientes a los genoveses Vivaldi.
- siglo XIV de n. Era .- Las islas Canarias surgen de la bruma de leyendas, crónicas religiosas y relatos fantásticos. A partir de este siglo son conocidas, visitadas y atacadas tenazmente por los piratas.
- año 1312 .- El genovés Lancelot de Maloysel se establece en Lanzarote y durante veinte años comerciará activamente con los isleños.
- año 1341 .- Se lleva a cabo la expedición portuguesa que recorre todo el archipiélago y de cuyo viaje hace relación el piloto Nicolosso de Recco, comenzando el periplo en julio y terminando en el mes de noviembre.
- año 1342 .- Expedición mallorquina al mando de Francesch Descalers.
- años 1342-43 .- Expedición mallorquina a las Canarias, comandada por Domingo Gual.
- año 1344 .- Con fecha de 15 de noviembre, el papa Clemente V otorga título de Príncipe de la Fortuna, rey de las Canarias, a don Luis de La Cerda.
- año 1352 .- El papa Clemente VI expide dos Bulas autorizando una expedición aragonesa a las Canarias, al mando de Arnaul Roger.
- año 1369 .- El papa Urbano V solicita auxilios para proveer una expedición de religiosos que evangelicen a los habitantes de las islas que componen el archipiélago Afortunado.
- año 1377 .- De ser cierto este episodio, es por tales fechas cuando llega a Lanzarote Martín Ruíz de Avendaño.
- año 1382 .- Naufraga en las costas grancanarias, frente a la desembocadura del Guinguada, un navío procedente de Sanlucar de Barrameda.
- año 1386 .- Por estas fechas se suponen las posibles expediciones realizadas a la Gomera, anteriores a la llegada de Juan de Bethencourt.
- año 1390 .- Se aparece a unos pastores guanches la Virgen de Candelaria en las costas sureste de Tenerife.
- año 1393 .- Se efectúa una audaz incursión de pirateo que trae al frente a Pedro Martel, que asola a casi todas las islas y que en Lanzarote toma prisionero al rey Timanfaya, a su mujer y a muchos otros isleños.
- año 1402 .- El 1 de mayo salen del puerto francés de La Rochela

Juan de Bethencourt y Gadifer de la Salle con hombres y armamento para conquistar las islas Canarias. En los primeros días del mes de julio, la expedición llega a Lanzarote.

- año 1403 -Guadarfía, rey de Lanzarote, se entrega y con él, la isla, a Gadifer de la Salle. Con fecha 28 de noviembre, el rey de Castilla, Enrique III, concede al caballero de Bethencourt el título de Señor de Las Canarias.
- año 1404 .- En el mes de abril retorna Juan de Bethencourt de un viaje realizado a Castilla. El 22 de noviembre se culmina la conquista de Fuerteventura.
- año 1405 .- En el otoño Juan de Bethencourt ataca a Canaria, siendo ampliamente derrotado en la batalla de Arguineguín, dándole por ello a la isla el epíteto de *Grande*. A finales del año, acaso en noviembre, es conquistada la isla del Hierro. En los últimos días de diciembre, Juan de Bethencourt parte de las Canarias para ya no regresar jamás.
- año 1418 .- Con fecha de octubre, el ausente Señor de las Canarias autoriza a su sobrino Maciot para que venda su feudo. El día 15 de noviembre del mismo año pasan las islas a poder del Conde de Niebla.
- año 1430 .- El 25 de marzo Guillén de las Casas compra las islas por un precio total de 5.000 doblas de oro.
- año 1443 .- A consecuencia de herencias y permutas, las islas pasan a ser posesión de Inés de Las Casas y Fernán Peraza, el *Viejo*. Fernán Peraza conquista la Gomera y pone los cimientos de lo que luego será famosa Torre del Conde.
- año 1447 .- Tiene efecto en La Palma la batalla de Tyhuya, pereciendo en ella el joven Guillén Peraza de Las Casas.
- año 1448 .- Maciot de Bethencourt vende ilegítimamente el señorío de Lanzarote al Infante don Enrique, el *Navegante*, en Portugal, quien despacha de inmediato dos navíos de guerra a ocupar la isla.
- año 1449 .- A finales de este año son expulsados de Lanzaorte los portugueses.
- año 1454 .- El papa Nicolás V, con Bula de 8 de enero, señala zonas de dominio a Portugal y Castilla en el Atlántico. Llegan los nuevos señores de Canarias Inés Peraza de las Casas y Diego García de Herrera a Lanzarote, en donde constituyen su feudo.
- año 1455 .- Enrique IV de Castilla espide una Real Cédula por la que se ordena el levantamiento del secuestro judicial que pesaba sobre Lanzarote.

- año 1461 .- El día 12 de agosto Diego García de Herrera toma pacífica y simbólica posesión de la isla Gran Canaria, celebrándose el 16 del mismo mes el acto del besamanos y pleitesía de los dos guanartemes reinantes a la sazón.
- año 1463 .- Es edificada la primitiva torre de Gando, con consentimiento y ayuda efusiva de los isleños.
- año 1464 .- El día 21 de junio se establece el Tratado del Bufadero, por el cual Diego de Herrera tomaba simbólica posesión de la isla de Tenerife. Es por estas fechas construída la torre de Añaza, en lugar cercano a la actual ciudad de Santa Cruz.
- año 1466 .- El rey de Castilla, Juan II, otorga licencia para conquistar las islas aún insumisas, a dos caballeros portugueses que de inmediato envían al archipiélago una armada al mando de Diego de Silva. En este año se efectúan ataques de los portugueses a Gran Canaria, tomando la torre de Gando y adentrándose hasta Telde, con cuyo guanarteme traba amistades el capitán luso.
- año 1468 .- Con fecha de 6 de abril, anula Juan II en Real Cédula su anterior arbitraria autorización de conquista dada a los portugueses.
- año 1475 .- Es destruída por los canarios la torre de Gando. Los guanches, agraviados de los castellanos, también destruyen la torre de Añaza.
- año 1476 .- El día 11 del mes de enero, diez guayres de la isla Canaria acuden a Lanzarote a establecer nuevas paces con Diego García de Herrera. En el verano, los colonos de Lanzarote acuden a Castilla a quejarse ante la reina Isabel de los malos tratos y avasallamientos de sus actuales señores.
- año 1477 .- Se lleva a cabo la exhaustiva Información de Cabitos. El 15 de octubre, el privilegio de conquista de las islas mayores pasa a la Corona.
- año 1478 .- Por estas fechas Doramas se erige en regente de Telde, a la muerte del guanarteme Ventagoo. El día 28 de mayo, salen de Sevilla Juan Rejón y el deán del Rubicón Juan Bermudez con tropas y pertrechos para la conquista de Gran Canaria. El 24 de junio planta Rejón sus estandartes en lo que se llamará Real de Las Palmas, en donde hoy se alza la actual ciudad de Las Palmas. El 30 de junio tiene efecto la célebre batalla del Guiniguada. A fines del mismo año, posiblemente en noviembre, llega Pedro de la Algaba a Gran Canaria y envía a Castilla a Juan Rejón como prisionero. En estas fechas se suceden las batallas de Tenoya y Satautejo.

año 1479

.- El 12 de agosto llegan al puerto de Las Isletas cuatro navíos trayendo al obispo don Juan de Frías y a Juan Rejón, que no logra desembarcar y es reenviado preso a Sevilla. El 29 de agosto se desarrolla la batalla de Tirajana. Poco después son devueltos al Real de Las Palmas, con vida, ochenta prisioneros retenidos por los isleños. El 4 de septiembre se firma en Alcazovas la paz entre Castilla y Portugal, renunciando definitivamente esta nación a las Canarias.

año 1480

.- El 3 de mayo llega una vez más Juan Rejón al puerto de Las Isletas, prende al de la Algaba y a Bermudez, ahorcando de inmediato al uno y desterrando a Lanzarote al otro. El 18 de agosto llega al Real de Las Palmas el general Pedro de Vera que sustituye a Rejón en el mando. Trae el de Vera una Real Cédula otorgada el 4 de febrero por los Reyes Católicos para proceder a repartos y heredamientos de la isla una vez conquistada.

año 1481

.- En fechas imprecisas de este año tiene lugar la famosa batalla de Arucas, en la cual muere el héroe Doramas. Se construye el fuerte de Agaete. Muere violentamente Juan Rejón en la Gomera.

año 1482

.- El 1 de febrero llega Hernán Peraza al fuerte de Agaete para ayudar a su alcaide Alonso Fernández de Lugo en las tareas de la conquista de la isla Canaria. El 12 de febrero es capturado en Gáldar el guanarteme Tenesor Semidan y llevado a Castilla en donde, el 31 de mayo, es bautizado bajo el padrinazgo de los Reyes Católicos. El 28 de octubre llega al Real de Las Palmas Miguel de Mujica con nuevos voluntarios para la conquista y acompañado del ya aliado de Castilla Fernando Guanarteme. El 10 de noviembre sale Miguel de Mujica con sus hombres en descubierta, acompañado de Fernando Guanarteme para que éste, en Agaete, convenza a algunos canarios allí reunidos a que se rindan. Por estas fechas se efectúa el ataque más duro a la fortaleza isleña del Bentayga. El 22 de noviembre dominan los castellanos la comarca de Arguineguín. El día 15 de diciembre atacan otra vez los invasores al Bentayga.

año 1483

.- El 8 de abril sale Pedro de Vera en busca del resto de los quebrantados canarios que están refugiados en el fuerte de Ansite. El faycan de Telde y el príncipe Tazartico se despeñan abrazados, al ver como se rinde la isla. El 29 de abril se entregan los canarios aun insumisos, a las tropas castellanas. Algunos modernos investigadores atrasan un año esta efemérides. Posi-

blemente es por estas fechas descubierta la imagen de Nuestra Señora en un Pino de Teror.

año 1484

.- Es en este año cuando acaece la primera insurrección de los gomeros ante los desmanes del déspota Hernán Peraza; Pedro de Vera, llegado de Gran Canaria, reduce con dureza a los sediciosos.

año 1485

.- El 22 de junio ha muerto en Lanzarote Diego García de Herrera. El 20 de noviembre se traslada el obispado de Canarias, desde la catedral del Rubicón en Lanzarote a la de Santa Ana en Gran Canaria.

año 1487

.- El día 20 de enero se incorpora Gran Canaria a la Corona de Castilla.

año 1488

.- Tiene efecto la segunda rebelión de los isleños gomeros contra Hernán Peraza a quien, a fines del mes de noviembre, matan los conjurados.

año 1489

.- En el transcurso de este año son vendidos a centenares y como esclavos los sojuzgados gomeros, enviados a la Península por Pedro de Vera.

año 1490

.- Después de ser informados por el obispo de Canarias, los Reyes Católicos dan orden de liberar a los gomeros cautivos y en venta, destituyendo a Pedro de Vera de su puesto de gobernador y General en Canarias.

año 1491

.- El 30 de marzo llega a Gran Canaria Francisco de Maldonado como nuevo Gobernador General. Fracasa una tentativa de desembarco en la indómita Tenerife.

año 1492

.- Cristóbal Colón llega a las Canarias en los primeros días del mes de agosto. El 11 o el 12 vá a la Gomera retornando a Gran Canaria el 25, para volver a la Gomera, de donde sale el día 6 de septiembre. En estas fechas está en actividad el volcán del Teide, en Tenerife. El 8 de junio los Reyes Católicos otorgan a Fernández de Lugo autorización para la conquista de La Palma, concediéndole, con fecha de 13 de julio, el quinto de los cautivos y presas que en el futuro hiciese. El 29 de septiembre los castellanos desembarcan en Tazacorte dando así comienzo la conquista de la isla. Durante los siguientes meses del mismo año Fernández de Lugo vá tomando posesión de los distintos cantones en que está dividida la isla.

año 1493

.- Después de conquistar Fernández de Lugo once cantones de los doce en que se dividía La Palma, el 3 de mayo atrae a Tanausu, jefe del último reducto rebelde, hasta los Llanos de Aridane y allí, con una feroz batalla se acaba la resistencia isleña, quedando la isla para Castilla. El 2 de octubre, en su segundo viaje, Colón llega a Gran Canaria primero y luego a la Gomera, de

donde parte para las Indias el día 17 del mismo mes.  
 año 1494 .- Llega a Gran Canaria el nuevo Gobernador Alonso Fajardo. El día 1 de mayo, Alonso Fernández de Lugo, bien pertrechado de gentes y armas, desembarca en un punto de Tenerife cercano a las ruínas de la torre de Añaza. El 4 del mismo mes se adentran los castellanos en la isla hasta La Laguna y tiene lugar una entrevista entre Lugo y Bencomo, a la vista de ambos ejércitos, que no se acometen. El 1 de junio se desarrolla la batalla de La Matanza de Acentejo, en donde triunfan en toda línea las armas guanches. El 8 de junio retornan los derrotados castellanos al Real de Las Palmas, en Gran Canaria. El 2 de noviembre desembarca de nuevo Alonso Fernández de Lugo por Añaza, dispuesto a la conquista definitiva del imperio guanche. El 13 o 14 de noviembre tiene lugar la batalla de La Laguna, ganada por la tropa invasora y en donde murió el héroe isleño Tinguaro.

año 1495

.-El 31 de enero reconocen los castellanos parte de la tierra tinerfeña, cubierta de cadáveres de apestados y es por estas fechas cuando acaece el combate de Las Peñuelas. El 1 de diciembre llega a Santa Cruz Lope Hernandez de la Guerra con socorros necesarios aportados por él particularmente a la empresa. El 24 de diciembre se adentran los castellanos por la isla hasta Tacoronte. El 25 de diciembre se desarrolla la batalla de La Victoria, ganada por los castellanos.

año 1496

El 4 de enero vuelven a acantonarse las tropas castellanas en Santa Cruz. A últimos de mayo llegan a Tenerife nuevas ayudas para los conquistadores. El 27 de julio, según varios autores, se entrega Bencomo a Castilla y con él toda la diezmada nación tinerfeña, rematándose así la conquista definitiva de las islas Canarias.

APENDICE III

Bibliografía más destacada usada para la confección de la presente obra.

- ALAMO, Nestor .- *El almirante de la Mar Océana en Gran Canaria.*
- ALCINA FRANCH, José .- *Las pintaderas de Canarias y sus posibles relaciones.*
- ALONSO, María Rosa .- *Las endechas a la muerte de Guillén Peraza.*  
.- *El poema de Viana.*
- ALVAREZ DELGADO, Juan .- *Antropónimos de Canarias.*  
.- *Puesto de Canarias en la investigación lingüística.*
- BONET REVERON, Buenaventura .- *Las expediciones a las Canarias en el siglo XIV.*  
.- *Diego de Silva en Canarias.*  
.- *La leyenda de los nueve menceyes.*  
.- *El testamento de los trece hermanos.*
- BOSCH MILLARES, Juan .- *Las armas y fracturas de cráneo de los guanches.*
- DARIAS PADRON, Dacio .- *Noticias generales históricas sobre la isla del Hierro.*
- GARCIA VENERO, Maximiano .- *Canarias. (Biografía de la región Atlántica).*
- GAUDIO, Atilio .- *Sobre el origen de las Canarias prehistórica.*
- HERNANDEZ BENITEZ, Pedro .- *Telde.*
- HOZ, Agustín de la .- *Lanzarote.*
- JIMENEZ SANCHEZ, Sebastián .- *Síntesis de la Prehistoria de Gran Canaria.*  
.- *Primeros repartimientos de tierras y aguas en Gran Canaria.*  
.- *Breve reseña histórica del Archipiélago Canario.*
- MORALES PADRON, Francisco .- *Sevilla, Canarias, América.*
- NAVARRO Y RUIZ, Carlos .- *Páginas históricas de Gran Canaria.*
- RODRIGUEZ, Leoncio .- *Los árboles históricos y tradicionales de Canarias.*
- ROSA OLIVERA, Leopoldo de la .- *Los Bethencourt en Canarias y América.*
- RUMEU DE ARMAS, Antonio .- *Los "reinos" de Tenerife.*  
.- *Piraterías y ataques navales contra las islas Canarias.*
- SANTIAGO RODRIGUEZ, Miguel .- *Colón en Canarias.*

SERRA RAFOLS, Elías

- .- *Las crónicas de la conquista de Gran Canaria.*
- .- *De arqueología canaria.*
- .- *El redescubrimiento de las islas Canarias en el siglo XIV.*
- .- *La navegación primitiva en los mares de Canarias.*

TORRES CAMPOS, Rafael

- .- *Carácter de la conquista y colonización de las islas Canarias.*

WOLFEL, Dominik Josef

- .- *Un episodio desconocido de la conquista de la isla de La Palma.*

...y monografías en las publicaciones *ANUARIO DE ESTUDIOS ATLANTICOS*, *EL MUSEO CANARIO* y *REVISTA DE HISTORIA CANARIA*, además de numerosos artículos aparecidos durante estos últimos años en la prensa isleña, así como las notas tomadas en diversas conferencias, en eruditas charlas escuchadas cuyos autores han escudriñado en el pasado canario esclareciendo noticias hasta ahora confusas y ambiguas y aportando reveladores datos.



"En un altozano, entre frondosa vegetación, en la orilla del Guiniguada, Juan Rejón fundó

## APENDICE IV

### Cronología de las más primitivas y principales fuentes para la historia de Canarias.

A falta de un trabajo más detallado acerca de las fuentes en que generalmente bebieron quienes han historiado sobre el archipiélago canario, vaya aquí, como avance de la monografía que en su día esperamos poder ofrecer al público lector, esta sucinta relación de títulos y autores que complementan la bibliografía precedente y que han sido consultados, citados y literalmente copiados en párrafos considerados convenientes, confeccionada ahora con un pretendido orden cronológico, aditamentada con algunas someras notas aclaratorias cuando se ha estimado oportuno, con interrogantes en las fechas dudosas y dejando en suspenso los datos que nosotros no pudimos confirmar hasta la hora presente.

Creemos obligado añadir que esta no es, ni mucho menos, una relación exhaustiva ni completa aunque sí suficiente para la presente obra; que en ella se indican los datos por nosotros contrastados y que comprenden desde las más antiguas fechas fehacientes hasta finales del siglo XIX. Deseamos pues que en esta nuestra concreta postura de curiosidad inquieta y aun no saciada del tema, se nos lea y comprenda.

- .- El manuscrito de la relación de Recco, atribuido a Juan Boccaccio se escribió en 1341.
- .- El anónimo, de la Catedral de Las Palmas, ¿hacia 1380?...
- .- LE CANARIEN, Historia del primer descubrimiento y conquista de las Canarias hecho en 1402 por Juan de Bethencourt, escrito por Pedro Leverrier y Juan Bontier, en el año 1417 posiblemente; el manuscrito mixtificado, usado casi sin excepción por los primeros historiadores de Canarias, es del año 1482.
- .- La CRONICA DO DESCUBRIMIENTO E CONQUISTA DE GUINEE, escrito por mandato de el Rei Alfonso V, (cap. XXV. pág. 32) fue compuesta por el portugués Gomes Eannes de Azurara entre los años 1448 y 1453.
- .- DE LAS SIETE ISLAS CANARIAS Y DE SUS COSTUMBRES, por Alvise de Cadamosto, en 1452.
- .- CRONICA DEL SERENISIMO REY DON JUAN, EL SEGUNDO DE ESTE NOMBRE, fue escrita por Alvar García de Santa María en 1454.
- .- CRONICA DE LOS REYES CATOLICOS, (cap. XXXVII) escrita por Mosén Diego de Valera, ¿en el año 1485?...
- .- LAS COSTUMBRES Y FALSAS RELIGIONES, POR CIERTO MARAVILLOSAS, DE LOS CANARIOS QUE MORAN EN LAS ISLAS AFORTUNADAS, por Alonso de Palencia, en 1490.
- .- UNA CRONICA PRIMITIVA DE LA CONQUISTA DE GRAN CANARIA, anónima, llamada *Matritense*. ¿1492? ¿1496? ¿1542-45? ¿De Argüello o de Jaimez de Sotomayor?...

- BREVE RESUMEN E HISTORIA MUY VERDADERA DE LA CONQUISTA DE GRAN CANARIA escrita por Antonio Sedeño. Hay tres versiones diferentes: ¿1492? ¿1620? ¿1551-54? y revisada en 1660.
- HISTORIA DE LOS REYES CATOLICOS DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL, (cap. CXXXIV) escrita por Andrés Bernáldez, Cura de los Palacios, hacia el año 1500.
- CATALOGO DONDE ESTAN SENTADOS LOS ANTIGUOS SEÑORES DESTAS YSLAS DE CANARIAS Y SUS NOBLES CONQUISTADORES Y POBLADORES. Traducido de lengua francesa en castellana, por mandato del señor Pedro Hernández de Saavedra, señor destas yslas de Lanzarote y Fuerteventura, escrito en 1509 o, acaso, anteriormente.
- CRONICA..., escrita por el clérigo Juan de Troya, tal vez en 1509. También se menciona como posible autor de este desaparecido manuscrito a un Doctor Antonio Troya, que la pudo haber compuesto en el año 1560.
- HISTORIA DE LA CONQUISTA DE LA GRAN CANARIA, de Pedro Gómez Escudero, dándose varias fechas para su confección: 1520, 1550 y fue revisada en 1639 por el capitán Alonso de Jerez Cardona. Parece ser fue adicionada esta crónica en los años 1642 y 1666.
- CRONICA DE LAS ISLAS CANARIAS, en que se refiere como se ganaron de los naturales de ellas, escrita en latín por Pedro de Argüelles o Argüello, enmendada por Hernández Ortiz en el año 1526. Ha llegado a suponérsela el original del *Matritense*.
- CONQUISTA DE LA ISLA GRAN CANARIA, de autor anónimo, conocida por la *Lacunense* y acaso compuesta entre los años 1542-45.
- CRONICA..., por el portugués Juan de Barros, en 1552.
- HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS, (primera parte) escrita por Francisco Lopez de Gomara en 1552.
- Obra anónima, hoy desconocida, posible fuente común para Torriani, Abreu Galindo y Espinosa, compuesta aproximadamente por el año 1560.
- DESCRIPCION DE LAS ISLAS AFORTUNADAS, por Thomas Nichols, hacia 1583.
- SAUDADES DA TERRA, (libro I) escrito por Gaspar Fructuoso en 1590.
- HISTORIA DE NUESTRA SEÑORA DE CANDELARIA, por el padre Alonso de Espinosa en 1591.
- DESCRIPCION E HISTORIA DEL REINO DE LAS CANARIAS, por Leonardo Torriani en 1592.
- CRONICA, compuesta por el doctor Alonso Fiesco, acaso en el año 1593.
- LIBRO DE PREBENDADOS, crónica o "papeles" del licenciado Juan Bautista Espino en 1600.
- ANTIGUEDADES DE LAS ISLAS AFORTUNADAS, por Antonio de Viana en 1602.
- HISTORIA DE LA CONQUISTA DE LAS SIETE ISLAS DE GRAN CANARIA, escrita por el padre Juan Abreu Galindo entre los años 1602 y 1632.



- DEL ORIGEN Y CONQUISTA DE LAS ISLAS DE CANARIA y del derecho de quintos de los Señores de la Casa de Herrera, compuesto por el licenciado Juan de Betancor en el año 1604.
- MANUSCRITO CASTILLO, conquista de Tenerife, capítulos XX y XXI, anónimo, escrito posiblemente entre los años 1604 y 1676.
- CONSTITUCIONES SINODALES DEL OBISPO CAMARA Y MURGA, compuesto el manuscrito en 1629.
- DESCRIPCION DE LAS CANARIAS, por P. Bergeron, en 1630.
- DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE ESTAS ISLAS DE LA GRAN CANARIA con las genealogías de sus pobladores, manuscrito de Antonio Romero Cerpa, ¿1630?...
- LIBRO DE LA CONQUISTA DE LA ISLA GRAN CANARIA y de las demás islas de ellas, compuesto por A. Jaimes de Sotomayor en 1639.
- HISTORIA DE LA CONQUISTA DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA, por Francisco López de Ulloa en los años 1646 y 1647.
- CONQUISTA Y ANTIGUEDADES DE LAS ISLAS DE LA GRAN CANARIA Y SU DESCRIPCION, por Juan Nuñez de La Peña en 1676.
- TOPOGRAFIA DE GRAN CANARIA, por el padre José de Sosa en 1678.
- EXCELENCIAS Y ANTIGUEDADES DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA, por Cristóbal Pérez del Christo en 1679. El verdadero autor de esta obra parece ser fue el padre Luis de Anchieta.
- CRONICA, atribuída a un canónigo llamado Diego de Ortíz. ¿1680?...
- DESCRIPCION DE LAS ISLAS DE CANARIA, por Pedro Agustín del Castillo y León, en 1686.
- HISTORIA DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIA, inédita, escrita por Tomás Marín y Cubas en 1687. Este debe de ser el Dr. Tomás Arias Marín, autor de "ciertas memorias históricas" que citaron posteriores eseritores.
- COMPENDIO DE HISTORIA DE CANARIAS, anónimo, compuesto en el primer tercio del siglo XVIII ¿1710?...
- ANTIGUEDADES DE LA ISLA DEL HIERRO, por Bartolomé García del Castillo ¿en 1715-1720?
- DESCRIPCION HISTORICA Y GEOGRAFICA DE LAS ISLAS CANARIAS, por Pedro Agustín del Castillo y Rufz de Vergara, entre 1737-39.
- DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LAS ISLAS CANARIAS, por Antonio Porlier en 1755.
- LA HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LAS ISLAS CANARIAS, en inglés, compuesta por George Glas en el año 1764.
- NOTICIAS DE LA HISTORIA GENERAL DE LAS ISLAS DE CANARIA por José Viera y Clavijo en 1772.
- COMPENDIO DE LA HISTORIA GENERAL DE CANARIAS, escrita por Bory de Sain-Vicent en 1803 y publicada en francés en 1819.
- COMPENDIO DE LA HISTORIA DE CANARIAS, por J. M<sup>a</sup> de Zuaznavar y Francia, en 1816.
- ETNOGRAFIA Y ANALES DE LA CONQUISTA DE LAS ISLAS CANARIAS, por M. M. P. Barker Webb y Sabín Berthelot entre 1835 y 1840.



- RESUMEN HISTORICO DESCRIPTIVO DE LAS ISLAS CANARIAS, manuscrito de Domingo Déniz Grek, en 1850.
- HISTORIA GENERAL DE LAS ISLAS CANARIAS por Agustín Millares Torres en 1895.
- ESTUDIOS HISTORICOS, CLIMATOLOGICOS Y PATOLOGICOS DE LAS ISLAS CANARIAS, por Gregorio Chil y Naranjo en 1899.

Hubo otros diversos autores, canarios y no canarios, que ya desde los albores del redescubrimiento y subsiguiente conquista del archipiélago Afortunado han escrito sobre sus gentes, sus ritos y costumbres, la singular configuración geográfica, su fauna y su flora, etc.

José Viera y Clavijo, en su *Biblioteca de los autores canarios*, además de algunos ya reseñados en este mismo apéndice, cita a:

- Doctor Sebastián de Cubas, que escribió VARIOS APUNTES PARA LA HISTORIA DE LAS CANARIAS, ¿1695? ...
- Francisco Javier Machado y Fiesco compuso un MAPA GENERAL DE LAS ISLAS DE CANARIA, en 1762.

Agustín Millares Torres, en artículo publicado en la revista *El Museo Canario*, da una lista de las fuentes históricas que él empleó en su documentada obra, algunos de cuyos autores ya están mencionados en nuestra relación. Dice además, de los siguientes:

- Floritas de Bethencourt.
- Arriete de Bethencourt.
- Juan Iñiguez de Atave.
- Esteban Pérez de Cabbitos.  
(todos estos en informaciones más o menos veraces)
- Hernán Peraza.
- Diego García de Herrera.
- Próspero Casola, ingeniero.
- Matías Sanchez, padre jesuita que escribió unas semi-historias.
- Francisco Gómez de Arévalo.
- Francisco Escolar, que escribió datos estadísticos.
- José Alvarez Rixo.
- Leopoldo de Buch, berlinés, que compuso una descripción físico-geológica.
- Osuna Saviñón, que dió noticias de las islas en sus escritos.
- Montero, que compuso una Historia Militar de las islas.
- Bremón trazó un bosquejo histórico.
- Waldo Jiménez compuso una muy extensa crónica.
- Dugour escribió una historia de Santa Cruz de Tenerife.

Según el doctor Gregorio Chil y Naranjo y hasta la fecha de publicación de sus *Estudios...* en tres tomos, que salieron a la luz pública entre los años 1876 y 1899, los historiadores y cronistas que escribieron con cierto conocimiento sobre las Canarias, además de los ya incluidos en el presente apéndice, fueron:

- .- Bartolomé Cairasco y Figueroa, en 1602.
- .- Sire Edmún Scory, en 1630.
- .- Franz Von Loehér, en 1877.

Agustín Millares Carló, en su exhaustiva obra *Ensayo de una Biobibliografía de escritores naturales de las islas Canarias*, (1932) cita también a los siguientes:

- .- Diego Alvarez de Silva, que escribió una *Historia de Canarias*.
- .- José Antonio Anchieta de Alarcón (1705-1767) que compuso unas *Noticias históricas pertenecientes a las Canarias*.
- .- Diego de Carvajal Quintana y Guanarteme escribió una *Relación de la conquista de las islas Canarias*.
- .- Pedro José de Mesa Benítez de Lugo, escribió *Noticias sobre las antigüedades de las islas Canarias*, inédita.
- .- José de Vandewalle de Cervellón, con su *Historia de Canarias*, (1772), manuscrita.

# I N D I C E

			pag.
		.-Introducción. . . . .	5
CAPITULO	I	.-Primeros conocimientos acerca de las islas Canarias. . . . .	11
"	II	.-Conocimientos de las Canarias aprin- cipios de la Edad Media. . . . .	16
"	III	.-Los árabes y las Canarias; Ben Fa- rrouchk y los Magruinos. . . . .	20
"	IV	.-Expediciones a las Canarias en el siglo XIV . . . . .	24
"	V	.-El manuscrito atribuido a Boccaccio. . . . .	27
"	VI	.-Algunos estudios y teorías acerca de la raza guanche . . . . .	31
"	VII	.-Una teoría acerca de la llegada de los guanches a las Canarias . . . . .	36
"	VIII	.-Algunos enigmas de la prehistoria canaria . . . . .	38
"	IX	.-Cultura y religión de los primitivos habitantes de Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote . . . . .	42
"	X	.-Cultura y religión de los primitivos habitantes de Tenerife, La Palma, Gome- ra y Hierro . . . . .	48
"	XI	.-La prueba del humo. El Príncipe de la Fortuna. Juan de Bethencourt. . . . .	55
"	XII	.-Guadarfa, rey de Lanzarote . . . . .	62
"	XIII	.-Pedro, el Canario. La conquista de Fuerteventura . . . . .	69
"	XIV	.-La batalla de Arguineguín. La con- quista del Hierro. . . . .	75
"	XV	.-El Garoe, el árbol Santo . . . . .	80
"	XVI	.-Maciot de Bethencourt. Ventas de las islas. Hernán Peraza . . . . .	86

CAPÍTULO XVII	.-Conquista de la Gomera y Batalla de Tyhuya. . . . .	pag. 90
" XVIII	.-Las aspiraciones portuguesas sobre las Canarias y Diego García de Herrera . . . . .	" 93
" XIX	.-Doramas, el héroe . . . . .	" 96
" XX	.-Incursiones castellanas a Tenerife y Gran Canaria. Gando y Añaza . . . . .	" 101
" XXI	.-Nuestra Señora de Candelaria. Alianza luso-castellana . . . . .	" 105
" XXII	.-La nobleza canaria y Diego de Silva . . . . .	" 110
" XXIII	.-Destrucción de las torres de Gando y Añaza. Las Pesquisas de Cabitos. Islas de señorío e islas de realengo . . . . .	" 117
" XXIV	.-La fundación del Real de Las Palmas. . . . .	" 123
" XXV	.-La Batalla del Guiniguada . . . . .	" 128
" XXVI	.-Juan Rejón, el deán Bermudez y Pedro de la Algaba. . . . .	" 132
" XXVII	.-Batalla de Tirajana. Muerte del Algaba. Aventura de unos prisioneros castellanos. . . . .	" 136
" XXVIII	.-Pedro de Vera. Batalla de Arucas y muerte de Doramas . . . . .	" 141
" XXIX	.-Tesor Semidan y las Capitulaciones de Ansite . . . . .	" 146
" XXX	.-!Gran Canaria por Castilla! . . . . .	" 153
" XXXI	.-Sublevación de los gomeros. Colón en Canarias. . . . .	" 158
" XXXII	.-La conquista de La Palma . . . . .	" 162
" XXXIII	.-Tanausú, de Benahoare . . . . .	" 167
" XXXIV	.-Alonso Fernández de Lugo en Tenerife . . . . .	" 172
" XXXV	.-La Batalla de Acentejo . . . . .	" 177
" XXXVI	.-Dácil, princesa guanche. . . . .	" 183
" XXXVII	.-Bencomo y Tinguaro. Batalla de La Laguna. . . . .	" 190

CAP. XXXVIII .-La conquista de Tenerife. . . . . pag.196

APENDICE I .-Vocabulario guanche-canario. . . . . " 202

" II .-Tabla cronológica y algunas efemérides de la historia de Canarias. (desde los primeros conocimientos de las islas hasta su conquista definitiva). . . . . " 216

" III .-Bibliografía más destacada usada para la confección de la presente obra. . . . . " 223

" IV .-Cronología de las más primitivas y principales fuentes para la historia de Canarias. . . . . " 225

INDICE GENERAL. . . . . " 230